MASTER
NEGATIVE
93-81645-4

MICROFILMED 1993

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES/NEW YORK

as part of the
"Foundations of Western Civilization Preservation Project"

Funded by the
NATIONAL ENDOWMENT FOR THE HUMANITIES

Reproductions may not be made without permission from
Columbia University Library

COPYRIGHT STATEMENT

The copyright law of the United States - Title 17, United States Code - concerns the making of photocopies or other reproductions of copyrighted material.

Under certain conditions specified in the law, libraries and archives are authorized to furnish a photocopy or other reproduction. One of these specified conditions is that the photocopy or other reproduction is not to be "used for any purpose other than private study, scholarship, or research." If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of "fair use," that user may be liable for copyright infringement.

This institution reserves the right to refuse to accept a copy order if, in its judgement, fulfillment of the order would involve violation of the copyright law.

AUTHOR:

CERVANTES SAAVEDRA, MIGUEL DE

TITLE:

POESIAS DE MIGUEL DE CERVANTES...

PLACE:

[MADRID]

DATE:

[1922]

Master Negative #

93-81645-4

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

Poetry. 1922.
86C33
L

Cervantes Saavedra, Miguel de, 1547–1616.
Poesías de Miguel de Cervantes Saavedra; la más completa colección hasta el día; ordenación y prólogo de Eduardo Martín de la Cámara. [Madrid, Rivadeneyra, 1922]
514, [11] p. front. (port.) 13cm. (*Lettered on cover:* Ediciones selectas)

1. *Martín de la Cámara, Eduardo, 1873– ed.

Library of Congress PQ6326.M3 29–28302
[2]

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 9x
IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB
DATE FILMED: 8-9-93 INITIALS MG
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

AIIM

Association for Information and Image Management
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202

Centimeter

Inches

MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

THE LIBRARIES

COLUMBIA UNIVERSITY

GENERAL LIBRARY

MIGUEL DE CERVANTES

POESÍAS
DE
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

LA MÁS COMPLETA COLECCIÓN
HASTA EL DÍA

ORDENACIÓN Y PRÓLOGO DE

EDUARDO MARTÍN DE LA CÁMARA

MIGUEL DE CERVANTES

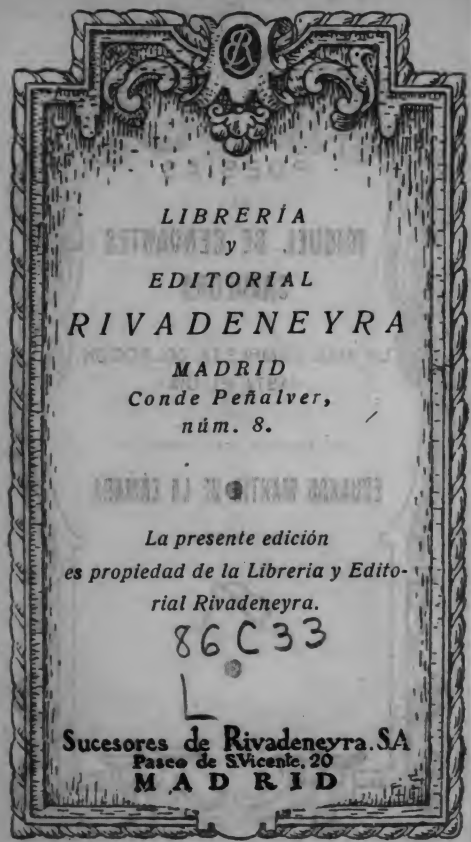
POESÍAS
DE
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

LA MÁS COMPLETA COLECCIÓN HASTA EL DÍA

ORDENACIÓN Y PRÓLOGO DE

EDUARDO MARTÍN DE LA CÁMARA

30-49447



DEDICATORIA

A

JOSÉ TORAL

muy gran poeta y novelista, de noble estirpe castellana

E. M. DE LA C.

PRÓLOGO DEL COLECTOR

PRÓLOGO GALEATO

El corazón muy en alto, se entrega a los lectores de habla hispana una colección de POESÍAS de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, la más completa de las ordenadas hasta hoy. Justificados motivos editoriales aconsejaron cercenar algunas. En las comedias, lo impuso la naturaleza misma de las obras. Quedaríamos pagadísimos de nuestra modesta, pero bien intencionada labor, con que la Antología diera sensación cabal de los subidos quilates poéticos del Manco sano.

De todas las producciones cervantinas conocidas se han entresacado los versos, prescindiendo, naturalmente, por perdidas, salvo dos que llegaron hasta nosotros, de las «veinte comedias o treinta» de la primera época *(La gran turquesca, la batalla naval, La Jerusa-*

lén, La Amaranta o la del Mayo, El bosque amoroso, La confusa, que «pareció en los teatros admirable»; *La única y la bizarra Arminda, El trato de Constantinopla y muerte de Selim,* etc.); del poema *Filena,* también desaparecido, en el supuesto, dudoso, de que llegara a escribirse; de las comedias y entremeses temerariamente ahijados al Ingenio por Galfardo, Adolfo de Castro y otros (*La soberana virgen de Guadalupe, Los dos habladores, La cárcel de Sevilla* — su autor, el licenciado Cristóbal de Chaves—, *El hospital de los podridos, Los refranes, Los romances, Los mirones, Doña Justina y Calahorra),* éstos, por suerte, inopes de versificación; y aun de obras que, cual *La tía fingida,* con mantener su prosapia cervantina conocedores expertos, no se puede atribuir al Hombre de Alcalá de Henares después de lo que escribió en contra D. Francisco A. de Icaza. También por suerte, de *La tía* sólo un soneto podría recogerse, y ése «descomulgado».

Cuanto a las *Composiciones sueltas,* hase procedido según más expeditas

normas. Al pie de cada una reza el libro, manuscrito o autoridad literaria que a Cervantes cuelga la paternidad.

No hubo prurito de buscar rancias ediciones, aunque la selecta sección de «Raros», de nuestra Biblioteca Nacional, permitió cotejar aquellas composiciones que imaginó el Genio para libros coevos: la colección de «Autores Españoles» suministró adunia de materiales, salvadas erratas de ese interesante, mediante confrontas con otros textos y detenido examen de todos: los versos quijotiles entresacados fueron de la prestigiosa edición crítica de Rodríguez Marín (Madrid, MCMVI, seis tomos) y los de la *Galatea,* el *Persiles,* y las *Ocho comedias y los ocho entremeses nunca representados,* de la muy esmerada de Schevill-Bonilla (Madrid, M.CM.XIV.-VIII).

Hase cuidado la puntuación, cuyas deficiencias, en otras colecciones, desnaturalizan alguna vez el sentido de los números cervantinos.

Se usa la ortografía moderna, porque lo permite, y aun recomienda, la Crítica, cuanto a las ediciones populares. Y

tal queremos a la presente, popularísima; encrestándose en el deseo, sobre todo otro afán, el de rendir amor y reverencia, en el orto de una Editorial, que mucho promete y más dará, al Hiperescritor y al Idioma.

Ni notas ni escolios, por ese motivo de popularidad. Sea el Florilegio como aquel Garcilaso «sin comento» que portó a Italia el *Licenciado Vidriera.*

Finalmente, la clasificación escogida, como todas arbitraria, presupone en el leyente algún conocimiento de la producción cervantina: una sección para cada obra, o serie homogénea de ellas, según el orden de su estampación. Para los *Sonetos*, sección aparte. Otra, para las *Composiciones sueltas.*

* * *

Cervantes, indiscutible e indiscutido prosista, salvo los prístinos desabrimientos del *silentium livoris*, no ha merecido igual unanimidad como poeta.

Escapando al pedantear, citaremos parvamente. Resume la enemiga contra

ese aspecto del Alcalaíno, Don Diego Clemencín, o, si se prefiere, Don Manuel Josef Quintana, entre los autorizados del siglo XIX. Antes, los aguafiestas de las postrimerías del XVIII. Aun antes, aquel librero, exhumado en el prólogo de las *Ocho comedias y los ocho entremeses.* Habría ese tal comprado los diez y seis, «si un autor de título no le hubiera dicho [Cervantes habla]. que de mi prosa se podía esperar mucho; pero de mi verso nada». Lo que melancólicamente comenta Miguel, «el Único», con estas dulces palabras nazarenas: «Y si va a decir verdad, cierto que me dió pesadumbre el oírlo. Y dije entre mí: o yo me he mudado en otro, o los tiempos se han mejorado mucho.»

Hay en esto una confusión, sin disculpa a estas alturas del vigésimo siglo. Cervantes fué muy poeta: «el primero entre los españoles» afirma, rotundo, Menéndez y Pelayo.

Desde la *Galatea*, que su autor dice «égloga», hasta el *Persiles*, pasando por el *Quijote*, ¡tan poemático!, toda su obra vibra de poesía. Con ella dignifica aún

la gente hampesca del patio de Monipodio, y de la visita de pésame al rufián Trampagos. Por poeta, es héroe el *Caballero de la Triste Figura*. Como rimador, Cervantes no llega siempre a sus modelos propincuos, Fray Luis, Herrera y, singularmente, Garcilaso, sin olvidar a su compoblano, el ya olvidado Francisco de Figueroa. Tampoco hace con el lenguaje ciertos juegos malabáricos de Lope, Góngora y Quevedo, librándose de caer en lo que antaño se llamara «conceptuoso» y «culto».

«Verdad, orden, estilo claro y llano», lo que elogiaba en los escritos de un amigo, fulge en sus versos. Pero, también, ahincados y perennes, decoro, discreción, apacibilidad y dulzura, aquella «exquisitez» que nunca le faltó, como don eximio de su alma, más aristocrática que las de cien Lemos. La inspiración lucirá, casi siempre, radiante y pura como en los consagrados. Lo que sucede es que, sólo «en poeta», podrá entenderse y amar a Cervantes, y por eso fracasaron en el empeño muchos eruditos

Siempre atestiguarán un poeta:

En la *Galatea*, la canción quinta de Elicio y la de Silverio a Blanca (libro II); los tercetos de Timbrio a Nísida y las canciones de Orompo—bellísima—, de Marsilio y del viejo Arsindo (libro III); las estrofas finales de la canción de Lauso, recitada por Damón; el vituperio y la loanza del Amor, por Lenio y Tirsi (libro IV); las dos canciones de Lauso a Silena (libro V), y muchas octavas del «Canto de Calíope».

En el *Quijote*—a pesar de Ticknor—la «canción desesperada» de Grisóstomo, y las regocijadas de Altisidora al casto caballero.

En las *Novelas ejemplares*, la buenaventura de Preciosa a la señora del teniente.

En las obras dramáticas, los romances de pura cepa castellana de *El gallardo español;* redondillas, romances y quintillas de *La casa de los celos*, y los donosos y regocijantes versos, entresacados de otras, cual los del sacristán de *Los baños de Argel;* Madrigal, el de *La gran sultana;* el capigorrista Tácito de *El la-*

berinto de amor; la fregona Cristina y el lacayo Torrente de *La entretenida*; los varios del *Pedro de Urdemalas*, y aun los de rima libre, copiados de *El rufián viudo*, primoroso joyel del teatro cervantino.

En el *Persiles*, el canto de Feliciana de la Voz a la Virgen es de las más inspiradas y dulces composiciones marianas cinceladas en la lengua de Castilla.

Entre los Sonetos, los de Tirsi a Filis, de Lauso al recibir de su amada un anillo; de Timbrio, Silerio, Galatea y Gelasia, en la *Galatea*; los de Amadís y el Caballero del Febo al Ingenioso Hidalgo; de Cardenio a Lucinda y de Lotario a Camila, y los burlones de Solisdán, y el dialogado entre «Babieca» y «Rocinante», en el *Quijote*; en el *Persiles*, el de Don Manuel de Souza; en *La gran sultana*, el de Doña Catalina de Oviedo; en *La entretenida*, los de Don Ambrosio y Don Antonio; los dirigidos a Hernando de Herrera, al «rey de los atunes», o sea el duque de Medina-Sidonia, al pordiosero bravonel, al ermitaño, y, el

sobre todos famoso y popularizado, al túmulo sevillano de Felipe II.

Y, finalmente, en la sección bautizada de *Composiciones sueltas*, junto a algunas que prueban el dormitar homérico de Cervantes, las hay muy hermosas, cual la Epístola a Mateo Vázquez, algunos trozos de las canciones a la «Invencible» y los romances.

* * *

«Ingenio lego» apellidó a Cervantes Tamayo de Vargas, granjeándose el odio de los cervantómanos. Es rencor excesivo. No consta que el Autor del *Quijote* estudiara en Alcalá, de donde salió niño, ni siquiera en el sórdido colegio de un *Dómine Cabra*. Lo de los cursos en Salamanca y Sevilla, aunque generosa, es lucubración. Se adoctrinó de Humanidades, ignórase hasta qué grado, en el estudio madrileño del maestro López de Hoyos. Partióse a Italia y le caldeó el alma, por vida, la flama del Renacimiento...

Autodidacto típico, debió de leer mu-

cho, aun «los papeles rotos de las calles», sin método ni reposo, a imperios de su tráfago, pero con excepcional aprovechamiento. La más de su ciencia fué de ojos. Frecuentó el libro magno de la Vida. Formaron su Estética cánones de Naturaleza y de Humanidad. Escribe en el *Viaje del Parnaso:*

"Palpable vi, mas no sé si lo escriba,
que a las cosas que tienen de imposibles
siempre mi pluma se ha mostrado esquiva.
Las que tienen vislumbres de posibles,
de dulces, de suaves y de ciertas,
explican mis borrones apacibles."

Fué Cervantes cumbre, «raro inventor», sin nada de vulgo, aunque alentó en sus senos y de él extrajo, acendrados, Arte y Belleza. Señoreó su obra lo imprevisto y fortuito, lo intuitivo que caracteriza al Genio, como declara Schopenhauer... ¿No hay bastante para tallar un poeta con los anteriores elementos?

* * *

"Desde mis tiernos años amé el arte
dulce de la agradable Poesía",

nos cuenta. Y no hay escritor de su tiempo que con tal rendimiento y mimo, ni con tales galas de lenguaje, la defina y elogie.

Oigámosle, que esta erudición pide tolerancia:

«Hase de usar de la Poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día, ni la muestra a todas gentes, ni a cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre. La Poesía es una bellísima doncella casta, honesta, discreta, aguda, retirada y que se contiene en los límites de la discreción más alta. Es amiga de la soledad. Las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran, y, finalmente, deleita y enseña a cuantos con ella comunican.»

(La Gitanilla.)

«La Poesía, señor hidalgo, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas,

que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que, quien la sabe tratar, la volverá en oro purísimo de inestimable precio; hala de tener, el que la tuviese, a raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos; no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias o en comedias alegres y artificiosas; no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni de estimar los tesoros que en ella se encierran.»

(Quijote.)

"Esta, que es la Poesía verdadera,
la grave, la discreta, la elegante
—dijo Mercurio—, la alta y la sincera,
siempre con vestidura rozagante
se muestra en cualquier acto que se halla,
cuando a su profesión es importante.
Nunca se inclina o sirve a la canalla

trovadora, maligna y trafalmeja,
que, en lo que más ignora, menos calla.
.....
Moran con ella, en una misma estancia,
la divina y moral Filosofía,
el estilo más puro y la elegancia.
Puede pintar, en la mitad del día
la noche, y en la noche más obscura
el alba bella que las perlas cría.
El curso de los ríos apresura
y le detiene; el pecho a furia incita,
y le reduce luego a más blandura.
Por mitad del rigor se precipita
de las lucientes armas contrapuestas,
y da victorias y victorias quita.
Verás como le prestan las florestas
sus sombras, y sus cantos los pastores,
el mal sus lutos y el placer sus fiestas,
perlas el Sur, Sabea sus olores,
el oro Tíber, Hibla su dulzura,
galas Milán y Lusitania amores.
En fin, ella es la cifra do se apura
lo provechoso, honesto y deleitable,
partes con quien se aumenta la ventura.
Es de ingenio tan vivo y admirable,
que a veces toca en punto que suspenden,
por tener no sé qué de inexorutable.
Alábanse los buenos y se ofenden
los malos con su voz, y de éstos tales,
unos la adoran, otros no la entienden.
Son sus obras heroicas inmortales,
las líricas suaves, de manera
que vuelven en divinas las mortales.
Si alguna vez se muestra lisonjera,
es con tanta elegancia y artificio,
que no castigo, sino premio espera.

Gloria de la virtud, pena del vicio
son sus acciones, dando al mundo en ellas
de su alto ingenio y su bondad indicio."

(Viaje del Parnaso.)

«La excelencia de la Poesía es tan limpia como el agua clara, que a todo lo no limpio aprovecha; es como el sol, que pasa por todas las cosas inmundas sin que se le pegue nada; es habilidad que tanto vale cuanto se estima; es un rayo, que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando; es instrumento acordado que, dulcemente, alegra los sentidos. y, al paso del deleite, lleva consigo la honestidad y el provecho.»

(Persiles y Sigismunda.)

El Complutense, que da con frecuencia vaya a los poetas, de la Poesía siempre mostrará opinión alta. «Ciencia» y «facultad» la apellida. Le obsesiona la idea de poseer su secreto. Y, dando demasiado crédito a las palabras del autor de título, repetidas por Juan de Villarroel, así se lamenta del desvío de las pimpleides:

"Yo, que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo."

y luego:

"Que soy un poeta de esta hechura:
cisne en las canas, y en la voz un ronco
y negro cuervo..."

Acaso Miguel, oteando su tiempo, quiso, con tal humildad, abroquelarse—según fórmula de Gracián—contra dentelladas de la envidia.

* * *

Críticos y escoliastas, muertos y vivos, han solido diputar a Cervantes por poeta premioso, de los de mucha lima. Si no nos ciega la dilección por su obra, todo lo contrario, creemos que la facilidad—más que la fluidez, la sonoridad, y la inspiración misma—es nota de sus versos, dícese de la generalidad. Se advierte esto mejor en los de la *Galatea,* dignos muchos de Fray Luis o de Garcilaso.

Muestra el Vate aquellas tildes de que no están horros los más acaballerados de la grey. Al Inca le garrama dos ver-

sos para la canción quijotesca del «hermoso mancebo vestido a lo romano», y tres para la silva *A los éxtasis de la Beata Madre Teresa*. Pero esto, sobre ser fruta del tiempo, «puesto que los poetas son ladrones unos de otros»—según el gobernador de *El retablo de las maravillas*—, acaso obedeció a que los tórculos de entonces no usaban nuestras comillas para acotar los textos ajenos.

Enamorado Cervantes, por achaque de poetas, de ciertos giros e imágenes, repite la antonimia del escita y el libio, como otros, por ejemplo, la de Heráclito y Demócrito. *Ojos* y *enojos*, *cielo* y *suelo*, «andan siempre» como *Gil* y *Pascual* con *mil* y *portal*, en los villancicos de que hace fisga el prisionero de San Marcos. Sonetos iguales en el *Quijote* y *La casa de los celos;* iguales quintillas en *El amante liberal* y *Los baños de Argel*. Y así como incensa a López Maldonado, porque

> "en agradables concetos,
> profundos, altos, discretos",

sabe pintar los «afetos» del dios ciegue-

zuelo, así—en medio treinta y cinco años—,

> "en dulcísimos concetos,
> altos, graves y discretos."

la Poesía, desde un capítulo de la segunda parte del *Quijote*, enviará el alma envuelta en sonetos mil.

Los hombres comprensivos perdonarán las anteriores minucias... Se escriben para ciertas gentes, que no se adentrarían por los versos cervantinos, si no nos «metiéramos» un poco con el egregio Autor...

* * *

Sin «ser Lope»—como entonces se decía—, medró mucha poetambre contemporánea de Miguel. La escasa valorización de las poesías de éste debió de emerger de diversas causas: su incapacidad para la adulación y la vida cortesana, porque, aunque incensó a muchos, lo hizo sin la rara habilidad del Fénix o los «Lupercios», y no siempre puesta la vista en la retribución; su condición social humilde, ya descaecida la hidalguía del abolorio, sin *Don* más que en el re-

trato de Jáuregui; su pobreza irremediable, por Mercurio canonizada cuando le apoda «Adán de los poetas»; el ser cosa de ociosidad las letras, como nota Cervantes mismo, por ello forzado a desampararlas, para procurarse en prosaicas tareas el victo; y también, según decir perspicaz de un sabio polígrafo, porque el nombre excelso del Autor abruma «desde la portada» todas sus obras que no sean el *Quijote*.

Con todo, debe declararse, para concluir, que aunque las poesías cervantinas no fueran excelentes, y ya se verá que de las excelentísimas hay muestras, la «Librería y Editorial Rivadeneyra», mandándolas ordenar y estampándolas, ha realizado empresa de patria y de cultura. Memórese que las imaginó una augusta

«PLENITUD ESPAÑOLA»,

como ha escrito, con frase no rimbombante, pero exactísima, tal eminente profesor y hombre de letras contemporáneo.

EDUARDO MARTÍN DE LA CÁMARA

POESÍAS DE CERVANTES

VERSOS DE LA «GALATEA»

CANCIÓN DE ELICIO

Mientras que al triste lamentable acento
del mal acorde son del canto mío,
en eco amargo de cansado aliento,
responde el monte, el prado, el llano, el río,
demos al sordo y presuroso viento
las quejas que del pecho ardiente y frío
salen a mi pesar, pidiendo en vano
ayuda al río, al monte, al prado, al llano.

Crece el humor de mis cansados ojos
las aguas de este río, y de este prado
las variadas flores son abrojos
y espinas que en el alma se han entrado:
no escucha el alto monte mis enojos,
y el llano de escucharlos se ha cansado;
y, así, un pequeño alivio al dolor mío
no hallo en monte, en llano, en prado, en río.

Creí que el fuego, que en el alma enciende
el niño alado, el lazo con que aprieta,
la red sutil con que los dioses prende,
y la furia y rigor de su saeta,
que así ofendiera, como a mí me ofende,
al sujeto sin par que me sujeta;
mas contra un alma que es de mármol hecha,
la red no puede, el fuego, el lazo y flecha.

Yo sí que al fuego me consumo y quemo,
y al lazo pongo humilde la garganta,
y a la red invisible poco temo,
y el rigor de la flecha no me espanta:
por esto soy llegado a tal extremo,
a tanto daño, a desventura tanta,

que tengo por mi gloria y mi sosiego
la saeta, la red, el lazo, el fuego.

(Libro I.)

OTRA CANCIÓN DE ELICIO

Amoroso pensamiento:
si te precias de ser mío,
camina con tanto tiento,
que ni te humille el desvío,
ni ensoberbezca el contento:
ten un medio (si se acierta
a tenerse en tal porfía):
no huyas el alegría,
ni menos cierres la puerta
al llanto que amor envía.

Si quieres que de mi vida
no se acabe la carrera,
no la lleves tan corrida,
ni subas do no se espera
sino muerte en la caída;
esa vana presunción
en dos cosas parará:
la una, en tu perdición;
la otra, en que pagará
tus deudas el corazón.

De él naciste, y, en naciendo,
pecaste, y págalo él;
huyes de él, y, si pretendo
recogerte un poco en él,
ni te alcanzo, ni te entiendo;
ese vuelo peligroso
con que te subes al cielo,

si no fueres venturoso,
ha de poner por el suelo
mi descanso y tu reposo.

Dirás que, quien bien se emplea
y se ofrece a la ventura,
que no es posible que sea
del tal juzgado a locura
el brío de que se arrea;
y que, en tan alta ocasión,
es gloria que par no tiene
tener tanta presunción,
cuanto más si le conviene
al alma y al corazón.

Yo lo tengo así entendido;
mas quiero desengañarte,
que es señal ser atrevido,
tener de amor menos parte
que el humilde y encogido:
subes tras una beldad
que no puede ser mayor:
no entiendo tu calidad,
que puedas tener amor
con tanta desigualdad.

Que si el pensamiento mira
un sujeto levantado,
contémplalo y se retira,
por no ser caso acertado
poner tan alta la mira:
cuanto más que el amor nace
junto con la confianza,
y en ella se ceba y pace,

y, en faltando la esperanza,
como niebla se deshace.

Pues tú, que ves tan distante
el medio del fin que quieres,
sin esperanza y constante,
si en el camino murieres
morirás como ignorante;
pero no se te dé nada,
que, en esta empresa amorosa
do la causa es sublimada,
el morir es vida honrosa,
la pena, gloria extremada.

(Libro I.)

ELICIO Y ERASTRO

ELICIO

Blanda, suave, reposadamente,
ingrato amor, me sujetaste el día
que los cabellos de oro y bella frente
miré del sol que al sol obscurecía;
tu tósigo cruel, cual de serpiente,
en las rubias madejas se escondía;
yo, por mirar el sol en los manojos,
todo vine a beberle por los ojos.

ERASTRO

Atónito quedé y embelesado,
como estatua sin voz de piedra dura,
cuando de Galatea el extremado
donaire vi, la gracia y hermosura;
amor me estaba en el siniestro lado,

con las saetas de oro, ¡ay, muerte dura!,
haciéndome una puerta por do entrase
Galatea, y el alma me robase.

ELICIO

¿Con qué milagro, amor, abres el pecho
del miserable amante que te sigue,
y de la llaga interna que le has hecho
crecida gloria muestra que consigue?
¿Cómo el daño que haces es provecho?
¿Cómo en tu muerte alegre vida vive?
El alma que prueba estos afectos todos,
la causa sabe, pero no los modos.

ERASTRO

No se ven tantos rostros figurados
en roto espejo, o hecho por tal arte,
que, si uno en él se mira, retratados
se ve una multitud en cada parte,
cuantos nacen cuidados y cuidados
de un cuidado cruel que no se parte
del alma mía, a su rigor vencida,
hasta apartarse junto con la vida.

ELICIO

La blanca nieve y colorada rosa,
que el verano no gasta, ni el invierno;
el sol de dos luceros, do reposa
el blando amor, y a do estará *in eterno;*
la voz, cual la de Orfeo, poderosa
de suspender las iras del infierno,
y otras cosas que vi, quedando ciego,
yesca me han hecho al invisible fuego.

ERASTRO

Dos hermosas manzanas coloradas,
que tales me semejan dos mejillas,
y el arco de dos cejas levantadas,
que el de Iris no llegó a sus maravillas;
dos rayos, dos hileras extremadas
de perlas entre grana, si hay decillas,
mil gracias que no tienen par ni cuento
niebla me han hecho al amoroso viento.

ELICIO

Yo ardo y no me abraso, vivo y muero;
estoy lejos y cerca de mí mismo;
espero en solo un punto y desespero;
súbome al cielo, bájome al abismo;
quiero lo que aborrezco; blando y fiero
me pone el amoroso paroxismo:
y, con estos contrarios, paso a paso,
cerca estoy ya del último traspaso.

ERASTRO

Yo te prometo, Elicio, que le diera
todo cuanto en la vida me ha quedado
a Galatea, por que me volviera
el alma y corazón que me ha robado;
y después del ganado, le añadiera
mi perro *Gavilán* con el *Manchado;*
pero, como ella debe de ser diosa,
el alma querrá más que no otra cosa.

ELICIO

Erastro: el corazón, que en alta parte
es puesto por el hado, suerte o sino,

quererle derribar por fuerza o arte,
o diligencia humana, es desatino:
debes de su ventura contentarte;
que, aunque mueras sin ella, yo imagino
que no hay vida en el mundo más dichosa
como el morir por causa tan honrosa.

(Libro I.)

CANCIÓN DE LISANDRO

¡Oh, alma venturosa,
que, del humano velo
libre, al alta región viva volaste,
dejando en tenebrosa
cárcel de desconsuelo
mi vida, aunque contigo la llevaste!
Sin ti, obscura dejaste
la luz clara del día,
por tierra derribada
la esperanza fundada
en el más firme asiento de alegría;
en fin, con tu partida
quedó vivo el dolor, muerta la vida.

Envuelto en tus despojos,
la muerte se ha llevado
el más subido extremo de belleza,
la luz de aquellos ojos
que en haberte mirado
tenían encerrada su riqueza:
con presta ligereza,
del alto pensamiento
y enamorado pecho
la gloria se ha deshecho,

como la cera al sol o niebla al viento;
y toda mi ventura
cierra la piedra de tu sepultura.
.....

Goza en el santo coro
con otras almas santas,
alma, de aquel seguro bien entero,
alto, rico tesoro,
mercedes, gracias tantas,
que goza el que no huye el buen sendero.
Allí gozar espero,
si por tus pasos guío,
contigo, en paz entera,
de eterna primavera,
sin temor, sobresalto, ni desvío;
a esto me encamina,
pues será hazaña de tus obras dina.

Y pues vosotras, celestiales almas,
veis el bien que deseo,
creced las alas a tan buen deseo.

(Libro I. Fragmento.)

CANCIÓN DE TEOLINDA

Ya la esperanza es perdida,
y un solo bien me consuela:
que el tiempo, que pasa y vuela,
llevará presto la vida.

Dos cosas hay en amor
con que su gusto se alcanza:
deseo de lo mejor;
es la otra la esperanza,

que pone esfuerzo al temor:
las dos hicieron manida
en mi pecho, y no las veo;
antes en la alma afligida,
porque me acabe el deseo,
ya la esperanza es perdida.

Si el deseo desfallece
cuando la esperanza mengua,
al contrario en mí parece,
pues cuanto ella más desmengua
tanto más él se engrandece:
y no hay usar de cautela
con las llagas que me atizan;
que en esta amorosa escuela
mil males me martirizan,
y un solo bien me consuela.

Apenas hubo llegado
el bien a mi pensamiento,
cuando el cielo, suerte y hado,
con ligero movimiento
le han del alma arrebatado:
y si alguno hay que se duela
de mi mal tan lastimero,
al mal amaina la vela,
y al bien pasa más ligero
que el tiempo, que pasa y vuela.

¿Quién hay que no se consuma
con estas ansias que tomo,
pues en ellas se ve, en suma,
ser los cuidados de plomo,
y los placeres de pluma?
Y, aunque va tan decaída
mi dichosa nueva andanza,

en ella este bien se anida:
que, quien llevó la esperanza,
llevará presto la vida.

(Libro I.)

CANCIÓN DE ARTIDORO

En áspera, cerrada, obscura noche,
sin ver jamás el esperado día,
y en continuo, crecido, amargo llanto,
ajeno de placer, contento y risa,
merece estar, y en una viva muerte,
aquel que sin amor pasa la vida.

¿Qué puede ser la más alegre vida
sino una sombra de una breve noche,
o natural retrato de la muerte,
si en todas cuantas horas tiene el día,
puesto silencio al congojoso llanto,
no admite del amor la dulce risa?

Do vive el blando amor vive la risa,
y, adonde muere, muere nuestra vida,
y el sabroso placer se vuelve en llanto,
y en tenebrosa sempiterna noche
la clara luz del sosegado día,
y es el vivir sin él amarga muerte.

Los rigurosos trances de la muerte
no huye el amador; antes con risa
desea la ocasión y espera el día
donde puede ofrecer la cara vida,
hasta ver la tranquila última noche,
al amoroso fuego, al dulce llanto.

No se llama de amor el llanto, llanto,
ni su muerte llamarse debe muerte,
ni a su noche dar título de noche;
que su risa llamarse debe risa,
y su vida tener por cierta vida,
y sólo festejar su alegre día.

¡Oh, venturoso para mí este día
do pudo poner freno al triste llanto,
y alegrarme de haber dado mi vida
a quien dármela puede, o darme muerte!
¿Mas, qué puede esperarse, sino es risa
de un rostro que al sol vence y vuelve en no-
[che?
Vuelto ha mi obscura noche en claro día
amor, y en risa mi crecido llanto,
y mi cercana muerte en larga vida.

(Libro, I.)

VILLANCICO DE TEOLINDA

En los estados de amor
nadie llega a ser perfeto,
sino el honesto y secreto.

Para llegar al suave
gusto de amor, si se acierta,
es el secreto la puerta
y la honestidad la llave;
y esta entrada no la sabe
quien presume de discreto,
sino el honesto y secreto.

Amar humana beldad
suele ser reprehendido,
si tal amor no es medido
con razón y honestidad;
y amor de tal calidad
luego le alcanza, en efeto,
el que es honesto y secreto.

Es ya caso averiguado,
que no se puede negar,
que a veces pierde el hablar
lo que el callar ha ganado;
y, el que fuere enamorado,
jamás se verá en aprieto,
si fuere honesto y secreto.

Cuanto una parlera lengua
y unos atrevidos ojos
suelen causar mil enojos
y poner al alma en mengua,
tanto este dolor desmengua;
y se libra de este aprieto
el que es honesto y secreto.

(Libro II.)

VERSOS A TEOLINDA, ESCRITOS POR ARTIDORO, SOBRE LA CORTEZA DE LOS ÁLAMOS BLANCOS, RIBERAS DEL HENARES

Pastora, en quien la belleza
en tanto extremo se halla,
que no hay a quien comparalla
sino a tu misma crudeza.
Mi firmeza y tu mudanza
han sembrado, a mano llena,

tus promesas en la arena
y en el viento mi esperanza.

Nunca imaginara yo
que cupiera en lo que vi,
tras un dulce alegre sí,
tan amargo y triste no;
mas yo no fuera engañado,
si pusiera en mi ventura,
así como en tu hermosura,
los ojos que te han mirado.

Pues cuanto tu gracia extraña
promete, alegra y concierta,
tanto turba y desconcierta
mi desdicha, y enmaraña.
Unos ojos me engañaron,
al parecer piadosos.
¡Ay, ojos falsos, hermosos!
los que os ven, ¿en qué pecaron?

Dime, pastora cruel:
¿A quién no podrá engañar
tu sabio honesto mirar
y tus palabras de miel?
De mí ya está conocido
que, con menos que hicieras,
días ha que me tuvieras
preso, engañado y rendido.

Las letras que fijaré
en esta áspera corteza,
crecerán con más firmeza
que no ha crecido tu fe;
la cual pusiste en la boca
y en vanos prometimientos,

no firme al mar y a los vientos,
como bien fundada roca.

Tan terrible y rigurosa
como víbora pisada,
tan cruel como agraciada,
tan falsa como hermosa:
lo que manda tu crueldad
cumpliré sin más rodeo,
pues nunca fué mi deseo
contrario a tu voluntad.

Yo moriré desterrado
por que tú vivas contenta;
mas mira que amor no sienta
del modo que me has tratado;
porque, en la amorosa danza,
aunque amor ponga estrecheza,
sobre el compás de firmeza
no se sufre hacer mudanza.

Así como en la belleza
pasas cualquiera mujer,
creí yo que en el querer
fueras de mayor firmeza;
mas ya sé, por mi pasión,
que quiso pintar Natura
un ángel en tu figura,
y el tiempo en tu condición.

Si quieres saber dó voy
y el fin de mi triste vida,
la sangre por mí vertida,
te llevará donde estoy;
y, aunque nada no te cale
de nuestro amor y concierto,

no niegues al cuerpo muerto
el triste y último vale;

que bien serás rigurosa,
y más que un diamante dura,
si el cuerpo y la sepultura
no te vuelven piadosa:
y, en caso tan desdichado,
tendré por dulce partido,
si fuí vivo aborrecido,
ser muerto por ti llorado.

(Libro II.)

CANCIÓN DE ELICIO

Rendido a un amoroso pensamiento,
con mi dolor contento,
sin esperar más gloria,
sigo la que persigue mi memoria,
porque continuo en ella se presenta
de los lazos de amor libre y exenta.

Con los ojos del alma aun no es posible
ver el rostro apacible
de la enemiga mia,
gloria y honor de cuanto el cielo cría,
y los del cuerpo quedan, sólo en vella,
ciegos, por haber visto el sol en ella.

¡Oh, dura servidumbre, aunque gustosa!
¡Oh, mano poderosa
de amor, que así pudiste
quitarme, ingrato, el bien que prometiste
de hacerme, cuando libre me burlaba
de ti, del arco tuyo y de tu aljaba!

¡Cuánta belleza, cuánta blanca mano
me mostraste, tirano!
¡Cuánto te fatigaste
primero que a mi cuello el lazo echaste!
Y aun quedaras vencido en la pelea,
si no hubiera en el mundo Galatea.

Ella fué sola la que sólo pudo
rendir al golpe crudo
el corazón exento,
y avasallar el libre pensamiento,
el cual, si a su querer no se rindiera,
por de mármol o acero le tuviera.

¿Qué libertad puede mostrar su fuero
ante el rostro severo,
y más que el sol hermoso,
de la que turba y causa mi reposo?
¡Ay, rostro, que en el suelo
descubres cuánto bien encierra el cielo!

¿Cómo pudo pintar Naturaleza
tal rigor y aspereza
con tanta hermosura,
tanto valor y condición tan dura?
Mas mi dicha consiente
en mi daño juntar lo diferente.

Esle tan fácil a mi corta suerte
ver con la amarga muerte
junta la dulce vida,
y estar su mal a do su bien se anida,
que, entre contrarios, veo
que mengua la esperanza, y no el deseo.

(Libro II.)

SILERIO A NÍSIDA

Nísida, con quien el cielo
tan liberal se ha mostrado,
que, en daros a vos, dió al suelo
una imagen y traslado
de cuanto encubre su velo:

si él no tuvo más que os dar,
ni vos más que desear,
con facilidad se entiende
que lo imposible pretende
quien os pretende loar.

De esa beldad peregrina,
la perfección soberana
que al cielo nos encamina,
pues no es posible la humana,
cante la lengua divina,

y diga: bien se conviene
que al alma que en sí contiene
ser tan alto y milagroso,
se le diese el velo hermoso
más que el mundo tuvo o tiene.

Tomó del sol los cabellos,
del sesgo cielo, la frente,
la luz de los ojos bellos,
de la estrella más luciente,
que ya no da luz ante ellos.

Como quien puede y se atreve
a la grana y a la nieve

robó las colores bellas,
que lo más perfecto de ellas
a tus mejillas se debe.

De marfil y de coral
formó los dientes y labios,
do sale rico caudal
de agudos dichos y sabios,
y armonía celestial.

De duro mármol ha hecho
el blanco y hermoso pecho,
y de tal obra ha quedado
tanto el suelo mejorado,
cuanto el cielo satisfecho.

(Libro II.)

CANCIÓN DE SILERIO

¿Qué laberinto es éste, do se encierra
mi loca levantada fantasía?
¿Quién ha vuelto mi paz en cruda guerra,
y en tal tristeza toda mi alegría?
¿O cuál hado me trajo a ver la tierra
que ha de servir de sepultura mía?
¿O quién reducirá mi pensamiento
al término que pide un sano intento?
Si, por romper este mi frágil pecho,
y despojarme de la dulce vida,
quedase el suelo y cielo satisfecho
de que a Timbrio guardé la fe debida,
sin que me acordara el crudo hecho,
yo fuera de mí mismo el homicida;
mas si yo acabo, en él acaba luego
la amorosa esperanza y crece el fuego.

Lluevan y caigan las doradas flechas
del ciego dios, y con rigor insano
al triste corazón vengan derechas,
disparadas con fiera airada mano;
que, aunque ceniza y polvo queden hechas
las heridas entrañas, lo que gano
en encubrir su dolorosa llaga,
es rica de mi mal ilustre paga.
Silencio eterno a mi cansada lengua
pondrá la ley de la amistad sincera,
por cuya sin igual virtud desmengua
la pena que acabar jamás espera;
mas, aunque nunca acabe y ponga en mengua
la honra y la salud, será cual era
mi limpia fe; más firme y contrastada
que roca en medio de la mar airada.
Del humor que derraman estos ojos,
y de la lengua el piadoso oficio;
del bien que se le debe a mis enojos,
y de la voluntad el sacrificio,
lleve los dulces premios y despojos
el caro amigo, y muéstrese propicio
el cielo a mi deseo, que pretende
el bien ajeno, y a sí mismo ofende.
Socorre, ¡oh, blando amor!, levanta y guía
mi bajo ingenio en la ocasión dudosa;
y al esperado punto esfuerzo envía
al alma y a la lengua temerosa,
la cual podrá, si lleva tu osadía,
facilitar la más difícil cosa,
y romper contra el hado y desventura,
hasta llegar a la mayor ventura.

(Libro II.)

SILERIO A BLANCA

¡Oh, Blanca, a quien rendida está la nieve,
y en condición más que la nieve helada!
No presumáis ser mi dolor tan leve,
que estéis de remediarle descuidada:
mirad que, si mi mal no ablanda y mueve
vuestra alma, en mi desdicha conjurada,
se volverá tan negra mi ventura,
cuanto sois Blanca en nombre y hermosura.
¡Blanca gentil, en cuyo blanco pecho
el contento de amor se anida y cierra!
Antes que el mío, en lágrimas deshecho,
se vuelva polvo y miserable tierra,
mostrad el vuestro en algo satisfecho
del amor y dolor que el mío encierra;
que ésta será tan caudalosa paga,
que a cuanto mal padezco satisfaga.
Blanca, sois vos por quien trocar querría
de oro el más finísimo ducado,
y por tan alta posesión tendría
por bien perder la del más alto estado.
Pues esto conocéis, ¡oh, Blanca mía!,
dejad ese desdén desamorado,
y haced, ¡oh, Blanca!, que el amor acierte
a sacar, si sois vos, blanca mi suerte,
puesto que con pobreza tal me hallara,
que tan sola una blanca poseyera.
Si ella fuérades vos, no me trocara
por el más rico que en el mundo hubiera:
y si mi ser en aquel ser tornara
de Juan de Espera en Dios, dichoso fuera,
si al tiempo que las tres blancas buscase,
a vos, ¡oh, Blanca!, entre ellas os hallase.

(Libro II.)

CANCIÓN DE LENIO

Por bienaventurada,
por llena de contento y alegría
será por mí juzgada
tan dulce compañía,
sino siente de amor la tiranía;

y besaré la tierra
que pisa aquel que de su pensamiento
el falso amor destierra
y tiene el pecho exento
de esta furia cruel, de este tormento;

y llamaré dichoso
al rústico, advertido ganadero,
que vive cuidadoso
del pobre, manso apero,
y muestra el rostro al crudo amor severo.

De éste tal las corderas,
antes que venga la sazón madura
serán ya parideras,
y en la peña más dura
hallarán claras aguas y verdura.

Si, estando amor airado
con él, pusiese en su salud desvío,
llevaré su ganado,
con el ganado mío,
al abundoso pasto, al claro río.

Y, en tanto, del incienso
el humo santo irá volando al cielo,
a quien decirle pienso,

con pío y justo celo,
las rodillas postradas por el suelo:

"¡Oh, cielo santo y justo!
Pues eres protector del que pretende
hacer lo que es tu gusto,
a la salud atiende
de aquel que por servirte amor le ofende.

"No lleve este tirano
los despojos a ti sólo debidos;
antes, con larga mano
y premios merecidos,
restituye su fuerza a los sentidos."

(Libro II.)

EPÍSTOLA DE TIMBRIO A NÍSIDA

Salud te envía aquel que no la tiene,
Nisida, ni la espera en tiempo alguno
si por tus manos mismas no le viene.

El nombre aborrecible de importuno
temo me adquirirán estos renglones,
escritos con mi sangre de uno en uno.

Mas la furia cruel de mis pasiones
de tal modo me turba, que no puedo
huír las amorosas sinrazones.

Entre un ardiente osar y un frío miedo,
arrimado a mi fe y al valor tuyo,
mientras ésta recibes triste quedo,

por ver que en escribirte me destruyo,

si tienes a donaire lo que digo
y entregas al desdén lo que no es suyo.
.....

Dicen que no hay amor sin esperanza;
pienso que es opinión, que yo no espero
y del amor la fuerza más me alcanza.
.....

Sustenta amor su mando y tiranía
con cualquiera belleza en algún pecho;
pero no en la curiosa fantasía,

que mira, no de amor el lazo estrecho
que tiende en los cabellos de oro fino,
dejando al que los mira satisfecho,

ni en el pecho, a quien llama alabastrino
quien del pecho no pasa más adentro,
ni en el marfil del cuello peregrino,

sino del alma el escondido centro
mira, y contempla mil bellezas puras
que le acuden y salen al encuentro.

Mortales y caducas hermosuras
no satisfacen a la inmortal alma,
si de la luz perfecta no anda a obscuras.
.....

Aro en el mar y siembro en el arena
cuando la fuerza extraña del deseo
a más que a contemplarte me condena.

Tu alteza entiendo, mi bajeza veo,
y en extremos que son tan diferentes,
ni hay medio que esperar, ni le poseo.

Ofrécense por esto inconvenientes
tantos a mi remedio, cuantas tiene
el cielo estrellas y la tierra gentes.

Conozco lo que al alma le conviene,
sé lo mejor y a lo peor me atengo,
llevado del amor que me entretiene.

.....

Tú sola puedes levantar mi suerte
sobre la humana pompa, o derribarla
al centro do no hay bien con que se acierte.

Que, si como ha podido sublimarla
el puro amor, quisiera la fortuna
en la difícil cumbre sustentarla,

subida sobre el cielo de la luna
se viera mi esperanza, que ahora yace
en lugar do no espera cosa alguna.

Tal estoy ya, que ya me satisface
el mal que tu desdén airado esquivo,
por tan extraños términos me hace,

sólo por ver que en tu memoria vivo,
y que te acuerdas, Nísida, siquiera
de hacerme mal, que por bien recibo.

.....

Quisiérate pedir, Nísida, cuenta
de un alma que te di. ¿Dónde la echaste?
¿O cómo, estando ausente, me sustenta?

Ser señora de un alma no aceptaste;
pues ¿qué te puede dar quien más te quiera?
¡Cuán bien tu presunción aquí mostraste!

Sin alma estoy desde la vez primera
que te vi, por mi mal y por bien mío,
que todo fuera mal si no te viera.

Allí el freno te di de mi albedrío;
tú me gobiernas, por ti sola vivo,
y aun puede mucho más tu poderío.

En el fuego de amor puro me avivo
y me deshago, pues, cual fénix, luego
de la muerte de amor vida recibo.

En fe de esta mi fe, te pido y ruego
sólo que creas, Nísida, que es cierto
que vivo ardiendo en amoroso fuego.

Y que tú puedes ya, después de muerto,
reducirme a la vida, y, en un punto,
del mar airado conducirme al puerto.

Que está para conmigo en ti tan junto
el querer y el poder, que es todo uno,
sin discrepar y sin faltar un punto;
y acabo por no ser más importuno.

(Libro III. Fragmento.)

CANCIÓN DE MIRENO

Nadie, por fe, te tuvo merecida
mejor que yo; mas veo que es fe muerta
la que con obras no se manifiesta.
Si se estimara el entregar la vida
al dolor cierto y a la gloria incierta,
pudiera yo esperar alegre fiesta;
mas no se admite, en esta

cruda ley que amor usa, el buen deseo,
pues es proverbio antiguo entre amadores
que son obras amores,
y yo, que, por mi mal, sólo poseo
la voluntad de hacellas,
¿qué no me ha de faltar, faltando en ellas?

En ti pensaba yo que se rompiera
esta ley del avaro amor usada,
pastora, y que los ojos levantaras
a una alma de la tuya prisionera,
y a tu propio querer tan ajustada,
que, si la conocieras, la estimaras.
Pensé que no trocaras
una fe que dió muestras de tan buena,
por una que quilata sus deseos
con los vanos arreos
de la riqueza, de cuidados llena:
entregástete al oro,
por entregarme a mí continuo al lloro.

Abatida pobreza, causadora
de este dolor que me atormenta el alma,
aquel te loa que jamás te mira;
turbóse en ver tu rostro mi pastora,
a su amor tu aspereza puso en calma,
y así, por no encontrarte, el pie retira.
Mal contigo se aspira
a conseguir intentos amorosos;
tú derribas las altas esperanzas,
y siembras mil mudanzas
en mujeriles pechos codiciosos;
tú jamás perfeccionas
con amor el valor de las personas.

Sol es el oro cuyos rayos ciegan
la vista más aguda, si se ceba
en la vana apariencia del provecho.
A liberales manos no se niegan
los que gustan de hacer notoria prueba
de un blando, codicioso, hermoso pecho.
Oro tuerce el derecho
de la limpia intención y fe sincera,
y, más que la firmeza de un amante,
acaba un diamante,
pues su dureza vuelve un pecho cera,
por más duro que sea,
pues se le da con él lo que desea.

(Libro III. Fragmento.)

EL MISMO A SILERIA

Tus palabras lisonjeras
y mis crédulos oídos,
me han dado bienes fingidos
y males que son de veras:
los bienes, con su apariencia,
crecieron mi sanidad;
los males, con su verdad,
han doblado mi dolencia.

Por esto, juzgo y discierno
por cosa cierta y notoria,
que tiene el amor su gloria
a las puertas del infierno,
y que un desdén acarrea
y un olvido, en un momento,
desde la gloria al tormento
al que en amar no se emplea.

Con tanta presteza has hecho
este mudamiento extraño,
que estoy ya dentro del daño
y no salgo del provecho,
porque imagino que ayer
era cuando me querías,
o, a lo menos, lo fingías,
que es lo que se ha de creer:

y el agradable sonido
de tus palabras sabrosas
y razones amorosas
aun me suena en el oído.
Estas memorias suaves
al fin me dan más tormento,
pues tus palabras el viento
llevó, y las obras quién sabes.

(Libro III. Fragmento.)

CANCIÓN DE LENIO

¡Desconocido, ingrato Amor, que asombras
a veces los gallardos corazones,
y con vanas figuras, vanas sombras,
pones al alma libre mil prisiones!
Si de ser dios te precias, y te nombras
con tan subido nombre, no perdones
al que, rendido al lazo de himeneo,
rindiere a nuevo nudo su deseo.

En conservar la ley pura y sincera
del santo matrimonio pon tu fuerza,
descoge en este campo tu bandera,
haz a tu condición en esto fuerza;
que bella flor, que dulce fruto espera

por pequeño trabajo, el que se esfuerza
a llevar este yugo como debe,
que, aunque parece carga, es carga leve.

Tú puedes, si te olvidas de tus hechos
y de tu condición tan desabrida,
hacer alegres tálamos y lechos
do el yugo conyugal a dos anida:
enciérrate en sus almas y en sus pechos
hasta que acabe el curso de su vida,
y vayan a gozar, como se espera,
de la agradable eterna primavera.

Deja las pastoriles cabañuelas,
y al libre pastorcillo hacer su oficio,
vuela más alto ya, pues tanto vuelas,
y aspira a mejor grado y ejercicio.
En vano te fatigas y desvelas
en hacer de las almas sacrificio,
si no las rindes, con mejor intento,
al dulce de himeneo ayuntamiento.

Aquí puedes mostrar la poderosa
mano de tu poder maravilloso,
haciendo que la nueva tierna esposa
quiera, y que sea querida de su esposo,
sin que aquella infernal rabia celosa
les turbe su contento y su reposo,
ni el desdén sacudido y zahareño,
les prive del sabroso y dulce sueño.

Mas si, ¡pérfido Amor!, nunca escuchadas
fueron de ti plegarias de tu amigo,
bien serán estas mías desechadas,
que te soy y seré siempre enemigo:
tu condición, tus obras mal miradas,

de quien es todo el mundo buen testigo,
hacen que yo no espere de tu mano
contento alegre, venturoso y sano.

(Libro III.)

CANCIÓN DE OROMPO

Salid de lo hondo del pecho cuitado,
palabras sangrientas, con muerte mezcladas,
y, si los suspiros os tienen atadas,
abrid y romped el siniestro costado.
El aire os impide, que está ya inflamado
del fiero veneno de vuestros acentos;
salid, y siquiera os lleven los vientos,
que todo mi bien también me han llevado.

Poco perderéis en veros perdidas,
pues ya os ha faltado el alto sujeto
por quien en estilo grave y perfeto
hablábades cosas de punto subidas;
notadas un tiempo y bien conocidas
fuisteis por dulces, alegres, sabrosas;
ahora, por tristes, amargas, llorosas,
seréis de la tierra y del cielo tenidas.

Pero, aunque salgáis, palabras, temblando,
¿con cuáles podréis decir lo que siento,
si es incapaz mi fiero tormento
de irse cual es al vivo pintando?
Mas ya que me falta el cómo y el cuándo
de significar mi pena y mi mengua,
aquello que falta y no puede la lengua,
suplan mis ojos, continuo llorando.

¡Oh, muerte, que atajas y acortas el hilo
de mil pretensiones gustosas humanas,
y en un volver de ojos las sierras allanas,
y haces iguales a Henares y al Nilo!
¿Por qué no templaste, traidora, el estilo
tuyo cruel? Por qué, a mi despecho,
probaste en el blanco y más lindo pecho,
de tu fiero alfanje la furia y el filo?

¿En qué te ofendían, ¡oh, falsa!, los años
tan tiernos y verdes de aquella cordera?
¿Por qué te mostraste con ella tan fiera?
¿Por qué en el suyo creciste mis daños?
¡Oh, mi enemiga y amiga de engaños!
De mí, que te busco, te escondes y ausentas,
y quieres y trabas razones y cuentas
con el que más teme tus males tamaños.

En años maduros, tu ley, tan injusta,
pudiera mostrar su fuerza crecida,
y no descargar la dura herida
en quien del vivir ha poco que gusta.
Mas esa tu hoz que todo lo ajusta,
ni mando ni ruego jamás la doblega,
así, con rigor, la flor tierna siega
como la caña nudosa y robusta.

Cuando a Listea del suelo quitaste,
tu ser, tu valor, tu fuerza, tu brío,
tu ira, tu mando y tu señorío,
con sólo aquel triunfo al mundo mostraste.
Llevando a Listea, también te llevaste
la gracia, el donaire, belleza y cordura
mayor de la tierra, y en su sepultura
este bien todo con ella encerraste.

Sin ella, en tiniebla perpetua ha quedado
mi vida penosa, que tanto se alarga,
que es insufrible a mis hombros su carga,
que es muerte la vida del que es desdichado.
Ni espero en fortuna, ni espero en el hado,
ni espero en el tiempo, ni espero en el cielo,
ni tengo de quién espere consuelo,
ni es bien que se espere en mal tan sobrado.

¡Oh, vos, que sentís qué cosa es dolores!
venid y tomad consuelo en los míos,
que, en viendo su ahinco, sus fuerzas, sus [brios,
veréis que los vuestros son mucho menores.
¿Dó estáis ahora, gallardos pastores?
Crisio, Marsilio y Orfenio, ¿qué hacéis?
¿por qué no venís? ¿por qué no tenéis,
por más que los vuestros, mis daños mayores?

Mas ¿quién es aquél que asoma y que [quiebra
por la encrucijada de aqueste sendero?
Marsilio es, sin duda, de amor prisionero;
Belisa es la causa a quien siempre celebra.
A éste le roe la fiera culebra
del crudo desdén el pecho y el alma,
y pasa su vida en tormenta sin calma,
y aun no es, cual la mía, su suerte tan negra.

El piensa que el mal que el alma le aqueja
es más que el dolor de mi desventura.
Aquí será bien que entre esta espesura
me esconda, por ver si acaso se queja.
Mas, ¡ay!, que a la pena que nunca me deja,
pensar igualarla es gran desatino,

pues abre la senda y cierra el camino
al mal que se acerca y al bien que se aleja.

(Libro III.)

CANCIÓN DE MARSILLO

¡A qué apartado clima,
a qué región incierta
iré a vivir, que pueda asegurarme
del mal que me lastima,
del ansia triste y cierta
que no se ha de acabar hasta acabarme?
Ni estar quedo o mudarme
a la arenosa Libia,
o al lugar donde habita
el fiero y blanco escita,
un solo punto mi dolor alivia;
que no está mi contento
en hacer de lugares mudamiento.

Aquí y allí me alcanza
el desdén riguroso
de la sin par cruel pastora mía,
sin que amor ni esperanza
un término dichoso
me puedan prometer en tal porfía.
¡Belisa, luz del día,
gloria de la edad nuestra;
si valen ya contigo
ruegos de un firme amigo,
templa el rigor airado de tu diestra,
y el fuego de este mío
pueda en tu pecho deshacer el frío!

Más sorda a mi lamento,
más implacable y fiera
que a la voz del cansado marinero
el riguroso viento
que el mar turba y altera
y amenaza a la vida el fin postrero;
mármol, diamante, acero,
alpestre y dura roca,
robusta, antigua encina,
roble que nunca inclina
la altiva rama al cierzo que la toca:
todo es blando y suave,
comparado al rigor que en tu alma cabe.

(Libro III. Fragmento.)

CANCIÓN DE CRISIO

Ausente estoy de aquellos ojos bellos
que serenaban la tormenta mía;
ojos vida de aquel que pudo vellos
si de allí no pasó la fantasía;
que verlos y pensar de merecellos
es loco atrevimiento y demasía.
Yo los vi, ¡desdichado!, y no los veo,
y mátame de verlos el deseo.

Deseo, y con razón, ver dividida,
por acortar el término a mi daño,
esta antigua amistad, que tiene unida
mi alma al cuerpo con amor tamaño;
que siendo de las carnes despedida,
con ligereza presta y vuelo extraño,
podrá tornar a ver aquellos ojos,
que son descanso y gloria a sus enojos.

(Libro III. Fragmento.)

CANCIÓN DE ORFENIO

No al gusto le es sabrosa
así a la corderuela desambrida
la yerba, ni gustosa
salud restituída
a aquel que ya la tuvo por perdida,

como es a mí sabroso
mostrar, en la contienda que se ofrece,
que el dolor riguroso
que el corazón padece
sobre el mayor del suelo se engrandece.

Calle su mal sobrado
Orompo; encubra Crisio su dolencia;
Marsilio esté callado;
muerte, desdén ni ausencia
no tengan con los celos competencia.

Pero si el cielo quiere
que hoy salga a campo la contienda nuestra,
comience el que quisiere,
y dé a los otros muestra
de su dolor con torpe lengua y diestra;

que no está en la elegancia
y modo de decir el fundamento
y principal substancia
del verdadero cuento,
que en la pura verdad tiene su asiento.

(Libro III.)

CANCIÓN MADRIGALESCA DE MARSILIO

Si a un pobre caminante
le sucediese, por extraña vía,
huírsele delante,
al fenecer el día,
el albergue esperado
y con vana presteza procurado,

quedaría, sin duda,
confuso del temor que allí le ofrece
la obscura noche y muda,
y más si no amanece;
que el cielo a su ventura
no concede la luz serena y pura.

Yo soy el que camino
para llegar a albergue venturoso,
y cuando más vecino
pienso estar del reposo,
cual fugitiva sombra,
el bien me huye, y el dolor me asombra.

(Libro III.)

CANCIÓN DEL ANCIANO ARSINDO A LAS BODAS DE DARANIO Y SILVERIA

Todo el bien suceda en colmo
entre desposados tales,
tan para en uno nacidos;
peras les ofrezca el olmo,
cerezas los carrascales,
guindas los mirtos floridos;

hallen perlas en los riscos,
uvas les den los lentiscos,
manzanas los algarrobos,
y sin temor de los lobos,
ensanchen más sus apriscos.

Y sus machorras ovejas
vengan a ser parideras,
con que doblen su ganancia;
las solícitas abejas
en los surcos de sus eras
hagan miel en abundancia;
logren siempre su semilla,
en el campo y en la villa,
cogida a tiempo y sazón;
no entre en sus viñas pulgón,
ni en su trigo la neguilla.

Y dos hijos presto tengan,
tan hechos en paz y amor
cuanto pueden desear;
y, en siendo crecidos, vengan
a ser el uno doctor,
y otro cura del lugar:
sean siempre los primeros
en virtudes y en dineros;
que sí serán, y aun señores,
si no salen fiadores
de agudos alcabaleros.

Más años que Sarra vivan,
con salud tan confirmada,
que de ello pese al doctor;
y ningún pesar reciban
ni por hija mal casada,
ni por hijo jugador.

Y cuando los dos estén
viejos cual Matusalén,
mueran sin temor de daño;
y háganles su cabo de año,
por siempre jamás, amén.

(Libro III. Fragmento.)

LAUSO A SILENA

Si yo dijere el bien del pensamiento,
en mal se vuelva cuanto bien poseo,
que no es para decirse el bien que siento.

De mí mismo se encubra mi deseo,
enmudezca la lengua en esta parte,
y en el silencio ponga su trofeo.

Pare aquí el artificio, cese el arte
de exagerar el gusto que en un alma
con mano liberal amor reparte.

Baste decir que en sosegada calma
paso el mar amoroso, confiado
de honesto triunfo y vencedora palma.

Sin saberse la causa, lo causado
se sepa, que es un bien tan sin medida,
que sólo para el alma es reservado.

Ya tengo nuevo ser, ya tengo vida,
ya puedo cobrar nombre en todo el suelo
de ilustre y clara fama conocida.

Que el limpio intento, el amoroso celo
que encierra el pecho enamorado mío,
alzarme puede al más subido cielo.

En ti, Silena, espero, en ti confío,
Silena, gloria de mi pensamiento,
norte por quien se rige mi albedrío.

Espero que el sin par entendimiento
tuyo levantes a entender que valgo
por fe lo que no está en merecimiento.

Confío que tendrás, pastora, en algo,
después de hacerte cierta la experiencia,
la sana voluntad de un pecho hidalgo.

¿Qué bienes no asegura tu presencia?
¿Qué males no destierra? Y ¿quién sin ella
sufrirá un punto la terrible ausencia?

¡Oh, más que la belleza misma bella,
más que la propia discreción discreta,
sol a mis ojos y a mi mar estrella!

No la que fué de la nombrada Creta,
robada por el falso hermoso toro,
igualó a tu hermosura tan perfeta.

Ni aquella que en sus faldas granos de oro
sintió llover, por quien después no pudo
guardar el virginal rico tesoro;

ni aquella que, con brazo airado y crudo,
en la sangre castísima del pecho
tiñó el puñal, en su limpieza, agudo;

ni aquella que a furor movió y despecho
contra Troya los griegos corazones,
por quien fué el Ilión roto y deshecho;

ni la que los latinos escuadrones
hizo mover contra la teucra gente,
a quien Juno causó tantas pasiones;

ni, menos, la que tiene diferente
fama de la entereza y el trofeo
con que su honestidad guardó excelente;

digo de aquella que lloró a Sicheo,
del mantuano Títiro notada
de vano antojo y no cabal deseo.

No en cuanto tuvo hermosas la pasada
edad, ni la presente tiene ahora,
ni en la de porvenir será hallada

quien llegase ni llegue a mi pastora
en valor, en saber y en hermosura,
en merecer del mundo ser señora.

¡Dichoso aquel que con firmeza pura
fuere de ti, Silena, bien querido,
sin gustar de los celos la amargura!

¡Amor, que a tanta alteza me has subido,
no me derribes con pesada mano
a la bajeza obscura del olvido!
¡Sé conmigo señor, y no tirano!

(Libro IV.)

CANCIÓN DE LAUSO A LARSILEO, RECITADA POR DAMÓN

El vano imaginar de nuestra mente,
de mil contrarios vientos arrojada

acá y allá con curso presuroso;
la humana condición, flaca, doliente,
en caducos placeres ocupada,
do busca, sin hallarle, algún reposo;
el falso, el mentiroso
mundo, prometedor de alegres gustos;
la voz de sus sirenas,
mal escuchada apenas
cuando cambia su gusto en mil disgustos;
la Babilonia, el caos que miro y leo
en todo cuanto veo;
el cauteloso trato cortesano,
junto con mi deseo,
puesto han la pluma en la cansada mano.

Quisiera yo, señor, que allí llegara,
do llega mi deseo, el corto vuelo
de mi grosera mal cortada pluma,
sólo para que luego se ocupara
en levantar al más subido vuelo
vuestra rara bondad y virtud suma.
Mas ¿quién hay que presuma
echar sobre sus hombros tanta carga,
si no es un nuevo Atlante,
en fuerzas tan bastante
que poco el cielo le fatiga y carga?
Y aun le será forzoso que se ayude
y el grave peso mude
sobre los brazos de otro Alcides nuevo;
y aunque se encorbe y sude,
yo tal fatiga por descanso apruebo.

Ya que a mis fuerzas esto es imposible,
y el inútil deseo doy por muestra
de lo que encierra el justo pensamiento,
veamos si, quizá, será posible

mover la flaca mal contenta diestra
a mostrar por enigma algún contento;
mas, tan sin fuerzas siento
mi fuerza en esto, que será forzoso
que apliquéis los oídos
a los tristes gemidos
de un desdeñado pecho congojoso,
a quien el fuego, el aire, el mar, la tierra
hacen continua guerra,
todos en su desdicha conjurados,
que se remata y cierra
con la corta ventura de sus hados.

Si esto no fuera, fácil cosa fuera
tender por la región del gusto el paso,
y reducir cien mil a la memoria,
pintando el monte, el río y la ribera
do amor, el hado y la fortuna y caso
rindieron a un pastor toda su gloria.
Mas de esta dulce historia
el tiempo triunfa, y sólo queda de ella
una pequeña sombra,
que ahora espanta, asombra
al pensamiento que más piensa en ella:
condición propia de la humana suerte,
que el gusto nos convierte,
en pocas horas, en mortal disgusto,
y nadie habrá que acierte
en muchos años con un firme gusto.

Vuelva y revuelva; en alto suba o baje
el vano pensamiento al hondo abismo;
corra en un punto desde Tile a Batro,
que él dirá, cuanto más sude y trabaje,
y del término salga de sí mismo,
puesto en la esfera o en el cruel baratro:

¡oh, una, y tres, y cuatro,
cinco, y seis, y más veces venturoso
el simple ganadero,
que, con un pobre apero,
vive con más contento y más reposo
que el rico Craso o el avariento Mida,
pues con aquella vida
robusta, pastoral, sencilla y sana,
de todo punto olvida
esta mísera, falsa cortesana!

En el rigor del erizado invierno
al tronco entero de robusta encina,
de Vulcano abrasada, se calienta,
y allí en sosiego trata del gobierno
mejor de su ganado, y determina
dar de sí al cielo no intrincada cuenta.
Y cuando ya se ahuyenta
el encogido, estéril, yerto frío,
y el gran señor de Delo
abrasa el aire, el suelo,
en el margen sentado de algún río
de verdes sauces y álamos cubierto,
con rústico concierto
suelta la voz o toca el caramillo,
y a veces se ve cierto
las aguas detenerse por oíllo.

Poco allí le fatiga el rostro grave
del privado, que muestra en apariencia
mandar allí do no es obedecido,
ni el alto exagerar con voz suave
del falso adulador, que en poca ausencia
muda opinión, señor, bando y partido;
ni el desdén sacudido
del sutil secretario le fatiga,

ni la altivez honrada
de la llave dorada,
ni de los varios príncipes la liga,
ni del manso ganado un punto parte,
porque el furor de Marte
a una y otra parte suene airado,
regido por tal arte,
que apenas su secuaz se ve medrado.

Reduce a poco espacio sus pisadas:
del alto monte al apacible llano,
desde la fresca fuente al claro río,
sin que, por ver las tierras apartadas,
las movibles campiñas de Oceano
are con loco antiguo desvarío.
No le levanta el brío
saber que el gran monarca invicto vive
bien cerca de su aldea
y, aunque su bien desea,
poco disgusto en no verle recibe;
no como el ambicioso entremetido,
que con seso perdido
anda tras el favor, tras la privanza,
sin nunca haber teñido
en turca o mora sangre espada o lanza.

No su semblante o su color se muda
porque mude color, mude semblante
el señor a quien sirve, pues no tiene
señor que fuerce a que, con lengua muda,
siga, cual Clicio a su dorado amante,
el dulce o amargo gusto que le viene.
No le veréis que pene
de temor que un descuido, una nonada,
en el ingrato pecho
del señor el derecho

borre de sus servicios, y sea dada
de breve despedida la sentencia.
No muestra, en apariencia,
otro de lo que encierra el pecho sano;
que la rústica ciencia
no alcanza el falso trato cortesano.

¿Quién tendrá vida tal en menosprecio?
¿Quién no dirá que aquella sola es vida
que al sosiego del alma se encamina?
El no tenerla el cortesano en precio,
hace que su bondad sea conocida
de quien aspira al bien y al mal declina.
¡Oh, vida, do se afina,
en soledad, el gusto acompañado!
¡Oh, pastoral bajeza,
más alta que la alteza
del cetro más subido y levantado!
¡Oh, flores olorosas, oh, sombríos
bosques, oh, claros ríos!
¡Quién gozar os pudiera un breve tiempo,
sin que los males míos
turbasen tan honesto pasatiempo!

(Libro IV.)

VITUPERIO DEL AMOR, POR LENIO

Amor es fuego que consume el alma,
hielo que hiela, flecha que abre el pecho
que de sus mañas vive descuidado:
turbado mar do no se ha visto calma,
ministro de ira, padre del despecho,
enemigo, de amigo disfrazado,
dador de escaso bien y mal colmado;
afable, lisonjero,

tirano crudo y fiero,
y Circe engañadora que nos muda
en varios monstruos, sin que humana ayuda
pueda al pasado ser nuestro volvernos,
aunque ligera acuda
la luz de la razón a socorrernos.

Yugo que humilla al más erguido cuello,
blanco a do se encaminan los deseos
del ocio blando, sin razón nacidos;
red engañosa de sutil cabello,
que cubre y prende en torpes actos feos
los que del mundo son en más tenidos;
sabroso mal de todos los sentidos,
ponzoña disfrazada
cual píldora dorada;
rayo que, adonde toca, abrasa y hiende;
airado brazo que a traición ofende,
verdugo del cautivo pensamiento,
y del que se defiende
del dulce halago de su falso intento.

Daño que aplace en los principios, cuando
se regala la vista en el sujeto,
que, cual el cielo, bello le parece;
mas tanto cuanto más pasa mirando,
tanto más pena en público y secreto
el corazón, que todo lo padece;
mudo hablador, parlero que enmudece,
cuerdo que desatina,
pura total ruïna
de la más concertada alegre vida;
sombra de bien en males convertida,
vuelo que nos levanta hasta la esfera,
para que en la caída
quede vivo el pesar y el gusto muera.

Invisible ladrón que nos destruye
y roba lo mejor de nuestra hacienda,
llevándonos el alma a cada paso;
ligereza que alcanza al que más huye,
enigma que ninguno hay que lo entienda,
vida que de continuo está en traspaso,
guerra elegida, y que nace acaso;
tregua que poco dura,
amada desventura,
preñez que por jamás a sazón llega,
enfermedad que al ánima se pega;
cobarde que se arroja al mal y atreve,
deudor que siempre niega
la deuda averiguada que nos debe.

Cercado laberinto, do se anida
una fiera cruel que se sustenta
de rendidos humanos corazones;
lazo donde se enlaza nuestra vida,
señor que al mayordomo pide cuenta
de las obras, palabras e intenciones;
codicia de mil varias pretensiones;
gusano que fabrica
estancia pobre o rica,
do poco espacio habita, y al fin muere;
querer que nunca sabe lo que quiere,
nube que los sentidos obscurece,
cuchillo que nos hiere...
este es amor: seguidle, si os parece.

(Libro IV. Fragmento.)

LOANZA DEL AMOR, POR TIRSI

Es el amor principio del bien nuestro,
medio por do se alcanza y se granjea
el más dichoso fin que se pretende,

de todas ciencias sin igual maestro;
fuego que, aunque de hielo un pecho sea,
en claras llamas de virtud le enciende;
poder que al flaco ayuda, al fuerte ofende;
raíz de adonde nace
la venturosa planta
que al cielo nos levanta,
con tal fruto, que al alma satisface,
de bondad, de valor, de honesto celo,
de gusto sin segundo,
que alegra al mundo y enamora al cielo.

Cortesano, galán, sabio, discreto,
gallardo, liberal, manso, esforzado,
de aguda vista, aunque de ciegos ojos;
guardador verdadero del respeto,
capitán que, en la guerra do ha triunfado,
sola la honra quiere por despojos;
flor que crece entre espinas y entre abrojos,
que a vida y alma adorna;
del temor enemigo,
de la esperanza amigo;
huésped que más alegra cuando torna,
instrumento de honrosos ricos bienes,
por quien se mira y medra
la honrosa yedra en las honradas sienes.

Instinto natural que nos conmueve
a levantar los pensamientos, tanto
que apenas llega allí la vista humana;
escala por do sube, el que se atreve,
a la dulce región del cielo santo;
sierra en su cumbre deleitosa y llana,
facilidad que lo intrincado allana;
norte por quien se guía
en este mar insano

el pensamiento sano;
alivio de la triste fantasía,
padrino que no quiere nuestra afrenta;
farol que no se encubre,
mas nos descubre el puerto en la tormenta.

Pintor que en nuestras ánimas retrata,
con apacibles sombras y colores,
ora mortal, ora inmortal belleza;
sol que todo nublado desbarata,
gusto a quien son sabrosos los dolores,
espejo en quien se ve naturaleza
liberal, que en su punto la franqueza
pone con justo medio;
espíritu de fuego
que alumbra al que es más ciego;
del odio y del temor sólo remedio;
Argos que nunca puede estar dormido,
por más que a sus orejas
lleguen consejas de algún dios fingido.

Ejército de armada infantería
que atropella cien mil dificultades,
y siempre queda con victoria y palma;
morada adonde asiste la alegría,
rostro que nunca encubre las verdades,
mostrando claro lo que está en el alma;
mar donde la tormenta es dulce calma,
con sólo que se espere
tenerla en tiempo alguno;
refrigerio oportuno
que cura al desdeñado cuando muere;
en fin, amor es vida, es gloria, es gusto,
almo, feliz sosiego:
seguidle luego, que el seguirle es justo.

(Libro IV. Fragmento.)

CANCIÓN DE ELICIO Y ERASTRO

ELICIO

El que quisiere ver la hermosura
mayor que tuvo, o tiene, o tendrá el suelo,
el fuego y el crisol donde se apura
la blanca castidad y el limpio celo,
todo lo que valor sea y cordura,
y cifrado en la tierra un nuevo cielo,
juntas en uno alteza y cortesía,
venga a mirar a la pastora mía.

ERASTRO

Venga a mirar a la pastora mía
quien quisiere contar de gente en gente
que vió otro sol que daba luz al día,
más claro que el que sale del Oriente.
Podrá decir cómo su fuego enfría,
y abrasa al alma que tocar se siente
del vivo rayo de sus ojos bellos,
y que no hay más que ver después de vellos.

ELICIO

Y que no hay más que ver después de vellos
sábenlo bien estos cansados ojos,
ojos que, por mi mal, fueron, tan bellos,
ocasión principal de mis enojos.
Vílos y vi que se abrasaba en ellos
mi alma, y que entregaba los despojos
de todas sus potencias a su llama,
que me abrasa y me hiela, arroja y llama.

ERASTRO

Que me abrasa y me hiela, arroja y llama
esta dulce enemiga de mi gloria,
de cuyo ilustre ser puede la fama
hacer extraña y verdadera historia.
Sólo sus ojos, do el amor derrama
toda su gracia y fuerza más notoria,
darán materia que levante al cielo
la pluma del más bajo humilde vuelo.

ELICIO

La pluma del más bajo humilde vuelo,
si quiere levantarse hasta la esfera,
cante la cortesía y justo celo
de esta fénix sin par, sola y primera.
Gloria de nuestra edad, honra del suelo,
valor del caro Tajo y su ribera,
cordura sin igual, rara belleza
donde más se extremó Naturaleza.

ERASTRO

Donde más se extremó Naturaleza,
donde ha igualado al pensamiento el arte,
donde juntó el valor y gentileza
que en diversos sujetos se reparte,
y adonde la humildad con la grandeza
ocupan solas una misma parte,
y adonde tiene amor su albergue y nido,
la bella ingrata mi enemiga ha sido.

ELICIO

La bella ingrata mi enemiga ha sido
quien quiso, pudo y supo en un momento

tenerme de un sutil cabello asido
el libre vagaroso pensamiento.
Y aunque al estrecho lazo estoy rendido,
tal gusto y gloria en las prisiones siento,
que extiendo el pie y el cuello a las cadenas,
llamando dulces tan amargas penas.

ERASTRO

Llamando dulces tan amargas penas
paso la corta fatigada vida,
del alma triste sustentada apenas,
y aun apenas del cuerpo sostenida.
Ofrecióle fortuna a manos llenas
a mi breve esperanza fe cumplida;
¿qué gusto, pues, qué gloria o bien se ofrece
do mengua la esperanza y la fe crece?

ELICIO

Do mengua la esperanza y la fe crece,
se descubre y parece el alto intento
del firme pensamiento enamorado,
que, sólo confiado en amor puro,
vive cierto y seguro de una paga
que al alma limpiamente satisfaga.

ERASTRO

El mísero doliente, a quien sujeta
la enfermedad y aprieta, se contenta,
cuando más le atormenta el dolor fiero,
con cualquiera ligero breve alivio;
mas cuando ya más tibio el daño toca,
a la salud invoca y busca entera.
Así, de esta manera, el tierno pecho

del amador, deshecho en llanto triste,
dice que el bien consiste de su pena
en que la luz serena de los ojos,
a quien dió los despojos de su vida,
le mire con fingida o cierta muestra;
mas, luego, amor le adiestra y le demanda,
y más cosas demanda que primero.

ELICIO

Ya traspone el otero el sol hermoso,
Erastro, y a reposo nos convida
la noche denegrida que se acerca.

ERASTRO

Y la aldea está cerca, y yo cansado.

ELICIO

Pongamos, pues, silencio al canto usado.

(Libro IV.)

CANCIÓN DE LAUSO

¿Quién mi libre pensamiento
me le vino a sujetar?
¿Quién pudo, en flaco cimiento
sin ventura, fabricar
tan altas torres de viento?

¿Quién rindió mi libertad,
estando en seguridad,
de mi vida satisfecho?
¿Quién abrió y rompió mi pecho.
y robó mi voluntad?

¿Dónde está la fantasía
de mi esquiva condición?
¿Dó el alma que ya fué mía,
y dónde mi corazón,
que no está donde solía?

Mas yo todo, ¿dónde estoy,
dónde vengo o dónde voy?
A dicha, ¿sé yo de mí?
¿Soy, por ventura, el que fuí,
o nunca he sido el que soy?

Estrecha cuenta me pido,
sin poder averigualla,
pues, a tal punto he venido,
que aquello que en mí se halla
es sombra de lo que he sido.

No me entiendo, de entenderme,
ni me valgo por valerme,
y, en tan ciega confusión,
cierta está mi perdición,
y no pienso de perderme.

La fuerza de mi cuidado,
y el amor que lo consiente,
me tienen en tal estado,
que adoro el tiempo presente
y lloro por el pasado.

Véome en éste morir,
y en el presente vivir;
y en éste adoro mi muerte,
y en el pasado la suerte,
que ya no puede venir.

En tan extraña agonía
el sentido tengo ciego,
pues, viendo que amor porfía
y que estoy dentro del fuego,
aborrezco el agua fría,

que si no es la de mis ojos,
que el fuego aumenta y despojos,
en esta amorosa fragua
no quiero ni busco otro agua
ni otro alivio a mis enojos.

Todo mi bien comenzara,
todo mi mal feneciera,
si mi ventura ordenara
que de ser mi fe sincera
Silena se asegurara.

Suspiros, aseguradla;
ojos míos, enteradla,
llorando, en esta verdad;
pluma, lengua, voluntad,
en tal razón confirmadla.

(Libro V.)

CANCIÓN DE TIMBRIO

¡Oh, fiera mano enemiga!
¡Cómo, si allí me acabaras,
te tuviera por amiga,
pues, con matarme, estorbaras
las ansias de mi fatiga!

¡Oh, cuán amargo descuento
trajo la victoria mía,

pues pagaré, según siento,
el gusto sólo de un día
con mil siglos de tormento!

No os descuidéis de ayudarme,
mar, cielo, amor y la muerte;
acabad ya de acabarme,
que será la mejor suerte
que yo espero y podréis darme;

pues si no me anega el mar,
y no me recoge el cielo,
y el amor ha de durar,
y de no morir recelo,
no sé en qué habré de parar.

(Libro V. Fragmento.)

LAUSO A SILENA

Alzo la vista a la más noble parte
que puede imaginar el pensamiento,
donde miro el valor, admiro el arte
que suspende el más alto entendimiento.
Mas, si queréis saber quién fué la parte
que puso fiero yugo al cuello exento,
quién me entregó, quién lleva mis despojos:
mis ojos son, Silena, y son tus ojos.

Tus ojos son, de cuya luz serena
me viene la que al cielo me encamina,
luz de cualquiera obscuridad ajena,
segura muestra de la luz divina:
por ella el fuego, el yugo y la cadena
que me consume, carga y desatina,
es refrigerio, alivio; es gloria; es palma
al alma, y vida que te ha dado el alma.

¡Divinos ojos, bien del alma mía,
término y fin de todo mi deseo;
ojos que serenáis el turbio día,
ojos por quien yo veo, si algo veo!
En vuestra luz mi pena y mi alegría
ha puesto amor; en vos contemplo y leo
la dulce, amarga, verdadera historia
del cierto infierno, de mi incierta gloria.

(Libro V. Fragmento.)

CANCIÓN DE LAUSO

¡Con las rodillas en el suelo hincadas,
las manos en humilde modo puestas,
y el corazón de un justo celo lleno,
te adoro, desdén santo, en quien cifradas
están las causas de las dulces fiestas
que gozo en tiempo sosegado y bueno!
¡Tú del rigor del áspero veneno,
que el mal de amor encierra,
fuiste la cierta y presta medicina;
tú mi total ruina
volviste en bien, en sana paz mi guerra,
y así, como a mi rico almo tesoro,
no una vez sola, mas cien mil te adoro!

Por ti la luz de mis cansados ojos,
tanto tiempo turbada, y aun perdida,
al ser primero ha vuelto que tenía;
por ti torno a gozar de los despojos,
que de mi voluntad y de mi vida
llevó de amor la antigua tiranía:
por ti la noche de mi error en día
de sereno discurso
se ha vuelto, y la razón, que antes estaba

en posesión de esclava,
con sosegado y advertido curso,
siendo ahora señora, me conduce
do el bien eterno más se muestra y luce.

Mostrásteme, desdén, cuán engañosas,
cuán falsas y fingidas habían sido
las señales de amor que me mostraban,
y que aquellas palabras amorosas
que tanto regalaban el oído
y el alma de sí misma enajenaban,
en falsedad y burla se forjaban,
y el regalado y tierno
mirar de aquellos ojos sólo era
porque mi primavera
se convirtiese en desabrido invierno,
cuando llegase el claro desengaño;
mas tú, dulce desdén, curaste el daño.

¡Desdén, que sueles ser espuela aguda
que hace caminar al pensamiento
tras la amorosa deseada empresa!
En mí tu efecto y condición se muda,
que yo por ti me aparto del intento
tras quien corría con no vista priesa;
y aunque continuo el fiero amor no cesa,
mal de mí satisfecho,
tender de nuevo el lazo por cogerme,
y por más ofenderme,
encarar mil saetas a mi pecho:
tú, desdén, solo, sólo tú, bien puedes
romper sus flechas y rasgar sus redes.

No era mi amor tan flaco, aunque sencillo,
que pudiera un desdén echarle a tierra;
cien mil han sido menester primero:

que fué, cual suele, sin poder sufrillo,
venir al suelo el pino que le atierra,
en virtud de otros golpes, el postrero.
Grave desdén, de parecer severo,
en desamor fundado
y en poca estimación de ajena suerte:
dulce me ha sido el verte,
el oírte y tocarte, y que gustado
hayas sido del alma, en coyuntura
que derribas y acabas mi locura.

Derribas mi locura, y das la mano
al ingenio, desdén, que se levante
y sacuda de sí el pesado sueño,
para que, con mejor intento sano,
nuevas grandezas, nuevos loores cante
de otro, si le halla, agradecido dueño:
tú has quitado las fuerzas al beleño
con que el amor ingrato
adormecía a mi virtud doliente,
y con la tuya ardiente
soy reducido a nueva vida y trato;
que ahora entiendo que yo soy quien puedo
temer con tasa, y esperar sin miedo.

(Libro V.)

CANCIÓN DE LENIO

Dulce amor, ya me arrepiento
de mis pasadas porfías;
ya de hoy más confieso y siento
que fué sobre burlerías
levantado su cimiento;
ya el rebelde cuello erguido,
humilde pongo y rendido

al yugo de la obediencia;
ya conozco la potencia
de tu valor extendido.
Sé que puedes cuanto quieres,
y que quieres lo imposible;
sé que muestras bien quién eres
en tu condición terrible,
en tus penas y placeres;
y sé, en fin, que yo soy quien
tuvo siempre a mal tu bien,
tu engaño por desengaño,
tus certezas por engaño,
por caricias tu desdén.

(Libro V. Fragmento.)

CANCIÓN DE TIRSI, DAMÓN, ELICIO Y LAUSO, ANTE EL SEPULCRO DE MELISO

TIRSI

Tal cual es la ocasión de nuestro llanto,
no sólo nuestro, mas de todo el suelo,
pastores, entonad el triste canto.

DAMÓN

El aire rompan, lleguen hasta el cielo
los suspiros dolientes, fabricados
entre justa piedad y justo duelo.

ELICIO

Serán de tierno humor siempre bañados
mis ojos, mientras viva la memoria,
Meliso, de tus hechos celebrados.

LAUSO

Meliso, digno de inmortal historia,
digno que goces en el cielo santo
de alegre vida y de perpetua gloria.

TIRSI

Mientras que a las grandezas me levanto
de cantar sus hazañas, como pienso,
pastores, entonad el triste canto.

DAMÓN

Como puedo, Meliso, recompenso
a tu amistad; con lágrimas vertidas,
con ruegos píos y sagrado incienso.

ELICIO

Tu muerte tiene en llanto convertidas
nuestras dulces pasadas alegrías,
y a tierno sentimiento reducidas.

LAUSO

Aquellos claros, venturosos días
donde el mundo gozó de tu presencia,
se han vuelto en noches miserables, frías.

TIRSI

¡Oh, muerte, que con presta violencia
tal vida en poca tierra reduciste!
¿A quién no alcanzará tu diligencia?

DAMÓN

Después, ¡oh, muerte!, que aquel golpe diste,
que echó por tierra nuestro fuerte arrimo,
de yerba el prado, ni de flor se viste.

ELICIO

Con la memoria de este mal reprimo
el bien, si alguno llega a mi sentido,
y con nueva aspereza me lastimo.

LAUSO

¿Cuándo suele cobrarse el bien perdido?
¿Cuándo el mal sin buscarle no se halla?
¿Cuándo hay quietud en el mortal ruido?

TIRSI

¿Cuándo de la mortal fiera batalla
triunfó la vida, y cuándo contra el tiempo
se opuso o fuerte arnés o dura malla?

DAMÓN

Es nuestra vida un sueño, un pasatiempo,
un vano encanto que desaparece
cuando más firme pareció en su tiempo.

ELICIO

Día que al medio curso se obscurece,
y le sucede noche tenebrosa,
envuelta en sombras que el temor ofrece.

LAUSO

Mas tú, pastor famoso, en venturosa
hora pasaste de este mar insano
a la dulce región maravillosa.

TIRSI

Después que en el aprisco veneciano
las causas y demandas decidiste
del gran pastor del ancho suelo hispano.

DAMÓN

Después, también, que con valor sufriste
el trance de fortuna acelerado
que a Italia hizo, y aun a España, triste.

ELICIO

Y después que, en sosiego reposado,
con las nueve doncellas solamente
tanto tiempo estuviste retirado.

LAUSO

Sin que las fieras armas del Oriente,
ni la francesa furia inquietase
tu levantada y sosegada mente.

TIRSI

Entonces quiso el cielo que llegase
la fría mano de la muerte airada,
y en tu vida el bien nuestro arrebatase.

DAMÓN

Quedó tu suerte entonces mejorada,
quedó la nuestra a un triste amargo lloro
perpetua, eternamente condenada.

ELICIO

Vióse el sacro virgíneo hermoso coro
de aquellas moradoras del Parnaso
romper llorando sus cabellos de oro.

LAUSO

A lágrimas movió el doliente caso
al gran competidor del niño ciego,
que entonces de dar luz se mostró escaso.

TIRSI

No entre las armas y el ardiente fuego
los tristes teucros tanto se afligieron
con el engaño del astuto griego,
como lloraron, como repitieron
el nombre de Meliso los pastores,
cuando informados de su muerte fueron.

DAMÓN

No de olorosas variadas flores
adornaron sus frentes, ni cantaron
con voz suave algún cantar de amores.
De funesto ciprés se coronaron,
y en triste repetido amargo llanto
lamentables canciones entonaron.

ELICIO

Y así, pues hoy el áspero quebranto,
y la memoria amarga se renueva,
pastores, entonad el triste canto.
Que el duro caso que a doler nos lleva
es tal, que será pecho de diamante
el que a llorar en él no se conmueva.

LAUSO

El firme pecho, el ánimo constante
que en las adversidades siempre tuvo
este pastor, por mil lenguas se cante,
como al desdén que de continuo hubo
en el pecho de Filis indignado,
cual firme roca contra el mar estuvo.

TIRSI

Repítanse los versos que ha cantado,
queden en la memoria de las gentes
por muestras de su ingenio levantado.

DAMÓN

Por tierras de las nuestras diferentes
lleve su nombre la parlera fama
con pasos prestos y alas diligentes.

ELICIO

Y de su casta y amorosa llama
ejemplo tome el más lascivo pecho,
y el que en ardor menos cabal se inflama.

LAUSO

¡Venturoso Meliso, que, a despecho
de mil contrastes fieros de fortuna,
vives ahora alegre y satisfecho!

TIRSI

Poco te cansa, poco te importuna
esta mortal bajeza que dejaste,
llena de más mudanzas que la luna.

DAMÓN

Por firme alteza la humildad trocaste,
por bien el mal, la muerte por la vida:
tan seguro temiste y esperaste.

ELICIO

De esta mortal, al parecer, caída,
quien vive bien al cabo se levanta,
cual tú, Meliso, a la región florida.
Donde por más de una inmortal garganta
se despide la voz, que gloria suena,
gloria repite, dulce gloria canta;
donde la hermosa clara faz serena
se ve, en cuya visión se goza y mira
la suma gloria más perfecta y buena.
Mi flaca voz a tu alabanza aspira,
y tanto cuanto más crece el deseo,
tanto, Meliso, el miedo le retira.
Que aquello que contemplo ahora y veo
con el entendimiento levantado,
del sacro tuyo sobrehumano arreo,
tiene mi entendimiento acobardado,

y sólo paro en levantar las cejas
y en recoger los labios de admirado.

LAUSO

Con tu partida, en triste llanto dejas
cuantos con tu presencia se alegraban,
y el mal se acerca, porque tú te alejas.

TIRSI

En tu sabiduría se enseñaban
los rústicos pastores, y en un punto,
con nuevo ingenio y discreción quedaban.
Pero llegóse aquel forzoso punto
donde tú te partiste, y do quedamos
con poco ingenio y corazón difunto.
Esta amarga memoria celebramos
los que en la vida te quisimos tanto
cuanto ahora en la muerte te lloramos.
Por esto, al son de tan confuso llanto,
cobrando de continuo nuevo aliento,
pastores, entonad el triste canto.
Lleguen do llega el duro sentimiento
las lágrimas vertidas y suspiros,
con quien se aumenta el presuroso viento.
Poco os encargo, poco sé pediros;
más habéis de sentir que cuanto ahora
puede mi atada lengua referiros.
Mas, pues Febo se ausenta y descolora
la tierra, que se cubre en negro manto,
hasta que venga la esperada aurora,
pastores, cesad ya del triste canto.

(Libro VI.)

CANCIÓN DE BELISA

Libre voluntad exenta,
atended a la razón
que nuestro crédito aumenta;
dejad la vana afición
engendradora de afrenta;
que, cuando el alma se encarga
de alguna amorosa carga,
a su gusto es cualquier cosa
composición venenosa,
con jugo de adelfa amarga.
Por la mayor cantidad
de la riqueza subida
en valor y en calidad,
no es bien dada ni vendida
la preciosa libertad.
Pues ¿quién se pondrá a perdella
por una simple querella
de un amador porfiado,
si cuanto bien hay criado
no se compara con ella?
Si es insufrible dolor
tener en prisión esquiva
el cuerpo libre de amor,
tener el alma cautiva
¿no será pena mayor?
Sí será, y aun de tal suerte,
que remedio a mal tan fuerte
no se halla en la paciencia,
en años, valor o ciencia,
porque sólo está en la muerte.
Vaya, pues, mi sano intento
lejos de este desvarío;
huya tan falso contento,

rija mi libre albedrío
a su modo el pensamiento;
mi tierna cerviz exenta
no permita ni consienta
sobre sí el yugo amoroso,
por quien se turba el reposo
y la libertad se ausenta.

(Libro VI.)

ADIVINANZAS

DE AURELIO

(El vino.)

¿Cuál es aquel poderoso
que, desde Oriente a Occidente,
es conocido y famoso?
A veces fuerte y valiente,
otras flaco y temeroso:
quita y pone la salud,
muestra y cubre la virtud
en muchos más de una vez,
es más fuerte en la vejez
que en la alegre juventud.
Múdase en quien no se muda,
por extraña preeminencia;
hace temblar al que suda,
y a la más rara elocuencia
suele tornar torpe y muda:
con diferentes medidas,
anchas, cortas y extendidas,
mide su ser y su nombre,
y suele tomar renombre
de mil tierras conocidas.

Sin armas vence al armado,
y es forzoso que le venza,
y aquel que más le ha tratado,
mostrando tener vergüenza
es el más desvergonzado:
y es cosa de maravilla,
que, en el campo y en la villa,
a capitán de tal prueba
cualquier hombre se le atreva,
aunque pierda en la rencilla.

DE ARSINDO

(El carbón.)

¿Quién es quien pierde el color
donde se suele avivar,
y luego torna a cobrar
otro más vivo y mejor?
Es pardo en su nacimiento,
y después negro atezado,
y al cabo tan colorado,
que su vista da contento.
No guarda fueros ni leyes,
tiene amistad con las llamas,
visita a tiempos las camas
de señores y de reyes:
muerto se llama varón,
y vivo hembra se nombra,
tiene el aspecto de sombra;
de fuego la condición.

DE TIRSI

(La celosía.)

¿Quién es la que es toda ojos
de la cabeza a los pies,

y a veces sin su interés
causa amorosos enojos?
También suele aplacar riñas,
y no le va ni le viene;
y aunque tantos ojos tiene
descubre muy pocas niñas:
tiene nombre de un dolor
que se tiene por mortal,
hace bien y hace mal,
enciende y templa el amor.

DE TIMBRIO

(Los grillos del preso.)

¿Quién es el que, a su pesar,
mete sus pies por los ojos
y sin causarles enojos
les hace luego cantar?
El sacarlos es de gusto,
aunque a veces, quien los saca
no sólo su mal no aplaca,
mas cobra mayor disgusto.

DE NÍSIDA

(Las despabiladeras y la bujía.)

Muerde el fuego, y el bocado
es daño y bien del mordido;
no pierde sangre el herido
aunque se ve acuchillado;
mas si es profunda la herida,
y de mano que no acierte,
causa al herido la muerte,
y en tal muerte está su vida.

(Libro VI.)

GALERCIO A GELASIA

Angel de humana figura,
furia con rostro de dama,
fría y encendida llama
donde mi alma se apura:
escucha las sinrazones
de tu desamor causadas,
de mi alma trasladadas
en estos tristes renglones.
Que alabes la libertad
es muy justo, y razón tienes;
mas mira que la mantienes
sólo con la crueldad;
y no es justo lo que ordenas:
querer, sin ser ofendida,
sustentar tu libre vida
con tantas muertes ajenas.
No imagines que es deshonra
que te quieran todos bien,
ni que está en usar desdén
depositada tu honra:
antes, templando el rigor
de los agravios que haces,
con poco amor satisfaces
y cobras nombre mejor.
Con razón, y de derecho,
del mal y bien me das pago;
pena por el mal que hago,
gloria por el bien que he hecho.
En el modo que me tratas
tal verdad es conocida;
con la vista me das vida,
con la condición me matas.
Bien sé que habrás de decir

que me alargo, y yo lo creo,
pero acorta tú el deseo,
y acortaré yo el pedir;
mas, según lo que me das
en cuantas demandas toco,
a ti te importa muy poco
que pida menos o más.

(Libro VI. Fragmento.)

CANTO DE CALIOPE

CANTO DE CALIOPE

Al dulce son de mi templada lira
prestad, pastores, el oído atento:
oiréis cómo en mi voz y en él respira
de mis hermanas el sagrado aliento;
veréis cómo os suspende y os admira,
y colma vuestras almas de contento,
cuando os dé relación, aquí en el suelo,
de los ingenios que ya son del cielo.

Pienso cantar de aquellos solamente
a quien la Parca el hilo aun no ha cortado,
de aquellos que son dignos justamente
de en tal lugar tenerle señalado;
donde, a pesar del tiempo diligente,
por el laudable oficio acostumbrado
vuestro, vivan mil siglos sus renombres,
sus claras obras, sus famosos nombres.

Y el que con justo título merece
gozar de alta y honrosa preeminencia,
un Don Alonso es, en quien florece
del sacro Apolo la divina ciencia;
y en quien, con alta lumbre, resplandece
de Marte el brío y sin igual potencia;
de Leiva tiene el sobrenombre ilustre,
que a Italia ha dado, y aun a España lustre.

Otro del mismo nombre, que de Arauco
cantó las guerras y el valor de España,
el cual los reinos donde habita Glauco
pasó y sintió la embravecida saña:
no fué su voz, no fué su acento rauco,
que uno y otro fué de gracia extraña,

y tal, que Ercilla, en este hermoso asiento,
merece eterno y sacro monumento.

Del famoso Don Juan de Silva os digo
que toda gloria y todo honor merece,
así por serle Febo tan amigo,
como por el valor que en él florece:
serán de esto sus obras buen testigo,
en las cuales su ingenio resplandece,
con claridad que al ignorante alumbra
y al sabio agudo a veces le deslumbra.

Crezca el número rico de esta cuenta
aquel con quien la tiene tal el cielo
que con febeo aliento le sustenta,
y con valor de Marte acá en el suelo
a Homero iguala, si a escribir intenta,
y a tanto llega de su pluma el vuelo,
cuanto es verdad que a todos es notorio
el alto ingenio de Don Diego Osorio.

Por cuantas vías la parlera fama
puede loar un caballero ilustre,
por tantas su valor claro derrama,
dando sus hechos a su nombre lustre:
su vivo ingenio, su virtud inflama
más de una lengua a que, de lustre en lustre,
sin que cursos de tiempos las espanten,
de Don Francisco de Mendoza canten.

Feliz Don Diego de Sarmiento ilustre,
y Carvajal famoso, producido
de nuestro coro, y de Hipocrene lustre;
mozo en la edad, anciano en el sentido,
de siglo en siglo irá, de lustre en lustre,
a pesar de las aguas del olvido,

tu nombre, con tus obras excelentes,
de lengua en lengua, y de gente en gentes.

Quiéroos mostrar por cosa soberana,
en tierna edad, maduro entendimiento,
destreza y gallardía sobrehumana,
cortesía, valor, comedimiento,
y quien puede mostrar, en la toscana
como en su propia lengua, aquel talento
que mostró el que cantó la casa de Este:
un Don Gutierre Carvajal es este.

Tú, Don Luis de Vargas, en quien veo
maduro ingenio en verdes pocos días,
procura de alcanzar aquel trofeo
que te prometen las hermanas mías;
mas tan cerca estás de él, que, a lo que creo,
ya triunfas, pues procuras por mil vías
virtuosas y sabias, que tu fama
resplandezca con viva y clara llama.

Del claro Tajo la ribera hermosa
adornan mil espíritus divinos,
que hacen nuestra edad más venturosa
que aquella de los griegos y latinos.
De ellos pienso decir sola una cosa:
que son de vuestro valle y honra dinos,
tanto cuanto sus obras nos lo muestran,
que al camino del cielo nos adiestran.

Dos famosos doctores, presidentes
en las ciencias de Apolo, se me ofrecen,
que no más que en la edad son diferentes,
y en el trato e ingenio se parecen.
Admiranlos ausentes y presentes,
y entre unos y otros tanto resplandecen,

con su saber altísimo y profundo,
que presto han de admirar a todo el mundo.

Y el nombre que me viene más a mano
de estos dos que a loar aquí me atrevo,
es del DOCTOR famoso CAMPUZANO,
a quien podéis llamar segundo Febo.
El alto ingenio suyo, el sobrehumano
discurso nos descubre un mundo nuevo,
de tan mejores Indias y excelencias,
cuanto mejor que el oro son las ciencias.

Es el DOCTOR SUÁREZ, que de SOSA
el sobrenombre tiene, el que se sigue,
que de una y otra lengua artificiosa
lo más cendrado y lo mejor consigue.
Cualquiera que en la fuente milagrosa,
cual él la mitigó, la sed mitigue,
no tendrá que envidiar al docto griego,
ni a aquel que nos cantó el troyano fuego.

Del DOCTOR BAZA, si decir pudiera
lo que yo siento de él, sin duda creo
que cuantos aquí estáis os suspendiera:
tal es su ciencia, su virtud y arreo.
Yo he sido, en ensalzarle, la primera
del sacro coro, y soy la que deseo
eternizar su nombre en cuanto al suelo
diere su luz el gran señor de Delo.

Si la fama os trajere a los oídos,
de algún famoso ingenio, maravillas,
conceptos bien dispuestos y subidos,
y ciencias que os asombren en oíllas,
cosas que paran sólo en los sentidos
y la lengua no puede referillas,

el dar salida a todo dubio y traza,
sabed que es el LICENCIADO DAZA.

Del MAESTRO GARAY las dulces obras
me incitan sobre todos a alabarle:
tú, fama, que al ligero tiempo sobras,
ten por heroica empresa el celebrarle.
Verás cómo en él más fama cobras,
fama, que está la tuya en ensalzarle;
que hablando de esta fama, en verdadera
has de trocar la fama de parlera.

Aquel ingenio que al mayor humano
se deja atrás, y aspira al que es divino,
y, dejando a una parte el castellano,
sigue el heroico verso del latino;
el nuevo Homero, el nuevo mantuano
es el MAESTRO CÓRDOBA, que es dino
de celebrarse en la dichosa España,
y en cuanto el sol alumbra y el mar baña.

De ti, el DOCTOR FRANCISCO DÍAZ, puedo
asegurar a estos mis pastores,
que, con seguro corazón y ledo,
pueden aventajarse en tus loores.
Y si en ellos yo ahora corta quedo,
debiéndose a tu ingenio los mayores,
es porque el tiempo es breve, y no me atrevo
a poderte pagar lo que te debo.

LUJÁN, que con la toga merecida
honras el propio y el ajeno suelo,
y con tu dulce musa conocida
subes tu fama hasta el más alto cielo,
yo te daré después de muerto vida,
haciendo que, en ligero y presto vuelo,

la fama de tu ingenio, único, solo,
vaya del nuestro hasta el contrario polo.

El alto ingenio y su valor declara
un licenciado tan amigo vuestro
cuanto ya sabéis que es JUAN DE VERGARA,
honra del siglo venturoso nuestro.
Por la senda que él sigue, abierta y clara,
yo misma el paso y el ingenio adiestro,
y, adonde él llega, de llegar me pago,
y en su ingenio y virtud me satisfago.

Otro os quiero nombrar, porque se estime
y tenga en precio mi atrevido canto,
el cual hará que ahora más le anime,
y llegue allí donde el deseo levanto.
Y es éste, que me fuerza y que me oprime
a decir sólo de él y cantar cuanto
canto de los ingenios más cabales:
el LICENCIADO ALONSO DE MORALES.

Por la difícil cumbre va subiendo
al templo de la fama, y se adelanta,
un generoso mozo, el cual, rompiendo
por la dificultad que más espanta,
tan presto ha de llegar allá, que entiendo
que en profecía ya la fama canta
del lauro que le tiene aparejado
al LICENCIADO HERNANDO MALDONADO.

La sabia frente de laurel honroso
adornada veréis de aquel que ha sido
en todas ciencias y artes tan famoso,
que es ya por todo el orbe conocido.
Edad dorada, siglo venturoso,
que gozar de tal hombre has merecido:

¿cuál siglo, cuál edad ahora te llega,
si en ti está MARCO ANTONIO DE LA VEGA?

Un DIEGO se me viene a la memoria,
que DE MENDOZA es cierto que se llama,
digno que sólo de él se hiciera historia
tal, que llegara allí donde su fama.
Su ciencia y su virtud, que es tan notoria,
que ya por todo el orbe se derrama,
admira los ausentes y presentes
de las remotas y cercanas gentes.

Un conocido el alto Febo tiene,
¿qué digo un conocido?, un verdadero
amigo, con quien sólo se entretiene,
que es de toda ciencia tesorero.
Y es éste, que de industria se detiene
a no comunicar su bien entero,
DIEGO DURÁN, en quien continuo dura
y durará el valor, ser y cordura.

¿Quién pensáis que es aquel que en voz so-
sus ansias canta regaladamente, [nora
aquel en cuyo pecho Febo mora,
el docto Orfeo y Arión prudente?
Aquel que, de los reinos del aurora
hasta los apartados de Occidente,
es conocido, amado y estimado
por el famoso LÓPEZ MALDONADO.

¿Quién pudiera loaros, mis pastores,
un pastor vuestro, amado y conocido,
pastor mejor de cuantos son mejores,
que de FILIDA tiene el apellido?
La habilidad, la ciencia, los primores,
el raro ingenio y el valor subido

de Luis de Montalvo le aseguran
gloria y honor mientras los cielos duran.

El sacro Ibero, de dorado acanto,
de siempre verde yedra y blanca oliva
su frente adorne, y en alegre canto
su gloria y fama para siempre viva.
Pues su antiguo valor ensalza tanto,
que al fértil Nilo de su nombre priva
de Pedro de Liñán la sutil pluma,
de todo el bien de Apolo cifra y suma.

De Alonso de Valdés me está incitando
el raro y alto ingenio a que de él cante,
y que os vaya, pastores, declarando
que a los más raros pasa, y va adelante.
Halo mostrado ya, y lo va mostrando
en el fácil estilo y elegante,
con que descubre el lastimado pecho
y alaba el mal que el fiero amor le ha hecho.

Admíreos un ingenio, en quien se encierra
todo cuanto pedir puede el deseo,
ingenio que, aunque viva acá en la tierra,
del alto cielo es su caudal y arreo.
Ora trate de paz, ora de guerra,
todo cuanto yo miro, escucho y leo
del celebrado Pedro de Padilla,
me causa nuevo gusto y maravilla.

Tú, famoso Gaspar Alfonso, ordenas,
según aspiras a inmortal subida,
que yo no pueda celebrarte apenas,
si te he de dar loor a tu medida.
Las plantas fertilísimas, amenas,
que nuestro celebrado monte anida,

todas ofrecen ricas laureolas
para ceñir y honrar tus sienes solas.

De Cristóbal de Mesa os digo cierto
que puede honrar vuestro sagrado valle;
no sólo en vida, mas después de muerto
podéis con justo título alaballe.
De sus heroicos versos el concierto,
su grave y alto estilo pueden dalle
alto y honroso nombre, aunque callara
la fama de él, y yo no me acordara.

Pues sabéis cuanto adorna y enriquece
vuestras riberas Pedro de Ribera,
darle el honor, pastores, que merece,
que yo seré en honrarle la primera.
Su dulce musa, su virtud, ofrece
un sujeto cabal, donde pudiera
la fama y cien mil famas ocuparse,
y en solos sus loores extremarse.

Tú, que de Luso el singular tesoro
trajiste en nueva forma a la ribera
del fértil río a quien el lecho de oro
tan famoso le hace adonde quiera;
con el debido aplauso y el decoro
debido a ti, Benito de Caldera,
y a tu ingenio sin par, prometo honrarte,
y de lauro y de yedra coronarte.

De aquel que la cristiana poesía
tan en su punto ha puesto en tanta gloria,
haga la fama y la memoria mía
famosa para siempre su memoria.
De donde nace adonde muere el día
la ciencia sea y la bondad notoria

del gran FRANCISCO DE GUZMÁN, que el arte
de Febo sabe, así como el de Marte.

Del capitán SALCEDO está bien claro
que llega su divino entendimiento
al punto más subido, agudo y raro,
que puede imaginar el pensamiento.
Si le comparo, a él mismo le comparo,
que no hay comparación que llegue a cuento
de tamaño valor, que la medida
ha de mostrar ser falta, o ser torcida.

Por la curiosidad y entendimiento,
de TOMÁS DE GRACIÁN, dadme licencia
que yo le escoja en este valle asiento
igual a su virtud, valor y ciencia,
el cual, si llega a su merecimiento,
será de tanto grado y preeminencia,
que, a lo que creo, pocos se le igualen:
tanto su ingenio y sus virtudes valen.

Ahora, hermanas bellas, de improviso,
BAUTISTA DE VIVAR quiere alabaros
con tanta discreción, gala y aviso,
que podáis, siendo musas, admiraros.
No cantará desdenes de Narciso.
que a Eco solitaria cuestan caros,
sino cuidados suyos que han nacido
entre alegre esperanza y triste olvido.

Un nuevo espanto, un nuevo asombro y mie-
me acude y sobresalta en este punto, [do
sólo por ver que quiero y que no puedo
subir de honor al más subido punto
el grave BALTASAR, que DE TOLEDO
el sobrenombre tiene, aunque barrunto

que de su docta pluma el alto vuelo
le ha de subir hasta el empíreo cielo.

Muestra en un ingenio la experiencia,
que en años verdes y en edad temprana
hace su habitación así la ciencia,
como en la edad madura, antigua y cana.
No entraré con alguno en competencia
que contradiga una verdad tan llana,
y más si, acaso, a sus oídos llega
que lo digo por vos, LOPE DE VEGA.

De pacífica oliva coronado,
ante mi entendimiento se presenta
ahora el sacro Betis, indignado,
y que de mi inadvertencia se lamenta.
Pide que, en el discurso comenzado,
de los raros ingenios os dé cuenta
que en sus riberas moran, y yo ahora
harélo con la voz muy más sonora.

Mas ¿qué haré, que en los primeros pasos
que doy descubro mil extrañas cosas,
otros mil nuevos Pindos y Parnasos,
otros coros de hermanas más hermosas,
con que mis altos bríos quedan lasos,
y más cuando, por causas milagrosas,
oigo cualquier sonido servir de eco
cuando se nombra el nombre de PACHECO?

PACHECO es éste, con quien tiene Febo
y las hermanas, tan discretas, mías
nueva amistad, discreto trato y nuevo
desde sus tiernos y pequeños días.
Yo, desde entonces hasta ahora, llevo
por tan extrañas desusadas vías

su ingenio y sus escritos, que han llegado
al título de honor más encumbrado.

En punto estoy donde, por más que diga
en alabanza del divino HERRERA,
será de poco fruto mi fatiga,
aunque le suba hasta la cuarta esfera.
Mas, si soy sospechosa por amiga,
sus obras y su fama verdadera
dirán que en ciencias es HERNANDO solo,
del Gange al Nilo, y de uno al otro polo.

De otro FERNANDO quiero daros cuenta,
que DE CANGAS se nombra, en quien se admira
el suelo, y por quien vive y se sustenta
la ciencia en quien al sacro lauro aspira.
Si al alto cielo algún ingenio intenta
de levantar y de poner la mira,
póngala en este sólo, y dará al punto
en el más ingenioso y alto punto.

De DON CRISTÓBAL, cuyo sobrenombre
es DE VILLARROEL, tened creído
que bien merece que jamás su nombre
toque las negras aguas del olvido.
Su ingenio admire, su valor asombre,
y el ingenio y valor sea conocido
por el mayor extremo que descubre
en cuanto mira el sol o el suelo encubre.

Los ríos de elocuencia que del pecho
del grave antiguo Cicerón manaron;
los que al pueblo de Atenas satisfecho
tuvieron y a Demóstenes honraron;
los ingenios que el tiempo ha ya deshecho,
que tanto en los pasados se estimaron,

humíllense a la ciencia alta y divina
del maestro FRANCISCO DE MEDINA.

Puedes, famoso Betis, dignamente,
al Mincio, al Arno, al Tibre aventajarte,
y alzar contento la sagrada frente
y en nuevos anchos senos dilatarte,
pues quiso el cielo, que en tu bien consiente,
tal gloria, tal honor, tal fama darte,
cual te la adquiere a tus riberas bellas
BALTASAR DEL ALCÁZAR, que está en ellas.

Otro veréis en quien veréis cifrada
del sacro Apolo la más rara ciencia,
que, en otros mil sujetos derramada,
hace en todos de sí grave apariencia.
Mas, en este sujeto mejorada,
asiste en tantos grados de excelencia,
que bien puede MOSQUERA, el LICENCIADO,
ser como el mismo Apolo celebrado.

No se desdeña aquel varón prudente,
que de ciencias adorna y enriquece
su limpio pecho, de mirar la fuente
que en nuestro monte en sabias aguas crece;
antes, en la sin par clara corriente
tanto la sed mitiga, que florece
por ello el claro nombre acá en la tierra
del gran DOCTOR DOMINGO DE BECERRA.

Del famoso ESPINEL cosas diría
que exceden al humano entendimiento,
de aquellas ciencias que en su pecho cría
el divino de Febo sacro aliento;
mas, pues no puede de la lengua mía
decir lo menos de lo más que siento,

no diga más sino que al cielo aspira,
ora tome la pluma, ora la lira.

Si queréis ver en una igual balanza
al rubio Febo y colorado Marte,
procurad de mirar al gran CARRANZA,
de quien el uno y otro no se parte.
En él veréis, amigas, pluma y lanza
con tanta discreción, destreza y arte,
que la destreza, en partes dividida,
la tiene a ciencia y arte reducida.

De LÁZARO LUIS IRANZO, lira
templada había de ser más que la mía,
a cuyo son cantase el bien que inspira
en él el cielo, y el valor que cría.
Por las sendas de Marte y Febo aspira
a subir do la humana fantasía
apenas llega, y él, sin duda alguna,
llegará, contra el hado y la fortuna.

BALTASAR DE ESCOBAR, que ahora adorna
del Tíber las riberas tan famosas,
y, con su larga ausencia, desadorna
las del sagrado Betis espaciosas;
fértil ingenio, si por dicha torna
al patrio amado suelo, a sus honrosas
y juveniles sienes les ofrezco
el lauro y el honor que yo merezco.

¿Qué título, qué honor, qué palma o lauro
se le debe a JUAN SANZ, que DE ZUMETA
se nombra, si del indo al rojo mauro
cual su musa no hay otra tan perfeta?
Su fama aquí de nuevo le restauro
con deciros, pastores, cuán aceta

será de Apolo cualquier honra y lustre
que a ZUMETA hagáis que más le lustre.

Dad a JUAN DE LAS CUEVAS el debido
lugar, cuando se ofrezca en este asiento,
pastores, pues lo tiene merecido
su dulce musa y raro entendimiento.
Sé que sus obras del eterno olvido,
a despecho y pesar del violento
curso del tiempo, librarán su nombre,
quedando con un claro alto renombre.

Pastores, si le viéredes, honradlo
al famoso varón que os diré ahora,
y en grandes dulces versos celebradlo,
como a quien tanto en ellos se mejora.
El sobrenombre tiene de BIVALDO;
de ADÁN el nombre, el cual ilustra y dora,
con su florido ingenio y excelente,
la venturosa nuestra edad presente.

Cual suele estar de variadas flores
adorno y rico el más florido mayo,
tal de mil varias ciencias y primores
está el ingenio de DON JUAN AGUAYO.
Y aunque más me detenga en sus loores,
sólo sabré deciros que me ensayo
ahora, y que otra vez os diré cosas
tales que las tengáis por milagrosas.

De JUAN GUTIÉRREZ RUFO el claro nombre
quiero que viva en la inmortal memoria,
y que al sabio y al simple admire, asombre
la heroica, que compuso, ilustre historia.
Dele el sagrado Betis el renombre
que su estilo merece; denle gloria

los que pueden y saben; dele el cielo
igual la fama a su encumbrado vuelo.

En Don Luis de Góngora os ofrezco
un vivo raro ingenio sin segundo;
con sus obras me alegro y enriquezco
no sólo yo, mas todo el ancho mundo.
Y si, por lo que os quiero, algo merezco,
haced que su saber alto y profundo
en vuestras alabanzas siempre viva
contra el ligero tiempo y muerte esquiva.

Ciña el verde laurel, la verde yedra
y aun la robusta encina, aquella frente
de Gonzalo Cervantes Saavedra,
pues la deben ceñir tan justamente.
Por él la ciencia más de Apolo medra;
en él Marte nos muestra el brío ardiente
de su furor, con tal razón medido,
que por él es amado y es temido.

En todo cuanto pedirá el deseo
un Diego ilustre de Aguilar admira,
un águila real que en vuelo veo
alzarse a do llegar ninguno aspira.
Su pluma entre cien mil gana trofeo,
que ante ella la más alta se retira;
su estilo y su valor tan celebrado
Guanuco lo dirá, pues lo ha gozado.

Un Gonzalo Fernández se me ofrece,
gran capitán del escuadrón de Apolo,
que hoy de Sotomayor ensoberbece
el nombre, con su nombre heroico y solo.
En verso admira y en saber florece
en cuanto mira el uno y otro polo,

y si en la pluma en tanto grado agrada,
no menos es famoso por la espada.

De un Enrique Garcés, que al piruano
reino enriquece, pues con dulce rima,
con sutil, ingeniosa y fácil mano,
a la más ardua empresa en él dió cima,
pues en dulce español al gran toscano
nuevo lenguaje ha dado y nueva estima,
¿quién será tal que la mayor le quite,
aunque el mismo Petrarca resucite?

Un Rodrigo Fernández de Pineda,
cuya vena inmortal, cuya excelente
y rara habilidad gran parte hereda
del licor sacro de la equina fuente,
pues cuando quiere de él no se le veda,
pues de tal gloria goza en Occidente,
tenga también aquí tan larga parte
cual la merecen hoy su ingenio y arte.

Y tú, que al patrio Betis has tenido
lleno de envidia, y con razón quejoso
de que otro cielo y otra tierra han sido
testigos de tu canto numeroso,
alégrate, que el nombre esclarecido
tuyo, Juan de Mestanza, generoso,
sin segundo será por todo el suelo
mientras diere su luz el cuarto cielo.

Toda la suavidad que en dulce vena
se puede ver, veréis en uno solo,
que al son sabroso de su musa enfrena
la furia al mar, el curso al dios Eolo.
El nombre de éste es Baltasar de Orena,
cuya fama del uno al otro polo

corre ligera, y del Oriente a Ocaso,
por honra verdadera de Parnaso.

Pues de una fértil y preciosa planta,
de allá traspuesta en el mayor collado
que en toda la Tesalia se levanta,
planta que ya dichoso fruto ha dado,
callaré yo lo que la fama canta
del ilustre Don Pedro de Alvarado,
ilustre, pero ya no menos claro,
por su divino ingenio al mundo raro.

Tú, que con nueva musa extraordinaria,
Cairasco, cantas del amor el ánimo,
y aquella condición del vulgo, varia,
donde se opone al fuerte el pusilánimo;
si a este sitio de la gran Canaria
vinieres, con ardor vivo y magnánimo,
mis pastores ofrecen a tus méritos
mil lauros, mil loores beneméritos.

¿Quién es, ¡oh, anciano Tormes!, el que niega
que no puedes al Nilo aventajarte
si puede sólo el Licenciado Vega
más que Titiro al Mincio celebrarte?
Bien sé, Damián, que vuestro ingenio llega
do alcanza de este honor la mayor parte,
pues sé, por muchos años de experiencia,
vuestra tan sin igual virtud y ciencia.

Aunque el ingenio y la elegancia vuestra,
Francisco Sánchez, se me concediera,
por torpe me juzgara y poco diestra,
si a querer alabaros me pusiera.
Lengua del cielo, única y maestra,
tiene de ser la que por la carrera

de vuestras alabanzas se dilate,
que hacerlo humana lengua es disparate.

Las raras cosas y en estilo nuevas
que un espíritu muestran levantado
en cien mil ingeniosas, arduas pruebas,
por sabio conocido y estimado,
hacen que Don Francisco de las Cuevas
por mí sea dignamente celebrado,
en tanto que la fama pregonera
no detuviere su veloz carrera.

Tú, que de Celidón, con dulce pletro,
hiciste resonar el nombre y fama,
cuyo admirable y bien limado metro
a lauro y triunfo te convida y llama,
recibe el mando, la corona y cetro,
Gonzalo Gómez, de ésta que te ama,
en señal que merece tu persona
el justo señorío de Helicona.

Tú, Darro, de oro conocido río,
cuán bien ahora puedes señalarte,
y con nueva corriente y nuevo brío
al apartado Hidaspe aventajarte,
pues Gonzalo Mateo de Berrío
tanto procura con su ingenio honrarte,
que ya tu nombre la parlera fama,
por él, por todo el mundo le derrama.

Tejed de verde lauro una corona,
pastores, para honrar la digna frente
del Licenciado Soto Barahona,
varón insigne, sabio y elocuente.
En él el licor santo de Helicona,
si se perdiera en la sagrada fuente,

se pudiera hallar, ¡oh, extraño caso!,
como en las altas cumbres de Parnaso.

De la región antártica podría
eternizar ingenios soberanos,
que si riquezas hoy sustenta y cría,
también entendimientos sobrehumanos.
Mostrarlo puedo en muchos este día,
y en dos os quiero dar llenas las manos:
uno, de Nueva España y nuevo Apolo;
del Perú el otro: un sol único y solo.

Francisco el uno, de Terrazas, tiene
el nombre acá y allá tan conocido,
cuya vena caudal nueva Hipocrene
ha dado al patrio venturoso nido.
La misma gloria al otro igual le viene,
pues su divino genio ha producido
en Arequipa eterna primavera,
que éste es Diego Martínez de Ribera.

Aquí, debajo de felice estrella,
un resplandor salió tan señalado,
que de su lumbre la menor centella
nombre de Oriente al Occidente ha dado.
Cuando esta luz nació, nació con ella
todo el valor; nació Alonso Picado;
nació mi hermano y el de Palas junto,
que ambos vimos en el vivo trasunto.

Pues si he de dar la gloria a ti debida,
gran Alonso de Estrada, hoy eres dino,
que no se cante así tan de corrida
tu ser y entendimiento peregrino.
Contigo está la tierra enriquecida,
que al Betis mil tesoros da contino,

y aun no da el cambio igual: que no hay tal paga
que a tan dichosa duda satisfaga.

Por prenda rara de esta tierra ilustre,
claro Don Juan, te nos ha dado el cielo,
de Avalos gloria, y de Ribera lustre
honra del propio y del ajeno suelo.
Dichosa España, do por más de un lustre
muestra serán tus obras, y modelo
de cuanto puede dar Naturaleza
de ingenio claro y singular nobleza.

El que en la dulce patria está contento,
las puras aguas de Limar gozando,
la famosa ribera, el fresco viento
con sus divinos versos alegrando,
venga, y veréis por suma de este cuento,
su heroico brío y discreción mirando,
que es Sancho de Ribera, en toda parte,
Febo primero, y sin segundo Marte.

Este mismo famoso insigne valle
un tiempo al Betis usurpar solía
un nuevo Homero, a quien podemos dalle
la corona de ingenio y gallardía.
Las Gracias le cortaron a su talle,
y el cielo en todas lo mejor le envía:
éste, ya en vuestro Tajo conocido,
Pedro de Montesdoca es su apellido.

Quisiera rematar mi dulce canto
en tal sazón, pastores, con loaros
un ingenio que al mundo pone espanto,
y que pudiera en éxtasis robaros.
En él cifro y recojo todo cuanto
he mostrado hasta aquí y he de mostraros:

FRAY LUIS DE LEÓN es el que digo,
a quien yo reverencio, adoro y sigo.

¿Qué modos, qué caminos o qué vías
de alabar buscaré para que el nombre
viva mil siglos de aquel gran MATÍAS
que de ZÚÑIGA tiene el sobrenombre?
A él se den las alabanzas mías,
que, aunque yo soy divina y él es hombre,
por ser su ingenio, como lo es, divino,
de mayor honra y alabanza es dino.

Volved el presuroso pensamiento
a las riberas de Pisuerga bellas:
veréis que aumentan este rico cuento
claros ingenios con quien se honran ellas.
Ellas no sólo, sino el firmamento
do lucen las clarificas estrellas,
honrarse puede bien cuando consigo
tenga allá los varones que aquí digo.

Vos, DÁMASO DE FRÍAS, podéis sólo
loaros a vos mismo, pues no puede
hacer, aunque os alabe, el mismo Apolo
que en tan justo loor corto no quede.
Vos sois el cierto y el seguro polo
por quien se guía aquel que le sucede
en el mar de las ciencias buen pasaje,
propicio viento y puerto en su viaje.

ANDRÉS SANZ DE PORTILLO, tú me envía
aquel aliento con que Febo mueve
tu sabia pluma y alta fantasía,
por que te dé el loor que se te debe.
Que no podrá la ruda lengua mía,
por más caminos que aquí tiente y pruebe,

hallar alguno así cual le deseo
para loar lo que en ti siento y veo.

Felicísimo ingenio, que te encumbras
sobre el que más Apolo ha levantado,
y con tus claros rayos nos alumbras
y sacas del camino más errado:
y aunque ahora con ello me deslumbras
y tienes a mi ingenio alborotado,
yo te doy sobre muchos palma y gloria,
pues a mí me la has dado, DOCTOR SORIA.

Si vuestras obras son tan estimadas,
famoso CANTORAL, en toda parte,
serán mis alabanzas excusadas,
si en nuevo modo no os alabo y arte.
Con las palabras más calificadas,
con cuanto ingenio el cielo en mí reparte,
os admiro y alabo aquí callando,
y llego do llegar no pūedo hablando.

Tú, JERÓNIMO VACA Y DE QUIÑONES,
si tanto me he tardado en celebrarte,
mi pasado descuido es bien perdones,
con la enmienda que ofrezco de mi parte.
De hoy más, en claras voces y pregones,
en la cubierta y descubierta parte
del ancho mundo, haré con clara llama
lucir tu nombre y extender tu fama.

Tu verde y rico margen, no de enebro
ni de ciprés funesto enriquecido,
claro, abundoso y conocido Ebro,
sino de lauro y mirto florecido,
ahora como puedo lo celebro,
celebrando aquel bien que ha concedido

el cielo a tus riberas, pues en ellas
moran ingenios claros más que estrellas.

Serán testigo de esto dos hermanos,
dos luceros, dos soles de poesía,
a quien el cielo con abiertas manos
dió cuanto ingenio y arte dar podía.
Edad temprana, pensamientos canos,
maduro trato, humilde fantasía,
labran eterna y digna laureola
a LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

Con santa envidia y competencia santa,
parece que el menor hermano aspira
a igualar al mayor, pues se adelanta
y sube do no llega humana mira.
Por esto escribe y mil sucesos canta
con tan suave y acordada lira,
que este BARTOLOMÉ menor merece
lo que al mayor, LUPERCIO, se le ofrece.

Si el buen principio y medio da esperanza
que el fin ha de ser raro y excelente,
en cualquier caso ya mi ingenio alcanza
que el tuyo has de encumbrar, COSME PARIENTE.
Y así puedes, con cierta confianza,
prometer a tu sabia honrosa frente
la corona que tiene merecida
tu claro ingenio, tu inculpable vida.

En soledad, del cielo acompañado,
vives, ¡oh, gran MORILLO!, y allí muestras
que nunca dejan tu cristiano lado
otras musas más santas y más diestras.
De mis hermanas fuiste alimentado,
y ahora, en pago de ello, nos adiestras

y enseñas a cantar divinas cosas,
gratas al cielo, al suelo provechosas.

Turia, tú que otra vez con voz sonora
cantaste de tus hijos la excelencia,
si gustas de escuchar la mía ahora,
formada no en envidia o competencia,
oirás cuánto tu fama se mejora
con los que yo diré, cuya presencia,
valor, virtud, ingenio, te enriquecen
y sobre el Indo y Gange te engrandecen.

¡Oh, tú, DON JUAN COLOMA, en cuyo seno
tanta gracia del cielo se ha encerrado,
que a la envidia pusiste un duro freno
y en la fama mil lenguas has criado,
con que, del gentil Tajo al fértil Reno,
tu nombre y tu valor va levantado!
Tú, CONDE DE ELDA, en todo tan dichoso,
haces el Turia más que el Po famoso.

Aquel en cuyo pecho abunda y llueve
siempre una fuente que es por él divina,
y a quien el coro de sus lumbres nueve,
como a señor, con gran razón se inclina,
a quien único nombre se le debe
de la etíope hasta la gente austrina,
DON LUIS GARCERÁN es, sin segundo,
maestre de Montesa y bien del mundo.

Merece bien en este insigne valle,
lugar ilustre, asiento conocido,
aquel a quien la fama quiere dalle
el nombre que su ingenio ha merecido.
Tenga cuidado el cielo de loalle,
pues es del cielo su valor crecido:

el cielo alabe lo que yo no puedo
del sabio Don Alonso Rebolledo.

Alzas, Doctor Falcón, tan alto el vuelo,
que al águila caudal atrás te dejas,
pues te remontas con tu ingenio al cielo
y de este valle mísero te alejas.
Por esto temo y con razón recelo
que, aunque te alabe, formarás mil quejas
de mí, porque en tu loa noche y día
no se ocupa la voz y lengua mía.

Si tuviera, cual tiene la Fortuna,
la dulce poesía varia rueda,
ligera y más movible que la luna,
que ni estuvo, ni está, ni estará queda,
en ella, sin hacer mudanza alguna,
pusiera, solo, a Micer Artieda,
y el más alto lugar siempre ocupara
por ciencias, por ingenio y virtud rara.

Todas cuantas bien dadas alabanzas
diste a varios ingenios, ¡oh, Gil Polo!,
tú las mereces solo y las alcanzas,
tú las alcanzas y mereces solo.
Ten ciertas y seguras esperanzas
que en este valle un nuevo mauseolo
te harán estos pastores, do guardadas
tus cenizas serán y celebradas.

Cristóbal de Virués, pues se adelanta
tu ciencia y tu valor tan a tus años,
tú mismo aquel ingenio y virtud canta
con que huyes del mundo los engaños.
Tierna, dichosa y bien nacida planta,
yo haré que en propios reinos y en extraños

el fruto de tu ingenio levantado
se conozca, se admire y sea estimado.

Si, conforme al ingenio que nos muestra
Silvestre de Espinosa, así se hubiera
de loar, otra voz más viva y diestra,
más tiempo y más caudal menester fuera.
Mas, pues la mía a su intención adiestra,
yo le daré por paga verdadera,
con el bien que del dios de Delo tiene,
el mayor de las aguas de Hipocrene.

Entre éstos, como Apolo, venir veo,
hermoseando el mundo con su vista
al discreto galán García Romero,
dignísimo de estar en esta lista.
Si la hija del húmedo Peneo,
de quien ha sido Ovidio coronista,
en campos de Tesalia le hallara,
en él, y no en laurel, se transformara.

Rompe el silencio y santo encerramiento,
traspasa el aire, al cielo se levanta
de fray Pedro de Huete aquel acento
de su divina musa, heroica y santa.
Del alto suyo raro entendimiento
cantó la fama, ha de cantar y canta,
llevando, para dar al mundo espanto,
sus obras por testigos de su canto.

Tiempo es ya de llegar al fin postrero,
dando principio a la mayor hazaña
que jamás emprendí, la cual espero
que ha de mover al blando Apolo a saña,
pues con ingenio rústico y grosero,
a dos soles que alumbran nuestra España,

no sólo a España, mas al mundo todo,
pienso loar, aunque me falte el modo.

De Febo la sagrada honrosa ciencia,
la cortesana discreción madura,
los bien gastados años, la experiencia,
que mil sanos consejos asegura;
la agudeza de ingenio, el advertencia
en apuntar y en descubrir la obscura
dificultad y duda que se ofrece,
en estos soles dos sólo florece.

En ellos un epílogo, pastores,
del largo canto mío ahora hago
y a ellos enderezo los loores
cuantos habéis oído, y no los pago:
que todos los ingenios son deudores
a éstos de quien yo me satisfago;
satisfácese de ellos todo el suelo,
y aun los admira, porque son del cielo.

Estos quiero que den fin a mi canto
y a una nueva admiración comienzo;
y si pensáis que en esto me adelanto
cuando os diga quién son veréis que os venzo.
Por ellos hasta el cielo me levanto,
y sin ellos me corro y me avergüenzo:
tal es LÁYNEZ, tal es FIGUEROA,
dignos de eterna y de incesable loa.

(Inserto en la "*Galatea*".—Libro VI.)

VERSOS DEL «QUIJOTE»

URGANDA LA DESCONOCIDA
AL LIBRO DE
" DON QUIJOTE DE LA MANCHA "

Si de llegarte a los bue-,
libro, fueres con letu-,
no te dirá el boquirru-
que no pones bien los de-.
Mas si el pan no se te cue-
por ir a manos de idio-,
verás de manos a bo-
aun no dar una en el cla-,
si bien se comen las ma-
por mostrar que son curio-.

Y pues la experiencia ense-
que el que a buen árbol se arri-
buena sombra le cobi-,
en Béjar tu buena estre-
un árbol real le ofre-
que da príncipes por fru-,
en el cual floreció un du-
que es nuevo Alejandro Ma-:
llega a su sombra; que a osa-
favorece la fortu-.

De un noble hidalgo manche-
contarás las aventu-,
a quien ociosas letu-
trastornaron la cabe-.
Damas, armas, caballe-,
le provocaron de mo-
que, cual Orlando furio-
templado a lo enamora-,
alcanzó a fuerza de bra-
a Dulcinea del Tobo-.

No indiscretos jeroglí-
estampes en el escu-;
que, cuando es todo figu-,
con ruines puntos se envi-,
si en la dirección te humi-,
no dirá mofante algu-:
"¡Que Don Alvaro de Lu-,
que Aníbal el de Carta-,
que rey Francisco en Espa-
se queja de la fortu-!"

Pues al cielo no le plu-
que salieses tan ladi-
como el negro Juan Lati-,
hablar latines rehu-.
No me despuntes de agu-,
ni me alegues con filó-;
porque, torciendo la bo-,
dirá el que entiende la le-,
no un palmo de las ore-:
"¿Para qué conmigo flo-?"

No te metas en dibu-,
ni en saber vidas aje-;
que en lo que no va ni vie-
pasar de largo es cordu-.
Que suelen en caperu-
darles a los que grace-;
mas tú quémate las ce-
sólo en cobrar buena fa-;
que el que imprime neceda-
dalas a censo perpe-

Advierte que es desati-,
siendo de vidrio el teja-,
tomar piedras en la ma-
para tirar al veci-.

Deja que el hombre de jui-
en las obras que compo-
se vaya con pies de plo-;
que el que saca a luz pape-
para entretener donce-,
escribe a tontas y a lo-.

DEL DONOSO, POETA ENTREVERADO, A SANCHO PANZA Y ROCINANTE

Soy Sancho Panza, escude-
del manchego Don Quijo-;
puse pies en polvoro-,
por vivir a lo discre-;
que el tácito Villadie-
toda su razón de esta-
cifró en una retira-,
según siente Celesti-,
libro, en mi opinión, divi-,
si encubriera más lo huma-.

Soy Rocinante el famo-,
biznieto del gran Babie-;
por pecados de flaque-
fuí a poder de un Don Quijo-.
Parejas corrí a lo flo;
mas por uña de caba-
no se me escapó ceba-;
que esto saqué a Lazari-
cuando, para hurtar el vi-
al ciego, le dió la pa-.

CANCIÓN DE ANTONIO

Yo sé, Olalla, que me adoras,
puesto que no me lo has dicho,

ni aun con los ojos siquiera,
mudas lenguas de amoríos.
Porque sé que eres sabida,
en que me quieres me afirmo;
que nunca fué desdichado
amor que fué conocido.
Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
que tienes de bronce el alma
y el blanco pecho de risco.
Mas allá, entre tus reproches
y honestísimos desvíos,
tal vez la esperanza muestra
la orilla de su vestido.
Abalánzase al señuelo
mi fe, que nunca ha podido,
ni menguar por no llamado,
ni crecer por escogido.
Si el amor es cortesía,
de la que tienes colijo
que el fin de mis esperanzas
ha de ser cual imagino.
Y si son servicios parte
de hacer un pecho benigno,
algunos de los que he hecho
fortalecen mi partido.
Porque, si has mirado en ello,
más de una vez habrás visto
que me he vestido en los lunes
lo que me honraba el domingo:
como el amor y la gala
andan un mismo camino,
en todo tiempo a tus ojos
quise mostrarme pulido.
Dejo el bailar por tu causa,
ni las músicas te pinto,

que has escuchado a deshora
y al canto del gallo primo.
No cuento las alabanzas
que de tu belleza he dicho;
que, aunque verdaderas, hacen
ser yo de algunas malquisto.
Teresa del Berrocal,
yo alabándote, me dijo:
"Tal piensa que adora un ángel,
y viene a adorar a un jimio,
merced a los muchos dijes
y a los cabellos postizos,
y a hipócritas hermosuras,
que engañan al amor mismo."
Desmentíla, y enojóse;
volvió por ella su primo:
desafióme, y ya sabes
lo que yo hice y él hizo.
No te quiero yo a montón,
ni te pretendo y te sirvo
por lo de barraganía;
que más bueno es mi designio.
Coyundas tiene la Iglesia,
que son lazadas de sirgo:
pon tu cuello en la gamella;
verás cómo pongo el mío.
Donde no, desde aquí juro,
por el santo más bendito,
de no salir de estas sierras
sino para capuchino.

(Parte 1.ª, cap. XI.)

CANCIÓN DESESPERADA DE GRISÓSTOMO

Ya que quieres, cruel, que se publique
de lengua en lengua y de una en otra gente

del áspero rigor tuyo la fuerza,
haré que el mismo infierno comunique
al triste pecho mío un son doliente,
con que el uso común de mi voz tuerza.
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
a decir mi dolor y tus hazañas,
de la espantable voz irá el acento,
y en él mezclados, por mayor tormento,
pedazos de las míseras entrañas.
Escucha, pues, y presta atento oído,
no al concertado son, sino al ruido
que de lo hondo de mi amargo pecho,
llevado de un forzoso desvarío,
por gusto mío
sale y tu despecho.

El rugir del león, del lobo fiero
el temeroso aullido, el silbo horrendo
de escamosa serpiente, el espantable
baladro de algún monstruo, el agorero
graznar de la cornèja, y el estruendo
del viento contrastado en mar instable;
del ya vencido toro el implacable
bramido, y de la viuda tortolilla
el sensible arrullar; el triste canto
del envidiado buho, con el llanto
de toda la infernal negra cuadrilla,
salgan con la doliente ánima fuera,
mezclados en un son, de tal manera,
que se confundan los sentidos todos,
pues la pena cruel que en mí se halla,
para contalla
pide nuevos modos.

De tanta confusión, no las arenas
del padre Tajo oirán los tristes ecos,

ni del famoso Betis las olivas;
que allí se esparcirán mis duras penas
en altos riscos y en profundos huecos,
con muerta lengua y con palabras vivas;
o ya en obscuros valles, o en esquivas
playas desiertas de contrato humano,
o adonde el sol jamás mostró su lumbre,
o entre la venenosa muchedumbre
de fieras que alimenta el libio llano.
Que, puesto que en los páramos desiertos
los ecos roncos de mi mal, inciertos
suenen con tu rigor tan sin segundo,
por privilegio de mis cortos hados,
serán llevados
por el ancho mundo.

Mata un desdén, aterra la paciencia,
o verdadera o falsa, una sospecha;
matan los celos con rigor más fuerte;
desconcierta la vida larga ausencia;
contra un temor de olvido no aprovecha
firme esperanza de dichosa suerte.
En todo hay cierta, inevitable muerte;
mas yo, ¡milagro nunca visto!, vivo
celoso, ausente, desdeñado, y cierto
de las sospechas que me tienen muerto,
y en el olvido en quien mi fuego avivo.
Y, entre tantos tormentos, nunca alcanza
mi vista a ver en sombra a la esperanza,
ni yo, desesperado, la procuro;
antes, por extremarme en mi querella,
estar sin ella
eternamente juro.

¿Puédese, por ventura, en un instante
esperar y temer, o es bien hacerlo,

siendo las causas del temor más ciertas?
¿Tengo, si el duro çelo está delante,
de cerrar estos ojos, si he de verlo
por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quién no abrirá de par en par las puertas
a la desconfianza, cuando mira
descubierto el desdén, y las sospechas,
¡oh, amarga conversión!, verdades hechas,
y la limpia verdad vuelta en mentira?
¡Oh, en el reino de amor fieros tiranos
celos!, ponedme un hierro en estas manos.
Dame, desdén, una torcida soga.
Mas ¡ay de mí! que, con cruel victoria,
vuestra memoria
el sufrimiento ahoga.

Yo muero, en fin; y por que nunca espere
buen suceso en la muerte ni en la vida,
pertinaz estaré en mi fantasía.
Diré que va acertado el que bien quiere,
y que es más libre el alma más rendida
a la de amor antigua tiranía.
Diré que la enemiga siempre mía
hermosa el alma como el cuerpo tiene,
y que su olvido de mi culpa nace,
y que en fe de los males que nos hace,
amor su imperio en justa paz mantiene.
Y con esta opinión y un duro lazo,
acelerado el miserable plazo
a que me han conducido sus desdenes,
ofreceré a los vientos cuerpo y alma,
sin lauro o palma
de futuros bienes.

Tú, que con tantas sinrazones muestras
la razón que me mueve a que la haga

a la cansada vida que aborrezco,
pues ya ves que te da notorias muestras
esta, del corazón profunda llaga,
de cómo alegre a tu rigor me ofrezco,
si por dicha conoces que merezco
que el cielo claro de tus bellos ojos
en mi muerte se turbe, no lo hagas;
que no quiero que en nada satisfagas
al darte de mi alma los despojos;
antes, con risa en la ocasión funesta,
descubre que el fin mío fué tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte de esto,
pues sé que está tu gloria conocida
en que mi vida
llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed; Sísifo venga
con el peso terrible de su canto,
Ticio traiga su buitre, y, asimismo,
con su rueda Egión no se detenga,
ni las hermanas que trabajan tanto.
Y todos juntos su mortal quebranto
trasladen en mi pecho, y en voz baja
(si ya a un desesperado son debidas)
canten obsequias tristes, doloridas,
al cuerpo, a quien se niegue aún la mortaja;
y el portero infernal de los tres rostros,
con otras mil quimeras y mil monstruos
lleven el doloroso contrapunto;
que otra pompa mejor no me parece
que la merece
un amador difunto.

Canción desesperada, no te quejes
cuando mi triste compañía dejes;

antes, pues que la causa do naciste
con mi desdicha aumenta su ventura,
aun en la sepultura
no estés triste.

(Parte 1.ª, cap. XIV.)

DON QUIJOTE EN SIERRA-MORENA

Arboles, yerbas y plantas,
que en aqueste sitio estáis,
tan altos, verdes y tantas,
si de mi mal no os holgáis,
escuchad mis quejas santas.
Mi dolor no os alborote,
aunque más terrible sea;
pues, por pagaros escote,
aquí lloró Don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Es aquí el lugar adonde
el amador más leal
de su señora se esconde,
y ha venido a tanto mal
sin saber cómo o por dónde.
Tráele amor al estricote,
que es de muy mala ralea;
y así, hasta henchir un pipote,
aquí lloró Don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entrañas duras,

que entre riscos y entre breñas
halla el triste desventuras,
hirióle amor con su azote,
no con su blanda correa;
y en tocándole al cogote,
aquí lloró Don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

(Parte 1.ª, cap. XXVI.)

OVILLEJOS DE CARDENIO

¿Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes.
Y ¿quién aumenta mis duelos?
Los celos.
¿Y quién prueba mi paciencia?
Ausencia.
De ese modo, en mi dolencia
ningún remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza
desdenes, celos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?
Amor.
¿Y quién mi gloria repuna?
Fortuna.
Y ¿quién consiente mi duelo?
El cielo.
De ese modo, yo recelo
morir de este mal extraño,
pues se aunan en mi daño
amor, fortuna y el cielo.

¿Quién mejorará mi suerte?
La muerte.

Y el bien de amor, ¿quién le alcanza?
Mudanza.
Y sus males, ¿quién los cura?
Locura.
De ese modo no es cordura
querer curar la pasión,
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

(Parte 1.ª, cap. XXVII.)

CANCIÓN DE DON LUIS

Marinero soy de amor,
y en su piélago profundo
navego sin esperanza
de llegar a puerto alguno.
Siguiendo voy a una estrella
que desde lejos descubro,
más bella y resplandeciente
que cuantas vió Palinuro.
Yo no sé adónde me guía,
y así navego confuso,
el alma a mirarla atenta,
cuidadosa y con descuido.
Recatos impertinentes,
honestidad contra el uso,
son nubes que me la encubren
cuando más verla procuro.
¡Oh, clara y luciente estrella,
en cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
será de mi muerte el punto.

(Parte 1.ª, cap. XLIII.)

OTRA CANCIÓN DE DON LUIS

Dulce esperanza mía,
que, rompiendo imposibles y malezas,
sigues firme la vía
que tú misma te finges y aderezas,
no te desmaye el verte
a cada paso junto al de tu muerte.

No alcanzan perezosos
honrados triunfos ni victoria alguna,
ni pueden ser dichosos
los que, no contrastando a la fortuna,
entregan desvalidos
al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda
caras, es gran razón, y es trato justo;
pues no hay más rica prenda
que la que se quilata por su gusto,
y es cosa manifiesta
que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porfías
tal vez alcanzan imposibles cosas;
y así, aunque con las mías
sigo de amor las más dificultosas,
no por eso recelo
de no alcanzar desde la tierra el cielo.

(Parte 1.ª, cap. XLIII.)

DEL CACHIDIABLO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE

Epitafio.

Aquí yace el caballero,
bien molido y mal andante,
a quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero.
Sancho Panza, el majadero,
yace también junto a él,
escudero el más fiel
que vió el trato de escudero.

DEL TIQUITOC, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO

Epitafio.

Reposa aquí Dulcinea,
y, aunque de carnes rolliza,
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea.
Fué de castiza ralea,
y tuvo asomos de dama;
del gran Quijote fué llama,
y fué gloria de su aldea.

(Final de la parte primera.)

DON LORENZO DE MIRANDA

¡Si mi fué tornase a es,
sin esperar más será,

o volviese el tiempo ya,
de lo que será después...!

GLOSA

Al fin, como todo pasa,
se pasó el bien que me dió
fortuna, un tiempo no escasa,
y nunca me lo volvió,
ni abundante, ni por tasa.
Siglos ha ya que me ves,
Fortuna, puesto a tus pies;
vuélveme a ser venturoso;
que será mi ser dichoso
si mi fué tornase a es.

No quiero otro gusto o gloria,
otra palma o vencimiento,
otro triunfo, otra victoria,
sino volver al contento
que es pesar en mi memoria.
Si tú me vuelves allá,
Fortuna, templado está
todo el rigor de mi fuego,
y más si este bien es luego,
sin esperar más, será.

Cosas imposibles pido,
pues volver el tiempo a ser
después que una vez ha sido,
no hay en la tierra poder
que a tanto se haya extendido.
Corre el tiempo, vuela y va
ligero, y no volverá,
y erraría el que pidiese,

o que el tiempo ya se fuese,
o volviese el tiempo ya.

Vivir en perpleja vida,
ya esperando, ya temiendo,
es muerte muy conocida;
y es mucho mejor, muriendo,
buscar al dolor salida.
A mí me fuera interés
acabar; mas no lo es,
pues, con discurso mejor,
me da la vida el temor
de lo que será después.

(Parte 2.ª, cap. XVIII.)

EL AMOR

Yo soy el dios poderoso
en el aire y en la tierra,
y en el ancho mar undoso,
y en cuanto el abismo encierra
en su báratro espantoso.
Nunca conocí qué es miedo;
todo cuanto quiero puedo,
aunque quiera lo imposible,
y en todo lo que es posible
mando, quito, pongo y vedo.

EL INTERÉS

Soy quien puede más que Amor,
y es amor el que me guía;
soy de la estirpe mejor
que el cielo y la tierra cría,
más conocida y mayor.
Soy el Interés, en quien

pocos suelen obrar bien,
y obrar sin mí es gran milagro;
y cual soy te me consagro
por siempre jamás, amén.

LA POESÍA

En dulcísimos concetos
la dulcísima Poesía,
altos, graves y discretos,
señora, el alma te envía
envuelta entre mil sonetos.
Si acaso no te importuna
mi porfía, tu fortuna,
de otras muchas envidiada,
será por mí levantada
sobre el cerco de la Luna.

LA LIBERALIDAD

Llaman liberalidad
al dar que el extremo huye
de la prodigalidad,
y del contrario, que arguye
tibia y floja voluntad.
Mas yo, por te engrandecer,
de hoy más pródiga he de ser;
que, aunque es vicio, es vicio honrado,
y de pecho enamorado,
que en el dar se echa de ver.

(Parte 2.ª, cap. XX.)

CANCIÓN DE MERLÍN

Yo soy Merlín, aquel que las historias
dicen que tuve por mi padre al diablo

(mentira autorizada de los tiempos),
príncipe de la Mágica, y monarca
y archivo de la ciencia zoroástrica,
émulo a las edades y a los siglos,
que solapar pretenden las hazañas
de los andantes bravos caballeros,
a quien yo tuve y tengo gran cariño.

Y puesto que es de los encantadores,
de los magos o mágicos continuo
dura la condición, áspera y fuerte,
la mía es tierna, blanda y amorosa,
y amiga de hacer bien a todas gentes.
En las cavernas lóbregas de Dite,
donde estaba mi alma entretenida
en formar ciertos rombos y caracteres,
llegó la voz doliente de la bella
y sin par Dulcinea del Toboso.

Supe su encantamiento y su desgracia,
y su transformación de gentil dama
en rústica aldeana: condolíme,
y encerrando mi espíritu en el hueco
de esta espantosa y fiera anatomía,
después de haber revuelto cien mil libros
de esta mi ciencia endemoniada y torpe,
vengo a dar el remedio que conviene
a tamaño dolor, a mal tamaño.

¡Oh, tú, gloria y honor de cuantos visten
las túnicas de acero y de diamante,
luz y farol, sendero, norte y guía
de aquellos que, dejando el torpe sueño
y las ociosas plumas, se acomodan
a usar el ejercicio intolerable
de las sangrientas y pesadas armas!

A ti digo, ¡oh, varón, como se debe
por jamás alabado! A ti, valiente
juntamente y discreto Don Quijote,
de la Mancha esplendor, de España estrella,
que para recobrar su estado primo
la sin par Dulcinea del Toboso,
es menester que Sancho, tu escudero,
se dé tres mil azotes y trescientos
en ambas sus valientes posaderas,
al aire descubiertas, y de modo
que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
Y en esto se resuelven todos cuantos
de su desgracia han sido los autores,
y a esto es mi venida, mis señores.

(Parte 2.ª, cap. XXXV.)

CANCIÓN DE ALTISIDORA

¡Oh, tú, que estás en tu lecho,
entre sábanas de holanda
durmiendo a pierna tendida
de la noche a la mañana,
caballero el más valiente
que ha producido la Mancha,
más honesto y más bendito
que el oro fino de Arabia!
Oye a una triste doncella,
bien crecida y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.
Tú buscas tus aventuras,
y ajenas desdichas hallas;
das las heridas, y niegas
el remedio de sanarlas.

Dime, valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
si te criaste en la Libia,
o en las montañas de Jaca;
si sierpes te dieron leche;
si a dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas.
Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
a una tigre y fiera brava.
Por esto será famosa
desde Henares a Jarama,
desde el Tajo a Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocárame yo por ella,
y diera encima una saya
de las más gayadas mías,
que de oro la adornan franjas.
¡Oh, quién se viera en tus brazos,
o, si no, junto a tu cama,
rascándote la cabeza
y matándote la caspa!
Mucho pido, y no soy digna
de merced tan señalada:
los pies quisiera traerte;
que a una humilde esto le basta.
¡Oh, qué de cosas te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de damasco,
qué de herreruelos de holanda!
¡Qué de finísimas perlas,
cada cual como una agalla,
que a no tener compañeras,
"las solas" fueran llamadas!

No mires de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Nerón manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.
Niña soy, pulcela tierna;
mi edad de quince no pasa,
catorce tengo y tres meses,
te juro en Dios y en mi ánima.
No soy renca, ni soy coja,
ni tengo nada de manca;
los cabellos como lirios,
que, en pie, por el suelo arrastran.
Y aunque es mi boca aguileña
y la nariz algo chata,
ser mis dientes de topacios
mi belleza al cielo ensalza.
Mi voz, ya ves, si me escuchas,
que a la que es más dulce iguala,
y soy de disposición
algo menos que mediana.
Estas y otras gracias mías
son despojos de tu aljaba:
de esta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman.

(Parte 2.ª, cap. XLIV.)

CANCIÓN DE DON QUIJOTE

Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio a las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.
Suele el coser y el labrar,
y el estar siempre ocupada,
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas,
que aspiran a ser casadas,
la honestidad es la dote
y voz de sus alabanzas.
Los andantes caballeros,
y los que en la corte andan,
requiébranse con las libres;
con las honestas se casan.
Hay amōres de Levante,
que entre huéspedes se tratan,
que llegan presto al Poniente,
porque en el partir se acaban.
El amor recién venido,
que hoy llegó y se va mañana,
las imágenes no deja
bien impresas en el alma.
Pintura sobre pintura,
ni se muestra ni señala;
y do hay primera belleza,
la segunda no hace baza.
Dulcinea del Toboso,
del alma en la tabla rasa
tengo pintada, de modo
que es imposible borrarla.
La firmeza en los amantes
es la parte más preciada,
por quien hace amor milagros,
y asimismo los levanta.

(Parte 2.ª, cap. XLVI.)

INVECTIVA DE ALTISIDORA

Escucha, mal caballero;
detén un poco las riendas;
no fatigues las ijadas
de tu mal regida bestia.

Mira, falso, que no huyes
de alguna serpiente fiera,
sino de una corderilla,
que está muy lejos de oveja.
Tú has burlado, monstruo horrendo,
la más hermosa doncella
que Diana vió en sus montes,
que Venus miró en sus selvas.
¡Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe; allá te avengas!
Tú llevas, ¡llevar impío!,
en las garras de tus cerras
las entrañas de una humilde,
como enamorada, tierna.
Llévaste tres tocadores
y unas ligas, de unas piernas
que al mármol puro se igualan
en lisas, blancas y negras.
Llévaste dos mil suspiros,
que, a ser de fuego, pudieran
abrasar a dos mil Troyas,
si dos mil Troyas hubiera.
¡Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe; allá te avengas!
De ese Sancho tu escudero
las entrañas sean tan tercas
y tan duras, que no salga
de su encanto Dulcinea.
De la culpa que tú tienes
lleve la triste la pena;
que justos por pecadores
tal vez pagan en mi tierra.
Tus más finas aventuras
en desventuras se vuelvan,
en sueños tus pasatiempos,
en olvidos tus firmezas.

¡Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe; allá te avengas!
Seas tenido por falso
desde Sevilla a Marchena,
desde Granada hasta Loja,
de Londres a Ingalaterra.
Si jugares al reinado,
los cientos, o la primera,
los reyes huyan de ti;
ases ni sietes no veas.
Si te cortares los callos,
sangre las heridas viertan,
y quédente los raigones,
si te sacares las muelas.
¡Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe; allá te avengas!

(Parte 2.ª, cap. LVII.)

CANCIÓN DE DON QUIJOTE

Amor: cuando yo pienso
en el mal que me das, terrible y fuerte,
voy corriendo a la muerte,
pensando así acabar mi mal inmenso;
mas, en llegando al paso,
que es puerto en este mar de mi tormento,
tanta alegría siento,
que la vida se esfuerza, y no le paso.
Así el vivir me mata,
que la muerte me torna a dar la vida.
¡Oh, condición no oída
la que conmigo muerte y vida trata!

(Parte 2.ª, cap. LXVIII.)

CANCIÓN DEL "HERMOSO MANCEBO VESTIDO A LO ROMANO"

En tanto que en sí vuelve Altisidora,
muerta por la crueldad de Don Quijote;
y en tanto que en la corte encantadora
se vistieren las damas de picote;
y en tanto que a sus dueñas mi señora
vistiere de bayeta y de anascote,
cantaré su belleza y su desgracia
con mejor plectro que el cantor de Tracia.

Y aun no se me figura que me toca
aqueste oficio solamente en vida;
mas con la lengua muerta y fría en la boca
pienso mover la voz a ti debida.
Libre mi alma de su estrecha roca,
por el estigio lago conducida,
celebrándote irá, y aquel sonido
hará parar las aguas del olvido.

(Parte 2.ª, cap. LXIX.)

EPITAFIO DE SANSÓN CARRASCO A DON QUIJOTE

Yace aquí el hidalgo fuerte,
que a tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.
Tuvo a todo el mundo en poco;
fué el espantajo y el coco
del mundo, en tal coyuntura,
que acreditó su ventura
morir cuerdo y vivir loco.

(Parte 2.ª, cap. LXXIV.)

VERSOS
DE LAS
"NOVELAS EJEMPLARES"

PRECIOSILLA CANTA LA SALIDA QUE HIZO A SAN LORENZO, DE VALLADOLID, LA REINA DOÑA MARGARITA, PARA OÍR MISA DE PARIDA

Salió a misa de parida
la mayor reina de Europa,
en el valor y en el nombre
rica y admirable joya.
Como los ojos se lleva,
se lleva las almas todas
de cuantos miran y admiran
su devoción y su pompa.
Y para mostrar que es parte
del cielo en la tierra toda,
a un lado lleva el sol de Austria,
al otro la tierna aurora.
A sus espaldas la sigue
un lucero, que a deshora
salió la noche del día
que el cielo y la tierra lloran.
Y si en el cielo hay estrellas
que lucientes carros forman,
en otros carros su cielo
vivas estrellas adornan.
Aquí el anciano Saturno
la barba pule y remoza,
y aunque tardo, va ligero,
que el placer cura la gota.
El dios parlero va en lenguas
lisonjeras y amorosas,
y Cupido en cifras varias,
que rubís y perlas bordan.
Allí va el furioso Marte,
en la persona curiosa
de más de un gallardo joven
que de su sombra se asombra.

Junto a la casa del Sol
va Júpiter, que no hay cosa
difícil a la privanza
fundada en prudentes obras.
Va la Luna en las mejillas
de una y otra humana diosa,
Venus casta, en la belleza
de las que este cielo forman.
Pequeñuelos Ganimedes
cruzan, van, vuelven y tornan
por el cielo tachonado
de esta esfera milagrosa
Y para que todo admire
y todo asombre, no hay cosa
que de liberal no pase
hasta el extremo de pródiga.
Milán, con sus ricas telas,
allí va en vista curiosa,
las Indias con sus diamantes
y Arabia con sus aromas.
Con los malintencionados
va la envidia mordedora,
y la bondad en los pechos
de la lealtad española.
La alegría universal,
huyendo de la congoja,
calles y plazas discurre,
descompuesta y casi loca.
A mil mudas bendiciones
abre el silencio la boca,
y repiten los muchachos
lo que los hombres entonan.
Cuál dice: "Fecunda vid
crece, sube, abraza y toca
el olmo felice tuyo,
que mil siglos te haga sombra,

para gloria de ti misma,
para bien de España y honra,
para arrimo de la Iglesia,
para asombro de Mahoma."
Otra lengua clama y dice:
"Vivas, ¡oh, blanca paloma!,
que nos has dado por crías
águilas de dos coronas,
para ahuyentar de los aires
las de rapiña furiosas,
para cubrir con sus alas
a las virtudes medrosas."
Otra, más discreta y grave,
más aguda y más curiosa,
dice, vertiendo alegría
por los ojos y la boca:
"Esta perla que nos diste,
nácar de Austria, única y sola,
¡qué de máquinas que rompe!,
¡qué de designios que corta!,
¡qué de esperanzas que infunde!,
¡qué de deseos malogra!,
¡qué de temores aumenta!,
¡qué de preñados aborta!"
En esto se llegó al templo
del fénix santo, que en Roma
fué abrasado, y quedó vivo
en la fama y en la gloria.
A la imagen de la vida,
a la del cielo Señora,
a la que, por ser humilde,
las estrellas pisa ahora;
a la Madre y Virgen junto,
a la Hija y a la Esposa
de Dios, hincada de hinojos,
Margarita así razona:

"Lo que me has dado te doy,
mano siempre dadivosa;
que a do falta el favor tuyo
siempre la miseria sobra.
Las primicias de mis frutos
te ofrezco, Virgen hermosa;
tales cuales son las mira,
recibe, ampara y mejora.
A su padre te encomiendo;
que, humano Atlante, se encorva
al peso de tantos reinos
y de climas tan remotas.
Sé que el corazón del Rey
en las manos de Dios mora,
y sé que puedes con Dios
cuanto pidieres piadosa."
Acabada esta oración,
otra semejante entonan
himnos y voces que muestran
que está en el suelo su gloria.
Acabados los oficios,
con reales ceremonias
volvió a su punto este cielo
y esfera maravillosa.

(La Gitanilla.)

DON SANCHO,
BAJO EL DISFRAZ DE CLEMENTE,
A PRECIOSA

Gitanica, que de hermosa
te pueden dar parabienes,
por lo que de piedra tienes
te llama el mundo Preciosa.

De esta verdad me asegura
esto, como en ti verás:
que no se apartan jamás
la esquivez y la hermosura.

Si, como en valor subido,
vas creciendo en arrogancia,
no le arriendo la ganancia
a la edad en que has nacido.

Que un basilisco se cría
en ti que mata mirando,
y un imperio, que, aunque blando,
nos parezca tiranía.

Entre pobres y aduares,
¿cómo nació tal belleza?
¿O cómo crió tal pieza
el humilde Manzanares?

Por esto será famoso
a par del Tajo dorado,
y por Preciosa preciado
más que el Ganges caudaloso.

Dices la buenaventura,
y dasla mala contino;
que no van por un camino
tu intención y tu hermosura.

Porque en el peligro fuerte
de mirarte o contemplarte,
tu intención va a disculparte,
y tu hermosura a dar muerte.

Dicen que son hechiceras
todas las de tu nación;
pero tus hechizos son
de más fuerzas y más veras;

pues por llevar los despojos
de todos cuantos te ven,
haces, ¡oh, niña!, que estén
los hechizos en tus ojos.

En sus fuerzas te adelantas,
pues bailando nos admiras,
y nos matas, si nos miras,
y nos encantas, si cantas.

De cien mil modos hechizas:
hables, calles, cantes, mires,
o te acerques o retires,
el fuego de amor atizas.

Sobre el más exento pecho
tienes mando y señorío;
de lo que es testigo el mío,
de tu imperio satisfecho.

Preciosa joya de amor,
esto humildemente escribe
el que por ti muere y vive,
pobre, aunque humilde amador.

(La Gitanilla.)

BUENAVENTURA DE PRECIOSA A LA SEÑORA DEL TENIENTE

Hermosita, hermosita,
la de las manos de plata,

más te quiere tu marido
que al rey de las Alpujarras.
Eres paloma sin hiel,
pero a veces eres brava
como leona de Orán,
o como tigre de Hircania.
Pero en un tras, en un tris,
el enojo se te pasa,
y quedas como alfeñique,
o como cordera mansa.
Riñes mucho y comes poco;
algo celosita andas;
que es juguetón el teniente,
y quiere arrimar la vara.
Cuando doncella te quiso
uno de una buena cara;
que mal hayan los terceros
que los gustos desbaratan.
Si a dicha tú fueras monja,
hoy tu convento mandaras,
porque tienes de abadesa
más de cuatrocientas rayas.
No te lo quiero decir,
pero poco importa, vaya:
enviudarás otra vez,
y otras dos serás casada.
No llores, señora mía,
que no siempre las gitanas
decimos el Evangelio;
no llores, señora; acaba...
Como te mueras primero
que el señor teniente, basta
para remediar el daño
de la viudez que amenaza.
Has de heredar, y muy presto,
hacienda en mucha abundancia:

tendrás un hijo canónigo;
la iglesia no se señala;
de Toledo no es posible.
Una hija rubia y blanca
tendrás, que si es religiosa,
también vendrá a ser prelada.
Si tu esposo no se muere
dentro de cuatro semanas,
verásle corregidor
de Burgos o Salamanca.
Un lunar tienes: ¡qué lindo!
¡Ay, Jesús, qué luna clara!
¡Qué sol, que allá en los antípodas
obscuros valles aclara!
Más de dos ciegos, por verle
dieran más de cuatro blancas:
ahora sí es la risica;
¡ay, que bien haya esa gracia!
Guárdate de las caídas,
principalmente de espaldas;
que suelen ser peligrosas
en las principales damas.
Cosas hay más que decirte:
si para el viernes me aguardas,
las oirás, que son de gusto,
y algunas hay de desgracias.

(La Gitanilla.)

CANCIÓN DE DON JUAN DE CÁRCAMO
Y DON SANCHO,
BAJO LOS DISFRACES DE ANDRÉS Y CLEMENTE

ANDRÉS

Mira, Clemente, el estrellado velo
con que esta noche fría

compite con el día,
de luces bellas adornado el cielo.
Y en esta semejanza,
si tanto tu divino ingenio alcanza,
aquel rostro figura
donde asiste el extremo de hermosura.

CLEMENTE

Donde asiste el extremo de hermosura,
y adonde la preciosa
honestidad hermosa
con todo extremo de bondad se apura.
En un sujeto cabe,
que no hay humano ingenio que le alabe,
si no toca en divino,
en alto, en raro, en grave y peregrino.

ANDRÉS

En alto, en raro, en grave y peregrino
estilo nunca usado,
al cielo levantado,
por dulce al mundo y sin igual camino.
Tu nombre, ¡oh, Gitanilla!,
causando asombro, espanto y maravilla,
la fama yo quisiera
que le llevara hasta la octava esfera.

CLEMENTE

Que le llevara hasta la octava esfera
fuera decente y justo,
dando a los cielos gusto
cuando el son de su nombre allá se oyera.
Y en la tierra causara,

por donde el dulce nombre resonara,
música en los oídos,
paz en las almas, gloria en los sentidos.

ANDRÉS

Paz en las almas, gloria en los sentidos
se siente cuando canta
la sirena que encanta,
y adormece a los más apercibidos.
Y tal es mi Preciosa,
que es lo menos que tiene ser hermosa;
dulce regalo mío,
corona del donaire, honor del brío.

CLEMENTE

Corona del donaire, honor del brío
eres, bella gitana,
frescor de la mañana,
céfiro blando en el ardiente estío,
rayo con que amor ciego
convierte el pecho más de nieve en fuego;
fuerza que así la hace
que blandamente mata y satisface.

(La Gitanilla.)

CANCIÓN DE PRECIOSA

En esta empresa amorosa
donde el amor entretengo,
por mayor ventura tengo
ser honesta que hermosa.

La que es más humilde planta,
si la subida endereza

por gracia o naturaleza,
a los cielos se levanta.

En este mi bajo cobre,
siendo honestidad su esmalte,
no hay buen deseo que falte,
ni riqueza que no sobre.

No me causa alguna pena
no quererme o no estimarme;
que yo pienso fabricarme
mi suerte y ventura buena.

Haga yo lo que en mí es
que a ser buena me encamine,
y haga el cielo y determine
lo que quisiere después.

Quiero ver si la belleza
tiene tal prerrogativa,
que me encumbre tan arriba
que aspire a mayor alteza.

Si las almas son iguales,
podrá la de un labrador
igualarse por valor
con las que son imperiales.

De la mía lo que siento
me sube al grado mayor,
porque majestad y amor
no tienen un mismo asiento.

(La Gitanilla.)

COPLAS DE MARIALONSO, LA DUEÑA

Madre, la mi madre,
guardas me ponéis;
que si yo no me guardo,
no me guardaréis.

Dicen que está escrito
y con gran razón,
ser la privación
causa de apetito:
crece en infinito
encerrado amor;
por eso es mejor
que no me encerréis.
Que si yo, etc.

Si la voluntad
por sí no se guarda,
no la harán la guarda
miedo o calidad:
romperá en verdad
por la misma muerte,
hasta hallar la suerte
que vos no entendéis.
Que si yo, etc.

Quien tiene costumbre
de ser amorosa,
como mariposa
se irá tras su lumbre,
aunque muchedumbre
de guardas le pongan,
y aunque más propongan
de hacer lo que hacéis.
Que si yo, etc.

Es de tal manera
la fuerza amorosa,
que a la más hermosa
la vuelve en quimera:
el pecho de cera,
de fuego la gana,
las manos de lana,
de fieltro los pies:
Que si yo no me guardo,
mal me guardaréis.

(El celoso extremeño.)

CANCIÓN DE DON DIEGO DE CARRIAZO, BAJO EL DISFRAZ DE LOPE, EL ASTURIANO

Entren, pues, todas las ninfas
y los ninfos que han de entrar,
que el baile de la Chacona
es más ancho que la mar.
Requieran las castañetas,
y bájense a refregar
las manos por esa arena,
o tierra del muladar.
Todos lo han hecho muy bien,
no tengo que les retar:
santigüense y den al diablo
dos higas de su higueral.
Escupan al hideputa,
por que nos deje holgar,
puesto que de la Chacona
nunca se suele apartar.
Cambio el son, divina Argüello,
más bella que un hospital,
pues eres mi nueva musa,
tu favor me quieres dar.

El baile de la Chacona
encierra la vida bona.
Hállase allí el ejercicio
que la salud acomoda,
sacudiendo de los miembros
a la pereza poltrona.
Bulle la risa en el pecho
de quien baila y de quien toca,
del que mira y del que escucha
baile y música sonora.
Vierten azogues los pies,
derrítese la persona,
y con gusto de sus dueños
las mulillas se descorchan.
El brío y la ligereza
en los viejos se remoza,
y en los mancebos se ensalza,
y sobre modo se entona.
El baile de la Chacona
encierra la vida bona.
¡Qué de veces ha intentado
aquesta noble señora
con la alegre zarabanda,
el pésame, y perra mora,
entrarse por los resquicios
de las casas religiosas,
a inquietar la honestidad
que en las santas celdas mora!
¡Cuántas fué vituperada
de los mismos que la adoran!
porque imagina el lascivo,
y al que es necio se le antoja
que *el baile de la Chacona*
encierra la vida bona.
Esta indiana amulatada,
de quien la fama pregona

que ha hecho más sacrilegios
e insultos que hizo Aroba;
ésta, a quien es tributaria
la turba de las fregonas,
la caterva de los pajes,
y de lacayos las tropas,
dice, jura, y no revienta,
que a pesar de la persona
del soberbio zambapalo,
ella es la flor de la olla;
y que sola la *Chacona*
encierra la vida bona.

(La ilustre fregona.)

CANCIÓN DE DON PEDRO, HIJO DEL CORREGIDOR TOLEDANO, A CONSTANZA

¿Dónde estás, que no pareces,
esfera de la hermosura,
belleza a la vida humana
de divina compostura?
Cielo empíreo, donde amor
tiene su estancia segura,
primer móvil que arrebata
tras sí todas las venturas:
lugar cristalino, donde
transparentes aguas puras
enfrían de amor las llamas,
las acrecientan y apuran;
nuevo hermoso firmamento,
donde dos estrellas juntas
sin tomar la luz prestada
al cielo y al suelo alumbran;
alegría, que se opone
a las tristezas confusas

del padre que da a sus hijos
en su vientre sepultura;
humildad, que se resiste
de la alteza con que encumbran
el gran Jove, a quien influye
su benignidad, que es mucha;
red invisible y sutil,
que pone en prisiones duras
al adúltero guerrero
que de las batallas triunfa;
cuarto cielo y sol segundo,
que el primero deja a obscuras,
cuando acaso deja verse,
que el verle es caso y ventura:
grave embajador, que hablas
con tan extraña cordura,
que persuades callando
aun más de lo que procuras;
del segundo cielo tienes
no más que la hermosura,
y del primero no más
que el resplandor de la Luna.
Esta esfera sois, Constanza,
puesta, por corta fortuna,
en lugar que por indigno
vuestras venturas deslumbra.
Fabricad vos vuestra suerte,
consintiendo se reduzca
la entereza a trato al uso,
la esquividad a blandura.
Con esto veréis, señora,
que envidian vuestra fortuna
las soberbias por linaje,
las grandes por hermosura.
Si queréis ahorrar camino,
la más rica y la más pura

voluntad en mí os ofrezco
que vió amor en alma alguna.

(La ilustre fregona.)

DON TOMÁS DE AVENDAÑO,
BAJO EL DISFRAZ DE TOMÁS PEDRO, MOZO
DE MULAS, A CONSTANZA

¿Quién de amor venturas halla?
El que calla.
¿Quién triunfa de su aspereza?
La firmeza.
¿Quién da alcance a su alegría?
La porfía.
De ese modo bien podría
esperar dichosa palma,
si en esta empresa mi alma
calla, está firme y porfía.
¿Con qué se sustenta amor?
Con favor.
¿Y con qué mengua su furia?
Con la injuria.
¿Antes con desdenes crece?
Desfallece.
Claro en esto se parece
que mi amor será inmortal;
pues la causa de mi mal
ni injuria ni favorece.
Quien desespera, ¿qué espera?
Muerte entera.
Pues ¿qué muerte el mal remedia?
La que es media.
Luego ¿bien será morir?
Mejor sufrir;
porque se suele decir

(y esta verdad se reciba):
que tras la tormenta esquiva
suele la calma venir.
¿Descubriré mi pasión?
En ocasión.
¿Y si jamás me la da?
Sí hará.
Llegará la muerte en tanto.
Llegue a tanto
tu limpia fe y esperanza,
que, en sabiéndolo Constanza,
convierta en risa tu llanto.

(La ilustre fregona.)

VIAJE DEL PARNASO

VIAJE DEL PARNASO

CAPÍTULO I

Un quídam caporal italiano,
de patria perusino, a lo que entiendo,
de ingenio griego y de valor romano,

llevado de un capricho reverendo,
le vino en voluntad de ir al Parnaso,
por huír de la corte el vario estruendo.

Sólo y a pie partióse, y paso a paso
llegó donde compró una mula antigua,
de color parda y tartamudo paso.

Nunca a medroso pareció estantigua
mayor, ni menos buena para carga,
grande en los huesos y en la fuerza exigua,

corta de vista, aunque de cola larga,
estrecha en los ijares, y en el cuero
más dura que lo son los de una adarga.

Era de ingenio cabalmente entero,
caía en cualquier cosa fácilmente,
así en Abril como en el mes de Enero.

En fin, sobre ella el poetón valiente
llegó al Parnaso, y fué del rubio Apolo
agasajado con serena frente.

Contó, cuando volvió el poeta, solo
y sin blanca, a su patria, lo que en vuelo
llevó la fama de éste al otro polo.

Yo, que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo,

quisiera despachar a la estafeta
mi alma, o por los aires, y ponella
sobre las cumbres del nombrado Oeta.

Pues, descubriendo desde allí la bella
corriente de Aganipe, en un saltico
pudiera el labio remojar en ella,

y quedar del licor suave y rico
el pancho lleno, y ser de allı adelante
poeta ilustre, o al menos magnifico.

Mas mil inconvenientes al instante
se me ofrecieron, y quedó el deseo
en cierne, desvalido e ignorante.

Porque en la piedra que en mis hombros [veo,
que la fortuna me cargó pesada,
mis mal logradas esperanzas leo.

Las muchas leguas de la gran jornada
se me representaron que pudieran
torcer la voluntad aficionada,

si en aquel mismo instante no acudieran
los humos de la fama a socorrerme,
y corto y fácil el camino hicieran.

Dije entre mí: "Si yo viniese a verme
en la difícil cumbre de este monte,
y una guirnalda de laurel ponerme,

no envidiaría el bien decir de Aponte,
ni del muerto Galarza la agudeza,
en manos blando, en lengua Redomonte."

Mas, como de un error siempre se empieza,
creyendo a mi deseo, di al camino
los pies, porque di al viento la cabeza.

En fin, sobre las ancas del Destino,
llevando a la elección puesta en la silla,
hacer el gran viaje determino.

Si esta cabalgadura maravilla,
sepa el que no lo sabe, que se usa
por todo el mundo, no sólo en Castilla.

Ninguno tiene o puede dar excusa
de no oprimir de esta gran bestia el lomo,
ni mortal caminante lo rehusa.

Suele, tal vez, ser tan ligera como
va por el aire el águila o saeta,
y tal vez anda con los pies de plomo.

Pero para la carga de un poeta,
siempre ligera, cualquier bestia puede
llevarla, pues carece de maleta.

Que es caso ya infalible, que aunque herede
riquezas un poeta, en poder suyo
no aumentarlas, perderlas le sucede.

De esta verdad ser la ocasión arguyo,
que tú, ¡oh, gran padre Apolo!, les infundes
en sus intentos el intento tuyo.

Y como no le mezclas ni confundes
en cosas de agibílibus rateras,
ni en el mar de ganancia vil le hundes,

ellos, o traten burlas o sean veras,
sin aspirar a la ganancia en cosa,
sobre el convexo van de las esferas,

pintando en la palestra rigurosa
las acciones de Marte, o, entre flores,
las de Venus, más blanda y amorosa.

Llorando guerras o cantando amores,
la vida como en sueño se les pasa,
o como suele el tiempo a jugadores.

Son hechos los poetas de una masa
dulce, suave, correosa y tierna,
y amiga del holgar de ajena casa.

El poeta más cuerdo se gobierna
por su antojo baldío y regalado,
de trazas lleno y de ignorancia eterna.

Absorto en sus quimeras, y admirado
de sus mismas acciones, no procura
llegar a rico como a hermoso estado.

Vayan, pues, los leyentes con letura,
cual dice el vulgo mal limado y bronco,
que yo soy un poeta de esta hechura:

cisne en las canas, y en la voz un ronco
y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
desbastar de mi ingenio el duro tronco.

Y que en la cumbre de la varia rueda
jamás me pude ver sólo un momento,
pues, cuando subir quiero, se está queda.

Pero, por ver si un alto pensamiento
se puede prometer feliz suceso,
seguí el viaje a paso tardo y lento.

Un candeal con ocho mis de queso
fué en mis alforjas mi repostería,
útil al que camina y leve peso.

"Adiós, dije a la humilde choza mía;
adiós, Madrid, adiós tu Prado y fuentes
que manan néctar, llueven ambrosía.

Adiós, conversaciones suficientes
a entretener un pecho cuidadoso
y a dos mil desvalidos pretendientes.

Adiós, sitio agradable y mentiroso,
do fueron dos gigantes abrasados
con el rayo de Júpiter fogoso.

Adiós, teatros públicos, honrados
por la ignorancia que ensalzada veo
en cien mil disparates recitados.

Adiós de San Felipe el gran paseo,
donde, si baja o sube el turco galgo,
como en gaceta de Venecia leo.

Adiós, hambre sutil de algún hidalgo,
que, por no verme ante tus puertas muerto,
hoy de mi patria y de mí mismo salgo."

Con esto, poco a poco, llegué al puerto
a quien los de Cartago dieron nombre,
cerrado a todos vientos y encubierto;

a cuyo claro y singular renombre,
se postran cuantos puertos el mar baña,
descubre el sol y ha navegado el hombre.

Arrojóse mi vista a la campaña
rasa del mar, que trajo a mi memoria
del heroico don Juan la heroica hazaña,

donde con alta, de soldados, gloria,
y con propio valor y airado pecho
tuve, aunque humilde, parte en la victoria.

Allí, con rabia y con mortal despecho,
el otomano orgullo vió su brío
hollado y reducido a pobre estrecho.

Lleno, pues, de esperanzas y vacío
de temor, busqué luego una fragata
que efectuase el alto intento mío,

cuando por la, aunque azul, líquida plata,
vi venir un bajel a vela y remo
que tomar tierra en el gran puerto trata.

Del más gallardo y más vistoso extremo
de cuantos las espaldas de Neptuno
oprimieron jamás, ni más supremo,

cual éste nunca vió bajel alguno
el mar, ni pudo verse en el armada
que destruyó la vengativa Juno.

No fué, del vellocino a la jornada,
Argos tan bien compuesta y tan pomposa,
ni de tantas riquezas adornada.

Cuando entraba en el puerto la hermosa,
aurora por las puertas del Oriente
salía en trenza blanda y amorosa.

Oyóse un estampido de repente,
haciendo salva la real galera,
que despertó y alborotó la gente.

El son de los clarines la ribera
llenaba de dulcísima armonía,
y el de la chusma alegre y placentera.

Entrábanse las horas por el día
a cuya luz, con distinción más clara,
se vió del gran bajel la bizarría.

Ancoras echa y en el puerto para,
y arroja un ancho esquife al mar tranquilo
con música, con grita y algazara.

Usan los marineros de su estilo,
cubren la popa con tapetes tales,
que es oro y sirgo de su trama el hilo.

Tocan de la ribera los umbrales,
sale del rico esquife un caballero,
en hombros de otros cuatro principales,

en cuyo traje y ademán severo
vi de Mercurio al vivo la figura,
de los fingidos dioses mensajero.

En el gallardo talle y compostura,
en los alados pies, y el caduceo,
símbolo de prudencia y de cordura;

digo, que al mismo paraninfo veo,
que trajo mentirosas embajadas
a la tierra, del alto coliseo.

Vile y, apenas puso las aladas
plantas en las arenas venturosas,
por verse de divinos pies tocadas,

cuando yo, revolviendo cien mil cosas
en la imaginación, llegué a postrarme
ante las plantas por adorno hermosas.

Mandóme el dios parlero, luego, alzarme,
y con medidos versos y sonantes,
de esta manera comenzó a hablarme:

"¡Oh, Adán de los poetas! ¡Oh, Cervantes!
¿Qué alforjas y qué traje es éste, amigo,
que así muestra discursos ignorantes?"

Yo, respondiendo a su demanda, digo:
"Señor, voy al Parnaso y, como pobre,
con este aliño mi jornada sigo."

Y él a mí me dijo: "¡Oh, sobrehumano y
espíritu, Cilenio levantado, [sobre-
toda abundancia y todo honor te sobre!,

que, en fin, has respondido a ser soldado
antiguo y valeroso, cual lo muestra
la mano de que estás estropeado.

Bien sé que en la Naval, dura palestra,
perdiste el movimiento de la mano
izquierda, para gloria de la diestra.

Y sé que aquel instinto sobrehumano
que de raro inventor tu pecho encierra,
no te le ha dado el padre Apolo en vano.

Tus obras los rincones de la Tierra,
llevándolas en grupa Rocinante,
descubren y a la envidia mueven guerra.

Pasa, raro inventor, pasa adelante
con tu sutil ingenio y presta ayuda
a Apolo, que la tuya es importante,

antes que el escuadrón vulgar acuda
de más de veinte mil sietemesinos
poetas, que de serlo están en duda.

Llenas van ya las sendas y caminos
de esta canalla inútil contra el monte,
que aun de estar a su sombra no son dinos.

Armate de tus versos luego, y ponte
a punto de seguir este viaje
conmigo, y a la gran obra disponte.

Conmigo segurísimo pasaje
tendrás, sin que te empaches, ni procures
lo que suelen llamar matalotaje.

Y, porque esta verdad que digo apures,
entra conmigo en mi galera, y mira
cosas con que te asombres y asegures."

Yo, aunque pensé que todo era mentira,
entré con él en la galera hermosa,
y vi lo que pensar en ello admira.

De la quilla a la gavia, ¡oh, extraña cosa!,
toda de versos era fabricada,
sin que se entremetiese alguna prosa.

Las ballesteras eran de ensalada
de glosas, todas hechas a la boda
de la que se llamó mal maridada.

Era la chusma de romances, toda
gente atrevida, empero necesaria,
pues a todas acciones se acomoda.

La popa, de materia extraordinaria,
bastarda y de legítimos sonetos,
de labor peregrina en todo y varia.

Eran dos valentísimos tercetos
los espaldares de la izquierda y diestra,
para dar boga larga muy perfetos.

Hecha ser la crujía se me muestra
de una luenga y tristísima elegía,
que no en cantar, sino en llorar es diestra.

Por ésta entiendo yo que se diría
lo que suele decirse a un desdichado
cuando lo pasa mal: "Pasó crujía."

El árbol, hasta el cielo levantado,
de una dura canción prolija estaba,
de canto de seis dedos, embreado.

El, y la entena que por él cruzaba,
de duros estrambotes la madera
de qué eran hechos claro se mostraba.

La racamenta, que es siempre parlera,
toda la componían redondillas
con que ella se mostraba más ligera.

Las jarcias parecían seguidillas,
de disparates mil y más compuestas,
que suelen en el alma hacer cosquillas.

Las rumbadas, fortísimas y honestas
estancias, eran tablas poderosas
que llevan un poema y otro acuestas.

Era cosa de ver las bulliciosas
banderillas, que al aire tremolaban,
de varias rimas algo licenciosas.

Los grumetes, que aquí y allá cruzaban,
de encadenados versos parecían,
puesto que como libres trabajaban.

Todas las obras muertas componían,
o versos sueltos o sextinas graves,
que la galera más gallarda hacían.

En fin, con modos blandos o suaves,
viendo Mercurio que yo visto había
el bajel que es razón, lector, que alabes,

junto a sí me sentó y su voz envía
a mis oídos, en razones claras
y llenas de suavísima armonía,

diciendo: "Entre las cosas que son raras
y nuevas en el mundo y peregrinas,
verás, si en ello adviertes y reparas,

que es una este bajel de las más dinas
de admiración, que llegue a ser espanto
a naciones remotas y vecinas.

No le formaron máquinas de encanto,
sino el ingenio del divino Apolo,
que puede, quiere, y llega y sube a tanto.

Formóle, ¡oh, nuevo caso!, para sólo
que yo llevase en él cuantos poetas
hay desde el claro Tajo hasta Pactolo.

De Malta al gran maestre, a quien secretas
espías dan aviso que en Oriente
se aperciben las bárbaras saetas,

teme, y envía a convocar la gente,
que sella con la blanca cruz el pecho
por que en su fuerza su valor se aumente.

A cuya imitación Apolo ha hecho
que los famosos vates al Parnaso
acudan, que está puesto en duro estrecho.

Yo, condolido del doliente caso,
en el ligero casco, ya instruído
de lo que he de hacer, aguijo el paso.

De Italia las riberas he barrido,
he visto las de Francia, y no tocado,
por venir sólo a España dirigido.

Aquí, con dulce y con felice agrado,
hará fin mi camino, a lo que creo,
y seré fácilmente despachado.

Tú, aunque en tus canas tu pereza veo,
serás el paraninfo de mi asunto
y el solicitador de mi deseo.

Parte, y no te detengas sólo un punto,
y a los que en esta lista van escritos
dirás de Apolo cuanto aquí yo apunto."

Sacó un papel, y en él casi infinitos
nombres vi de poetas, en que había
yangüeses, vizcaínos y coritos.

Allí famosos vi de Andalucía,
y entre los castellanos vi unos hombres
en que vive de asiento la Poesía.

Dijo Mercurio: "Quiero que me nombres
de esta turba gentil, pues tú lo sabes,
la alteza de su ingenio, con los nombres."

Yo respondí: "De los que son más graves
diré lo que supiere, por moverte
a que ante Apolo su valor alabes."
El escuchó. Yo dije de esta suerte.

CAPÍTULO II

Colgado estaba de mi antigua boca
el dios hablante, pero entonces mudo;
que, al que escucha, el guardar silencio toca.

Cuando di de improviso un estornudo,
y haciendo cruces por el mal agüero,
del gran Mercurio al mandamiento acudo.

Miré la lista y vi que era el primero
el LICENCIADO JUAN DE OCHOA, amigo
por poeta y cristiano verdadero.

De este varón, en su alabanza, digo
que puede acelerar y dar la muerte
con su claro discurso al enemigo,

y que, si no se aparta y se divierte
su ingenio en la gramática española,
será de Apolo sin igual la suerte;

pues de su poesía, al mundo sola,
puede esperar poner el pie en la cumbre
de la inconstante rueda o varia bola.

Este, que de los cómicos es lumbre,
que el LICENCIADO POYO es su apellido,
no hay nube que a su sol claro deslumbre;

pero, como está siempre entretenido
en trazas, en quimeras e invenciones,
no ha de acudir a este marcial ruido.

Este, que en lista por tercero pones,
que HIPÓLITO se llama DE VERGARA,
si llevarle al Parnaso te dispones,

haz cuenta que en él llevas una jara,
una saeta, un arcabuz, un rayo,
que contra la ignorancia se dispara.

Este, que tiene, como mes de Mayo,
florido ingenio, y que comienza ahora
a hacer de sus comedias nuevo ensayo,

GODÍNEZ es. Y este otro, que enamora
las almas con sus versos regalados,
cuando de amor ternezas canta o llora,

es uno que valdrá por mil soldados
cuando a la extraña y nunca vista empresa
fueren los escogidos y llamados;

digo que es DON FRANCISCO, el que profesa
las armas y las letras con tal nombre,
que por su igual Apolo le confiesa:

es DE CALATAYUD su sobrenombre.
Con esto queda dicho todo cuanto
puedo decir, con que a la envidia asombre.

Este que sigue es un poeta santo,
digo, famoso. MIGUEL CID se llama,
que al coro de las musas pone espanto.

Este otro, que sus versos encarama
sobre los mismos hombros de Calixto,
tan celebrado siempre de la fama,

es aquel agradable, aquel bien quisto,
aquel agudo, aquel sonoro y grave
sobre cuantos poetas Febo ha visto;

aquel que tiene de escribir la llave
con gracia y agudeza en tanto extremo,
que su igual en el orbe no se sabe;

es Don Luis de Góngora, a quien temo
agraviar en mis cortas alabanzas,
aunque las suba al grado más supremo.

¡Oh, tú, divino espíritu, que alcanzas
ya el premio merecido a tus deseos,
y a tus bien colocadas esperanzas!

Ya en nuevos y justísimos empleos,
divino Herrera, tu caudal se aplica,
aspirando del cielo a los trofeos.

Ya de tu hermosa luz, clara y rica,
el bello resplandor miras seguro
en la que la alma tuya beatifica;

y arrimada tu hiedra al fuerte muro
de la inmortalidad, no estimas cuanto
mora en las sombras de este mundo obscuro.

Y tú, Don Juan de Jáuregui, que a tanto
el sabio curso de tu pluma aspira,
que sobre las esferas le levanto;

aunque Lucano por tu voz respira,
déjale un rato, y con piadosos ojos
a la necesidad de Apolo mira;

que te están esperando mil despojos
de otros mil atrevidos, que procuran
fértiles campos ser, siendo rastrojos.

Y tú, por quien las musas aseguran
su partido, Don Félix Arias, siente
que por su gentileza te conjuran

y ruegan que defiendas de esta gente
non sancta su hermosura, y de Aganipe
y de Hipocrene la inmortal corriente.

¿Consentirás tú, a dicha, participe
del licor suavísimo un poeta,
que al hacer de sus versos sude y hipe?

No lo consentirás, pues tu discreta
vena, abundante y rica, no permite
cosa que sombra tenga de imperfeta.

Señor, éste que aquí viene se quite,
dije a Mercurio, que es un chacho necio,
que juega, y es de sátiras su envite.

Este sí que podrás tener en precio,
que es Alonso de Salas Barbadillo,
a quien me inclino y sin medida aprecio.

Este que viene aquí, si he de decirlo,
no hay para qué le embarques, y así puedes
llorarle. Dijo el dios: "Gusto de oírlo."

Es un cierto rapaz, que a Ganimedes
quiere imitar, vistiéndose a lo godo,
y, así, aconsejo que sin él te quedes.

No lo harás con éste de ese modo,
que es el gran Luis Cabrera, que pequeño
todo lo alcanza, pues lo sabe todo.

Es de la Historia conocido dueño,
y en discursos discretos tan discreto,
que a Tácito verás, si te le enseño.

Este que viene es un galán, sujeto
de la varia fortuna a los vaivenes,
y del mundano tiempo al duro aprieto.

Un tiempo rico de caducos bienes,
y ahora de los firmes e inmudables
más rico, a tu mandar firme le tienes;

pueden los altos riscos siempre estables
ser tocados del mar, mas no movidos
de sus ondas en cursos variables.

Ni menos a la tierra trae rendidos
los altos cedros Bóreas, cuando airado
quiere humillar los más fortalecidos.

Y éste, que vivo ejemplo nos ha dado
de esta verdad con tal filosofía,
Don Lorenzo Ramírez es, de Prado.

De éste, que se le sigue aquí, diría
que es Don Antonio de Monroy, que veo
en ello qué es ingenio y cortesía.

Satisfacción al más alto deseo
puede dar de valor heroico y ciencia,
pues mil descubro en él y otras mil creo.

Este es un caballero de presencia
agradable, y que tiene de Torcuato
el alma, sin alguna diferencia.

De Don Antonio de Paredes trato,
a quien dieron las musas, sus amigas,
en tierna edad anciano ingenio y trato.

Este, que por llevarle de fatigas,
es Don Antonio de Mendoza, y veo
cuánto en llevarle al sacro Apolo obligas.

Este, que de las musas es recreo,
la gracia, y el donaire y la cordura,
que de la discreción lleva el trofeo,

es Pedro de Morales, propia hechura
del gusto cortesano, y es asilo
adonde se repara mi ventura.

Este, aunque tiene parte de Zoilo,
es el grande Espinel, que en la guitarra
tiene la prima, y en el raro estilo.

Este, que tanto allí tira la barra,
que las cumbres se deja atrás de Pindo,
que jura, que vocea y que desgarra,

tiene más de poeta que de lindo,
y es Jusepe de Vargas, cuyo astuto
ingenio y rara condición deslindo.

Este, a quien pueden dar justo tributo
la gala y el ingenio, que más pueda
ofrecer a las musas flor y fruto,

es el famoso Andrés de Balmaseda,
de cuyo grave y dulce entendimiento
el magno Apolo satisfecho queda.

Este es Enciso, gloria y ornamento
del Tajo y claro honor del Manzanares,
que, con tal hijo, aumenta su contento.

Este, que es escogido entre millares,
DE GUEVARA, LUIS VÉLEZ, es el bravo
que se puede llamar quitapesares.

Es poeta gigante, en quien alabo
el verso numeroso, el peregrino
ingenio, si un Gnaton nos pinta o un Davo.

Este es DON JUAN DE ESPAÑA, que es más dino
de alabanzas divinas que de humanas,
pues en todos sus versos es divino.

Este, por quien de Lugo están ufanas
las musas, es SILVEIRA, aquel famoso
que por llevarle con razón te afanas.

Este, que se le sigue, es el curioso
gran DON PEDRO DE HERRERA, conocido
por de ingenio elevado en punto honroso.

Este, que de la cárcel del olvido
sacó otra vez a Proserpina hermosa,
con que a España y al Dauro ha enriquecido,

verásle en la contienda rigurosa,
que se espera y se teme en nuestros días,
culpa de nuestra edad poco dichosa,

mostrar de su valor las lozanías.
Pero ¡qué mucho, si es aqueste el docto
y grave DON FRANCISCO DE FARÍAS!

Este, de quien fuí siempre devoto,
oráculo y Apolo de Granada,
y aun de este clima nuestro y del remoto,

PEDRO RODRÍGUEZ es. Este es TEJADA,
de altisonantes versos y sonoros,
con majestad en todo levantada.

Este, que brota versos por los poros,
y halla patria y amigos dondequiera,
y tiene en los ajenos sus tesoros,

es MEDINILLA, el que la vez primera
cantó el romance de la tumba obscura,
entre cipreses puestos en hilera.

Este, que en verdes años se apresura
y corre al sacro lauro, es DON FERNANDO
BERMÚDEZ, donde vive la cordura.

Este es aquel poeta memorando,
que mostró de su ingenio la agudeza
en las selvas de Erífile, cantando.

Este, que la columna nueva empieza
con estos dos que con su ser convienen,
nombrarlos aun lo tengo por bajeza.

MIGUEL CEJUDO y MIGUEL SÁNCHEZ vienen
juntos aquí, ¡oh, par sin par! En éstos
las sacras musas fuerte amparo tienen,

que en los pies de sus versos bien compuestos,
llenos de erudición rara y doctrina,
al ir al grave caso serán prestos.

Este gran caballero, que se inclina
a la lección de los poetas buenos,
y al sacro monte con su luz camina.

Don Francisco de Silva es, por lo menos.
¿Qué será por lo más? ¡Oh, edad madura
en verdes años, de cordura llenos!

Don Gabriel Gómez viene aquí, segura
tiene con él Apolo la victoria
de la canalla siempre necia y dura.

Para honor de su ingenio, para gloria
de su florida edad, para que admire
siempre de siglo en siglo su memoria.

en este gran sujeto se retire
y abrevie la esperanza de este hecho,
y Febo al gran Valdés, atento mire.

Verá en él un gallardo y sabio pecho,
un ingenio sutil y levantado,
con que le deje en todo satisfecho.

Figueroa es este otro, el doctorado,
que cantó de Amarili la constancia
en dulce prosa y verso regalado.

Cuatro vienen aquí, en poca distancia,
con mayúsculas letras de oro escritos,
que son del alto mundo la importancia.

De tales cuatro, siglos infinitos
durará la memoria, sustentada
en la alta gravedad de sus escritos.

Del claro Apolo la real morada,
si viniera a caer de su grandeza,
será por estos cuatro levantada.

En ellos nos cifró Naturaleza
el todo de las partes que son dinas
de gozar celsitud, que es más que alteza.

Esta verdad, gran conde de Salinas,
bien la acreditas con tus raras obras,
que en los términos tocan de divinas.

Tú, el de Esquilache príncipe, que cobras
de día en día crédito tamaño,
que te adelantas a ti mismo y sobras,

serás escudo fuerte al grave daño
que teme Apolo, con ventajas tantas
que no te espere el escuadrón tacaño.

Tú, conde de Saldaña, que con plantas
tiernas pisas de Pindo la alta cumbre,
y en alas de tu ingenio te levantas,

hacha has de ser de inextinguible lumbre,
que guíe al sacro monte al deseoso
de verse en él, sin que la luz deslumbre.

Tú, el de Villamediana, el más famoso
de cuantos, entre griegos y latinos,
alcanzaron el lauro venturoso,

cruzarás por las sendas y caminos
que al monte guían, porque más seguros
lleguen a él los simples peregrinos.

A cuya vista, de estos cuatro muros
del Parnaso caerán las arrogancias
de los mancebos sobre necios duros.

¡Oh, cuántas y cuán graves circunstancias
dijera de estos cuatro, que felices
aseguran de Apolo las ganancias!

Y más si les llega el de ALCAÑICES
MARQUÉS insigne, harán, puesto que hay una
en el mundo no más, cinco fenices.

Cada cual, de por sí, será coluna
que sustente y levante el edificio
de Febo sobre el cerco de la Luna.

Este, puesto que acude al grave oficio
en que se ocupa, el lauro y palma lleva
que Apolo da por honra y beneficio.

En esta ciencia es maravilla nueva,
y en la jurisprudencia único y raro:
su nombre es DON FRANCISCO DE LA CUEVA.

Este, que con Homero le comparo,
es el gran DON RODRIGO DE HERRERA,
insigne en letras y en virtudes claro.

Este, que se le sigue, es el DE VERA,
DON JUAN, que por su espada y por su pluma,
le honran en la quinta y cuarta esfera.

Este, que el cuerpo, y aun el alma, bruma
de mil, aunque no muestre ser cristiano,
sus escritos el tiempo no consuma.

Cayóseme la lista de la mano
en este punto, y dijo el dios: "Con estos
que has referido está el negocio llano.

Haz que con pies y pensamientos prestos
vengan aquí, donde aguardando quedo
la fuerza de tan válidos supuestos."

"Mal podrá DON FRANCISCO DE QUEVEDO
venir", dije yo entonces; y él me dijo:
"Pues partirme sin él de aquí no puedo.

Ese es hijo de Apolo, ése es hijo
de Caliope musa; no podemos
irnos sin él, y en esto estaré fijo.

Es el flagelo de poetas memos,
y echará a puntillazos del Parnaso
los malos que esperamos y tememos."

"¡Oh, señor!, repliqué, que tiene el paso
corto, y no llegará en un siglo entero."
"De eso, dijo Mercurio, no hago caso;

que el poeta que fuere caballero,
sobre una nube, entre pardilla y clara,
vendrá muy a su gusto caballero."

"Y el que no, pregunté, ¿qué le prepara
Apolo? ¿Qué carrozas o qué nubes?
¿Qué dromedario o alfana en paso rara?"

"Mucho, me respondió, mucho te subes
en tus preguntas; calla y obedece."
"Sí haré, pues no es infando lo que jubes."

Esto le respondí, y él me parece
que se turbó algún tanto; y en un punto
el mar se turba. el viento sopla y crece.

Mi rostro, entonces, como el de un difunto
se debió de poner, y sí haría,
que soy medroso a lo que yo barrunto.

Vi la noche mezclarse con el día,
las arenas del hondo mar alzarse
a la región del aire, entonces fría.

Todos los elementos vi turbarse;
la tierra, el agua, el aire y aun el fuego
vi entre rompidas nubes azorarse.

Y en medio de este gran desasosiego,
llovían nubes, de poetas llenas,
sobre el bajel, que se anegara luego,

si no acudieran más de mil sirenas
a dar de azotes a la gran borrasca,
que hacía el saltarel por las antenas.

Una, que ser pensé Juana la Chasca,
de dilatado vientre y luengo cuello,
pintiparado a aquel de la tarasca,

se llegó a mí, y me dijo: "De un cabello
de este bajel estaba la esperanza
colgada, a no venir a socorrello.

Traemos, y no es burla, a la bonanza,
que estaba descuidada oyendo atenta
los discursos de un cierto Sancho Panza."

En esto sosegóse la tormenta,
volvió tranquilo el mar, serenó el cielo,
que al regañón el céfiro le ahuyenta.

Volví la vista, y vi en ligero vuelo
una nube romper el aire claro,
de la color del condensado hielo.

¡Oh, maravilla nueva! ¡Oh, caso raro!
Vilo, y he de decirlo, aunque se dude
del hecho que por brújula declaro.

Lo que yo pude ver, lo que yo pude
notar fué que la nube, dividida
en dos mitades, a llover acude.

Quien ha visto la tierra prevenida
con tal disposición, que cuando llueve,
cosa ya averiguada y conocida,

de cada gota, en un instante breve,
del polvo se levanta o sapo o rana,
que a saltos, o despacio, el paso mueve;

tal se imagine ver, ¡oh, soberana
virtud!, de cada gota de la nube
saltar un bulto, aunque con forma humana.

Por no creer esta verdad estuve
mil veces, pero vila con la vista,
que entonces clara y sin legañas tuve.

Eran aquestos bultos, de la lista
pasada los poetas referidos,
a cuya fuerza no hay quien la resista.

Unos por hombres buenos conocidos,
otros de rumbo y hampo, y Dios es Cristo,
poquitos bien y muchos mal vestidos.

Entre ellos parecióme de haber visto
a Don Antonio de Galarza, el bravo,
gentilhombre de Apolo y muy bienquisto.

El bajel se llenó de cabo a cabo,
y su capacidad a nadie niega
copioso asiento, que es lo más que alabo.

Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
poeta insigne, a cuyo verso o prosa
ninguno le aventaja, ni aun le llega.

Era cosa de ver maravillosa
de los poetas la apretada enjambre,
en recitar sus versos muy melosa.

Este, muerto de sed, aquél de hambre,
yo dije, viendo tantos, con voz alta:
"¡Cuerpo de mí, con tanta poetambre!"

Por tantas sobras conoció una falta
Mercurio, y acudiendo a remedialla,
ligero en la mitad del bajel salta.

Y con una zaranda que allí halla,
no sé si antigua o si de nuevo hecha,
zarandó mil poetas de gramalla.

Los de capa y espada no desecha,
y de éstos zarandó dos mil y tantos;
que fué neguilla entonces la cosecha.

Colábanse los buenos y los santos,
y quedábanse arriba los granzones,
más duros en sus versos que los cantos.

Y sin que les valiesen las razones
que en su disculpa daban, daba luego
Mercurio al mar con ellos a montones.

Entre los arrojados se oyó un ciego,
que murmurando entre las ondas iba
de Apolo, con un pésete y reniego.

Un sastre, aunque en sus pies flojos estriba,
abriendo con los brazos el camino
dijo: "Sucio es Apolo, así yo viva."

Otro, que al parecer iba mohino,
con ser un zapatero de obra prima,
dijo dos mil, no un solo desatino.

Trabaja un tundidor, suda, y se anima
por verse a la ribera conducido,
que más la vida que la honra estima.

El escuadrón nadante, reducido
a la marina, vuelve a la galera
el rostro, con señales de ofendido.

Y uno por todos dijo: "Bien pudiera
ese chocante embajador de Febo
tratarnos bien, y no de esta manera."

Mas oigan lo que dijo: "Yo me atrevo
a profanar del monte la grandeza
con libros nuevos, y en estilo nuevo."

Calló Mercurio, y a poner empieza
con gran curiosidad seis camarines,
dando a la gracia ilustre rancho y pieza.

De nuevo resonaron los clarines,
y así Mercurio, lleno de contento,
sin darle mal agüero los delfines,
remos al agua dió, velas al viento.

CAPÍTULO III

Eran los remos de la real galera
de esdrújulos, y de ellos compelida
se deslizaba por el mar ligera.

Hasta el tope la vela iba tendida,
hecha de muy delgados pensamientos,
de varios lizos por amor tejida.

Soplaban dulces y amorosos vientos,
todos en popa, y todos se mostraban
al gran viaje solamente atentos.

Las sirenas en torno navegaban,
dando empellones al bajel lozano,
con cuya ayuda en vuelo le llevaban.

Semejaban las aguas del mar cano
colchas encarrujadas, y hacían
azules visos por el verde llano.

Todos los del bajel sè entretenían,
unos glosando pies dificultosos,
otros cantaban, otros componían.

Otros, de los tenidos por curiosos,
referían sonetos, muchos hechos
a diferentes casos amorosos.

Otros, alfeñicados y deshechos
en puro azúcar, con la voz suave,
de su melifluidad muy satisfechos,

en tono blando, sosegado y grave,
églogas pastorales recitaban,
en quien la gala y la agudeza cabe.

Otros, de sus señoras celebraban,
en dulces versos, de la amada boca
los excrementos que por ella echaban.

Tal hubo a quien amor así le toca,
que alabó los riñones de su dama
con gusto grande y no elegancia poca.

Uno cantó, que la amorosa llama
en mitad de las aguas le encendía,
y como toro agarrochado brama.

De esta manera andaba la Poesía
de uno en otro, haciendo que hablase
éste latín, aquél algarabía.

En esto, sesga la galera, vase
rompiendo el mar con tanta ligereza,
que el viento aun no consiente que la pase.

Y en esto descubrióse la grandeza
de la escombrada playa de Valencia,
por arte hermosa y por naturaleza.

Hizo luego de sí grata presencia
el gran Don Luis Ferrer, marcado el pecho
de honor, y el alma de divina ciencia.

Desembarcóse el dios, y fué derecho
a darle cuatro mil y más abrazos,
de su vista y su ayuda satisfecho.

Volvió la vista, y reiteró los lazos
en Don Guillén de Castro, que venía
deseoso de verse en tales brazos.

Cristóbal de Virués se le seguía,
con Pedro de Aguilar, junta famosa
de lo que Turia en sus riberas cría.

No le pudo llegar más valerosa
escuadra al gran Mercurio, ni él pudiera
desearla mejor, ni más honrosa.

Luego se descubrió por la ribera
un tropel de gallardos valencianos,
que a ver venían la sin par galera,

todos con instrumentos en las manos
de estilos librillos de memoria,
por bizarría y por ingenio ufanos,

codiciosos de hallarse en la victoria,
que ya tenían por segura y cierta,
de las heces del mundo y de la escoria.

Pero Mercurio les cerró la puerta;
digo, no consintió que se embarcasen
y el porqué no lo digo, aunque se acierta.

Y fué, porque temió que no se alzasen,
siendo tantos y tales, con Parnaso,
y nuevo imperio y mando en él fundasen.

En esto vióse, con brioso paso,
venir al magno Andrés Rey de Artieda,
no por la edad descaecido o laso.

Hicieron todos espaciosa rueda
y, cogiéndole en medio, le embarcaron,
más rico de valor que de moneda.

Al momento las áncoras alzaron,
y las velas ligadas a la entena
los grumetes aprisa desataron.

De nuevo por el aire claro suena
el son de los clarines, y de nuevo
vuelve a su oficio cada cual sirena.

Miró el bajel por entre nubes Febo,
y dijo en voz que pudo ser oída:
"Aquí mi gusto y esperanza llevo."

De remos y sirenas impelida,
la galera se deja atrás el viento,
con milagrosa y próspera corrida.

Leíase en los rostros el contento
que llevaban los sabios pasajeros,
durable, por no ser nada violento.

Unos, por el calor, iban en cueros,
otros, por no tener godescas galas,
en traje se vistieron de romeros.

Hendía, en tanto, las neptúneas salas
la galera, del modo como hiende
la grulla el aire con tendidas alas.

En fin, llegamos donde el mar se extiende,
y ensancha y forma el golfo de Narbona,
que de ningunos vientos se defiende.

Del gran Mercurio la cabal persona,
sobre seis resmas de papel sentada,
iba con cetro y con real corona,

cuando una nube, al parecer preñada,
parió cuatro poetas en crujía,
o los llovió, razón más concertada.

Fué el uno aquel de quien Apolo fía
su honra, JUAN LUIS DE CASANATE,
poeta insigne de mayor cuantía.

El mismo Apolo de su ingenio trate,
él le alabe, él le premie y recompense,
que el alabarle yo sería dislate.

Al segundo llovido, el uticense
Catón no le igualó, ni tiene Febo
quien tanto por él mire, ni en él piense.

Del contador GASPAR DE BARRIONUEVO
mal podrá el corto, flaco, ingenio mío
loar el suyo así como yo debo.

Llenó del gran bajel el gran vacío
el gran FRANCISCO DE RIOJA, al punto
que saltó de la nube en el navío.

A CRISTÓBAL DE MESA vi allí, junto
a los pies de Mercurio, dando fama
a Apolo, siendo de él propio trasunto.

A la gavia un grumete se encarama,
y dijo a voces: "La ciudad se muestra
que Génova, del dios Jano, se llama."

"Déjese la ciudad a la siniestra
mano, dijo Mercurio, el bajel vaya
y siga su derrota por la diestra."

Hacer al Tíber vimos blanca raya
dentro del mar, habiendo ya pasado
la ancha, romana y peligrosa playa.

De lejos vióse el aire condensado
del humo que el Estrómbalo vomita,
de azufre y llamas, y de horror formado.

Huyen la isla infame, y solicita
el suave poniente, así el viaje
que lo acorta, lo allana y facilita.

Vímonos en un punto en el paraje,
do la nutriz de Eneas piadoso
hizo el forzoso y último pasaje.

Vimos, desde allí a poco, el más famoso
monte que encierra en sí nuestro hemisferio,
más gallardo a la vista y más hermoso.

Las cenizas de Títiro y Sincero
están en él, y puede ser por esto
nombrado entre los montes por primero.

Luego se descubrió, donde echó el resto
de su poder Naturaleza amiga,
de formar de otros muchos un compuesto.

Vióse la pesadumbre sin fatiga
de la bella Parténope, sentada
a la orilla del mar, que sus pies liga,

de castillos y torres coronada,
por fuerte y por hermosa, en igual grado
tenida, conocida y estimada.

Mandóme el del alígero calzado,
que me aprestase y fuése luego a tierra
a dar a los LUPERCIOS un recado

en que les diese cuenta de la guerra
temida, y que a venir les persuadiese
al duro y fiero asalto, al "cierra, cierra".

"Señor, le respondí, si acaso hubiese
otro que la embajada les llevase,
que más grato a los dos hermanos fuese

que yo no soy, sé bien que negociase
mejor." Dijo Mercurio: "No te entiendo,
y has de ir antes de que el tiempo más se pase."

"Que no me han de escuchar estoy temiendo,
le repliqué, ya si el ir yo no importa,
puesto que en todo obedecer pretendo.

Que no sé quién me dice y quién me exhorta
que tienen para mí, a lo que imagino,
la voluntad, como la vista, corta.

Que, si esto así no fuera, este camino
con tan pobre recámara no hiciera,
ni diera en un tan hondo desatino.

Pues si alguna promesa se cumpliera,
de aquellas muchas que al partir me hicieron,
lléveme Dios si entrara en tu galera.

Mucho esperé, si mucho prometieron,
mas podrá ser que ocupaciones nuevas
les obligue a olvidar lo que dijeron.

Muchos, señor, en la galera llevas,
que te podrán sacar el pie del lodo,
parte y excusa de hacer más pruebas."

"Ninguno, dijo, me hable de ese modo,
que si me desembarco y los embisto,
voto a Dios, que me traiga al Conde y todo.

Con estos dos famosos me enemisto
que habiendo levantado a la Poesía
al buen punto en que está, como se ha visto,

quieren, con perezosa tiranía
alzarse, como dicen, a su mano
con la ciencia que a ser divinos guía.

¡Por el solio de Apolo soberano
juro..., y no digo más!" Y ardiendo en ira,
se echó a las barbas una y otra mano.

Y prosiguió diciendo: "El DOCTOR MIRA,
apostaré, si no lo manda el Conde,
que también en sus puntos se retira.

Señor galán: parezca. ¿A qué se esconde?
Pues a fe por llevarle, si él no gusta,
que ni le busque, aceche, ni le ronde.

¿Es esta empresa, acaso, tan injusta,
que se esquiven de hallar en ella cuantos
tienen conciencia limitada y justa?

¿Carece el cielo de poetas santos,
puesto que brote a cada paso el suelo
poetas, que lo son tantos y tantos?

¿No se oyen sacros himnos en el cielo?
¿La arpa de David allá no suena,
causando nuevo accidental consuelo?

Fuera melindres, y cese la entena,
que llegue al tope." Y luego obedecido
fué de la chusma sobre buenas buena.

Poco tiempo pasó, cuando un ruido
se oyó que los oídos atronaba,
y era de perros áspero ladrido.

Mercurio se turbó, la gente estaba
suspensa al triste son, y en cada pecho
el corazón más válido temblaba.

En esto descubrióse el corto estrecho
que Escila y que Caribdis espantosas
tan temeroso con su furia han hecho.

"Estas olas que veis, presuntuosas
en visitar las nubes de contino,
y aun de tocar el cielo codiciosas,

venciólas el prudente peregrino
amante de Calipso, al tiempo cuando
hizo, dijo Mercurio, este camino.

Su prudencia nosotros imitando,
echaremos al mar en que se ocupen,
en tanto que el bajel pasa volando.

Que en tanto que ellas tasquen, roan, chupen
el mísero que al mar ha de entregarse,
seguro estoy que el paso desocupen.

Miren si puede en la galera hallarse
algún poeta desdichado, acaso,
que a las fieras gargantas pueda darse."

Buscáronle, y hallaron a Lofraso,
poeta militar, sardo, que estaba
desmayado a un rincón, marchito y laso;

que a sus diez libros de Fortuna andaba
añadiendo otros diez, y el tiempo escoge
que más desocupado se mostraba.

Gritó la chusma toda: "Al mar se arroje.
Vaya Lofraso al mar sin resistencia."
"Por Dios, dijo Mercurio, que me enoje.

¡Cómo! ¿Y no será cargo de conciencia,
y grande, echar al mar tanta poesía,
puesto que aquí nos hunda su inclemencia?

Viva Lofraso, en tanto que dé al día
Apolo luz, y en tanto que los hombres
tengan discreta, alegre fantasía.

Tócante a ti, ¡oh, Lofraso!, los renombres
y epítetos de agudo y de sincero,
y gusto que mi cómitre te nombres."

Esto dijo Mercurio al caballero,
el cual en la crujía en pie se puso
con un rebenque, despiadado y fiero.

Creo que de sus versos le compuso,
y no sé cómo fué, que en un momento,
o ya el cielo o LOFRASO lo dispuso,

salimos del estrecho salvamento,
sin arrojar al mar poeta alguno:
tanto del sardo fué el merecimiento.

Mas luego otro peligro, otro importuno
temor amenazó, si no gritara
Mercurio, cual jamás gritó ninguno,

diciendo al timonero: "¡A orza, para,
amáinese de golpe!" Y todo a un punto
se hizo, y el peligro se repara.

"Estos montes que veis que están tan juntos,
son los que Acroceraunos son llamados,
de infame nombre, como yo barrunto."

Asieron de los remos los honrados,
los tiernos, los melifluos, los godescos,
y los de a cantimplora acostumbrados.

Los fríos los asieron, y los frescos,
asiéndolos también los calurosos,
y los de calzas largas y gregüescos.

Del sobrestante daño temerosos,
todos a una la galera empujan,
con flacos y con brazos poderosos.

Debajo del bajel se somurmujan
las sirenas que de él no se apartaron,
y a sí mismas en fuerzas sobrepujan.

Y en un pequeño espacio la llevaron
a vista de Corfú, y a mano diestra
la isla inexpugnable se dejaron.

Y dando la galera a la siniestra,
descubría de Grecia las riberas,
adonde el cielo su hermosura muestra.

Mostrábanse las olas lisonjeras,
impeliendo el bajel suavemente,
como burlando con alegres veras.

Y luego, al parecer por el Oriente,
rayando el rubio Sol nuestro horizonte
con rayas rojas, hebras de su frente,

gritó un grumete y dijo: "¡El monte, el monte!
El monte se descubre, donde tiene
su buen rocín el gran Beloforonte.

Por el monte se arroja, y a pie viene
Apolo a recibirnos." "Yo lo creo,
dijo LOFRASO, y llega a la Hipocrene.

Yo desde aquí columbro, miro y veo
que se andan solazando entre unas matas
las musas, con dulcísimo recreo.

Unas antiguas son, otras novatas,
y todas, con ligero paso y tardo,
andan las cinco en pie, las cuatro a gatas."

"Si tú tal ves, dijo Mercurio, ¡oh, sardo
poeta!, que me corten las orejas,
o me tengan los hombres por bastardo.

Dime, ¿por qué algún tanto no te alejas
de la ignorancia, pobretón, y adviertes
lo que cantan tus rimas en tus quejas?

¿Por qué con tus mentiras nos diviertes
de recibir a Apolo cual se debe,
por haber mejorado vuestras suertes?"

En esto, mucho más que el viento leve,
bajó el lucido Apolo a la marina,
a pie porque en su carro no se atreve.

Quitó los rayos de la faz divina,
mostróse en calzas y en jubón vistoso,
porque dar gusto a todos determina.

Seguíale detrás un numeroso
escuadrón de doncellas bailadoras,
aunque pequeñas, de ademán brioso.

Supe poco después que éstas señoras,
sanas las más, las menos mal paradas,
las del Tiempo y del Sol eran las Horas.

Las medio rotas eran las menguadas,
las sanas las felices, y con esto
eran todas en todo apresuradas.

Apolo luego, con alegre gesto,
abrazó a los soldados que esperaba
para la alta ocasión que se ha propuesto.

Y no de un mismo modo acariciaba
a todos, porque alguna diferencia
hacía con los que él más se alegraba.

Que a los de señoría y excelencia
nuevos abrazos dió, razones dijo,
en que guardó decoro y preeminencia.

Entre ellos abrazó a Don Juan de Arguijo,
que no sé en qué, o cómo, o cuándo hizo
tan áspero viaje y tan prolijo.

Con él a su deseo satisfizo
Apolo y confirmó su pensamiento:
mandó, vedó, quitó, hizo y deshizo.

Hecho, pues, el sin par recibimiento,
do se halló Don Luis de Barahona,
llevado allí por su merecimiento,

del siempre verde lauro una corona
le ofrece Apolo en su intención, y un vaso
del agua de Castalia y de Helicona.

Y luego vuelve el majestuoso paso,
y el escuadrón, pensado y de repente,
le sigue por las faldas del Parnaso.

Llegóse, en fin, a la Castalia fuente,
y en viéndola, infinitos se arrojaron
sedientos al cristal de su corriente.

Unos, no solamente se hartaron,
sino que pies y manos, y otras cosas
algo más indecentes, se lavaron.

Otros, más advertidos, las sabrosas
aguas gustaron poco a poco, dando
espacio al gusto, a pausas melindrosas.

El brindez y el caraos se puso en bando,
por que los más de bruces, y no a sorbos,
el suave licor fueran gustando.

De ambas manos hacían vasos corvos
otros, y algunos de la boca al agua
temían de hallar cien mil estorbos.

Poco a poco la fuente se desagua,
y pasa en los estómagos bebientes,
y aun no se apaga de su sed la fragua.

Mas díjoles Apolo: "Otras dos fuentes
aun quedan, Aganipe e Hipocrene,
ambas sabrosas, ambas excelentes;

cada cual de licor dulce y perenne,
todas de calidad aumentativa
del alto ingenio que a gustarlas viene."

Beben y suben por el monte arriba,
por entre palmas y entre cedros altos
y entre árboles pacíficos de oliva.

De gusto llenos y de angustia faltos,
siguiendo a Apolo el escuadrón camina,
unos a pedicoj, otros a saltos.

Al pie sentado de una antigua encina
vi a Alonso de Ledesma, componiendo
una canción angélica y divina.

Conocíle, y a él me fuí corriendo
con los brazos abiertos como amigo,
pero no se movió con el estruendo.

"¿No ves, me dijo Apolo, que consigo
no está Ledesma ahora? ¿No ves claro
que está fuera de sí y está conmigo?"

A la sombra de un mirto, al verde amparo,
Jerónimo de Castro sesteaba,
varón de ingenio peregrino y raro.

Un motete imagino que cantaba
con voz suave. Y quedé admirado
de verle allí, porque en Madrid quedaba.

Apolo me entendió y dijo: "Un soldado
como éste no era bien que se quedara
entre el ocio y el sueño sepultado.

Yo le traje, y sé cómo; que a mi rara
potencia no la impide otra ninguna,
ni inconveniente alguno la repara."

En esto se llegaba la oportuna
hora, a mi parecer, de dar sustento
al estómago pobre, y más si ayuna;

pero no le pasó por pensamiento
a Delio, que el ejército conduce,
satisfacer al mísero hambriento.

Primero a un jardín rico nos reduce,
donde el poder de la Naturaleza
y el de la industria más campea y luce.

Tuvieron los Hespérides belleza
menor, no le igualaron los Pensiles
en sitio, en hermosura y en grandeza.

En su comparación se muestran viles
los de Alcinoo, en cuyas alabanzas
se han ocupado ingenios bien sutiles.

No sujeto del tiempo a las mudanzas,
que todo el año primavera ofrece
frutos en posesión, no en esperanzas.

Naturaleza y arte allí parece
andar en competencia, y está en duda
cuál vence de los dos, cuál más merece.

Muéstrase balbuciente y casi muda,
si le alaba la lengua más experta,
de adulación y de mentir desnuda.

Junto con ser jardín, era una huerta,
un soto, un bosque, un prado, un valle ameno,
que en todos estos títulos concierta;

de tanta gracia y hermosura lleno,
que una parte del cielo parecía
el todo del bellísimo terreno.

Alto en el sitio alegre Apolo hacía,
y allí mandó que todos se sentasen
a tres horas después de mediodía.

Y, por que los asientos señalasen
el ingenio y valor de cada uno,
y unos con otros no se embarazasen,

a despecho y pesar del importuno
ambicioso deseo, les dió asiento
en el sitio y lugar más oportuno.

Llegaban los laureles casi a ciento,
a cuya sombra y troncos se sentaron
algunos, de aquel número contento.

Otros los de las palmas ocuparon,
de los mirtos y hiedras, y los robles
también varios poetas albergaron.

Puesto que humildes, eran de los nobles
los asientos, cual tronos, levantados,
por que tú, ¡oh, envidia!, aquí tu rabia dobles.

En fin, primero fueron ocupados
los troncos de aquel ancho circuito,
para hónrar a poetas delicados,

antes que yo, en el número infinito
hallase asiento; y así, en pie quedéme
despechado, colérico y marchito.

Dije entre mí: "¿Es posible que se extreme
en perseguirme la Fortuna, airada,
que ofende a muchos y a ninguno teme?"

Y volviéndome a Apolo, con turbada
lengua le dije lo que oirá el que gusta
saber, pues la tercera es acabada,
la cuarta parte de esta empresa justa.

CAPÍTULO IV

Suele la indignación componer versos;
pero si el indignado es algún tonto,
ellos tendrán su todo de perversos.

De mí yo no sé más sino que pronto
me hallé para decir en tercia rima
lo que no dijo el desterrado al Ponto.

Y así le dije a Delio: "No se estima,
señor, del vulgo vano el que te sigue
y al árbol sacro del laurel se arrima.

La envidia y la ignorancia le persigue,
y así, envidiado siempre y perseguido,
el bien que espera por jamás consigue.

Yo corté con mi ingenio aquel vestido,
con que al mundo la hermosa *Galatea*
salió, para librarse del olvido.

Soy por quien *La Confusa,* nada fea,
pareció en los teatros admirable,
si esto a su fama es justo se le crea.

Yo, con estilo en parte razonable,
he compuesto *Comedias,* que en su tiempo
tuvieron de lo grave y de lo afable.

Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
al pecho melancólico y mohino,
en cualquiera sazón, en todo tiempo.

Yo he abierto en mis *Novelas* un camino
por do la lengua castellana pueda
mostrar con propiedad un desatino.

Yo soy aquel que en la invención excede
a muchos, y al que falta en esta parte,
es fuerza que su fama falta quede.

Desde mis tiernos años amé el arte
dulce de la agradable Poesía,
y en ella procuré siempre agradarte.

Nunca voló la pluma humilde mía
por la región satírica, bajeza
que a infames premios y desgracias guía.

Yo el soneto compuse que así empieza,
por honra principal de mis escritos:
"¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza..."

Yo he compuesto *Romances* infinitos,
y el de *Los Celos* es aquel que estimo,
entre otros que los tengo por malditos.

Por esto me congojo y me lastimo
de verme solo en pie, sin que se aplique
árbol que me conceda algún arrimo.

Yo estoy, cual decir suelen, puesto a pique
para dar a la estampa al gran *Persiles,*
con que mi nombre y obras multiplique.

Yo, en pensamientos castos y sutiles,
dispuestos en sonetos de a docena,
he honrado tres sujetos fregoniles.

También, al par de *Filis*, mi *Filena*
resonó por las selvas, que escucharon
más de una y otra alegre cantilena.

Y en dulces varias rimas se llevaron
mis esperanzas los ligeros vientos,
que en ellos y en la arena se sembraron.

Tuve, tengo y tendré los pensamientos,
merced al cielo que a tal bien me inclina,
de toda adulación libres y exentos.

Nunca pongo los pies por do camina
la mentira, la fraude y el engaño,
de la santa virtud total ruina.

Con mi corta fortuna no me ensaño,
aunque por verme en pie, como me veo,
y en tal lugar, pondero así mi daño.

Con poco me contento, aunque deseo
mucho." A cuyas razones enojadas,
con estas blandas respondió Timbreo:

"Vienen las malas suertes atrasadas,
y toman tan de lejos la corriente,
que son temidas, pero no excusadas.

El bien les viene a algunos de repente;
a otros, poco a poco y sin pensarlo,
y el mal no guarda estilo diferente.

El bien que está adquirido, conservarlo
con maña, diligencia y con cordura,
es no menor virtud que el granjearlo.

Tú mismo te has forjado tu ventura,
y yo te he visto alguna vez con ella;
pero en el imprudente poco dura.

Mas, si quieres salir de tu querella,
alegre y no confuso, y consolado,
dobla tu capa y siéntate sobre ella.

Que tal vez suele un venturoso estado,
cuando le niega sin razón la suerte,
honrar más merecido que alcanzado."

"Bien parece, señor, que no se advierte,
le respondí, que yo no tengo capa."
El dijo: "Aunque sea así gusto de verte.

La virtud es un manto con que tapa
y cubre su indecencia la estrecheza,
que exenta y libre de la envidia escapa."

Incliné al gran consejo la cabeza.
Quedéme en pie: que no hay asiento bueno
si el favor no le labra, o la riqueza.

Alguno murmuró, viéndome ajeno
del honor que pensó se me debía,
del planeta de luz y virtud lleno.

En esto pareció que cobró el día
un nuevo resplandor, y el aire oyóse
herir de una dulcísima armonía.

Y en esto, por un lado descubrióse
del sitio un escuadrón de ninfas bellas,
con que infinito el rubio dios holgóse.

Venía, en fin, y por remate de ellas,
una resplandeciendo, como hace
el sol ante la luz de las estrellas.

La mayor hermosura se deshace
ante ella, y ella sola resplandece
sobre todas, y alegra y satisface.

Bien así semejaba, cual se ofrece,
entre líquidas perlas y entre rosas,
la aurora que despunta y amanece.

La rica vestidura, las preciosas
joyas que la adornaban, competían
con las que suelen ser maravillosas.

Las ninfas que al querer suyo asistían,
en el gallardo brío y bello aspecto,
las artes liberales parecían.

Todas, con amoroso y tierno afeto,
con las ciencias más claras y escogidas,
la guardaban santísimo respeto.

Mostraban que en servirla eran servidas,
y que, por su ocasión, de todas gentes
en más veneración eran tenidas.

Su influjo y su reflujo las corrientes
del mar y su profundo le mostraban,
y el ser padre de ríos y de fuentes.

Las yerbas su virtud la presentaban;
los árboles, sus frutos y sus flores;
las piedras, el valor que en sí encerraban.

El santo amor, castísimos amores;
la dulce paz, su quietud sabrosa;
la guerra amarga, todos sus rigores.

Mostrábasele clara la espaciosa
vía, por donde el sol hace contino
su natural carrera y la forzosa.

La inclinación, o fuerza del Destino,
y de qué estrellas consta y se compone,
y cómo influye este planeta o sino,

todo lo sabe, todo lo dispone
la santa hermosísima doncella,
que admiración como alegría pone.

Pregúntele al parlero si en la bella
ninfa alguna deidad se disfrazaba,
que fuese justo el adorar en ella.

Porque en el rico adorno que mostraba,
y en el gallardo ser que descubría,
del cielo y no del suelo semejaba.

"Descubres, respondió, tu bobería;
que ha que la tratas infinitos años,
y no conoces que es la Poesía."

"Siempre la he visto envuelta en pobres pa-
le repliqué; jamás la vi compuesta [ños.
con adornos tan ricos y tamaños;

parece que la he visto descompuesta,
vestida de color de primavera
en los días de cutio y los de fiesta."

"Esta, que es la Poesía verdadera,
la grave, la discreta, la elegante,
dijo Mercurio, la alta y la sincera,

siempre con vestidura rozagante
se muestra en cualquier acto que se halla,
cuando a su profesión es importante.

Nunca se inclina o sirve a la canalla
trovadora, maligna y trafalmeja,
que, en lo que más ignora, menos calla.

Hay otra falsa, ansiosa, torpe y vieja,
amiga de sonaja y morteruelo,
que ni tabanco ni taberna deja.

No se alza dos, ni aun un coto del suelo,
grande amiga de bodas y bautismos,
larga de manos, corta de cerbelo.

Tómanla por momentos paroxismos;
no acierta a pronunciar y, si pronuncia,
absurdos hace y forma solecismos.

Baco, donde ella está, su gusto anuncia,
y ella derrama en coplas el poleo,
compa, y vereda, y el mastranzo, y juncia.

Pero aquesta que ves, es el aseo,
la gala de los cielos y la tierra,
con quien tienen las musas su bureo.

Ella abre los secretos y los cierra,
toca y apunta de cualquiera ciencia
la superficie y lo mejor que encierra.

Mira con más ahinco su presencia;
verás cifrada en ella la abundancia
de lo que en bueno tiene la excelencia.

Moran con ella, en una misma estancia,
la divina y moral Filosofía,
el estilo más puro y la elegancia.

Puede pintar, en la mitad del día
la noche, y en la noche más obscura
el alba bella que las perlas cría.

El curso de los ríos apresura
y le detiene; el pecho a furia incita,
y le reduce luego a más blandura.

Por mitad del rigor se precipita
de las lucientes armas contrapuestas,
y da victorias y victorias quita.

Verás cómo le prestan las florestas
sus sombras, y sus cantos los pastores,
el mal sus lutos y el placer sus fiestas,

perlas el Sur, Sabea sus olores,
el oro Tíber, Hibla su dulzura,
galas Milán y Lusitania amores.

En fin, ella es la cifra do se apura
lo provechoso, honesto y deleitable,
partes con quien se aumenta la ventura.

Es de ingenio tan vivo y admirable,
que a veces toca en punto que suspenden,
por tener no sé qué de inexcrutable.

Alábanse los buenos y se ofenden
los malos con su voz, y de estos tales,
unos la adoran, otros no la entienden.

Son sus obras heroicas inmortales,
las líneas suaves, de manera
que vuelven en divinas las mortales.

Si alguna vez se muestra lisonjera,
es con tanta elegancia y artificio,
que no castigo, sino premio espera.

Gloria de la virtud, pena del vicio
son sus acciones, dando al mundo en ellas
de su alto ingenio y su bondad indicio."

En esto estaba, cuando por las bellas
ventanas de jazmines y de rosas,
que amor estaba, a lo que entiendo, en ellas,

divisé seis personas, religiosas
al parecer, de honroso y grave aspecto,
de luengas tocas, limpias y pomposas.

Preguntéle a Mercurio: "¿Por qué efeto
aquellos no aparecen y se encubren
y muestran ser personas de respeto?"

A lo que él respondió: "No se descubren
por guardar el decoro al alto estado
que tienen, y así el rostro todos cubren."

"¿Quién son, le repliqué, si es que te es dado
decirlo?" Respondióme: "No, por cierto,
porque Apolo lo tiene así mandado."

"No son poetas." "Sí." "Pues yo no acierto
a pensar por qué causa se desprecian
de salir con su ingenio a campo abierto.

¿Para qué se embobecen y se anecian,
escondiendo el talento que da el cielo,
a los que más de ser suyos se precian?

Aquí del rey: ¿qué es esto? ¿Qué recelo,
o celo, les impide a no mostrarse
sin miedo ante la turba vil del suelo?

¿Puede ninguna ciencia compararse
con esta universal de la Poesía,
que límites no tiene do encerrarse?

Pues, siendo esto verdad, saber querría
entre los de la carda, cómo se usa
este miedo, o melindre, o hipocresía.

Hace monseñor versos, y rehusa
que no se sepan, y él los comunica
con muchos, y a la lengua ajena acusa.

Y más que, siendo buenos, multiplica
la fama su valor, y al dueño canta
con voz de gloria y de alabanza rica.

¿Qué mucho, pues, si no se le levanta
testimonio a un pontífice poeta,
que digan que lo es? Por Dios, que espanta.

Por vida de Lanfusa la discreta,
que si no se me dice quién son estos
togados de bonete y de muceta,

que, con trazas y modos descompuestos,
tengo de reducir a behetría
estos tan sosegados y compuestos."

"Por Dios, dijo Mercurio, y a fe mía,
que no puedo decirlo, y si lo digo,
tengo de dar la culpa a tu porfía."

"Dilo, señor, que desde aquí me obligo
de no decir que tú me lo dijiste",
le dije por la fe de buen amigo.

El dijo: "No nos caigan en el chiste.
Llégate a mí; dirételo al oído;
pero creo que hay más de los que viste.

Aquel que has visto allí, del cuello erguido,
lozano, rozagante y de buen talle,
de honestidad y de valor vestido,

es el DOCTOR FRANCISCO SÁNCHEZ. Dalle
puede, cual debe, Apolo la alabanza,
que pueda sobre el cielo levantalle.

Y aun más su famoso ingenio alcanza,
pues en las verdes hojas de sus días
nos da de santos frutos esperanza.

Aquel, que en elevadas fantasías
y en éxtasis sabrosos se regala,
y tanto imita las acciones mías,

es el MAESTRO ORENSE, que la gala
se lleva de la más rara elocuencia
que en las aulas de Atenas se señala.

Su natural ingenio, con la ciencia
y ciencias aprendidas, le levanta
al grado que le nombra la excelencia.

Aquel, de amarillez marchita y santa,
que le encubre de lauro aquella rama
y aquella hojosa y acopada planta,

FRAY JUAN BAUTISTA CAPATAZ se llama,
descalzo y pobre, pero bien vestido
con el adorno que le da la fama.

Aquel, que del rigor fiero de olvido
libra su nombre con eterno gozo,
y es de Apolo y las musas bien querido,

anciano en el ingenio y nunca mozo,
humanista divino, es, según pienso,
el insigne DOCTOR ANDRÉS DEL POZO.

Un licenciado de un ingenio inmenso
es aquél, y aunque en traje mercenario,
como a señor le dan las musas censo;

RAMÓN se llama, auxilio necesario
con que Delio se esfuerza y ve rendidas
las obstinadas fuerzas del contrario.

El otro, cuyas sienes ves ceñidas
con los brazos de Dafne en triunfo honroso,
sus glorias tiene en Alcalá esculpidas.

En su ilustre teatro victorioso
le nombra el cisne, en canto no funesto,
siempre el primero como a más famoso.

A los donaires suyos echó el resto
con propiedades al gorrón debidas,
por haberlos compuesto o descompuesto.

Aquestas seis personas referidas
como están en divinos puestos puestas,
y en sacra religión constituídas,

tienen las alabanzas por modestas,
que les dan por poetas, y holgarían
llevar la loa sin el nombre a cuestas."

"¿Por qué, le pregunté, señor, porfían
los tales a escribir y dar noticia
de los versos que paren y que crían?

También tiene el ingenio su codicia,
y nunca la alabanza se desgracia,
que al bueno se le debe de justicia.

Aquel que de poeta no se precia,
¿para qué escribe versos y los dice?
¿Por qué desdeña lo que más aprecia?

Jamás me contenté ni satisfice
de hipócritas melindres. Llanamente
quise alabanzas de lo que bien hice."

"Con todo, quiere Apolo que esta gente
religiosa se tenga aquí secreta",
dijo el dios que presume de elocuente.

Oyóse en esto el son de una corneta,
y un "¡Trapa, trapa! ¡Aparta! ¡Afuera, afuera!
que viene un gallardísimo poeta."

Volví la vista, y vi por la ladera
del monte un postillón y un caballero
correr, como se dice, a la ligera.

Servía el postillón de pregonero,
mucho más que de guía, a cuyas voces
en pie se puso el escuadrón entero.

Preguntóme Mercurio: "¿No conoces
quién es este gallardo, este brioso?
Imagino que ya le reconoces."

"Bien, yo le respondí; que es el famoso
gran Don Sancho de Leiva, cuya espada
y pluma harán a Delio venturoso.

Venceráse sin duda esta jornada
con tal socorro." Y en el mismo instante,
cosa que parecía imaginada,

otro favor no menos importante
para el caso temido se nos muestra,
de ingenio y fuerzas y valor bastante.

Una tropa gentil por la siniestra
parte del monte descubrióse. ¡Oh, cielos,
que dais de vuestra providencia muestra!

Aquel discreto Juan de Vasconcelos
venía delante en un caballo bayo,
dando a las musas lusitanas celos.

Tras él el capitán Pedro Tamayo
venía, y aunque enfermo de la gota,
fué al enemigo asombro, fué desmayo;

que por él se vió en fuga y puesto en rota;
que en los dudosos trances de la guerra
su ingenio admira y su valor se nota.

También llegaron a la rica tierra,
puestos debajo de una blanca seña,
por la parte derecha de la sierra,

otros, de quien tomó luego reseña
Apolo. Y era de ellos el primero
el joven DON FERNANDO DE LODEÑA,

poeta primerizo, insigne, empero,
en cuyo ingenio Apolo deposita
sus glorias para el tiempo venidero.

Con majestad real, con inaudita
pompa llegó, y al pie del monte para
quien los bienes del monte solicita:

el LICENCIADO fué JUAN DE VERGARA
el que llegó, con quien la turba ilustre
en sus vecinos medios se repara.

De Esculapio y de Apolo gloria y lustre,
si no, dígalo el santo bien partido
y su fama la misma envidia ilustre.

Con él fué con aplauso recibido
el docto JUAN ANTONIO DE HERRERA,
que puso en fil el desigual partido.

¡Oh, quién, con lengua en nada lisonjera,
sino con puro afecto en grande exceso
dos que llegaron alabar pudiera!

Pero no es de mis hombros este peso.
Fueron los que llegaron los famosos,
los dos maestros CALVO y VALDIVIESO.

Luego se descubrió, por los undosos
llanos del mar, una pequeña barca
impelida de remos presurosos.

Llegó, y al punto de ella desembarca
el gran DON JUAN DE ARGOTE Y DE GAMBOA
en compañía de DON DIEGO ABARCA,

sujetos dignos de incesable loa;
y DON DIEGO JIMÉNEZ Y DE ENCISO
dió un salto a tierra desde la alta proa.

En estos tres la gala y el aviso
cifró cuanto de gusto en sí contienen,
como su ingenio y obras dan aviso.

Con JUAN LÓPEZ DEL VALLE otros dos vienen
juntos allí, y es PAMONÉS el uno,
con quien las musas ojeriza tienen,

porque pone sus pies por do ninguno
los puso, y con sus nuevas fantasías,
mucho más que agradable, es importuno.

De lejanas tierras por incultas vías
llegó el bravo irlandés DON JUAN BATEO,
Jerjes nuevo en memoria en nuestros días.

Vuelvo la vista, a MANTUANO veo,
que tiene al gran Velasco por Mecenas,
y ha sido acertadísimo su empleo.

Dejarán estos dos en las ajenas
tierras, como en las propias, dilatados
sus nombres, que tú, Apolo, así lo ordenas.

Por entre dos fructíferos collados,
¿habrá quien esto crea, aunque lo entienda?,
de palmas y laureles coronados,

el grave aspecto del Abad Maluenda
pareció, dando al monte luz y gloria,
y esperanzas de triunfo en la contienda.

Pero ¿de qué enemigos la victoria
no alcanzará un ingenio tan florido,
y una bondad tan digna de memoria?

Don Antonio Gentil de Vargas, pido
espacio para verte, que llegaste
de gala y arte y de valor vestido,

y aunque de patria genovés, mostraste
ser en las musas castellanas doto,
tanto que al escuadrón todo admiraste.

Desde el Indio apartado, del remoto
mundo, llegó mi amigo Montesdoca,
y el que anudó de Arauco el nudo roto.

Dijo Apolo a los dos: "A entrambos toca
defender esta vuestra rica estancia
de la canalla de vergüenza poca.

La cual, de error armada y de arrogancia,
quiere canonizar y dar renombre
inmortal y divino a la ignorancia;

que tanto puede la afición que un hombre
tiene a sí mismo, que ignorante siendo,
de buen poeta quiere alcanzar nombre."

En esto otro milagro, otro estupendo
prodigio se descubre en la marina,
que en pocos versos declarar pretendo.

Una nave a la tierra tan vecina
llegó, que desde el sitio donde estaba
se ve cuanto hay en ella y determina.

De más de cuatro mil salmas pasaba,
que otros suelen llamarlas toneladas,
ancha de vientre y de estatura brava.

Así como las naves que cargadas
llegan de la oriental India a Lisboa,
que son por las mayores estimadas,

ésta llegó desde la popa a proa
cubierta de poetas, mercancía
de quien hay saca en Calicut y en Goa.

Tomóle al rojo dios alferecía
por ver la muchedumbre impertinente,
que en socorro del monte le venía.

Y en silencio rogó devotamente
que el vaso naufragase en un momento
al que gobierna el húmedo tridente.

Uno de los del número, hambriento,
se puso en esto al borde de la nave,
al parecer mohino y malcontento;

y en voz que ni de tierna ni suave
tenía un solo adarme, gritando
dijo, tal vez colérico y tal grave,

lo que impaciente estuve yo escuchando,
porque vi sus razones ser saetas,
que iban mi alma y corazón clavando:

"¡Oh, tú, dijo, traidor, que los poetas
canonizaste de la larga lista,
por causas y por vías indiretas!

¿Dónde tenías, magancés, la vista
aguda de tu ingenio, que así ciego
fuiste tan mentiroso coronista?

Yo te confieso, ¡oh, bárbaro!, y no niego,
que algunos de los muchos que escogiste,
sin que el respeto te forzase, o el ruego,

en el debido punto los pusiste;
pero con los demás, sin duda alguna,
pródigo de alabanzas anduviste.

Has alzado a los cielos la fortuna
de muchos, que en el centro del olvido
sin ver la luz del sol ni de la luna,

yacían: ni llamado, ni escogido
fué el gran pastor de Iberia, el gran BERNARDO
que DE LA VEGA tiene el apellido.

Fuiste envidioso, descuidado y tardo,
y a las ninfas de Henares y pastores,
como a enemigo les tiraste un dardo.

Y tienes tú poetas tan peores
que éstos en tu rebaño, que imagino
que han de sudar si quieren ser mejores.

Que, si este agravio no me turba el tino,
siete trovistas desde aquí diviso,
a quien suelen llamar de torbellino,

con quien la gala, discreción y aviso
tienen poco que ver, y tú los pones
dos leguas más allá del Paraíso.

Estas quimeras, estas invenciones
tuyas, te han de salir al rostro un día,
si más no te mesuras y compones."

Esta amenaza y gran descortesía
mi blando corazón llenó de miedo
y dió al través con la paciencia mía.

Y, volviéndome a Apolo con denuedo
mayor del que esperaba de mis años,
con voz turbada y con semblante acedo,

le dije: "Con bien claros desengaños
descubro que el servirte me granjea
presentes miedos de futuros daños.

Haz, ¡oh, señor!, que en público se lea
la lista que Cilenio llevó a España,
por que mi culpa poca aquí se vea.

Si tu deidad en escoger se engaña,
y yo sólo aprobé lo que él me dijo,
¿por qué este simple contra mí se ensaña?

Con justa causa y con razón me aflijo,
de ver cómo estos bárbaros se inclinan
a tenerme en temor duro y prolijo.

Unos, porque les puse, me abominan;
otros, porque he dejado de ponellos,
de darme pesadumbre determinan.

Yo no sé cómo me avendré con ellos:
los puestos se lamentan, los no puestos
gritan, yo tiemblo de éstos y de aquéllos.

Tú, señor, que eres dios, dales los puestos
que piden sus ingenios. Llama y nombra
los que fueren más hábiles y prestos.

Y por que el turbio miedo que me asombra
no me acabe, acabada esta contienda,
cúbreme con tu manto y con tu sombra,

o ponme una señal por do se entienda
que soy hechura tuya, y de tu casa,
y así no habrá ninguno que me ofenda."

"Vuelve la vista y mira lo que pasa",
fué de Apolo, enojado, la respuesta
que, ardiendo en ira el corazón, le abrasa.

Volvíla, y vi la más alegre fiesta
y la más desdichada y compasiva
que el mundo vió, ni aun la verá cual ésta.

Mas no se espere que yo aquí la escriba,
sino en la parte quinta, en quien espero
cantar con voz tan entonada y viva,
que piensen que soy cisne y que me muero.

CAPÍTULO V

Oyó el señor del húmedo tridente
las plegarias de Apolo, y escuchólas
con alma tierna y corazón clemente.

Hizo de ojo y dió del pie a las olas,
y, sin que lo entendiesen los poetas,
en un punto hasta el cielo levantólas,

y él, por ocultas vías y secretas,
se agazapó debajo del navío,
y usó con él de sus traidoras tretas.

Hirió con el tridente en lo vacío
del buco, y el estómago le llena
de un copioso corriente amargo río.

Advertido el peligro, al aire suena
una confusa voz, la cual resulta
de otras mil que el temor forma y la pena.

Poco a poco el bajel pobre se oculta
en las entrañas del cerúleo y cano
vientre, que tantas ánimas sepulta.

Suben los llantos, por el aire vano,
de aquellos miserables, que suspiran,
por ver su irreparable fin cercano.

Trepan y suben por las jarcias, miran
cuál del navío es el lugar más alto,
y en él muchos se apiñan y retiran.

La confusión, el miedo, el sobresalto
les turba los sentidos, que imaginan
que de ésta a la otra vida es grande el salto.

Con ningún medio ni remedio atinan;
pero, creyendo dilatar su muerte,
algún tanto a nadar se determinan.

Saltan muchos al mar, de aquella suerte
que al charco de la orilla saltan ranas
cuando el miedo o el ruido las advierte.

Hienden las olas, del romperse canas,
menudean las piernas y los brazos,
aunque enfermos están, y ellas no sanas.

Y, en medio de tan grandes embarazos,
la vista ponen en la amada orilla,
deseosos de darla mil abrazos.

Y sé yo bien que la fatal cuadrilla,
antes que aní, holgara de hallarse
en el Compás famoso de Sevilla.

Que no tienen por gusto el ahogarse,
discreta gente al parecer en esto;
pero valióles poco el esforzarse,

que el padre de las aguas echó el resto
de su rigor, mostrándose en su carro
con rostro airado y ademán funesto.

Cuatro delfines, cada cual bizarro,
con cuerdas hechas de tejidas ovas
le tiraban con furia y con desgarro.

Las ninfas, en sus húmedas alcobas,
siente tu rabia, ¡oh, vengativo nume!,
y de sus rostros la color les robas.

El nadante poeta, que presume
llegar a la ribera defendida,
sus ayes pierde y su tesón consume;

que su corta carrera es impedida
de las agudas puntas del tridente,
entonces fiero y áspero homicida.

Quien ha visto muchacho diligente
que en gotoso a sí mismo sobrepuja,
que no hay comparación más conveniente,

picar en el sombrero la granuja,
que el hallazgo le puso allí, o la sisa,
con punta alfileresca o ya de aguja;

pues no con menor gana, o menor prisa,
poetas ensartaba el nume airado
con gusto infame y con dudosa risa.

En carro de cristal venía sentado,
la barba luenga y llena de marisco,
con dos gruesas lampreas coronado.

Hacían de sus barbas firme aprisco
la almeja, el morsillón, pulpo y caugrejo,
cual le suelen hacer en peña o risco.

Era de aspecto venerable y viejo,
de verde, azul y plata era el vestido,
robusto al parecer y de buen rejo;

aunque, como enojado, denegrido
se mostraba en el rostro, que la saña
así turba el color como el sentido.

Airado, contra aquellos más se ensaña
que nadan más, y sáleles al paso,
juzgando a gloria tan cobarde hazaña.

En esto, ¡oh, nuevo y milagroso caso,
digno de que se cuente poco a poco
y con los versos de Torcuato Tasso!

"Hasta aquí no he invocado, ahora invoco
vuestro favor, ¡oh, musas!, necesario
para los altos puntos en que toco.

Descerrajad vuestro más rico armario
y el aliento me dad que el caso pide,
no humilde, no ratero ni ordinario."

Las nubes hiende, el aire pisa y mide
la hermosa Venus Acidalia, y baja
del cielo, que ninguno se lo impide.

Traía vestida, de pardilla raja
una gran saya entera, hecha al uso,
que le dice muy bien, cuadra y encaja.

Luto que por su Adonis se le puso,
luego que el gran colmillo del berraco
a atravesar sus ingles se dispuso.

A fe que si el mocito fuera Maco,
que él guardara la cara al colmilludo,
que dió a su vida y su belleza saco.

¡Oh, valiente garzón, más que sesudo!
¿Cómo, estando avisado, tu mal tomas
entrando en trance tan horrendo y crudo?

En esto, las mansísimas palomas
que el carro de la diosa conducían
por el llano del mar y por las lomas,

por unas y otras partes discurrían,
hasta que con Neptuno se encontraron,
que era lo que buscaban y querían.

Los dioses, que se ven, se respetaron,
y haciendo sus zalemas a lo moro,
de verse juntos en extremo holgaron.

Guardáronse real grave decoro,
y procuró Ciprinia en aquel punto
mostrar de su belleza el gran tesoro.

Ensanchó el verdugado y dióle el punto
con ciertos puntapiés, que fueron coces
para el dios que las vió y quedó difunto.

Un poeta, llamado Don Quincoces,
andaba semivivo en las saladas
ondas, dando gemidos y no voces.

Con todo, dijo en mal articuladas
palabras: "Oh, señora, la de Pafo
y de las otras dos islas nombradas:

muévate a compasión el verme gafo
de pies y manos, y que ya me ahogo
en otras linfas que las del Garrafo.

Aquí será mi pira, aquí mi rogo,
aquí será QUINCOCES sepultado,
que tuvo en su crianza pedagogo."

Esto dijo el mezquino, esto escuchado
fué de la diosa con ternura tanta,
que volvió a componer el verdugado.

Y, luego, en pie y piadosa se levanta,
y poniendo los ojos en el viejo,
desembudó la voz de la garganta.

Y, con cierto desdén y sobrecejo,
entre enojada y grave y dulce, dijo
lo que al húmedo dios tuvo perplejo.

Y, aunque no fué su razonar prolijo,
todavía le trajo a la memoria
hermano de quién era, y de quién hijo.

Representóle cuán pequeña gloria
era llevar de aquellos miserables
el triunfo infausto y la cruel victoria.

El dijo: "Si los hados inmudables
no hubieran dado la fatal sentencia
de éstos en su ignorancia siempre estables.

una brizna no más de tu presencia
que viera yo, bellísima señora,
fuera de mi rigor la resistencia.

Mas ya no puede ser, que ya la hora
llegó donde mi blanda y mansa mano
ha de mostrar que es dura y vencedora.

Que éstos, de proceder siempre inhumano,
en sus versos han dicho cien mil veces:
"azotando las aguas del mar cano".

"Ni azotado, ni viejo me pareces",
replicó Venus; y él le dijo a ella:
"Puesto que me enamoras, no enterneces;

que de tal modo la fatal estrella
influye de estos tristes, que no puedo
dar felice despacho a tu querella.

Del querer de los hados sólo un dedo
no me puedo apartar, ya tú lo sabes;
ellos han de acabar y ha de ser cedo."

"Primero acabarás que los acabes,
le respondió madama, la que tiene
de tantas voluntades puerta y llaves;

que aunque el hado feroz su muerte ordene,
el modo no ha de ser a tu contento,
que muchas muertes el morir contiene."

Turbóse en esto el líquido elemento,
de nuevo renovóse la tormenta,
sopló más vivo y más apriesa el viento.

La hambrienta mesnada, y no sedienta,
se rinde al huracán recién venido,
y por más no penar muere contenta.

¡Oh, raro caso y por jamás oído
ni visto! ¡Oh, nuevas y admirables trazas
de la gran reina obedecida en Gnido!

En un instante el mar, de calabazas
se vió cuajado, algunas tan potentes
que pasaban de dos y aun de tres brazas.

También hinchados odres y valientes,
sin deshacer del mar la blanca espuma,
nadaban de mil talles diferentes.

Esta transmutación fué hecha, en suma,
por Venus de los lánguidos poetas
por que Neptuno hundirlos no presuma.

El cual le pidió a Febo sus saetas,
cuya arma arrojadiza desde aparte
a Venus defraudara de sus tretas.

Negóselas Apolo, y veis do parte
enojado el vejón, con su tridente,
pensándolos pasar de parte a parte;

mas éste se resbala, aquél no siente
la herida y dando esguince se desliza,
y él queda de la cólera impaciente.

En esto Bóreas su furor atiza,
y lleva antecogida la manada
que con la de los cerdos simboliza.

Pidióselo la diosa aficionada
a que vivan poetas zarabandos,
de aquellos de la secta almidonada;

de aquellos blancos, tiernos, dulces, blandos,
de los que por momentos se dividen
en varias sectas y en contrarios bandos.

Los contrapuestos vientos se comiden
a complacer la bella rogadora,
y con un solo aliento la mar miden,

llevando la piara gruñidora,
en calabazas y odres convertida,
a los reinos contrarios de la aurora.

De esta dulce semilla referida
España, verdad cierta, tanto abunda,
que es por ella estimada y conocida.

Que, aunque en armas y en letras es fecunda
más que cuantas provincias tiene el suelo,
su gusto en parte en tal semilla funda.

Después de esta mudanza, que hizo el cielo,
o Venus, o quien fuese, que no importa
guardar puntualidad, como yo suelo,

no veo calabaza, o luenga o corta,
que no imagine que es algún poeta
que allí se estrecha, encubre, encoge, acorta.

Pues que cuando veo un cuero, ¡oh mal dis-
y vana fantasía, así engañada, [creta
que a tanta liviandad estás sujeta!,

pienso que el piezgo de la boca atada
es la faz del poeta, transformado
en aquella figura mal hinchada.

Y, cuando encuentro algún poeta honrado,
digo poeta firme y valedero,
hombre vestido bien y bien calzado,

luego se me figura ver un cuero
o alguna calabaza, y de esta suerte,
entre contrarios pensamientos muero.

Y no sé si lo yerre o si lo acierte,
en que a las calabazas y a los cueros
y a los poetas trate de una suerte.

Cernícalos que son lagartijeros
no esperen de gozar las preeminencias
que gozan gavilanes no pecheros.

Puestas en paz, pues, ya las diferencias
de Delio, y los poetas transformados
en tan vanas y huecas apariencias,

los mares y los vientos sosegados,
sumergióse Neptuno, malcontento,
en sus palacios de cristal labrados.

Las mansísimas aves por el viento
volaron, y a la bella Ciprinia
pusieron en su reino a salvamento.

Y, en señal que del triunfo quedó ufana,
lo que hasta allí nadie acabó con ella,
del luto se quitó la saboyana,

quedando en cueros, tan briosa y bella,
que se supo después que Marte anduvo
todo aquel día y otros dos tras ella.

Todo el cual tiempo el escuadrón estuvo
mirando atento la fatal ruina
que la canalla transformada tuvo.

Y, viendo despejada la marina,
Apolo, del socorro mal venido,
de dar fin al gran caso determina.

Pero, en aquel instante, un gran ruido
se oyó, con que la turba se alboroza,
y pone vista alerta y presto oído.

Y era quien le formaba una carroza
rica, sobre la cual venía sentado
el grave Don Lorenzo de Mendoza,

de su felice ingenio acompañado,
de su mucho valor y cortesía,
¡joyas inestimables!, adornado.

Pedro Juan de Rejaule le seguía
en otro coche, insigne valenciano
y grande defensor de la Poesía.

Sentado viene a su derecha mano
Juan de Solís, mancebo generoso,
de raro ingenio, en verdes años cano.

Y Juan de Carvajal, doctor famoso,
les hace tercio, y no por ser pesado
dejan de hacer su curso presuroso.

Porque el divino ingenio al levantado
valor de aquestos tres que el coche encierra,
no hay impedirle monte ni collado.

Pasan volando la empinada sierra,
las nubes tocan, llegan casi al cielo,
y alegres pisan la famosa tierra.

Con este mismo honroso y grave celo,
Bartolomé de Mola y Gabriel Lago
llegaron a tocar del monte el suelo.

Honra las altas cimas del Parnaso
Don Diego, que de Silva tiene el nombre,
y por ellas alegre tiende el paso.

A cuyo ingenio y sin igual renombre
toda ciencia se inclina y le obedece,
y le levanta a ser más que de hombre.

Dilátanse las sombras, y decrece
el día, y de la noche el negro manto
guarnecido de estrellas aparece.

Y el escuadrón, que había esperado tanto
en pie, se rinde al sueño perezoso
de hambre y sed y de mortal quebranto.

Apolo, entonces, poco luminoso,
dando hasta los antípodas un brinco,
siguió su occidental curso forzoso.

Pero primero licenció a los cinco
poetas titulados, a su ruego,
que lo pidieron con extraño ahinco,

por parecerles risa, burla y juego
empresas semejantes, y así Apolo
condescendió con sus deseos luego;

que es el galán de Dafne único y solo
en usar cortesía sobre cuantos
descubre el nuestro y el contrario polo.

Del lóbrego lugar de los espantos
sacó su hisopo el lánguido Morfeo,
con que ha rendido y embocado a tantos.

Y del licor que dicen que es Leteo,
que mana de la fuente del Olvido,
los párpados bañó a todos arreo.

El más hambriento se quedó dormido:
dos cosas repugnantes, hambre y sueño,
privilegio a poetas concedido.

Yo quedé, en fin, dormido como un leño,
llena la fantasía de mil cosas
que de contarlas mi palabra empeño,
por más que sean en sí dificultosas.

CAPÍTULO VI

De una de tres causas los ensueños
se causan, o los sueños, que este nombre
les dan los que del bien hablar son dueños:

primera, de las cosas de que el hombre
trata más de ordinario; la segunda
quiere la Medicina que se nombre

del humor que en nosotros más abunda;
toca en revelaciones la tercera,
que en nuestro bien más que las dos redunda.

Dormí y soñé, y al sueño la tercera
causa le dió principio suficiente
a mezclar el ahito y la dentera.

Sueña el enfermo, a quien la fiebre ardiente
abrasa las entrañas, que en la boca
tiene, de las que ha visto, alguna fuente.

Y el labio al fugitivo cristal toca,
y el dormido consuelo imaginado
crece el deseo, y no la sed apoca.

Pelea el valentísimo soldado
dormido, casi al modo que despierto
se mostró en el combate fiero armado.

Acude el tierno amante a su concierto,
y en la imaginación dormido llega,
sin padecer borrasca, a dulce puerto.

El corazón el avariento entrega
en la mitad del sueño a su tesoro,
que el alma en todo tiempo no le niega.

Yo, que siempre guardé el común decoro
en las cosas dormidas y despiertas,
pues no soy troglodita ni soy moro,

de par en par del alma abrí las puertas,
y dejé entrar al sueño por los ojos
con premisas de gloria y gusto ciertas.

Gocé, durmiendo, cuatro mil despojos,
que los conté sin que faltase alguno,
de gustos que acudieron a manojos.

El tiempo, la ocasión, el oportuno
lugar correspondían al efeto,
juntos y por sí solo cada uno.

Dos horas dormí, y más, a lo discreto,
sin que imaginaciones ni pavores
el cerebro tuviesen inquieto.

La suelta fantasía entre mil flores
me puso de un pradillo, que exhalaba
de Pancaya y Sábea los olores.

El agradable sitio se llevaba
tras sí la vista, que, durmiendo, viva
mucho más que despierta se mostraba.

Palpable vi, mas no sé si lo escriba,
que a las cosas que tienen de imposibles
siempre mi pluma se ha mostrado esquiva.

Las que tienen vislumbre de posibles,
de dulces, de suaves y de ciertas
explican mis borrones apacibles.

Nunca a disparidad abre las puertas
mi corto ingenio, y hállalas contino
de par en par la consonancia abiertas.

¿Cómo puede agradar un desatino,
si no es que de propósito se hace,
mostrándole el donaire su camino?

Que entonces la mentira satisface
cuando verdad parece, y está escrita
con gracia que al discreto y simple aplace.

Digo, volviendo al cuento, que infinita
gente vi discurrir por aquel llano,
con algazara placentera y grita;

con hábito decente y cortesano
algunos, a quien dió la hipocresía
vestido pobre, pero limpio y sano.

Otros, de la color que tiene el día
cuando la luz primera se aparece
entre las trenzas de la aurora fría.

La variada primavera ofrece
de sus varios colores la abundancia,
con que a la vista el gusto alegre crece.

La prodigalidad, la exorbitancia
campean juntas por el verde prado
con galas que descubren su ignorancia.

En un trono del suelo levantado,
do el arte a la materia se adelanta,
puesto que de oro y de marfil labrado,

una doncella vi, desde la planta
del pie hasta la cabeza así adornada,
que el verla admira y el oírla encanta.

Estaba en él con majestad sentada,
giganta al parecer en la estatura,
pero, aunque grande, bien proporcionada.

Parecía mayor su hermosura
mirada desde lejos, y no tanto
si de cerca se ve su compostura.

Lleno de admiración, colmo de espanto,
puse en ella los ojos, y vi en ella
lo que en mis versos desmayados canto.

Yo no sabré afirmar si era doncella,
aunque he dicho que sí, que en estos casos
la vista más aguda se atropella.

Son, por la mayor parte, siempre escasos
de razón los juicios maliciosos
en juzgar rotos los enteros vasos.

Altaneros sus ojos y amorosos,
se mostraban con cierta mansedumbre,
que los hacía en todo extremo hermosos.

Ora fuese artificio, ora costumbre,
los rayos de su luz tal vez crecían
y tal vez daban encogida lumbre.

Dos ninfas a sus lados asistían,
de tan gentil donaire y apariencia,
que, miradas, las almas suspendían.

De la del alto trono en la presencia
desplegaban sus labios en razones,
ricas en suavidad, pobres en ciencia.

Levantaban al cielo sus blasones
que estaban, por ser pocos o ninguno,
escritos del olvido en los borrones.

Al dulce murmurar, al oportuno
razonar de las dos, la del asiento,
que en belleza jamás le igualó alguno,

luego se puso en pie, y en un momento
me pareció que dió con la cabeza
más allá de las nubes, y no miento;

y no perdió por esto su belleza,
antes, mientras más grande, se mostraba
igual su perfección a su grandeza,

los brazos de tal modo dilataba,
que de do nace adonde muere el día,
los opuestos extremos alcanzaba.

La enfermedad llamada hidropesía
así le hincha el vientre, que parece
que todo el mar caber en él podía.

Al modo de estas partes así crece
toda su compostura; y no por esto,
cual dije, su hermosura desfallece.

Yo, atónito, esperaba ver el resto
de tan grande prodigio, y diera un dedo
por saber la verdad segura, y presto.

Uno, y no sabré quién, bien claro y quedo
al oído me habló, y me dijo: "Espera,
que yo decirte lo que quieres puedo.

Esta que ves, que crece de manera
que apenas tiene ya lugar do quepa,
y aspira en la grandeza a ser primera;

ésta, que por las nubes sube y trepa
hasta llegar al cerco de la luna,
puesto que el modo de subir no sepa,

es la que, confiada en su fortuna,
piensa tener de la inconstante rueda
el eje quedo y sin mudanza alguna.

Esta, que no halla mal que le suceda,
ni le teme, atrevida y arrogante,
pródiga siempre, venturosa y leda,

es la que, con designio extravagante,
dió en crecer poco a poco hasta ponerse,
cual ves, en estatura de gigante.

No deja de crecer, por no atreverse
a emprender las hazañas más notables,
adonde puedan sus extremos verse.

¿No has oído decir los memorables
arcos, anfiteatros, templos, baños,
termas, pórticos, muros admirables

que, a pesar y despecho de los años,
aun duran sus reliquias y entereza,
haciendo al tiempo y a la muerte engaños?"

"Yo, respondí por mí, ninguna pieza
de esas que has dicho dejo de tenella
clavada y remachada en la cabeza.

Tengo el sepulcro de la viuda bella,
y el Coloso de Rodas allí junto,
y la linterna que sirvió de estrella.

Pero vengamos de quién es al punto
ésta, que lo deseo." "Haráse luego",
me respondió la voz en bajo punto.

Y prosiguió diciendo: "A no estar ciego,
hubieras visto ya quién es la dama;
pero, en fin, tienes el ingenio lego.

Esta, que hasta los cielos se encarama,
preñada, sin saber cómo, del Viento,
es hija del Deseo y de la Fama.

Esta fué la Ocasión, y el instrumento
en todo y parte de que el mundo viese
no siete maravillas, sino ciento.

Corto número es ciento. Aunque dijese
cien mil y más millones, no imagines
que en la cuenta del número excediese.

Esta condujo a memorables fines
edificios que asientan en la tierra
y tocan de las nubes los confines.

Esta, tal vez con maravilla nueva,
donde la paz suave reposaba,
que en límites estrechos no se encierra.

Cuando Mucio en las llamas abrasaba
el atrevido fuerte brazo y fiero,
ésta el incendio horrible resfriaba.

Esta arrojó al romano caballero
en el abismo de la ardiente cueva,
de limpio armado y de luciente acero.

Esta, tal vez con maravilla nueva,
de su ambiciosa condición llevada,
mil imposibles, atrevida, prueba.

Desde la ardiente Libia hasta la helada
Citia, lleva la fama su memoria,
en grandiosas obras dilatada.

En fin, ella es la altiva Vanagloria,
que en aquellas hazañas se entremete
que llevan de los siglos la victoria.

Ella misma a sí misma se promete
triunfos y gustos, sin tener asida
a la calva Ocasión por el copete.

Su natural sustento, su bebida
es aire, y así crece en un instante
tanto, que no hay medida a su medida.

Aquellas dos, del plácido semblante,
que tiene a sus dos lados, son aquellas
que sirven a su máquina de atlante.

Su delicada voz, sus luces bellas,
su humildad aparente y las lozanas
razones, que el amor se cifra en ellas,

las hacen más divinas que no humanas,
y son—con paz escucha y con paciencia—
la Adulación y la Mentira, hermanas.

Estas están continuo en su presencia,
palabras ministrándole al oído
que tienen de prudentes apariencia.

Y ella, cual ciega del mejor sentido,
no ve que entre las flores de aquel gusto
el áspid ponzoñoso está escondido.

Y así, arrojada con deseo injusto,
en cristalino vaso prueba y bebe
el veneno mortal sin ningún susto.

Quien más presume de advertido, pruebe
a dejarse adular; verá cuán presto
pasa su gloria, como el viento, leve."

Esto escuché. Y, en escuchando esto,
dió un estampido tal la Gloria vana,
que dió a mi sueño fin dulce y molesto.

Y, en esto, descubrióse la mañana
vertiendo perlas y esparciendo flores,
lozana en vista y en virtud lozana.

Los dulces pequeñuelos ruiseñores,
con cantos no aprendidos, le decían,
enamorados de ella, mil amores.

Los jilgueros el canto repetían,
y las diestras calandrias entonaban
la música que todos componían.

Unos, del escuadrón, prisa se daban
por que no los hallase el dios del día
en los forzosos actos en que estaban.

Y luego se asomó su señoría,
con una cara de tudesco roja,
por los balcones de la aurora fría,

en parte gorda, en parte flaca y floja,
como quien teme el esperado trance,
donde verse vencido se le antoja.

En propio toledano y buen romance
les dió los buenos días cortésmente,
y luego se aprestó al forzoso lance.

Y encima de un peñasco puesto, enfrente
del escuadrón, con voz sonora y grave,
esta oración les hizo de repente:

"¡Oh, espíritus felices, donde cabe
la gala del decir, la sutileza
de la ciencia más docta que se sabe;

donde, en su propia natural belleza,
asiste la hermosa Poesía,
entera de los pies a la cabeza!

No consintáis, por vida vuestra y mía,
mirad con qué llaneza Apolo os habla
que triunfe esta canalla que porfía;

esta canalla, digo, que se endiabla,
que por darles calor su mansedumbre
ya su ruina o ya la nuestra entabla.

Vosotros, de mis ojos gloria y lumbre,
faroles do mi luz, de asiento, mora,
ya por naturaleza o por costumbre,

¿habéis de consentir que esta embaidora,
hipócrita gentualla se me atreva,
de tantas necedades inventora?

Haced famosa y memorable prueba
de vuestro gran valor en este hecho,
que a su castigo y vuestra gloria os lleva.

De justa indignación armad el pecho,
acometed intrépidos la turba
ociosa, vagabunda y sin provecho.

No se os dé nada, no se os dé una burba,
moneda berberisca vil y baja,
de aquesta gente que la paz nos turba.

El son de más de una templada caja,
y el del pífano triste y la trompeta,
que la cólera sube y flema abaja,

así os incite con virtud secreta,
que despierte los ánimos dormidos,
en la facción que tanto nos aprieta.

Ya retumba, ya llega a mis oídos
del escuadrón contrario el rumor grande,
formado de confusos alaridos;

ya es menester, sin que os lo ruegue o mande,
que cada cual como guerrero experto,
sin que por su capricho se desmande,

la orden guarde y militar concierto,
y acuda a su deber como valiente,
hasta quedar, o vencedor o muerto.

En esto, por la parte de Poniente,
pareció el escuadrón casi infinito,
de la bárbara, ciega y pobre gente.

Alzan los nuestros al momento un grito
alegre, y no medroso, y gritan "¡Arma!.
¡Arma!", resuena todo aquel distrito;
y, aunque mueran, correr quieren al arma

CAPÍTULO VII

Tú, belígera musa; tú, que tienes
la voz de bronce y de metal la lengua
cuando a cantar del fiero Marte vienes;

tú, por quien se aniquila siempre y mengua
el gran género humano; tú, que puedes
sacar mi pluma de ignorancia y mengua;

tú, mano rota y larga de mercedes,
digo en hacerlas: una aquí te pido,
que no hará que menos rica quedes.

La soberbia y maldad, el atrevido
intento de una gente mal mirada,
ya se descubre con mortal ruído.

Dame una voz al caso acomodada,
una sutil y bien cortada pluma,
no de afición ni de pasión llevada,

para que pueda referir en suma,
con purísimo y nuevo sentimiento,
con verdad clara y entereza suma,

el contrapuesto y desigual intento
de uno y otro escuadrón, que ardiendo en ira,
sus banderas descoge al vago viento.

El del bando católico, que mira
al falso y grande al pie del monte puesto,
que de subir al alta cumbre aspira,

con paso largo y ademán compuesto,
todo el monte coronan, y se ponen
a la furia, que en loca ha echado el resto.

Las ventajas tantean, y disponen
los ánimos valientes al asalto,
en quien su gloria y su venganza ponen.

De rabia lleno y de paciencia falto,
Apolo su bellísimo estandarte
mandó al momento levantar en alto.

Arbolóle un marqués, que el propio Marte
su briosa presencia representa,
naturalmente, sin industria y arte;

poeta celebérrimo y de cuenta,
por quien y en quien Apolo soberano
su gloria y gusto y su valor aumenta.

Era la insignia un cisne hermoso y cano,
tan al vivo pintado, que dijeras:
"La voz despide alegre al aire vano."

Siguen al estandarte sus banderas,
de gallardos alféreces llevadas,
honrosas por no estar todas enteras.

Las cajas, a lo bélico templadas,
al mílite más tardo vuelven presto,
de voces de metal acompañadas.

Jerónimo de Mora llegó en esto,
pintor excelentísimo y poeta,
Apeles y Virgilio en un supuesto.

Y, con la autoridad de una jineta,
que de ser capitán le daba nombre,
al caso acude y a la turba aprieta.

Y, porque más se turbe y más se asombre
el enemigo desigual y fiero,
llegó el gran Biedma, de inmortal renombre,

y con él Gaspar de Avila, primero,
secuaz de Apolo, a cuyo verso y pluma
Iciar puede envidiar, temer Sincero.

Llegó Juan de Mestanza, cifra y suma
de tanta erudición, donaire y gala,
que no hay muerte ni edad que los consuma.

Apolo le arrancó de Guatemala,
y le trajo en su ayuda para ofensa
de la canalla en todo extremo mala.

Hacer milagros en el trance piensa
Cepeda, y acompáñale Mejía,
poetas dignos de alabanza inmensa.

Clarísimo esplendor de Andalucía
y de la Mancha, el sin igual Galindo
llegó con majestad y bizarría.

De la alta cumbre del famoso Pindo
bajaron tres bizarros lusitanos,
a quien mis alabanzas todas rindo.

Con prestos pies y con valientes manos,
con Fernando Correa de la Cerda
pisó Rodríguez Lobo monte y llanos.

Y por que Febo su razón no pierda,
el grande Don Antonio de Ataide
llegó con furia alborotada y cuerda.

Las fuerzas del contrario ajusta y mide
con las suyas Apolo, y determina
dar la batalla y la batalla pide.

El ronco son de más de una bocina,
instrumento de caza y de la guerra,
de Febo a los oídos se avecina.

Tiembla debajo de los pies la tierra,
de infinitos poetas oprimida,
que dan asalto a la sagrada sierra.

El fiero general de la atrevida
gente, que trae un cuervo en su estandarte,
es Arbolánchez, muso por la vida.

Puestos estaban, en la baja parte
y en la cima del monte, frente a frente,
los campos de quien tiembla el mismo Marte,

cuando una, al parecer, discreta gente,
del católico bando al enemigo
se pasó, como en número de veinte.

Yo con los ojos su carrera sigo,
y viendo el paradero de su intento,
con voz turbada al sacro Apolo digo:

"¿Qué prodigio es aqueste? ¿Qué portento?
O, por mejor decir, ¿qué mal agüero,
que así me corta el brío y el aliento?

Aquel tránsfuga que partió primero,
no sólo por poeta le tenía,
pero también por bravo churrullero.

Aquel ligero, que tras él corría,
en mil corrillos en Madrid le he visto
tiernamente hablar en la Poesía.

Aquel tercero, que partió tan listo,
por satírico, necio o por pesado,
sé que de todos fué siempre mal quisto.

No puedo imaginar cómo ha llevado
Mercurio estos poetas en su lista."
"Yo fuí, respondió Apolo, el engañado,

que de su ingenio la primera vista
indicios descubrió que serían buenos
para facilitar esta conquista."

"Señor, repliqué yo, creí que ajenos
eran de las deidades los engaños,
digo, engañarse en poco más ni menos.

La prudencia que nace de los años,
y tiene por maestra la experiencia,
es la deidad que advierte de estos daños."

Apolo respondió: "Por mi conciencia,
que no te entiendo", algo turbado y triste
por ver de aquellos veinte la insolencia.

Tú, sardo militar, Lofraso, fuiste
uno de aquellos bárbaros corrientes
que del contrario el número creciste.

Mas no por esta mengua los valientes
del escuadrón católico temieron,
poetas madrigados y excelentes;

antes, tanto coraje concibieron
contra los fugitivos corredores,
que riza en ellos, y matanza, hicieron.

¡Oh, falsos y malditos trovadores,
que pasáis plaza de poetas sabios,
siendo la hez de los que son peores!

Entre la lengua, paladar y labios
anda continuo vuestra poesía,
haciendo a la virtud cien mil agravios.

Poetas de atrevida hipocresía,
esperad, que de vuestro acabamiento
ya se ha llegado el temeroso día.

De las confusas voces el concento
confuso por el aire resonaba,
de espesas nubes condensado el viento.

Por la falda del monte gateaba
una tropa poética, aspirando
a la cumbre, que bien guardada estaba.

Hacían hincapié de cuando en cuando,
y con hondas de estallo, y con ballestas
iban libros enteros disparando.

No del plomo encendido las funestas
balas pudieran ser dañosas tanto,
ni al disparar pudieran ser más prestas.

Un libro, mucho más duro que un canto,
a Jusepe de Vargas dió en las sienes,
causándole terror, grima y espanto.

Gritó y dijo a un soneto: "Tú, que vienes
de satírica pluma disparado,
¿por qué el infame curso no detienes?"

Y cual perro con piedras irritado,
que deja al que las tira y va tras ellas,
cual si fuesen la causa del pecado,

entre los dedos de sus manos bellas
hizo pedazos el soneto altivo
que amenazaba al sol y a las estrellas.

Y díjole Cilenio: "¡Oh, rayo vivo,
donde la justa indignación se muestra
en un grado y valor superlativo!

La espada toma en la temida diestra,
y arrójate valiente y temerario
por esta parte que el peligro adiestra.

En esto, del tamaño de un breviario,
volando un libro por el aire vino,
de prosa y verso, que arrojó el contrario.

De verso y prosa el puro desatino,
nos dió a entender que de Arbolánchez eran
las Avidas pesadas de contino.

Unas rimas llegaron que pudieran
desbaratar el escuadrón cristiano,
si acaso vez segunda se imprimieran.

Dióle a Mercurio en la derecha mano
una sátira antigua licenciosa,
de estilo agudo, pero no muy sano.

De una intrincada y mal compuesta prosa,
de un asunto sin jugo y sin donaire,
cuatro novelas disparó PEDROSA.

Silbando recio y desgarrando el aire,
otro libro llegó de rimas solas,
hechas al parecer como al desgaire.

Viólas Apolo, y dijo cuando viólas:
"Dios perdone a su autor, y a mí me guarde
de algunas rimas sueltas españolas."

Llegó el PASTOR DE IBERIA, aunque algo
y derribó catorce de los nuestros, [tarde,
haciendo de su ingenio y fuerza alarde.

Pero dos valerosos, dos maestros,
dos lumbreras de Apolo, dos soldados,
únicos en hablar y en obrar diestros,

del monte puestos en opuestos lados,
tanto apretaron a la turbamulta,
que volvieron atrás los encumbrados.

Es GREGORIO DE ANGULO el que sepulta
la canalla, y con él PEDRO DE SOTO,
de prodigioso ingenio y vena culta.

Doctor aquél, estotro único y docto
licenciado, de Apolo, ambos, secuaces,
con raras obras y ánimo devoto.

Las dos contrarias indignadas haces
ya miden las espadas, ya se cierran,
duras en su tesón y pertinaces.

Con los dientes se muerden, y se aferran
con las garras, las fieras imitando,
que toda piedad de sí destierran.

Haldeando venía, y trasudando,
el autor de la *Pícara Justina*,
capellán lego del contrario bando,

y, cual si fuera de una culebrina,
disparó de sus manos su librazo,
que fué de nuestro campo la ruina.

Al buen TOMÁS GRACIÁN mancó de un [brazo,
a MEDINILLA derribó una muela
y le llevó de un muslo un gran pedazo.

Una despierta nuestra centinela
gritó: "¡Todos abajen la cabeza,
que dispara el contrario otra novela!"

Dos pelearon una larga pieza,
y el uno al otro, con instancia loca,
de un envión, con arte y con destreza,

seis seguidillas le encajó en la boca,
con que le hizo vomitar el alma,
que salió libre de su estrecha roca.

De la furia el ardor, del sol la calma,
tenía en duda, de una y otra parte,
la vencedora y pretendida palma

Del cuervo, en esto, el lóbrego estandarte
cede al del cisne, porque vino al suelo,
pasado el corazón de parte a parte,

su alférez, que era un andaluz mozuelo,
trovador repentista, que subía
con la soberbia más allá del cielo.

Helósele la sangre que tenía:
murióse, cuando vió que muerto estaba,
la turba pertinaz de su porfía.

Puesto que ausente el gran LUPERCIO es-
con un solo soneto suyo hizo [taba,
lo que de su grandeza se esperaba.

Descuadernó, desencajó, deshizo
del opuesto escuadrón catorce hileras,
dos criollos mató, hirió un mestizo.

De sus sabrosas burlas y sus veras
el magno cordobés un cartapacio
disparó, y aterró cuatro banderas.

Daba ya indicios de cansado y lacio
el brío de la bárbara canalla,
peleando más flojo y más despacío.

Mas renovóse la fatal batalla.
Mezclándose los unos con los otros,
ni vale arnés, ni presta dura malla.

Cinco melifluos, sobre cinco potros
llegaron, y embistieron por un lado
y lleváronse cinco de nosotros.

Cada cual como moro ataviado,
con más letras y cifras que una carta
de príncipe enemigo y recatado,

de romances moriscos una sarta,
cual si fuera de balas erramadas,
llega con furia y con malicia harta.

Y a no estar dos escuadras avisadas
de las nuestras, del recio tiro, y presto,
era fuerza quedar desbaratadas.

Quiso Apolo, indignado, echar el resto
de su poder y de su fuerza sola
y dar al enemigo fin molesto,

y una sacra canción, donde acrisola
su ingenio, gala, estilo y bizarría
BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA,

cual si fuera un Petrarca, Apolo envía
adonde está el tesón más apretado,
más dura y más furiosa la porfía.

"Cuando me paso a contemplar mi estado",
comienza la canción que Apolo pone
en el lugar más noble y levantado.

Todo lo mira, todo lo dispone
con ojos de Argos; manda, quita y veda
y del contrario a todo ardid se opone.

Tan mezclados están, que no hay quien
[pueda
discernir cuál es malo o cuál es bueno,
cuál es GARCILASISTA o TIMONEDA.

Pero un mancebo, de ignorancia ajeno,
grande escudriñador de toda historia,
rayo en la pluma y en la voz un trueno,

llegó, tan rica el alma de memoria,
de sana voluntad y entendimiento,
que fué de Febo y de las musas gloria.

Con éste aceleróse el vencimiento,
porque supo decir: "Este merece
gloria; pero aquél, no, sino tormento."

Y como ya con distinción parece
el justo y el injusto combatiente,
el gusto al paso de la pena crece.

Tú, PEDRO MANTUANO, el excelente,
fuiste quien distinguió de la confusa
máquina el que es cobarde del valiente.

JULIÁN DE ALMENDÁRIZ no rehusa,
puesto que llegó tarde, en dar socorro
al rubio Delio con su ilustre musa.

Por las rucias que peino, que me corro
de ver que las comedias endiabladas,
por divinas se pongan en el corro,

y, a pesar de las limpias y atildadas,
del cómico mejor de nuestra Hesperia,
quieren ser conocidas y pagadas.

Mas no ganaron mucho en esta feria,
porque es discreto el vulgo de la Corte,
aunque le toca la común miseria.

De llano no le deis; dadle de corte,
estancias Polifemas al poeta
que no os tuviere por su guía y norte.

Inimitables sois, y a la discreta
gala que descubrís en lo escondido,
toda elegancia puede estar sujeta.

Con estas municiones el partido
nuestro se mejoró de tal manera,
que el contrario se tuvo por vencido.

Cayó su presunción soberbia y fiera.
Derrúmbanse del monte abajo cuantos
presumieron subir por la ladera.

La voz prolija de sus roncos cantos,
el mal suceso con rigor la vuelve
en interrotos y funestos llantos.

Tal hubo, que cayendo se resuelve
de asirse de una zarza o cabrahigo,
y en llanto, a lo de Ovidio, se disuelve.

Cuatro se arracimaron a un quejigo,
como enjambre de abejas desmandada,
y le estimaron por el lauro amigo.

Otra cuadrilla virgen, por la espada,
y adúltera de lengua, dió la cura
a sus pies de su vida almidonada.

BARTOLOMÉ llamado DE SEGURA
el toque casi fué del vencimiento;
tal es su ingenio, y tal es su cordura.

Resonó, en esto, por el vago viento
la voz de la victoria repetida
del número escogido en claro acento.

La miserable, la fatal caída
de las musas del limpio tagarete
fué largos siglos con dolor plañida.

A la parte del llanto, ¡ay me!, se mete
Zapardiel, famoso por su pesca,
sin que un pequeño instante se quiete.

La voz de la victoria se refresca.
Victoria suena aquí, y allí victoria,
adquirida por nuestra soldadesca,
que canta alegre la alcanzada gloria.

CAPÍTULO VIII

Al caer de la máquina excesiva
del escuadrón poético arrogante,
que en su no vista muchedumbre estriba,

un poeta, mancebo y estudiante,
dijo: "Caí: paciencia; que algún día
será la nuestra, mi valor mediante.

De nuevo afilaré la espada mía;
digo, mi pluma, y cortaré de suerte
que dé nueva excelencia a la porfía.

Que ofrece la comedia, si se advierte,
largo campo al ingenio, donde pueda
librar su nombre del olvido y muerte.

Fué de esto ejemplo JUAN DE TIMONEDA,
que con sólo imprimir, se hizo eterno,
las comedias del gran LOPE DE RUEDA.

Cinco vuelcos daré en el propio infierno
por hacer recitar una que tengo,
nombrada *El gran Bastardo de Salerno.*

Guarda, Apolo, que baja guarde rengo
el golpe de la mano más gallarda
que ha visto el tiempo en su discurso luen-
[go."

En esto, el claro son de una bastarda
alas pone en los pies de la vencida
gente del mundo, perezosa y tarda.

Con la esperanza del vencer perdida,
no hay quien no atienda con ligero paso,
si no a la honra, a conservar la vida.

Desde las altas cumbres de Parnaso,
de un salto uno se puso en Guadarrama,
nuevo, no visto y verdadero caso.

Y al mismo paso la parlera Fama
cundió del vencimiento la alta nueva,
desde el claro Caistro hasta Jarama.

Lloró la gran victoria el turbio Esgueva,
Pisuerga la rió, rióla Tajo,
que en vez de arena granos de oro lleva.

Del cansancio, del polvo y del trabajo,
las rubicundas hebras de Timbreo
del color se pararon de oro bajo.

Pero, viendo cumplido su deseo,
al son de la guitarra mercuriesca
hizo de la gallarda un gran paseo.

Y, de Castalia en la corriente fresca,
el rostro se lavó, y quedó luciente,
como de acero, la segur turquesca.

Pulióse luego, y adornó su frente
de majestad mezclada con dulzura,
indicios claros del placer que siente.

Las reinas de la humana hermosura
salieron de do estaban retiradas
mientras duraba la contienda dura.

Del árbol siempre verde coronadas,
y en medio la divina Poesía,
todas de nuevas galas adornadas.

Melpómene, Terpsícore y Talía,
Polimnia, Urania, Erato, Euterpe y Clío,
y Caliope, hermosa en demasía,

muestran ufanas su destreza y brío,
tejiendo una intrincada y nueva danza
al dulce son de un instrumento mío.

"Mío", no dije bien; mentí a la usanza
de aquel que dice propios los ajenos
versos que son más dignos de alabanza.

Los anchos prados y los campos llenos
están de las escuadras vencedoras,
que siempre van a más y nunca a menos;

esperando de ver de sus mejoras
el colmo, con los premios merecidos
por el sudor y aprieto de sus horas.

Piensan ser los llamados escogidos:
todos a premios de grandeza aspiran:
tiénense en más de lo que son tenidos;

ni a calidades ni riquezas miran:
a su ingenio se atiene cada uno,
y si hay cuatro que acierten, mil deliran.

Mas Febo, que no quiere que ninguno
quede quejoso de él, mandó a la Aurora
que vaya y coja, *in tempore oportuno,*

de las faldas floríferas de Flora,
cuatro tabaques de purpúreas rosas
y seis de perlas de las que ella llora.

Y de las nueve por extremo hermosas
las coronas pidió, y al darlas ellas
en nada se mostraron perezosas.

Tres, a mi parecer, de las más bellas
a Partérope sé que se enviaron,
y fué Mercurio el que partió con ellas.

Tres sujetos las otras coronaron,
allí, en el mismo monte, peregrinos,
con que su patria y nombre eternizaron.

Tres cupieron a España, y tres divinos
poetas se adornaron la cabeza,
de tanta gloria justamente dinos.

La envidia, monstruo de naturaleza
maldita y carcomida, ardiendo en saña,
a murmurar del sacro don empieza.

Dijo: "¿Será posible que en España
haya nueve poetas laureados?
Alta es, de Apolo, pero simple hazaña."

Los demás de la turba, defraudados
del esperado premio, repetían
los himnos de la envidia, mal cantados.

Todos por laureados se tenían
en su imaginación, antes del trance,
y al cielo quejas de su agravio envían.

Pero ciertos poetas de romance,
del generoso premio hacer esperan,
a despecho de Febo, presto alcance.

Otros, aunque latinos, desesperan
de tocar del laurel sólo una hoja,
aunque del caso en la demanda mueran.

Véngase menos el que más se enoja,
y alguno se tocó sienes y frente,
que de estar coronado se le antoja.

Pero todo deseo impertinente
Apolo resfrió, premiando a cuantos
poetas tuvo el escuadrón valiente.

De rosas, de jazmines y amarantos
Flora le presentó cinco cestones,
y la Aurora de perlas otros tantos.

Estos fueron, lector dulce, los dones
que Delio repartió con larga mano
entre los poetísimos varones,

quedando alegre cada cual y ufano
con un puño de perlas y una rosa,
estimando este premio sobrehumano.

Y, por que fuera más maravillosa
la fiesta y regocijo que se hacía
por la victoria insigne y prodigiosa,

la buena, la importante Poesía,
mandó traer la bestia cuya pata
abrió la fuente de Castalia fría.

Cubierta de finísima escarlata,
un lacayo la trajo en un instante,
tascando un freno de bruñida plata.

Envidiarle pudiera Rocinante
al gran Pegaso de presencia brava,
y aun Brilladoro, el del señor de Aglante.

Con no sé cuántas alas adornaba
manos y pies, indicio manifiesto
que en ligereza al viento aventajaba.

Y, por mostrar cuán ágil y cuán presto
era, se alzó del suelo cuatro picas,
con un denuedo y ademán compuesto.

Tú, que me escuchas, si el oído aplicas
al dulce cuento de este gran Viaje,
cosas nuevas oirás, de gusto ricas.

Era del bel trotón todo el herraje
de durísima plata diamantina,
que no recibe del pisar ultraje.

De la color que llaman columbina,
de raso en una funda trae la cola,
que, suelta, con el suelo se avecina.

Del color del carmín o de amapola
eran sus crines y su cola gruesa,
ellas solas al mundo y ella sola.

Tal vez anda despacio, y tal apriesa,
vuela tal vez y tal hace corvetas,
tal quiere relinchar y luego cesa.

¡Nueva felicidad de los poetas!;
unos sus excrementos recogían
en dos, de cuero, grandes barjuletas.

Pregunté para qué lo tal hacían.
Respondióme Cilenio a lo bellaco,
con no sé qué vislumbres de ironía:

"Esto que se recoge es el tabaco,
que a los vahidos sirve de cabeza
de algún poeta de cerebro flaco.

Urania de tal modo lo adereza,
que, puesto a las narices del doliente,
cobra salud y vuelve a su entereza."

Un poco entonces arrugué la frente,
ascos haciendo del remedio extraño,
tan de los ordinarios diferente.

"Recibes, dijo Apolo, amigo, engaño
—leyóme el pensamiento—. Este remedio
de los vahidos cura y sana el daño.

No come este rocín lo que en asedio,
duro y penoso, comen los soldados
que están entre la muerte y hambre en medio.

Son de este tal los piensos regalados,
ámbar, y almizcle entre algodones puesto,
y bebe del rocío de los prados.

Tal vez le damos de almidón un cesto,
tal de algarrobas, con que el vientre llena
y no se estriñe ni se va por esto."

"Sea, le respondí, muy en hora buena;
tieso estoy de cerebro por ahora,
vahido alguno no me causa pena."

La nuestra, en esto, universal señora,
digo la Poesía verdadera,
que con Timbreo y con las musas mora,

en vestido sucinto, a la ligera
el monte discurrió y abrazó a todos,
hermosa sobre modo y placentera.

"¡Oh, sangre vencedora de los godos!,
dijo, de aquí adelante ser tratada
con más suaves y discretos modos

espero ser, y siempre respetada
del ignorante vulgo, que no alcanza
que, puesto que soy pobre, soy honrada.

Las riquezas os dejo en esperanza,
pero no en posesión, premio seguro
que al reino aspira de la inmensa holganza.

Por la belleza de este monte os juro
que quisiera al más mínimo entregalle
un privilegio de cien mil de juro.

Mas no produce minas este valle;
aguas sí, salutíferas y buenas,
y monas que de cisnes tienen talle.

Volved a ver, ¡oh, amigos!, las arenas
del aurífero Tajo, en paz segura,
y en dulces horas de pesar ajenas.

Que esta inaudita hazaña os asegura
eterno nombre, en tanto que dé Febo
al mundo aliento y luz serena y pura."

¡Oh, maravilla nueva!; ¡oh, caso nuevo,
digno de admiración que cause espanto,
cuya extrañeza me admiró de nuevo!

Morfeo, el dios del Sueño, por encanto
allí se apareció, cuya corona
era de ramos del beleño santo,

flojísimo de brío y de persona,
de la Pereza torpe acompañado,
que no deja a vísperas ni a nona.

Traía al Silencio a su derecho lado,
el Descuido al siniestro, y el vestido
era de blanda lana fabricado.

De las aguas que llaman del Olvido
traía un gran caldero, y de un hisopo
venía, como aposta, prevenido.

Asía a los poetas por el hopo,
y, aunque el caso los rostros les volvía
en color encendida de piropo,

él nos bañaba con el agua fría,
causándonos un sueño de tal suerte
que dormimos un día y otro día.

Tal es la fuerza del licor, tan fuerte
es de las aguas la virtud, que pueden
competir con los fueros de la muerte.

Hace el ingenio alguna vez que queden
las verdades sin crédito ninguno,
por ver que a toda contingencia exceden.

Al despertar del sueño así importuno,
ni vi monte ni monta, dios ni diosa,
ni de tanto poeta vide alguno.

Por cierto, extraña y nunca vista cosa:
despabilé la vista, y parecióme
verme en medio de una ciudad famosa.

Admiración y grima el caso dióme;
torné a mirar, porque el temor o engaño
no de mi buen discurso el paso tome.

Y díjeme a mí mismo: "No me engaño:
esta ciudad es Nápoles, la ilustre,
que yo pisé sus rúas más de un año,

de Italia gloria y aun del mundo lustre,
pues de cuantas ciudades él encierra,
ninguna puede haber que así le ilustre.

Apacible en la paz, dura en la guerra,
madre de la abundancia y la nobleza,
de elíseos campos y agradable sierra.

Si vahidos no tengo de cabeza,
paréceme que está mudada, en parte,
de sitio, aunque en aumento de belleza.

¿Qué teatro es aquél, donde reparte
con él cuanto contiene de hermosura,
la gala, la grandeza, industria y arte?

Sin duda el sueño en mis palpebras dura,
porque éste es edificio imaginado
que excede a toda humana compostura."

Llegóse en esto a mí disimulado
un mi amigo, llamado Promontorio,
mancebo en días, pero gran soldado.

Creció la admiración, viendo notorio
y palpable que Nápoles estaba,
espanto a los pasados, accesorio.

Mi amigo tiernamente me abrazaba,
y con tenerme entre sus brazos, dijo
que del estar yo allí mucho dudaba.

Llamóme padre, y yo llaméle hijo;
quedó con esto la verdad en punto,
que aquí puede llamarse punto fijo.

Díjome Promontorio: "Yo barrunto,
padre, que algún gran caso a vuestras canas
las trae tan lejos, ya semidifunto."

"En mis horas tan frescas y tempranas
esta tierra habité, hijo, le dije,
con fuerzas más briosas y lozanas.

Pero la voluntad que a todos rige,
digo el querer del cielo, me ha traído
a parte que me alegra más que aflige."

Dijera más, sino que un gran ruido
de pífanos, clarines y tambores
me azoró el alma y alegró el oído:

volví la vista al son, vi los mayores
aparatos de fiesta que vió Roma
en sus felices tiempos y mejores.

Dijo mi amigo: "Aquel que ves que asoma
por aquella montaña contrahecha,
cuyo brío al de Marte oprime y doma,

es un alto sujeto, que deshecha
tiene a la envidia en rabia, porque pisa
de la virtud la senda más derecha.

De gravedad, y condición tan lisa,
que suspende y alegra a un mismo instante,
y con su aviso al mismo aviso avisa.

Mas quiero, antes que pases adelante
en ver lo que verás, si estás atento,
darte del caso relación bastante.

Será Don Juan de Tasis de mi cuento
principio, por que sea memorable
y lleguen mis palabras a mi intento.

Este varón, en liberal notable,
que una "mediana villa" le hace conde,
siendo rey, en sus obras, admirable;

éste, que sus haberes nunca esconde,
pues siempre los reparte, o los derrama,
ya sepa adónde o ya no sepa adónde;

éste, a quien tiene tan en fil la fama
puesta la alteza de su nombre claro,
que liberal y pródigo se llama,

quiso, pródigo aquí y allí no avaro,
primer mantenedor ser de un torneo,
que a fiestas sobrehumanas le comparo.

Responden sus grandezas al deseo
que tiene de mostrarse alegre, viendo
de España y Francia el regio himeneo.

Y este que escuchas, duro, alegre estruendo,
es señal que el torneo se comienza,
que admira por lo rico y estupendo.

Arquimedes el grande se avergüenza
de ver que este teatro milagroso
su ingenio apoque, y a sus trazas venza.

Digo, pues, que el mancebo generoso,
que allí desciende, de encarnado y plata,
sobre todo mortal curso brioso,

es el Conde de Lemos, que dilata
su fama con sus obras por el mundo,
y que lleguen al cielo en tierra trata.

Y, aunque sale el primero, es el segundo
mantenedor, y en buena cortesía
esta ventaja califico y fundo.

El Duque de Nocera, luz y guía
del arte militar, es el tercero
mantenedor, de este festivo día.

El cuarto, que pudiera ser primero,
es de Santelmo el fuerte castellano,
que al mismo Marte en el valor prefiero.

El quinto es otro Eneas el troyano,
Arrociolo, que gana en ser valiente
al que fué verdadero, por la mano."

El gran concurso y número de gente
estorbó que adelante prosiguiese
la comenzada relación prudente.

Por esto le pedí que me pusiese
adonde, sin ningún impedimento,
el gran progreso de las fiestas viese.

Porque luego me vino al pensamiento
de ponerlas en verso numeroso,
favorecido del febeo aliento.

Hízolo así, y yo vi lo que no oso
pensar, que no decir, que aquí se acorta
la lengua y el ingenio más curioso.

Que se pase en silencio es lo que importa
y que la admiración supla esta falta
el mismo grandioso caso exhorta.

Puesto que después supe que con alta
magnífica elegancia milagrosa,
donde ni sobra punto ni le falta,

el curioso DON JUAN DE OQUINA en prosa
la puso y dió a la estampa, para gloria
de nuestra edad, por esto venturosa.

Ni en fabulosa o verdadera historia
se halla que otras fiestas hayan sido,
ni pueden ser más dignas de memoria.

Desde allí, y no sé cómo, fuí traído
adonde vi al gran DUQUE DE PASTRANA
mil parabienes dar de bien venido;

y que la fama, en la verdad ufana,
contaba que agradó con su presencia
y con su cortesía sobrehumana:

que fué nuevo Alejandro en la excelencia
del dar, que satisfizo a todo cuanto
puede mostrar real magnificencia.

Colmo de admiración, lleno de espanto,
entré en Madrid en traje de romero,
que es granjería el parecer ser santo.

Y desde lejos me quitó el sombrero
el famoso ACEVEDO, y dijo: "*A Dio,*
voi siate il ben venuto, cavaliero;

so parlar zenoese, e tusco anch'io."
Y respondí: "*La vostra signoria*
sia la ben trovata, padron mio."

Topé a LUIS VÉLEZ, lustre y alegría
y discreción del trato cortesano,
y abracéle en la calle a mediodía.

El pecho, el alma, el corazón, la mano
dí a PEDRO DE MORALES, y un abrazo,
y alegre, recibí a JUSTINIANO.

Al volver de una esquina sentí un brazo
que el cuello me ceñía, miré cuyo,
y más que gusto me causó embarazo,

por ser uno de aquellos—no rehuyo
decirlo—que al contrario se pasaron,
llevados del cobarde intento suyo.

Otros dos al del Layo se llegaron,
y con la risa falsa del conejo,
y con muchas zalemas me hablaron.

Yo, socarrón; yo, poetón ya viejo,
volvíles a lo tierno las saludes,
sin mostrar mal talante o sobrecejo.

No dudes, ¡oh, lector caro!, no dudes,
sino que suele el disimulo a veces
servir de aumento a las demás virtudes.

Dínoslo tú, David, que aunque pareces
loco en poder de Aquis, de tu cordura,
fingiendo el loco, la grandeza ofreces.

Dejélos, esperando coyuntura
y ocasión más secreta para dalles
vejamen de su miedo o su locura.

Si encontraba poetas por las calles,
me ponía a pensar si eran de aquellos
huídos, y pasaba sin hablalles.

Poníanseme yertos los cabellos,
de temor no encontrase algún poeta
de tantos que no pude conocellos,

que con puñal buido, o con secreta
almarada me hiciese un agujero
que fuese al corazón por vía reta;

aunque no es éste el premio que yo espero
de la fama, que a tantos he adquirido
con alma grata y corazón sincero.

Un cierto mancebito cuellierguido,
en profesión poeta, y en el traje
a mil leguas por godo conocido,

lleno de presunción y de coraje
me dijo: "Bien sé yo, señor Cervantes,
que puedo ser poeta, aunque soy paje.

Cargaste de poetas ignorantes,
y dejásteme a mí, que ver deseo
del Parnaso las fuentes elegantes.

Que caducáis, sin duda alguna, creo;;
creo, no digo bien; mejor diría
que toco esta verdad y que la veo."

Otro que, al parecer, de argentería,
de rácar, de cristal, de perlas y oro
sus infinitos versos componía,

me dijo, bravo cual corrido toro:
"No sé yo para qué nadie me puso
en lista con tan bárbaro decoro."

"Así el discreto Apolo lo dispuso,
a los dos respondí, y en este hecho
de ignorancia o malicia no me acuso."

Fuíme con esto; y lleno de despecho
busqué mi antigua y lóbrega posada,
y arrojéme molido sobre el lecho,
que cansa, cuando es larga, una jornada.

VERSOS
DE LAS COMEDIAS Y ENTREMESES

ESPAÑA, REPRESENTADA POR UNA MATRONA CORONADA DE TORRES Y CON UN CASTILLO EN LAS MANOS

Alto, sereno y espacioso cielo,
que con tus influencias enriqueces
la parte que es mayor de este mi suelo,
y sobre otros muchos le engrandeces:
muévate a compasión mi amargo duelo,
y pues al afligido favoreces,
favoréceme a mí en ansia tamaña,
que soy la sola desdichada España.

Bástete, ya que un tiempo me tuviste
todos mis fuertes miembros abrasados,
y al sol por mis entrañas descubriste
el reino obscuro de los condenados.
A mil tiranos mil riquezas diste;
a fenicios y griegos entregados
mis reinos fueron, porque tú has querido
o porque mi maldad lo ha merecido.

¿Será posible que continuo sea
esclava de naciones extranjeras,
y que un pequeño tiempo yo no vea
de libertad tendidas mis banderas?
Con justísimo título se emplea
en mí el rigor de tantas penas fieras,
pues mis famosos hijos y valientes
andan entre sí mismos diferentes.

Jamás en su provecho concertaron
los divididos ánimos briosos,
antes entonces más los apartaron
cuando se vieron más menesterosos;

y así, con sus discordias, convidaron
los bárbaros de pechos codiciosos
a venir y entregarse en mis riquezas,
usando en mí y en ellos mil crudezas.

Sola Numancia es la que sola ha sido
quien la luciente espada sacó fuera
y, a costa de su sangre, ha mantenido
la amada libertad suya primera.
Mas ¡ay! que veo el término cumplido
y llegada la hora postrimera,
do acabará su vida, y no su fama,
cual fénix renovándose en la llama.

Estos, tan muchos tímidos romanos,
que buscan de vencer cien mil caminos,
rehuyen de venir más a las manos
con los pocos valientes numantinos.
¡Oh, si saliesen sus instintos vanos,
y fuesen sus quimeras desatinos,
y esta pequeña tierra de Numancia
sacase, de su pérdida, ganancia!

Mas ¡ay! que el enemigo la ha cercado,
no sólo con las armas contrapuestas
al flaco muro suyo; más ha obrado,
con diligencia extraña y manos prestas;
que un foso por la margen trincheado
rodea la ciudad por llano y cuestas.
Sola la parte por do el río se extiende
de este ardid nunca visto se defiende.

Así están encogidos y encerrados
los tristes numantinos en sus muros:
ni ellos pueden salir, ni ser entrados,
y están de los asaltos bien seguros;

pero, en sólo mirar que están privados
de ejercitar sus fuertes brazos duros,
con horrendos acentos y feroces
la guerra piden o la muerte, a voces.

Y, pues sola la parte por do corre
y toca a la ciudad el ancho Duero,
es aquella que ayuda y que socorre
en algo al numantino prisionero,
antes que alguna máquina o gran torre
en sus aguas se funde, rogar quiero
al caudaloso conocido río
en lo que pueda ayude al pueblo mío:

"Duero gentil, que, con torcidas vueltas,
humedeces gran parte de mi seno,
así en tus aguas siempre veas envueltas
arenas de oro cual el Tajo ameno,
y así las ninfas fugitivas sueltas,
de que está el verde prado y bosque lleno,
vengan humildes a tus aguas claras
y en prestarte favor no sean avaras.

Que prestes a mis ásperos lamentos
atento oído o que a escucharlos vengas,
y, aunque dejes un rato tus contentos,
suplícote que en nada te detengas.
Si tú, con tus continuos escarmientos,
de estos fieros romanos no me vengas,
cerrado veo ya cualquier camino
a la salud del pueblo numantino."

(*La Numancia.*—Jornada I.)

VIRIATO

"Todo el furor de cuantos ya son muertos
en este pueblo, en polvo reducido;
todo el huir los pactos y conciertos
ni el dar a sujeción jamás oído...
¡Sus iras y rencores descubiertos
está en mi pecho, todo junto, unido!
Yo heredé de Numancia todo el brío.
¡Ved si pensar vencerme es desvarío!"

"¡Patria querida, pueblo desdichado,
no temas ni imagines que delire
de lo que debo hacer, en ti engendrado,
ni que promesa o miedo me retire,
ora me falte el suelo, el cielo, el hado,
ora a vencerme todo el mundo aspire,
que imposible será que yo no haga
a tu valor la merecida paga!...

Que, si a esconderme aquí me trajo el [miedo
de la cercana y espantosa muerte,
ella me sacará con más denuedo,
con el deseo de seguir tu suerte.
Del vil temor pasado, como puedo
haré ahora la enmienda, osado y fuerte,
y el error de mi edad tierna, inocente,
pagaré con morir osadamente."

"Yo os aseguro, ¡oh, fuertes ciudadanos!,
que no falte por mí la intención vuestra
de que no triunfen pérfidos romanos,
si ya no fuese de ceniza nuestra.
Saldrán conmigo sus intentos vanos,
ora levanten contra mí su diestra,

o me asesaren, con promesa cierta
a vida y a regalos, ancha puerta."

"¡Teneos, romanos; sosegad el brío,
y no os canséis en asaltar el muro
que, aunque fuera mayor el poderío
vuestro, de no vencerme os aseguro!"
Pero ¡muéstrese ya el intento mío!,
y si ha sido el amor perfecto y puro
que yo tuve a mi patria tan querida,
asegúrelo luego esta caída. *(Se arroja de la torre.)*

(La Numancia.—Jornada IV.)

AURELIO

"Padre del cielo, en cuya fuerte diestra
está el gobierno de la tierra y cielo,
cuyo poder acá y allá se muestra
con amoroso, justo y santo celo:
si tu luz, si tu mano no me adiestra
a salir de este caos, temo y recelo
que, como el cuerpo está en prisión esquiva,
también el alma ha de quedar cautiva."

¿Dó estás, Silvia hermosa? ¿Qué destino,
qué fuerza insana de implacable hado
el curso de aquel próspero camino,
tan sin causa y razón nos ha cortado?
¡Oh estrella, oh suerte, oh fortuna, oh sino,
si alguno de vosotros ha causado
tamaña perdición, desde aquí digo
que mil cuentos de veces os maldigo!

Yo moriré, por lo que al alma toca,
antes de hacer lo que mi alma quiere:

firme he de estar, cual bien fundada roca
que en torno el viento y mar combate y hiere.

Que sea mi vida mucha, que sea poca
importa poco: sólo el que bien muere
puede decir que tuvo larga vida,
y, el que mal, una muerte sin medida.

(El trato de Argel.—Jornada I.)

AURELIO Y EL REY DE ARGEL

REY

¿Y adónde ibas
cuando en las aguas esquivas
perdiste todo el placer?

AURELIO

Yo te lo diré, señor,
en verdaderas razones:
de otro rey y otras prisiones
fuí yo esclavo, que fué amor.
De esta Silvia enamorado
anduve un tiempo en mi tierra,
y la fuerza de esta guerra
me ha traído a este estado.
Cumplí en esto mi deseo
y, pensando ir a Milán,
trájome el hado este afán
de esclavitud do me veo.

REY

No pierdas la confianza
en esta vida importuna,

pues sabes que de fortuna
la condición es mudanza.

(El trato de Argel.—Jornada V.)

VARIOS CAUTIVOS

SAAVEDRA

Vuelve, Virgen Santísima María,
tus ojos, que dan luz y gloria al cielo,
a los tristes que lloran noche y día,
regando con sus lágrimas el suelo.
¡Socorrednos, bendita Virgen pía,
antes que este mortal corpóreo velo
quede sin alma en esta tierra dura
y carezca de usada sepultura!

SEBASTIÁN

Virgen bendita, que del Padre Eterno
fuiste acogida para dar el fruto
que quebrantó las puertas del infierno
y del primer pecado quitó el luto;
vuelve tu rostro piadoso y tierno
a la grande miseria y al tributo
que aquí pasamos en tan triste calma,
pues está en peligro cada día el alma.

OTRO CAUTIVO

En vos, Virgen dulcísima María,
entre Dios y los hombres mediadora,
de nuestro mar incierto cierto guía,
Virgen, entre las vírgenes primera,
en Vos, Virgen y madre, en Vos confía

mi alma, que, sin Vos, en nadie espera,
que me habéis de sacar con vuestras manos
de dura servidumbre de paganos.

AURELIO

Si yo, Virgen sagrada, he merecido
de tu misericordia bien tan alto,
¿cuándo podré mostrarme agradecido,
tanto que no me quede corto y falto?
Recibid mi deseo, que, subido
sobre un cristiano obrar, dará tal salto
que toque ya, olvidado de este suelo,
el alto trono del empíreo cielo.

(El trato de Argel.—Jornada V.)

ALIMUZEL

Escuchadme los de Orán,
caballeros y soldados,
que firmáis con vuestra sangre
vuestros hechos señalados.
Alimuzel soy, un moro
de aquellos que son llamados
galanes de Meliona,
tan valientes como hidalgos.
No me trae aquí Mahoma
a averiguar en el campo
si su secta es buena o mala,
que él tiene de eso cuidado.
Tráeme otro dios más brioso,
que es tan soberbio y tan manso,
que ya parece cordero,
y ya león irritado.
Y este dios, que así me impele,

es de una mora vasallo,
que es reina de la hermosura,
de quien soy humilde esclavo.
No quiero decir que hiendo,
que destrozo, parto o rajo;
que animoso, y no arrogante,
es el buen enamorado.
Amo, en fin, y he dicho mucho
en sólo decir que amo,
para daros a entender
que puedo estimarme en algo.
.....
Y así, a ti te desafío,
Don Fernando el fuerte, el bravo,
tan infamia de los moros,
cuanto prez de los cristianos.
.....
Y, para darte ocasión
a que salgas, mano a mano,
a verte conmigo ahora,
de estas cosas te hago cargo:
que peleas desde lejos,
que el arcabuz es tu amparo,
que en comunidad aguijas
y a solas te vas despacio;
que eres Ulises nocturno,
no Telamón al sol claro;
que nunca mides tu espada
con otra a fuer de hidalgo.
Si no sales, verdad digo;
si sales, quedará llano,
ya vencido o vencedor,
que tu fama no habla en vano.
Aquí, junto a Canastel,
solo te estaré esperando

hasta que mañana el sol
llegue al Poniente su carro.
Del que fuere vencedor
ha de ser el otro esclavo,
premio rico y premio honesto.
Ven, que espero, Don Fernando.

(El gallardo español.—Jornada I.)

ARLAJA

Las alabanzas extrañas
que aplicaste a aquel Fernando,
contándome sus hazañas,
se me fueron estampando
en medio de las entrañas,

y de allí nació un deseo,
no lascivo, torpe o feo,
aunque vano por curioso,
de ver a un hombre, famoso
más de los que siempre veo.

Más que discreta, curiosa,
ordené que Alimuzel
fuese a la empresa dudosa;
no por mostrarme con él
ingrata o rigurosa.

Y muéstrame su tardanza
que me engañó la esperanza,
y que es premio merecido
del deseo mal nacido
tenerle quien no lo alcanza.

Yo tengo un alma bizarra
y varonil, de tal suerte

que gusto del que desgarra
y más allá de la muerte
tira, atrevido, la barra.

Huélgome de ver a un hombre
de tal valor y tal nombre
que con los dientes tarace,
con las manos despedace,
y con los ojos asombre."

(El gallardo español.—Jornada I.)

GALALÓN

No los pongas en paz, porque es prudencia,
y en materia de estado esto se admite,
tener a tales dos en diferencia,
que son ministros de tu vida y muerte;
que habiendo entre dos grandes competencia,
y entre dos consejeros, de tal suerte

el uno y otro a sus contrarios temen,
que es fuerza que en virtud ambos se extremen,
por temor de las ciertas parlerías
que te podrá decir aquél de aqueste;
y no desprecies las razones mías,
si no quieres que caro no te cueste.

(La casa de los celos.—Jornada I.)

BERNARDO DEL CARPIO

Dura y detestable guerra,
por sólo aquesto eres buena:
que en pluma vuelves la arena,
y en blanda cama la tierra.

Tú ofreces, doquier que estás,
anchos y extendidos lechos,
si no es que hay campos estrechos
por donde los pasos das.

Eres un cierto beleño
que, entre cuidados y enojos,
ofreces siempre a los ojos
blando, aunque forzoso sueño.

Eres de su calidad,
según muestra la experiencia,
madre de la diligencia,
madrastra de ociosidad.

Venid acá vos, cimera,
rica y extremada pieza,
y, pues sois de la cabeza,
servidme de cabecera,

que ya el sueño de rondón
va ocupando mis sentidos.
¡Bien dicen que los dormidos
imagen de muerte son!

(La casa de los celos.—Jornada I.)

CLORIS

Con él tengo, Corinto, más ganancia
que contigo, con Lauso y con Riselo,
que vendéis discreción con arrogancia.

Rústica el alma, y rústico es el velo
que al alma cubre, y Rústico es el nombre
del pastor que me tiene por su cielo.

Mas, por rústico que es, en fin es hombre
que de sus manos llueve plata y oro,
Júpiter nuevo, y con mejor renombre.

El guarda de mis gustos el decoro,
ora le envíe al blanco Cita frío
o al tostado engañoso Libio moro.

Tiene por justa ley el gusto mío,
y el levantado cuello humilde inclina
al yugo que le pone mi albedrío.

No tiene el rico Oriente otra tal mina
como es la que yo saco de sus manos,
ora cruel me muestre, ora benina.

Quédense los pastores cortesanos
con la melifluidad de sus razones
y dichos, aunque agudos, siempre vanos.

No se sustenta el cuerpo de intenciones,
ni de conceptos trasnochados hace
sus muchas y forzosas provisiones.

El rústico, si es rico, satisface
aun a los ojos del entendimiento,
y al más sabio, si es pobre, en nada aplace.

(La casa de los celos.—Jornada II.)

EL AMOR

Has de saber, madre mía,
que en la corte donde he estado
no hay amor sin granjería,

y el interés se ha usurpado
mi reino y mi monarquía.

Yo, viendo que mi poder
poco me podía valer,
usé de astucia, y vestíme;
y con él entremetíme,
y todo fué menester.

Quité a mis alas el pelo,
y en su lugar me dispuse
a volar con terciopelo,
y al instante que lo puse,
sentí aligerar mi vuelo.

Del carcaj hice bolsón,
y del dorado harpón
de cada flecha un escudo,
y con esto, y no ir desnudo,
alcancé mi pretensión.

Hallé entradas en los pechos,
que a la vista parecían
de acero o de mármol hechos;
pero luego se rendían
al golpe de mis provechos.

No valen en nuestros días
las antiguas bizarrías
de Heros ni de Leandros,
y valen los alejandros
más que doscientos Macías.

(La casa de los celos.—Jornada II.)

CLORI Y LAUSO *(Cantando.)*

CLORI

¡Bien haya quien hizo
cadenitas, cadenas;
bien haya quien hizo
cadenas de amor!
¡Bien haya el acero
de que se formaron,
y los que inventaron
amor verdadero!
¡Bien haya el dinero
de metal mejor;
bien haya quien hizo
cadenas de amor!

LAUSO

¡Bien haya el amante
que a tantos vaivenes,
iras y desdenes,
firme está y constante!
Este se adelante
al rico mayor.
¡Bien haya quien hizo
cadenas de amor!

(La casa de los celos.—Jornada III.)

REYNALDOS Y CORINTO

REYNALDOS

¿Has visto, pastor, acaso,
por entre aquesta espesura,

un milagro de hermosura
por quien yo mil muertes paso?

¿Has visto unos ojos bellos
que dos estrellas semejan,
y unos cabellos que dejan,
por ser oro, ser cabellos?

¿Has visto, a dicha, una frente
como espaciosa ribera,
y una hilera y otra hilera
de ricas perlas de Oriente?

Dime si has visto una boca
que respira olor sabeo,
y unos labios por quien creo
que el fino coral se apoca.

Di si has visto una garganta
que es columna de este cielo,
y un blanco pecho de hielo,
do su fuego amor quebranta,

y unas manos que son hechas
a torno, de marfil blanco,
y un compuesto que es el blanco
do amor despunta sus flechas.

CORINTO

¿Tiene por dicha, señor,
ombligo aquesa quimera,
o pies de barro, como era
la de aquel rey Donosor?

Porque, a decirte verdad,
no he visto en estas montañas
cosas tan ricas y extrañas
y de tanta calidad.

Y fuera muy fácil cosa,
si ellas por aquí anduvieran,
por invisibles que fueran,
verlas mi vista curiosa.

Que una espaciosa ribera,
dos estrellas y un tesoro
de cabellos, ¡qué sonoro!,
¿dónde esconderse pudiera?

Y el sabeo olor que dices,
¿no me llevará tras sí?
porque en mi vida sentí
romadizo en mis narices.

Mas, en fin, decirte quiero
lo que he hallado, y no ser terco.

REYNALDOS

¿Qué son?

CORINTO

Tres pies de puerco
y unas manos de carnero.

(La casa de los celos.—Jornada III.)

DON FERNANDO

Puntas de cristal claro, y no de almenas,
murallas de bruñido y rico argento
que guardasteis un tiempo mi esperanza,
¿dónde hallaré, decidme, a mi Constanza?

Techos que vomitáis llamas teosas,
calles de sangre y lágrimas cubiertas,
¿adónde, de mis glorias ya dudosas
está la causa, y de mis penas ciertas?
Descubre, ¡oh, sol!, tus hebras luminosas;
abre ya, aurora, tus rosadas puertas;
dejadme ver el mar donde navega
el bien que el cielo por mi mal me niega.

(*Los baños de Argel.*—Jornada I.)

AZAN, *bajá, rey de Argel;* HAZEN, *renegado;* *el* CADI, *y el* SACRISTAN, *cautivo.*

AZÁN

¿Este es papaz?

SACRISTÁN

No soy papa,
sino un pobre sacristán
que apenas tuvo una capa.

CADÍ

¿Cómo te llaman?

SACRISTÁN

Tristán.

AZÁN

¿Tu tierra?

SACRISTÁN

No está en el mapa.
Es mi tierra Mollorido,
un lugar muy escondido
allá en Castilla la Vieja.
¡Mucho este perro me aqueja!
¡Guarde el cielo mi sentido!

AZÁN

¿Qué oficio tienes?

SACRISTÁN

Tañer:
que soy músico divino,
como lo echaréis de ver.

HAZÉN

O este pobre pierde el tino,
o él es hombre de placer.

AZÁN

¿Tocas flauta o chirimía,
o cantas con melodía?

SACRISTÁN

Como yo soy sacristán,
tocó el din, el don y el dan
a cualquier hora del día.

CADÍ

Las campanas, ¿no son esas
que llamáis entre vosotros?

SACRISTÁN

Sí, señor.

AZÁN

Bien lo confiesas:
música para nosotros
divina es la que profesas.
¿No sabrás tirar un remo?

SACRISTÁN

No, mi señor, porque temo
reventar, que soy quebrado.

CADÍ

Irás a guardar ganado.

SACRISTÁN

Soy friolero en extremo
en invierno, y en verano
no puedo hablar de calor.

AZÁN

Bufón es este cristiano.

SACRISTÁN

¿Yo, búfalo? No, señor;
antes soy pobre aldeano.
En lo que yo tendré maña
será en guardar una puerta,
o en ser pescador de caña.

(Los baños de Argel.—Jornada I.)

ZAHARA Y DON FERNANDO

ZAHARA

Matan los bríos lascivos
el trabajo y la dolencia,
y el gran temor de la pena,
de la culpa nos refrena
a todos: que, según veo,
doquiera nace un deseo
que un buen pecho desordena.
Ven acá; dime, cristiano,
¿en tu tierra hay quien prometa
y no cumpla?

DON FERNANDO

Algún villano.

ZAHARA

¿Aunque dé en parte secreta
su fe, su palabra y mano?

DON FERNANDO

Aunque sólo sean testigos
los cielos, que son amigos
de descubrir la verdad.

ZAHARA

¿Y guardan esa lealtad
con los que son enemigos?

DON FERNANDO

Con todos: que la promesa
del hidalgo o caballero
es deuda líquida expresa,
y ser siempre verdadero
el bien nacido profesa.

(Los baños de Argel.—Jornada II.)

CANCIÓN DE AMBROSIO Y TRES CAUTIVOS

TODOS

A las orillas del mar,
que con su lengua y sus aguas,
ya manso, ya airado, llega
del perro Argel las murallas,
con los ojos del deseo
están mirando a su patria
cuatro míseros cautivos
que del trabajo descansan;
y al son del ir y volver
de las olas en la playa,
con desmayados acentos

esto lloran y esto cantan:
¡Cuán cara eres de haber,
oh, dulce España!
Tiene el cielo, conjurado
con nuestra suerte contraria,
nuestros cuerpos en cadenas
y en gran peligro las almas.
¡Oh, si abriesen ya los cielos
sus cerradas cataratas,
y, en vez de agua, aquí lloviesen
pez, resina, azufre y brasas!
¡Oh, si se abriese la tierra,
y escondiese en sus entrañas
tanto Datán y Virón
tanto brujo y tanta maga!
¡Cuán cara eres de haber,
oh, dulce España!

AMBROSIO *(Solo.)*

Aunque pensáis que me alegro,
conmigo traigo el dolor.
Aunque mi rostro semeja
que de mi alma se aleja
la pena, y libre la deja,
sabed que es notorio error:
conmigo traigo el dolor.
Cúmpleme disimular
por acabar de acabar
y porque el mal, con callar,
se hace mucho mayor:
conmigo traigo el dolor.

(Los baños de Argel.—Jornada II.)

EL SACRISTÁN Y EL JUDÍO

JUDÍO

Cristiano honrado, así el Dío
te vuelva a tu libre estado,
que me vuelvas lo que es mío.

SACRISTÁN

No quiero, judío honrado;
no quiero, honrado judío.

JUDÍO

Hoy es sábado, y no tengo
qué comer, y me mantengo
de aqueso que guisé ayer.

SACRISTÁN

Vuelve a guisar de comer.

JUDÍO

No, que a mi ley contravengo.

SACRISTÁN

Rescátame esta cazuela,
y en dártela no haré poco,
porque el olor me consuela.

JUDÍO

No puedo, en mucho ni en poco,
contratar.

SACRISTÁN

'Pues llevaréla.

JUDÍO

No la lleves; ves aquí
lo que costó.

SACRISTÁN

Sea así,
que a los dos es de provecho.
¿Dó el dinero?

JUDÍO

Aquí, en el pecho
lo tengo, ¡amargo de mí!

SACRISTÁN

Pues venga.

JUDÍO

Sácalo tú,
que mi ley no me concede
el sacarlo.

SACRISTÁN

¡Belcebú
así te lleve cual puede,
descendiente de Habacuc!
Aquí tienes quince reales
justos, de plata y cabales.

JUDÍO

No contrates tú conmigo;
conciértalo allá contigo.

SACRISTÁN

Di, cazuela, ¿cuánto vales?
"Paréceme a mí que valgo
cinco reales, y no más."
¡Mentís, a fe de hidalgo!

JUDÍO

¡Qué sobresalto me das,
cristiano!

SACRISTÁN

Pues hable el galgo.
¿Qué, no quieres alargarte?
Mas quiero crédito darte;
tomadla, y andad con Dios.

JUDÍO

¿Los diez?...

SACRISTÁN

Son por otras dos
cazuelas que pienso hurtarte.

JUDÍO

¿Y pagaste adelantado?

SACRISTÁN

Y aun, si bien hago la cuenta,
creo que voy engañado.

(Los baños de Argel.—Jornada II.)

DON FERNANDO

Subí, cual digo, aquella peña, adonde
las fustas vi que ya a la mar se hacían.
Voces comencé a dar; mas no responde
ninguno, aunque muy bien todos me oían.
Eco, que en un peñasco allí se esconde,
donde las olas su furor rompían,
teniendo compasión de mi tormento,
respuesta daba a mi postrero acento.

Las voces reforcé, hice las señas
que el brazo y un pañuelo me ofrecía;
Eco tornaba, y de las mismas peñas
los amargos acentos repetía.
Mas ¿qué remedio, amor, hay que no enseñas
para el dolor que causa tu agonía?
Uno sé me enseñaste, de tal suerte,
que hallé la vida do busqué la muerte.

El corazón, que su dolor desagua
por los ojos, en lágrimas corrientes,
humor que hace en la amorosa fragua
que las ascuas se muestren más ardientes,
el cuerpo hizo que arrojase al agua,
sin peligros mirar ni inconvenientes,
juzgando que alcanzaba honrosa palma
si llegaba a juntarse con su alma.

Arrojando las armas, arrojéme
al mar, en amoroso fuego ardiendo,
y otro Leandro con más luz tornéme,
pues iba aquella de tu luz siguiendo.
Cansábanse los brazos, y esforcéme,
por medio de la muerte y mar rompiendo,
porque vi que una fusta a mí volvía,
por su interés y por ventura mía.

Un corvo hierro un turco echó y asióme,
¡inútil presa!, y con muy gran fatiga
al bajel enemigo al fin subióme,
y de mi historia no sé más que diga.

(Los baños de Argel.—Jornada II.)

EL SACRISTÁN

Como cuando el sol asoma
por una montaña baja,
y de súbito nos toma,
y con su vista nos doma
nuestra vista y la relaja;
como la piedra balaja,
que no consiente carcoma:
tal es el tu rostro, Aja,
dura lanza de Mahoma,
que las mis entrañas raja.

(Los baños de Argel.—Jornada III.
Estos mismos versos dice Ricardo en *El amante liberal.)*

DON LOPE Y ZAHARA

DON LOPE

¡Oh, extremo de los extremos
de amor, que las almas doma!
¡Salud de mi enfermedad,
arrimo de mi caída,
de mi prisión libertad,
de mi muerte alegre vida,
crédito de mi verdad;
archivo donde se encierra
toda la paz de mi guerra,
sol que alumbra mis sentidos,
luz que a míseros perdidos
los encamina a la tierra;
vesme aquí a tus pies postrado,
más esclavo y más rendido
que cuando estaba aherrojado;
por ti ganado y perdido,
preso y libre en un estado;
dame tus pies sobrehumanos
y tus alejandras manos,
donde mis labios se pongan!

ZAHARA

No es bien que se descompongan
con moras labios cristianos.
Por mil señales has visto
cómo yo toda soy tuya,
no por ti, sino por Cristo,
y así, en fe de que soy suya,
estas caricias resisto;
para otro tiempo las guarda,
que ahora, que se acobarda

el alma con mil temores,
comedimientos y amores
mal los atiende y aguarda.
¿Cuándo te partes a España,
y cuándo piensas volver
por quien queda y te acompaña?
¿Cuándo fin has de poner
a tan gloriosa hazaña?
¿Cuándo volverán tus ojos
a ver los moros despojos,
que ser cristianos desean?
¿Cuándo en verte harás que vean
fin mis temores y enojos?

DON LOPE

Mañana me partiré;
dentro de ocho días, creo,
señora, que volveré,
que a la cuenta del deseo
que han de ser siglos bien sé.
En el jardín estarás
del tu padre, a do verás
mi fe y palabra cumplida,
si me costase la vida
que con tu vista me das.
Y no te asalte el recelo
que te he de faltar en esto,
pues no ha de querer el cielo
para caso tan honesto
negar su ayuda en el suelo.
Cristiano y español soy,
y caballero, y te doy
mi fe y palabra de nuevo
de hacer lo que en esto debo.

(*Los baños de Argel.*—Jornada III.)

UNA DAMA

Vuestra rara valentía
y vuestro despejo han hecho
tanta impresión en mi pecho,
que pienso en vos noche y día.

Quítame ese pensamiento
pensar en mi calidad,
y al gusto la voluntad
da libre consentimiento;

y así, sin guardar decoro
a quien soy en ningún modo,
habré de decirlo todo:
sabed, Lugo, que os adoro.

No fea y muy rica soy;
sabré dar, sabré querer,
y esto lo echaréis de ver
por este trance en que estoy:

que la mujer ya rendida,
aunque es toda mezquindad,
muestra liberalidad
con el dueño de su vida.

En la tuya o en mi casa,
de mí y de mi hacienda puedes
prometerte, no mercedes,
sino servicios sin tasa;

y, pues miedo no te alcanza,
no te le dé mi marido,

que el engaño siempre ha sido
parcial de la confianza.

No llegan de los recelos,
porque los tiene discretos,
a hacer los tristes efetos
que suelen hacer los celos;

y porque nunca ocasión
de tenerlos yo le he dado,
le juzgo por engañado
a nuestra satisfacción.

(El rufián dichoso.—Jornada I.)

JACARA DE LUGO, RUFIÁN

Escucha, la que viniste
de la jerezana tierra
a hacer a Sevilla guerra
en cueros, como valiente;
la que llama su pariente
al gran Miramamolín;
la que se precia de ruin,
como otras de generosas;
la que tiene cuatro cosas,
y aun cuatro mil, que son malas;
la que pasea sin alas
los aires en noche obscura;
la que tiene a gran ventura
ser amiga de un lacayo;
la que tiene un papagayo
que siempre la llama puta;
la que en vieja y en astuta
da quinao a Celestina;
la que, como golondrina,

muda tierras y sazones;
la que a pares, y aun a nones,
ha ganado lo que tiene;
la que no se desaviene
por poco que se la dé;
la que su palabra y fe
que diese, jamás guardó;
la que en darse a sí excedió
a las godeñas más francas;
la que echa por cinco blancas
las habas y el cedacillo.

(El rufián dichoso.—Jornada I.)

NINFA REPRESENTANDO «LA COMEDIA»

Los tiempos mudan las cosas
y perfeccionan las artes,
y añadir a lo inventado
no es dificultad notable.
Buena fuí pasados tiempos,
y en éstos, si los mirares,
no soy mala, aunque desdigo
de aquellos preceptos graves
que me dieron y dejaron,
en sus obras admirables,
Séneca, Terencio y Plauto,
y otros griegos que tú sabes.
He dejado parte de ellos,
y he también guardado parte,
porque lo quiere así el uso,
que no se sujeta al arte.
Ya represento mil cosas
no en relación, como de antes,
sino en hecho, y así es fuerza
que haya de mudar lugares;

que, como acontecen ellas
en muy diferentes partes,
voyme allí donde acontecen,
disculpa del disparate.
Ya la comedia es un mapa,
donde no un dedo distante
verás a Londres y a Roma,
a Valladolid y a Gante.
Muy poco importa al oyente
que yo en un punto me pase
desde Alemania a Guinea,
sin del teatro mudarme;
el pensamiento es ligero:
bien pueden acompañarme
con él doquiera que fuere,
sin perderme ni cansarse.

(*El rufián dichoso.*—Jornada II.)

CANCIÓN DIABLESCA

No hay cosa que sea gustosa,
sin Venus blanda amorosa.
No hay comida que así agrade,
ni que sea tan sabrosa,
como la que guisa Venus,
en todos gustos curiosa.
Ella, el verde amargo jugo
de la amarga hiel sazona,
y de los más tristes tiempos
vuelve muy dulces las horas;
quien con ella trata, ríe,
y quien no la trata, llora.
Pasa cual sombra en la vida,
sin dejar de sí memoria,
ni se eterniza en los hijos,

y es como árbol sin hojas,
sin flor ni fruto, que el suelo
con ninguna cosa adorna.
Y por esto, en cuanto el sol
ciñe y el ancho mar moja,
no hay cosa que sea gustosa
sin Venus blanda amorosa.

(*El rufián dichoso.*—Jornada II.)

UN CIUDADANO

Oigan los cielos y la tierra entienda
tan nueva y tan extraña maravilla,
y su paternidad a oirla atienda
que, puesto que no pueda referilla
con aquellas razones que merece,
peor será que deje de decilla.
Apenas a la vista se le ofrece
doña Ana al padre Cruz, sin la fe pura
que a nuestras esperanzas fortalece,
cuando, con caridad firme y segura,
hizo con ella un cambio, de tal suerte,
que cambió su desgracia en gran ventura.
Su alma de las garras de la muerte
eterna arrebató, y volvió a la vida,
y de su pertinacia la divierte,
la cual, como se viese enriquecida
con la dádiva santa que el bendito
padre le dió, sin tasa ni medida,
alzó al momento un piadoso grito
al cielo, y confesión pidió llorando,
con voz humilde y corazón contrito;
y, en lo que antes dudaba, no dudando,
de sus deudas dió cuenta muy estrecha
a quien ahora las está pagando;

y luego, sosegada y satisfecha,
todos los sacramentos recibidos,
dejó la cárcel de su cuerpo, estrecha.
Oyéronse en los aires, divididos,
coros de voces dulces, de manera
que quedaron suspensos los sentidos;
dijo, al partir de la mortal carrera,
que las once mil vírgenes estaban
todas en torno de su cabecera;
por los ojos las almas destilaban
de gozo y maravilla los presentes,
que la suave música escuchaban;
y, apenas por los aires transparentes
voló de la contrita pecadora
el alma a las regiones refulgentes,
cuando, en aquella misma feliz hora,
se vió del padre Cruz cubierto el rostro
de lepra, a donde el asco mismo mora."

(El rufián dichoso.—Jornada III.)

LUCIFER, "EL MÁS GALÁN DEMONIO Y BIEN VESTIDO QUE SER PUEDA"

Desde el instante que salimos fuera
de la mente eternal, ángeles siendo,
y con soberbia voluntad y fiera
fuimos el gran pecado aprehendiendo,
sin querer ni poder de la carrera
torcer donde una vez fuimos subiendo,
hasta ser derribados a este asiento,
do no se admite el arrepentimiento;

digo, que desde entonces se recoge
la fiera envidia en este pecho fiero,

de ver que el cielo en su morada acoge
a quien pasó también de Dios el fuero.
En mí se extiende y en Adán se encoge
la justicia de Dios, manso y severo,
y de él gozan los hombres *in eterno,*
y mis secuaces de este duro infierno.

Y no contento aquel que dió en un palo
la vida, que fué muerte de la muerte,
de verme despojado del regalo
de mi primera aventajada suerte,
quiere que se alce con el cielo un malo,
un pecador blasfemo, y que se acierte
a salvar en un corto y breve instante
un ladrón que no tuvo semejante;
.....

y ahora quiere que un rufián se asiente
en los ricos escaños de la gloria,
y que su vida y muerte nos la cuente
alta, famosa y verdadera historia.
Por eso inclino la soberbia frente,
y quiero que mi angustia sea notoria
a vosotros, partícipes y amigos,
y de mi mal y mi rencor testigos;

no para que me deis consuelo alguno,
pues tenerle nosotros no es posible,
sino porque acudáis al oportuno
punto que hasta los santos es terrible.
Este rufián, cual no lo fué ninguno,
por su fealdad al mundo aborrecible,
está ya de partida para el cielo,
y humilde apresta el levantado vuelo.

Acudid y turbadle los sentidos,
y entibiad, si es posible, su esperanza,
y de sus vanos pasos y perdidos
hacedle temerosa remembranza.
No llegue alegre voz a sus oídos,
que prometa segura confianza
de haber cumplido con la deuda y cargo
que por su caridad tomó a su cargo.

(El rufián dichoso.—Jornada III.)

DOÑA CATALINA DE OVIEDO

Bien podrá ofrecerme el mundo
cuantos tesoros encierra
la tierra y el mar profundo;
podrá bien hacerme guerra
el contrario sin segundo
con una y otra legión
de su infernal escuadrón;
pero no podrán, Dios mío,
como yo de vos confío,
mudar mi buena intención.
En mi tierna edad perdí,
Dios mío, la libertad,
que aun apenas conocí;
trájome aquí la beldad,
Señor, que pusiste en mí.
Si ella ha de ser instrumento
de perderme, yo consiento,
petición cristiana y cuerda,
que mi belleza se pierda
por milagro en un momento;
esta rosada color
que tengo, según se muestra
en mi espejo adulador,

marchítala con tu diestra;
vuélveme fea, señor.

(La gran sultana.—Jornada I.)

EL GRAN TURCO

En estos discursos entro,
pues amor me da licencia;
yo soy tu circunferencia,
y tú, señora, mi centro;

de mí a ti han de ser iguales
las cosas que se trataren,
sin que en otro punto paren
que las haga desiguales.

La majestad y el amor
nunca bien se convinieron,
y en la igualdad le pusieron
los que hablaron de él mejor.

De este modo se adereza
lo que tú verás después:
que, humillándome a tus pies,
te levanto a mi cabeza.

(La gran sultana.—Jornada I.)

MADRIGAL, CAUTIVO Y EL CADÍ

CADÍ

Español, ¿has comenzado
a enseñar al elefante?

MADRIGAL

Sí; ¡y está muy adelante:
cuatro lecciones le he dado.

CADÍ

¿En qué lengua?

MADRIGAL

En vizcaína,
que es lengua que se averigua
que lleva el lauro de antigua
a la etiopia y abisinia.

CADÍ

Paréceme lengua extraña.
¿Dónde se usa?

MADRIGAL

En Vizcaya.

CADÍ

¿Y es Vizcaya?

MADRIGAL

Allá en la raya
de Navarra, junto a España.

CADÍ

Esta lengua, de valor
por su antigüedad es sola:

enséñale la española,
que la entendemos mejor.

MADRIGAL

De aquellas que son más graves
le diré las que supiere,
y él tome la que quisiere.

CADÍ

¿Y cuáles son las que sabes?

MADRIGAL

La jerigonza de ciegos,
la bergamasca de Italia,
la gascona de la Galia
y la antigua de los griegos;
con letras como de estampa
una materia le haré,
adonde a entender le dé
la famosa de la hampa;
y si de aquestas le pesa,
porque son algo escabrosas,
mostraréle las melosas
valenciana y portuguesa.

CADÍ

A gran peligro se arrisca
tu vida, si el elefante
no sale grande estudiante
en la turquesca o morisca,
o en la española, a lo menos.

MADRIGAL

En todas saldrá perito,
si le place al infinito
sustentador de los buenos.

(La gran sultana.—Jornada II.)

DOÑA CATALINA DE OVIEDO

¡Virgen, que el sol más bella;
madre de Dios, que es toda tu alabanza;
del mar del mundo estrella,
por quien el alma alcanza
a ver de sus borrascas la bonanza!
En mi aflicción te invoco;
advierte, ¡oh, gran Señora!, que me anego,
pues ya en las sirtes toco
del desvalido y ciego
temor, a quien el alma ansiosa entrego.
La voluntad, que es mía
y la puedo guardar, ésa os ofrezco,
Santísima María.
Mirad que desfallezco;
dadme, Señora, el bien que no merezco.

(La gran sultana.—Jornada II.)

MADRIGAL

En un bajel de diez bancos,
de Málaga, y en invierno,
se embarcó para ir a Orán
un tal Fulano de Oviedo,
hidalgo, pero no rico:

maldición del siglo nuestro,
que parece que el ser pobre
al ser hidalgo es anejo.
Su mujer y una hija suya,
niña y hermosa en extremo,
por convenirles así,
también con él se partieron.
El mar les aseguraba
el tiempo, por ser de Enero,
sazón en que los corsarios
se recogen en sus puertos;
pero como las desgracias
navegan con todos vientos,
una les vino tan mala,
que la libertad perdieron.
Morato Arráez, que no duerme
por desvelar nuestro sueño,
en aquella travesía
alcanzó al bajel ligero:
hizo escala en Tetuán,
y a la niña vendió luego
a un famoso y rico moro
cuyo nombre es Alí Izquierdo.
La madre murió de pena,
al padre a Argel le trajeron,
adonde sus muchos años
le excusaron de ir al remo.
Cuatro años eran pasados,
cuando Morato, volviendo
a Tetuán, vió a la niña
más hermosa que el sol mesmo.
Compróla de su patrón,
cuatrodoblándole el precio
que había dado por ella
a Alí, comprador primero,
el cual le dijo a Morato:

"De buena gana la vendo,
pues no la puedo hacer mora
por dádivas ni por ruegos.
Diez años tiene apenas;
mas tal discreción en ellos,
que no les hacen ventaja
los maduros de los viejos.
Es gloria de su nación,
y de fortaleza ejemplo;
tanto más, cuanto es más sola,
y de humilde y frágil sexo."
Con la compra el gran corsario
sobremanera contento,
se vino a Constantinopla,
creo el año de seiscientos;
presentóla al Gran Señor,
mozo entonces, el cual luego
del serrallo a los eunucos
hizo el extremado entrego.
En Zoraida el Catalina,
su dulce nombre, quisieron
trocarle; mas nunca quiso,
ni el sobrenombre de Oviedo.
Vióla al fin el Gran Señor,
después de varios sucesos,
y, cual si mirara al sol,
quedó sin vista y suspenso;
ofrecióle el mayorazgo
de sus extendidos reinos
y dióle el alma en señal.
.....
Cómo no la halló su padre,
contar aquí no pretendo,
que serán cuentos muy largos,
si he de abreviar este cuento;
basta que vino a buscarla

por discursos y rodeos,
dignos de más larga historia
y de otra razón y tiempo.
Hoy Catalina es sultana;
hoy reina, hoy vive y hoy vemos
que del león otomano
pisa el indomable cuello;
hoy le rinde y avasalla,
y, con no vistos extremos,
hace bien a los cristianos.
Y esto sé de este suceso.

(La gran sultana.—Jornada III.)

ANASTASIO, DUQUE

(Con disfraz de labrador.)

Por esta acusación, que a Rosamira
has puesto, tan en mengua de su fama,
este rústico pecho, ardiendo en ira,
a su defensa me convida y llama;
que, ora sea verdad, ora mentira,
el relatado caso que la infama,
al ser ella mujer, y amor la causa,
debieran en tu lengua poner pausa.

No te azores; escúchame: o tú solo
sabías este caso, o ya a noticia
vino de más de alguno que notólo,
o por curiosidad o por malicia.
Si solo lo sabías, mal mirólo
tu discreción, pues, no siendo justicia,
pretende castigar secretas culpas,
teniendo las de amor tantas disculpas.

Si a muchos era el caso manifiesto,
dejaras que otro alguno lo dijera;
que no es decente a tu valor, ni honesto,
tener para ofender lengua ligera.
Si notas de mi arenga el presupuesto,
verás que digo, o que decir quisiera,
que espadas de los príncipes, cual eres,
no ofenden, mas defienden las mujeres.

Si amaras al buen duque de Novara,
otro camino hallaras, según creo,
por donde, sin que en nada se infamara
su honra, tú cumplieras tu deseo.
Mas tengo para mí, y es cosa clara
por mil señales que descubro y veo,
que en ese pecho tuyo alberga y lidia,
más que celo y honor, rabia y envidia.

(*El laberinto de amor.*—Jornada I.)

PORCIA, *en disfraz de* RUTILIO, *a* JULIA, *en disfraz de* CAMILO

Eso, amigo, es lo peor
que yo veo en tus dolores:
que, adonde sobran temores,
hay siempre falta de amor.

Si el amor en ti se enfría,
cuesta se te hará la palma,
grave tormenta la calma,
noche obscura el claro día.

Ama más, y verás luego
esparcirse los nublados,

todos tus males trocados
en dulce paz y sosiego.

Pero, quieras o no quieras,
ya estás puesta en la batalla,
y tienes de atropellalla,
sea de burlas, sea de veras.

Ya en el ciego laberinto
te metió el amor cruel;
ya no puedes salir de él
por industria ni de instinto.

El hilo de la razón
no hace al caso que prevengas;
todo el toque está en que tengas
un gallardo corazón,

no para entrar en peleas,
que en ellas no es bien te pongas,
sino con que te dispongas
a alcanzar lo que deseas,

cuéstete lo que costare;
que si tu deseo alcanzas,
no hay cumplidas esperanzas
en quien el gusto repare.

(*El laberinto de amor.*—Jornada I.)

MANFREDO

Reprima mi inocencia en mí la ira
que alborota tu lengua licenciosa;
yo no sé qué responda a esa mentira;
sólo sé que fortuna mentirosa

debe o quiere probar con su insolencia
los quilates que tiene mi paciencia.

Diréis al duque, que ante él mismo apelo
de aquesta acusación vana que ha hecho,
porque, por la Deidad que rige el cielo,
que jamás tal traición cupo en mi pecho.
Leal pisé de su palacio el suelo,
leal salí, guardando aquel derecho
que al hospedaje amigo se debía
y a la ley que profeso de hidalguía.

No vi a su hija, ni jamás la he visto,
ni la intención de mi camino era
hacerme con mis huéspedes mal quisto,
aunque el lascivo gusto lo pidiera;
que, entonces con mayor fuerza resisto,
cuando la torpe inclinación ligera
con más regalo acude al pensamiento,
estando a ser quien soy continuo atento.

Ni acepto el desafío, ni desecho;
sólo lo que pretendo es dilatarlo
hasta que el duque esté más satisfecho
y la misma verdad venga a estorbarlo.
Y cuando esto no fuese de provecho
y el engaño prosiga en engañarlo,
para entonces acepto el desafío,
ajustando a su gusto el gusto mío.

(El laberintc de amor.—Jornada I.)

TÁCITO, CAPIGORRISTA

Necio llamaré del todo,
no curioso, al que se mete

en lo que no le compete
ni toca de ningún modo.

Hay algunos tan simplones
que desde su muladar
se ponen a gobernar
mil reinos y mil naciones;

dan trazas, forman Estados
y Repúblicas sin tasa,
y no saben, en su casa,
gobernar a dos criados.

.....

Llaman, con su ceguedad
y mal fundada opinión,
al recato, remisión;
al castigo, crueldad.

El gobierno no les cuadra
más justo y más nivelado;
siguen del vulgo engañado
la siempre mudable escuadra.

El que es buen vasallo, atiende
a rogar por su señor;
si es bueno, que sea mejor,
y si es malo, que se enmiende.

(El laberinto de amor.—Jornada II.)

JULIA

Vi a Manfredo,
vile, y quedé cual declarar no puedo:
que en un instante pudo

y quiso amor, con mano poderosa,
de piedad desnudo,
la imagen de Manfredo generosa
grabar así en mi alma,
que de ella luego le entregué la palma.
Volvíme a mi aposento,
llevando en la memoria y en el seno,
con gusto y descontento,
la mirada belleza y el veneno
de amor que me abrasaba,
y la virtud honrosa resfriaba.
Hice discursos varios,
fundé esperanzas en el aire vano,
atropellé contrarios,
dile al amor renombre de tirano
y de señor piadoso,
y, al cabo, el entregarme fué forzoso.
Dejé mi padre, ¡ay, cielos!;
dejé mi libertad, dejé mi honra,
y, en su lugar, recelos
y sujeción tomé, muerte y deshonra;
y a buscar he venido
este huésped apenas conocido.
Hoy en tu compañía
la he visto, y, aunque en traje disfrazado,
como en el alma mía
traigo su rostro al vivo dibujado,
al punto conocíle;
vine, alegréme y hasta aquí seguíle.
Quiero, pues, ¡oh, mancebo!
(y esto, cubriendo perlas sus mejillas,
hincándose de nuevo
ante mí, visión bella, de rodillas);
quiero, dijo, que digas
al tuyo, que es mi dueño, mis fatigas.
Que yo no tengo lengua

para decir mi mal, ni la dolencia
mi honestidad amengua
para poder ponerme en su presencia.
Tú a solas le relata
la muerte con que amor mi vida mata;
que no estará tan duro
cual peñasco al tocar de leves ondas,
ni cual está, al conjuro
del sabio encantador, en cuevas hondas,
la sierpe, en esto cauta,
ni cual airado viento al triste nauta.
No le habrán leche dado
leonas fieras de la Libia ardiente,
ni habrá sido engendrado
de algún cíclope bárbaro inclemente,
para que no se ablande,
oyendo mi dolor y amor tan grande.
Rica soy, y no fea;
tan buena como él en el linaje,
si ya no es que me afea
y me deshonra este trocado traje;
mas, cuando amor las causa,
en todas estas cosas pone pausa.
Rosamira infamada,
justamente impedido el casamiento;
yo de él enamorada
cual la tierra del húmedo elemento:
si esto no es desvarío,
¿quién lo podrá estorbar que no sea mío?

(*El laberinto de amor.*—Jornada II.)

OCAÑA A CRISTINA

Eres muy solicitada
y muy vista, y no está el toque

en que la flor no se toque
si, al serlo, está aparejada.

Las flores del campo están
sujetas a cualquier mano:
a las del bajo villano
y a las del alto galán,

al arado y al pie duro
del labrador que le guía;
pero la flor que se cría
tras el levantado muro

del recato, no la ofende
el cierzo murmurador,
ni la marchita el ardor
del que tocarla pretende.

(*La entretenida.*—Jornada I.)

CARDENIO, Y TORRENTE, SU CRIADO

CARDENIO

¿Comes? Buena pro te haga;
la misma hambre te tome.

TORRENTE

No puede decir que come
el que masca y no lo traga.
No se me vaya a la mano,
que de ésta, si acaso es culpa,
ser me sirve de disculpa
el membrillo toledano.
Sé cierto que decir puedo,

y mil veces referillo:
espada, mujer membrillo,
a toda ley de Toledo.
Las acciones naturales
son forzosas, y el comer
una de ellas viene a ser,
y de las más principales;
y esto aquí de molde viene
y es una advertencia llana:
come el rico cuando ha gana,
y el pobre cuando lo tiene.

CARDENIO

Con todo, me darás gusto
de que en la calle no comas.

TORRENTE

Si estas niñerías tomas
por deshonra o por disgusto,
yo me aturaré la boca
con cal y arena, a pisón.

CARDENIO

Sé que tienes discreción.

TORRENTE

¡Y golosina no poca!

CARDENIO

Sabes, lo que nunca supo
el diablo.

TORRENTE

Y aun soy peor.

CARDENIO

¿Vuelves a comer, traidor?

TORRENTE

Yo no como, sino chupo.

(La entretenida.—Jornada I.)

OCAÑA, LACAYO

Partió mi sol de su Oriente,
y al Ocaso se encamina,
y tras sí lleva la sombra
que le sirve de arrebol.
Para mí no es este sol,
sino niebla que me asombra.
Plega a Dios, humilde paje,
asombro de mi esperanza,
que ni valgas por privanza,
ni te estimen por linaje:
sirvas a un catarribera
que te dé corta ración;
sea tu estado un bodegón;
no te dé luto aunque muera;
y cuando el cielo te adiestre
a servir a un titulado,
tu enemigo declarado
el maestresala se muestre.
De las hachas no te valgas,
ni de relieves veas gozo,

y nunca te salga el bozo,
por que de paje no salgas.
Póngante infames renombres;
juegues, pierdas la ración,
que es la mayor maldición
que pueden darte los hombres.

(La entretenida.—Jornada I.)

CRISTINA, FREGONA

¡Tristes de las mozas
a quien trajo el cielo
por casas ajenas
a servir a dueños
que, entre mil, no salen
cuatro, apenas, buenos;
que los más son torpes
y de antojos feos!
¿Pues qué, si la triste
acierta a dar celos
al ama, que piensa
que la hace tuerto?
Ajenas ofensas
pagan sus cabellos;
oyen sus oídos
siempre vituperios;
parece la casa
un confuso infierno;
que los celos siempre
fueron vocingleros.
La tierna fregona,
con silencio y miedo
pasa sus desdichas,
malogra requiebros,
porque jamás llega

a felice puerto
su cargada nave
de malos empleos.
Pero, ya que falte
este detrimento,
sobran los del ama,
que no tienen cuento:
"Ven acá, suciona.
¿Dónde está el pañuelo?
La escoba te hurtaron
y un plato pequeño.
Buen salario ganas;
de él pagarme pienso,
porque despabiles
los ojos y el seso.
Vas, y nunca vuelves,
y tienes bureo
con Sancho, en la calle,
con Mingo y con Pedro.
Eres, en fin, pu...;
el *ta* diré quedo,
porque de cristiana
sabes que me precio."

(*La entretenida.*—Jornada II.)

DON FRANCISCO

Pidióle a una fregona
un amante alcorzado
le diese de su ama
un palillo de dientes, y ofrecióle
por él cuatro doblones;
y la muchacha boba
trájole de su amo,
que era viejo y sin muelas, el palillo.

El dió lo prometido,
y, engastándole en oro,
se lo colgó del cuello,
cual si fuera reliquia de algún santo.
Gemía ante él de hinojos,
y al palo seco y sucio
plegarias enviaba
que en su empresa dudosa le ayudase.
¡Y el otro presumido,
que va a las embusteras
del cedacillo y habas,
y da crédito firme a disparates!
¡Cuerpo del mundo todo!
Descubre el hombre siempre
tal valor y tal brío,
que le muestran varón a todo trance.
No se ande con esferas,
con globos y con máquinas
de inteligencias puras;
atienda, espere, escuche, advierta y mire
a lo que, en daño suyo
o en su pro, sus amigos
quisieren descubrirle.

(*La entretenida.*—Jornada III.)

PEDRO DE URDEMALAS Y CLEMENTE, ZAGAL

PEDRO

¿Han llegado tus deseos
a más de dulces floreos,
o has tocado en el lugar
donde amor suele fundar
el centro de sus empleos?

CLEMENTE

Pues sabes que soy pastor,
entona más bajo el punto,
habla con menos primor.

PEDRO

Que si eres te pregunto,
Amadís o Galaor.

CLEMENTE

No soy sino Antón Clemente,
y andas, Pedro, impertinente
en hablar por tal camino.

PEDRO

Pan por pan, vino por vino,
se ha de hablar con esta gente.
¿Haste visto con Clemencia
a solas o en parte obscura,
donde ella te dió licencia
de alguna desenvoltura
que cargase la conciencia?

(Pedro de Urdemalas.—Jornada I.)

CLEMENTE

A hurto de su padre,
que es de su libertad duro tirano—
que ella no tiene madre—,
de esposa me entregó la fe y la mano;
y ahora, temerosa

del padre, no confiesa ser mi esposa.
Teme que el padre, rico,
se afrente de mi humilde medianía,
porque hace el pellico
al monje en esta edad de tiranía.
El me sobra en riqueza,
pero no en la que da Naturaleza.
Como él yo soy tan bueno;
tan rico, no, y a su riqueza igualo
con estar siempre ajeno
a todo vicio perezoso y malo;
y, entre buenos, es fuero
que valga la virtud más que el dinero.

(Pedro de Urdemalas.—Jornada I.)

MALDONADO, CONDE DE GITANOS

Mira, Pedro: nuestra vida
es suelta, libre, curiosa,
ancha, holgazana, extendida,
a quien nunca falta cosa
que el deseo busque y pida.
Danos el herboso suelo
lechos; sírvenos el cielo
de pabellón dondequiera;
ni nos quema el sol, ni altera
el fiero rigor del hielo.
El más cerrado vergel
las primicias nos ofrece
de cuanto bueno haya en él,
y apenas se ve o parece
la albilla o la moscatel,
que no está luego en la mano
del atrevido gitano,
zahorí del fruto ajeno,

de industria y ánimo lleno,
ágil, presto, suelto y sano.

(Pedro de Urdemalas.—Jornada I.)

PEDRO DE URDEMALAS

Yo soy hijo de la piedra,
que padre no conocí;
desdicha de las mayores
que a un hombre pueden venir.
No sé dónde me criaron;
pero sé decir que fuí
de estos niños de doctrina
famosos que hay por ahí.
Allí, con dieta y azotes,
que siempre sobran allí,
aprendí las oraciones
y a tener hambre aprendí;
aunque también con aquesto
supe leer y escribir,
y supe hurtar la limosna,
y disculparme, y mentir.
No me contentó esta vida,
cuando algo grande me vi,
y en un navío de flota
con todo mi cuerpo di,
donde serví de grumete,
y a las Indias fuí y volví,
vestido de pez y angeo
y sin un maravedí.
Temí con los huracanes
y con las calmas temí,
y espantóme la Bermuda
cuando sus costas corrí.

Dejé el comer del bizcocho
con dos dedos de hollín,
y el beber vino, del diablo
antes que de San Martín.
Pisé otra vez las riberas
del río Guadalquivir,
y entreguéme a sus crecientes,
y a Sevilla me volví,
donde al rateruelo oficio
me acomodé, bajo y vil,
de mozo de la esportilla,
que el tiempo lo pidió así;
en el cual, sin ser yo cura,
muy muchos diezmos cogí,
haciendo salva a mil cosas
que me condenan aquí.
En fin, por cierta desgracia,
el oficio tuvo fin,
y comencé el peligroso
que suelen llamar mandil.
En él supe de la hampa
la vida larga y cerril,
formar pendencias del viento
y con el soplo herir.
Mi amo, que era tan bravo
como ligero pasquín,
dió asalto a una faltriquera,
a lo callado y sutil;
con las manos en la masa
le cogió un cierto alguacil,
y él quiso ser en un potro
confesor y no martír.
Palmeóle las espaldas
contra su gusto el bochín,
de lo cual quedó mohino,
según me dijo un malsín.

A las casas movedizas
le llevaron, y yo vi
arañarse la Escalanta
y llorar la Becerril.
Yo, viéndome sin el fieltro
de mi andaluz paladín,
de mandil a mochilero
un salto forzoso di.
Deparóme la fortuna
un soldado espadachín
de los que van hasta el puerto,
y se vuelven desde allí.
Las boletas rescatadas,
las gallinas que cogí,
si no las perdona el cielo,
¡desventurado de mí!
Dióme en rostro aquella vida,
porque de ella conocí
que el soldado churrullero
tiene en las gurapas fin,
y a gentil hombre de playa
en un punto me acogí,
vida de mil sobresaltos
y de contentos cien mil.
Mas, por temor de irme a Argel,
presto a Córdoba me fuí,
adonde vendí aguardiente,
y naranjada vendí.
Allí el salario de un mes
en un día me bebí,
porque, si hay agua que sepa,
la ardiente es doctor sutil.
Arrojárame mi amo
con un trabuco de sí,
y en casa de un asturiano
por mi desventura di.

Hacía suplicaciones,
suplicaciones vendí,
y en un día diez canastas
todas las jugué y perdí.
Fuíme, y topé con un ciego
a quien diez meses serví,
que, a ser años, yo supiera
lo que no supo Merlín.
Aprendí la jerigonza
y a ser vistoso aprendí,
y a componer oraciones
en verso airoso y gentil.
Murióseme mi buen ciego;
dejóme cual Juan Paulín,
sin blanca, pero discreto,
de ingenio claro y sutil.
Luego fuí mozo de mulas,
y aun de un fullero lo fuí,
que con la boca de lobo
se tragara a San Quintín;
gran jugador de las cuatro,
y con la sola le vi
dar tan mortales heridas
que no se pueden decir.

.....

Cayóse la casa un día,
vínole su San Martín,
pusiéronle un sobrescrito
encima de la nariz.
Dejéle, y víneme al campo,
y sirvo, cual ves, aquí,
a Martín Crespo, el alcalde,
que me quiere más que a sí.
Es Pedro de Urda mi nombre;
mas un cierto Malgesí,

mirándome un día las rayas
de la mano, dijo así:
"Añádele, Pedro, al "Urde"
un "malas"; pero advertid,
hijo, que habéis de ser rey,
fraile, y papa, y matachín,
Y avendraos, por un gitano,
un caso que sé decir
que le escucharán los reyes
y gustarán de le oír.
Pasaréis por mil oficios
trabajosos; pero, al fin,
tendréis uno do seáis
todo cuanto he dicho aquí.

(*Pedro de Urdemalas.*—Jornada I.)

BELICA, GITANA

Señor, yo digo una cosa:
que el amor y el cazador
siguen un mismo tenor
y condición rigurosa.
Hiere el cazador la fiera,
y, aunque va despavorida,
huyendo en larga carrera,
consigo lleva la herida,
puesto que huya dondequiera:
hiere amor el corazón
con el dorado harpón,
y, el que siente el paroxismo,
aunque salga de sí mismo,
lleva tras sí su pasión.

(*Pedro de Urdemalas.*—Jornada II.)

PEDRO DE URDEMALAS

Sé todos los requisitos
que un farsante ha de tener
para serlo, que han de ser
tan raros como infinitos.

De gran memoria, primero;
segundo, de suelta lengua,
y que no padezca mengua
de galas, es lo tercero.

Buen talle no le perdono,
si es que ha de hacer los galanes;
no afectado en ademanes,
ni ha de recitar con tono.

Con descuido cuidadoso,
grave anciano, joven presto,
enamorado, compuesto,
con rabia si está celoso.

Ha de recitar de modo,
con tanta industria y cordura,
que se vuelva en la figura
que hace, de todo en todo.

A los versos ha de dar
valor con su lengua experta,
y a la fábula que es muerta
ha de hacer resucitar.

Ha de sacar con espanto
las lágrimas de la risa,
y hacer que vuelvan con prisa
otra vez al triste llanto.

Ha de hacer que aquel semblante
que él mostrare, todo oyente
le muestre, y será excelente
si hace aquesto el recitante.

(Pedro de Urdemalas.—Jornada III.)

PEDRO DE URDEMALAS

Por ser lo que quiero justo,
lo declararé sin miedo.
Y es que, pues claro se entiende
que el recitar es oficio
que a enseñar, en su ejercicio,
y a deleitar sólo atiende,
y para esto es menester
grandísima habilidad,
trabajo y curiosidad,
saber gastar y tener;
que ninguno no le haga
que las partes no tuviere
que este ejercicio requiere,
con que enseñe y satisfaga.
Preceda examen primero
o muestra de compañía,
y no por su fantasía
se haga autor un pandero.
Con esto pondrán la mira
a esmerarse en su ejercicio;
que tanto es bueno el oficio
cuanto es el fin a que aspira.

(Pedro de Urdemalas.—Jornada III.)

TRAMPAGOS Y CHIQUIZNAQUE, RUFIANES

CHIQUIZNAQUE

Mi so Trampagos, ¿es posible sea
voacé tan enemigo suyo,
que se entumbe, se encubra y se trasponga
debajo de esa sombra bayetuna
el sol hampesco? So Trampago, basta
tanto gemir, tantos suspiros bastan;
trueque voacé las lágrimas corrientes
en limosnas y en misas y oraciones
por la gran Pericona, que Dios haya,
que importan más que llantos y sollozos.
.....
¿De qué edad acabó la mal lograda?

TRAMPAGOS

Para con sus amigas y vecinas
treinta y dos años tuvo.

CHIQUIZNAQUE

¡Edad lozana!

TRAMPAGOS

Si va a decir verdad, ella tenía
cincuenta y seis; pero de tal manera
supo encubrir los años, que me admiro.
¡Oh, qué teñir de canas! ¡Oh, qué rizos,
vueltos de plata en oro los cabellos!
A seis del mes que viene hará quince años
que fué mi tributaria, sin que en ellos

me pusiese en pendencia, ni en peligro
de verme palmeadas las espaldas.
Quince Cuaresmas, si en la cuenta acierto,
pasaron por la pobre desde el día
que fué mi cara agradecida prenda,
en las cuales, sin duda, susurraron
a sus oídos treinta y más sermones,
y en todos ellos, por respeto mío,
estuvo firme, cual está a las olas
del mar movible la inmovible roca.
Cuántas veces me dijo la pobreta,
saliendo de los trances rigurosos
de gritos y plegarias y de ruegos,
sudando y trasudando: "Plega al cielo,
Trampagos mío, que en descuento vaya
de mis pecados lo que aquí yo paso
por ti, dulce bien mío."

CHIQUIZNAQUE

¡Bravo triunfo!
¡Ejemplo raro de inmortal firmeza!
Allá lo habrá hallado.

TRAMPAGOS

¡Quién lo duda!
Ni aun una sola lágrima vertieron
jamás sus ojos en las sacras pláticas,
cual si de esparto o pedernal su alma
formada fuera.

CHIQUIZNAQUE

¡Oh, hembra benemérita,
de griegas y romanas alabanzas!
¿De qué murió?

TRAMPAGOS

¿De qué? ¡Casi de nada!
Los médicos dijeron que tenía
malos los hipocondrios y los hígados,
y que con agua de taray pudiera
vivir, si la bebiera setenta años.

CHIQUIZNAQUE

¿No la bebió?

TRAMPAGOS

Murióse.

CHIQUIZNAQUE

Fué una necia;
bebiérala hasta el día del juicio,
que hasta entonces viviera. El yerro estuvo
en no hacerla sudar.

TRAMPAGOS

Sudó once veces.

CHIQUIZNAQUE

¿Y aprovechóle alguna?

TRAMPAGOS

Casi todas:
siempre quedaba como un ginjo verde,
sana como un peruetano o manzana.

CHIQUIZNAQUE

Dícenme que tenía ciertas fuentes
en las piernas y brazos.

TRAMPAGOS

La sin dicha
era un Aranjuez; pero, con todo,
hoy come en ella lo que llaman tierra
de las más blancas y hermosas carnes
que jamás encerraron sus entrañas;
y, si no fuera porque habrá dos años
que comenzó a dañársele el aliento,
era abrazarla como quien abraza
un tiesto de albahaca o clavellinas.

(Entremés de *El rufián viudo.*)

EL BACHILLER PEZUÑA Y PEDRO RANA

BACHILLER

¿Qué sabe Pedro Rana?

RANA

Como Rana,
habré de cantar mal; pero, con todo,
diré mi condición y no mi ingenio.
Yo, señores, si acaso fuese alcalde,
mi vara no sería tan delgada
como las que se usan de ordinario;
de una encina o de un roble la haría,
y gruesa de dos dedos, temeroso
de que no me la encorvase el dulce peso

de un bolsón de ducados, ni otras dádivas,
o ruegos, o promesas, o favores
que pesan como plomo y no se sienten
hasta que han brumado las costillas
del cuerpo y alma; y, junto con aquesto,
sería bien criado y comedido,
parte severo y nada riguroso.
Nunca deshonraría al miserable
que ante mí le trajesen sus delitos;
que suele lastimar una palabra
de un juez arrojado, de afrentosa,
mucho más que lastima su sentencia,
aunque en ella se intime cruel castigo.
No es bien que el poder quite la crianza,
ni que la sumisión de un delincuente
haga al juez soberbio y arrogante.

(Entremés de *La elección de los alcaldes de Daganzo.*)

EL SACRISTÁN Y EL BARBERO

SACRISTÁN

Oigan los que poco saben,
lo que con mi lengua franca
digo del bien que en sí tiene

BARBERO

La cueva de Salamanca

SACRISTÁN

Oigan lo que dejó escrito
de ella el bachiller Tudanca,

en el cuero de una yegua
que dicen que fué potranca,
en la parte de la piel
que confina con el anca,
poniendo sobre las nubes

BARBERO

La cueva de Salamanca,

SACRISTÁN

En ella estudian los ricos
y los que no tienen blanca,
y sale entera y rolliza
la memoria que está manca.
Siéntanse los que allí enseñan
de alquitrán en una banca,
porque estas bombas encierra

BARBERO

La cueva de Salamanca.

SACRISTÁN

En ella se hacen discretos
los moros de la Palanca,
y el estudiante más burdo
ciencias de su pecho arranca.
A los que estudian en ella,
ninguna cosa les manca.
¡Viva, pues, siglos eternos!

BARBERO

¡La cueva de Salamanca!

SACRISTÁN

Y nuestro conjurador,
si es, a dicha, de Loranca,
tenga en ella cien mil vides
de uva tinta y de uva blanca.
Y al diablo que le acusare,
que le den con una tranca,
y para el tal jamás sirva.

BARBERO

La cueva de Salamanca.

(Entremés de *La cueva de Salamanca.*)

VERSOS
DE PERSILES Y SEGISMUNDA

CANCIÓN DE FELICIANA DE LA VOZ A LA VIRGEN

Antes que de la mente eterna afuera
saliesen los espíritus alados,
y antes que la veloz o tarda esfera
tuviese movimientos señalados,
y antes que aquella obscuridad primera
los cabellos del sol viese dorados,
fabricó para sí Dios una casa
de santísima, limpia y pura masa.

Los altos y fortísimos cimientos
sobre humildad profunda se fundaron;
y, mientras más a la humildad atentos,
más la fábrica regia levantaron;
pasó la tierra, pasó el mar; los vientos
atrás, como más bajos, se quedaron;
el fuego pasa, y, con igual fortuna,
debajo de sus pies tiene la luna.

De fe son los pilares, de esperanza
los muros. Esta fábrica bendita
ciñe la caridad, por quien se alcanza
duración, como Dios, siempre infinita:
su recreo se aumenta en su templanza,
su prudencia los grados facilita
del bien que ha de gozar, por la grandeza
de su mucha justicia y fortaleza.

Adornan este alcázar soberano
profundos pozos, perennales fuentes,
huertos cerrados, cuyo fruto sano
es bendición y gloria de las gentes;

están a la siniestra y diestra mano
cipreses altos, palmas eminentes,
altos cedros, clarísimos espejos
que dan lumbre de gracia, cerca y lejos.

El cinamono, el plátano y la rosa
de Jericó, se halla en sus jardines,
con aquella color, y aun más hermosa,
de los más abrasados querubines.
Del pecado la sombra tenebrosa
ni llega, ni se acerca a sus confines.
Todo es luz, todo es gloria, todo es cielo
este edificio que hoy se muestra al suelo.

De Salomón el templo se nos muestra
hoy, con la perfección a Dios posible,
donde no se oyó golpe que la diestra
mano diese a la obra convenible:
hoy, haciendo de sí gloriosa muestra,
salió la luz del sol inaccesible;
hoy nuevo resplandor ha dado al día
la clarísima estrella de María.

Antes que el sol, la Estrella hoy da su lum-
prodigiosa señal, pero tan buena [bre,
que, sin guardar de agüeros la costumbre,
deja el alma de gozo y bienes llena.
Hoy la humildad se vió puesta en la cumbre;
hoy comenzó a romperse la cadena
del hierro antiguo, y sale al mundo aquella
prudentísima Ester, que el sol más bella.

Niña de Dios, por nuestro bien nacida;
tierna, pero tan fuerte, que la frente,
en soberbia maldad endurecida,
quebrantasteis de la infernal serpiente;

brinco de Dios, de nuestra muerte vida,
pues Vos fuisteis el medio conveniente
que redujo a pacífica concordia
de Dios y el hombre la mortal discordia.

La justicia y la paz hoy se han juntado
en Vos, Virgen santísima, y con gusto
el dulce beso de la paz se ha dado,
arra y señal del venidero Augusto:
del claro amanecer, del sol sagrado
sois la primera aurora; sois del Justo
gloria; del pecador, firme esperanza;
de la borrasca antigua, la bonanza.

Sois la paloma que *ab eterno* fuiste
llamada desde el cielo; sois la esposa
que al sacro Verbo limpia carne diste;
por quien de Adán la culpa fué dichosa;
sois el brazo de Dios, que detuviste
de Abrahán la cuchilla rigurosa,
y para el sacrificio verdadero
nos distes el mansísimo Cordero.

Creced, hermosa planta, y dad el fruto
presto en sazón, por quien el alma espera
cambiar en ropa rozagante el luto
que la gran culpa le vistió primera.
De aquel inmenso y general tributo
la paga conveniente y verdadera
en Vos se ha de fraguar: creed, Señora,
que sois universal remediadora.

Ya en las empíreas sacrosantas salas
el paraninfo alígero se apresta,
o casi mueve las doradas alas,
para venir con la embajada honesta.

Que el olor de virtud que de Ti exhalas,
Virgen bendita, sirve de recuesta
y apremio, a que se vea en Ti muy presto
del gran poder de Dios echado el resto.

(Libro III, cap. V.)

SONETOS

GALATEA

Afuera el fuego, el lazo, el hielo y flecha
de amor, que abrasa, aprieta, enfría y hiere;
que tal llama mi alma no la quiere,
ni queda de tal nudo satisfecha.

Consuma, ciña, hiele, mate, estrecha
tenga otra voluntad cuanto quisiere,
que por dardo o por nieve, o red, no espere
tener la mía en su calor desnecha.

Su fuego enfriará mi casto intento,
el nudo romperé por fuerza o arte,
la nieve deshará mi ardiente celo,

la flecha embotará mi pensamiento;
y así, no temeré en segura parte
de amor el fuego, el lazo, el dardo, el hielo.

(*Galatea.*—Libro I.)

LENIO PINTA EL AMOR

Un vano descuidado pensamiento,
una loca altanera fantasía,
un no sé qué que la memoria cría,
sin ser, sin calidad, sin fundamento;

una esperanza que se lleva el viento,
un dolor con renombre de alegría,
una noche confusa do no hay día,
un ciego error de nuestro entendimiento;

son las raíces propias de do nace
esta quimera antigua celebrada,
que amor tiene por nombre en todo el suelo.

Y el alma, que en amor tal se complace,
merece ser del suelo desterrada,
y que no la recojan en el cielo.

(*Galatea.*—Libro I.)

FLORISA. OPINIÓN ACERCA DEL AMOR

Crezcan las simples ovejuelas mías
en el cerrado bosque y verde prado,
y el caluroso estío e invierno helado
abunde en yerbas verdes y aguas frías.

Pase en sueños las noches y los días
en lo que toca al pastoral estado,
sin que de amor un mínimo cuidado
sienta, ni sus ancianas niñerías.

Este mil bienes del amor pregona,
aquél publica de él vanos cuidados,
yo no sé si los dos andan perdidos,

ni sabré al vencedor dar la corona:
sé bien que son de amor los escogidos
tan pocos, cuanto muchos los llamados.

(*Galatea.*—Libro I.)

TEOLINDA

Sabido he, por mi mal, adónde llega
la cruda fuerza de un notorio engaño,
y cómo amor procura con mi daño
darme la vida, que el temor me niega.

Mi alma de las carnes se despega,
siguiendo aquella que por hado extraño
la tiene puesta en pena, en mal tamaño
que el bien la turba y el dolor sosiega.

Si vivo, vivo en fe de la esperanza,
que aunque es pequeña y débil, se sustenta
siendo a la fuerza de mi amor asida.

¡Oh, firme comenzar, frágil mudanza,
amarga suma de una dulce cuenta,
cómo acabáis por términos la vida!

(*Galatea.*—Libro II.)

TIRSI A FILIS

Por medio de los filos de la muerte
rompió mi fe, y a tal punto he llegado,
que no envidio el más alto y rico estado
que encierra humana venturosa suerte.

Todo este bien nació de sólo verte,
hermosa Fili, ¡oh, Fili!, a quien el hado
dotó de un ser tan raro y extremado,
que en risa el llanto, el mal en bien convierte.

Como amansa el rigor de la sentencia
si el condenado el rostro del rey mira,
y es ley que nunca tuerce su derecho,

así ante tu hermosísima presencia
la muerte huye, el daño se retira,
y deja en su lugar vida y provecho.

(*Galatea.*—Libro II.)

ELICIO

¡Ay, que al alto designio que le cría
en mi amoroso firme pensamiento,
contradicen el cielo, el fuego, el viento,
la agua, la tierra y la enemiga mía!

Contrarias son de quien temer debría,
y abandonar la empresa y sano intento;
mas ¿quién podrá estorbar lo que el violento
hado implacable quiere, amor porfía?

El alto cielo, amor, el viento, el fuego,
la agua, la tierra y mi enemiga, bella,
cada cual con fuerza y con mi hado,

mi bien estorbe, esparza, abrase, y luego
deshaga mi esperanza; que, aun sin ella,
imposible es dejar lo comenzado.

(*Galatea.*—Libro II.)

DAMÓN

Más blando fuí que no la blanda cera,
cuando imprimí en mi alma la figura
de la bella Amarili, esquiva y dura,
cual duro mármol o silvestre fiera.

Amor me puso entonces en la esfera
más alta de su bien y su ventura:
ahora temo que la sepultura
ha de acabar mi presunción primera.

Arrimóse el amor a la esperanza,
cual vid al olmo, y fué subiendo apriesa,
mas faltóle el humor y cesó el vuelo;

no el de mis ojos, que por larga usanza
fortuna sabe bien, que jamás usa
de dar tributo al rostro, al pecho, al hielo.

(*Galatea.*—Libro II.)

LAUSO, AL RECIBIR DE SU AMADA UN ANILLO

¡Rica y dichosa prenda que adornaste
el precioso marfil, la nieve pura!
¡Prenda, que de la muerte y sombra obscura
a nueva luz y vida me tornaste!

El claro cielo de tu bien trocaste
con el infierno de mi desventura,
por que viviese en dulce paz segura
la esperanza que en mí resucitaste.

¿Sabes cuánto me cuestas, dulce prenda?
El alma, y aun no quedo satisfecho,
pues menos doy de aquello que recibo.

Mas, por que el mundo tu valor entienda,
sé tú mi alma, enciérrate en mi pecho;
verán cómo por ti sin alma vivo.

(*Galatea.*—Libro V.)

SILERIO

Ligeras horas del ligero tiempo,
para mí perezosas y cansadas,
si no estáis en mi daño conjuradas,
parézcaos ya que es de acabarme tiempo.

Si ahora me acabáis, haréislo a tiempo,
que están mis desventuras más colmadas:
mirad que menguarán, si sois pesadas;
que el mal se acaba, si da tiempo al tiempo.

No os pido que vengáis dulces, sabrosas,
pues no hallaréis camino, senda o paso
de reducirme al ser que ya he perdido,

horas, a cualquier otro venturosas,
aquella dulce del mortal traspaso,
aquella de mi muerte sólo os pido.

(*Galatea.*—Libro V.)

DAMÓN

Si el áspero furor del mar airado
por largo tiempo en su rigor durase,
mal se podría hallar quien entregase
su flaca nave al piélago alterado.

No permanece siempre en un estado
el bien ni el mal, que el uno y otro vase;
porque si huyese el bien, y el mal quedase,
ya sería el mundo a confusión tornado.

La noche al día, y el calor al frío,
la flor al fruto van en seguimiento,
formando de contrarios igual tela.

La sujeción se cambia en señorío,
en placer el pesar, la gloria en viento:
Chè per tal variar Natura è bella.

(*Galatea.*—Libro V.)

ERASTRO

Por ásperos caminos voy siguiendo
el fin dudoso de mi fantasía,
siempre en cerrada noche, obscura y fría,
las fuerzas de la vida consumiendo.

Y, aunque morir me veo, no pretendo
salir un paso de la estrecha vía,
que en fe de la alta fe sin igual mía,
mayores miedos contrastar entiendo.

Mi fe es la luz que me señala el puerto
seguro a mi tormento, y sólo es ella
quien promete buen fin a mi viaje,

por más que el medio se me muestre incierto,
por más que el claro rayo de mi estrella
me encubra amor, y el cielo más me ultraje.

(*Galatea.*—Libro V.)

TIMBRIO

Tan bien fundada tengo la esperanza,
que, aunque más sople riguroso viento,
no podrá desdecir de su cimiento:
tal fe, tal fuerza y tal valor alcanza.

Tan lejos voy de consentir mudanza
en mi firme amoroso pensamiento,
cuan cerca de acabar en mi tormento
antes la vida que la confianza.

Que si, al contraste del amor, vacila
el pecho enamorado, no merece
del mismo amor la dulce paz tranquila.

Por esto el mío, que su fe engrandece,
rabie Caribdis o amenace Escila,
al mar se arroja y al amor se ofrece.

(*Galatea.*—Libro V.)

SILERIO

Gracias al cielo doy, pues he escapado
de los peligros de este mar incierto,
y al recogido favorable puerto,
tan sin saber por dónde, he ya llegado.

Recójanse las velas del cuidado,
repárese el navío pobre abierto,
cumpla los votos quien con rostro muerto
hizo promesas en el mar airado.

Beso la tierra, reverencio al cielo,
mi suerte abrazo mejorada y buena,
llamo dichoso a mi fatal destino,

y a la nueva sin par blanda cadena,
con nuevo intento y amoroso celo,
el lastimado cuello alegre inclino.

(*Galatea.*—Libro V.)

ELISIDE

Voy contra la opinión de aquel que jura
que jamás del amor llegó el contento
a do llega el rigor de su tormento,
por más que el bien ayude la ventura.

Yo sé que es bien, yo sé que es desventura,
y sé de sus efectos claro, y siento
que cuanto más destruye el pensamiento
el mal de amor, el bien más lo asegura.

No verme en brazos de la amarga muerte
por la mal referida triste nueva,
ni a los corsarios bárbaros rendida,

fué dura pena, fué dolor tan fuerte,
que ahora no conozca y haga prueba
que es más el gusto de mi alegre vida.

(Galatea.—Libro V.)

BLANCA

Cual si estuviera en la arenosa Libia,
o en la apartada Litia, siempre helada,
tal vez del frío temor me vi asaltada,
y tal del fuego que jamás se entibia;

mas la esperanza que el dolor alivia,
en uno y otro extremo disfrazada,
tuvo la vida en su poder guardada
cuándo con fuerzas, cuándo flaca y tibia.

Pasó la furia del invierno helado,
y aunque el fuego de amor quedó en su punto,
llegó la deseada primavera,

donde en un solo venturoso punto
gozo del dulce fruto deseado
con largas pruebas de una fe sincera.

(Galatea.—Libro V.)

GALATEA

Tanto cuanto el amor convida y llama
al alma con sus gestos de apariencia,
tanto más huye su mortal dolencia
quien sabe el nombre que le da la fama.

Y el pecho opuesto a su amorosa llama,
armado de una honesta resistencia,
poco puede empecerle su inclemencia,
poco su fuego y su rigor le inflama.

Segura está, quien nunca fué querida
ni supo querer bien, de aquella lengua
que en su deshonra se adelgaza y lima;

mas si el querer y el no querer da mengua,
¿en qué ejercicios pasará la vida
la que más que el vivir la honra estima?

(*Galatea.*—Libro VI.)

NISIDA

Bien puse yo valor a la defensa
del duro encuentro y amoroso asalto;
bien levanté mi presunción en alto
contra el rigor de la notoria ofensa.

Mas fué tan reforzada y tan intensa
la batería, y mi poder tan falto,
que, sin cogerme amor de sobresalto,
me dió a entender su potestad inmensa.

Valor, honestidad, recogimiento,
recato, ocupación, esquivo pecho,
amor con poco premio lo conquista.

Así que, para huir el vencimiento,
consejos jamás fueron de provecho:
de esta verdad testigo soy de vista.

(*Galatea.*—Libro VI.)

GELASIA

¿Quién dejará, del verde prado umbroso,
las frescas yerbas y las frescas fuentes?
¿Quién, de seguir con pasos diligentes
la suelta liebre o jabalí cerdoso?

¿Quién, con el son amigo y sonoroso,
no detendrá las aves inocentes?
¿Quién, en las horas de la siesta, ardientes,
no buscará en las selvas el reposo,

por seguir los incendios, los temores,
los celos, iras, rabias, muertes, penas
del falso amor que tanto aflige al mundo?

Del campo son y han sido mis amores,
rosas son y jazmines mis cadenas,
libre nací, y en libertad me fundo.

(*Galatea.*—Libro VI.)

ELICIO

Si de este hirviente mar y golfo insano,
donde tanto amenaza la tormenta,
libro la vida de tan dura afrenta
y toco el suelo venturoso y sano;

al aire alzadas una y otra mano,
con alma humilde y voluntad contenta,
haré que amor conozca, que el alma sienta
que el bien les agradezco, soberano.

Llamaré venturosos mis suspiros,
mis lágrimas tendré por agradables,
por refrigerio el fuego en que me quemo.

Diré que son de amor los recios tiros,
dulce al alma, al cuerpo saludables,
y que en su bien no hay medio, sino extremo.

(*Galatea.*—Libro VI.)

A CONSTANZA

Raro humilde secreto que levantas
a tan excelsa cumbre la belleza,
que en ella se excedió Naturaleza
a sí misma, y al cielo la levantas.

Si hablas, o si ríes, o si cantas,
si muestras mansedumbre o aspereza
(efecto sólo de tu gentileza),
las potencias del alma nos encantas:

para que pueda ser más conocida
la sin par hermosura que contienes
y la alta honestidad de que blasonas,

deja el servir, pues debes ser servida
de cuantos ven tus manos, y tus sienes
resplandecer con cetros y coronas.

(La ilustre fregona.)

AMADÍS DE GAULA A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Tú, que imitaste la llorosa vida
que tuve, ausente y desdeñado, sobre
el gran ribazo de la Peña Pobre,
de alegre a penitencia reducida;

tú, a quien los ojos dieron la bebida
de abundante licor, aunque salobre,
y alzándote la plata, estaño y cobre,
te dió la tierra en tierra la comida;

vive seguro de que eternamente,
en tanto, al menos, que en la cuarta esfera
sus caballos aguije el rubio Apolo,

tendrás claro renombre de valiente;
tu patria será en todas la primera;
tu sabio autor, al mundo único y solo.

(Quijote.)

DON BELIANIS DE GRECIA A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Rompí, corté, abollé, y dije e hice
más que en el orbe caballero andante;
fuí diestro, fuí valiente y arrogante,
mil agravios vengué, cien mil deshice.

Hazañas di a la fama que eternice;
fuí comedido y regalado amante,
fué enano para mí todo gigante,
y al duelo en cualquier punto satisfice.

Tuve a mis pies postrada la fortuna,
y trajo del copete mi cordura
a la calva ocasión al estricote.

Mas, aunque sobre el cuerno de la luna
siempre se vió encumbrada mi ventura,
tus proezas envidio, ¡oh, gran Quijote!

(Quijote.)

LA SEÑORA ORIANA A DULCINEA DEL TOBOSO

¡Oh, quién tuviera, hermosa Dulcinea,
por más comodidad y más reposo,
a Miraflores puesto en el Toboso,
y trocara su Londres con tu aldea!

¡Oh, quién de tus deseos y librea
alma y cuerpo adornara, y del famoso
caballero que hiciste venturoso,
mirara alguna desigual pelea!

¡Oh, quién tan castamente se escapara
del señor Amadís, como tú hiciste
del comedido hidalgo Don Quijote!

Que así envidiada fuera, y no envidiara,
y fuera alegre el tiempo que fué triste,
y gozara los gustos sin escote.

(Quijote.)

GANDALÍN, ESCUDERO DE AMADÍS DE GAULA, A SANCHO PANZA, ESCUDERO DE DON QUIJOTE

¡Salve, varón famoso, a quien Fortuna,
cuando en el trato escuderil te puso,
tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
que lo pasaste sin desgracia alguna!

Ya la azada o la hoz poco repuna
al andante ejercicio; ya está en uso
la llaneza escudera, con que acuso
al soberbio que intenta hollar la luna.

Envidio a tu jumento y a tu nombre,
y a tus alforjas igualmente envidio,
que mostraron tu cuerda providencia.

Salve otra vez, ¡oh, Sancho!, tan buen hom-
[bre,
que a sólo tú nuestro español Ovidio
con buzcorona te hace reverencia.

(Quijote.)

ORLANDO FURIOSO A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Si no eres par, tampoco le has tenido;
que par pudieras ser entre mil pares,
ni puede haberle donde tú te hallares,
invicto vencedor, jamás vencido.

Orlando soy, Quijote, que, perdido
por Angélica, vi remotos mares,
ofreciendo a la Fama en sus altares
aquel valor que respetó el olvido.

No puedo ser tu igual; que este decoro
se debe a tus proezas y a tu fama,
puesto que, como yo, perdiste el seso.

Mas serlo has mío, si al soberbio moro
y cita fiero domas, que hoy nos llama
iguales en amor con mal suceso.

(Quijote.)

EL CABALLERO DEL FEBO A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

A vuestra espada no igualó la mía,
Febo español, curioso cortesano,
ni a la alta gloria de valor mi mano,
que rayo fué do nace y muere el día.

Imperios desprecié, y la monarquía
que me ofreció el Oriente rojo en vano,
dejé, por ver el rostro soberano
de Claridiana, aurora hermosa mía.

Améla, por milagro único y raro,
y, ausente en su desgracia, el propio infierno
temió mi brazo, que domó su rabia.

Mas vos, godo Quijote, ilustre y claro,
por Dulcinea sois al mundo eterno,
y ella, por vos, famosa, honesta y sabia.

(Quijote.)

SOLISDÁN A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Magüer, señor Quijote, que sandeces
vos tengan el cerebro derrumbado,
nunca seréis de alguno reprochado
por hombre de obras viles y soeces.

Serán vuestras hazañas los jueces,
pues tuertos desfaciendo habéis andado,
siendo vegadas mil apaleado
por follones cautivos y raheces.

Y si la vuestra linda Dulcinea
desaguisado contra vos comete,
ni a vuestras cuitas muestra buen talante,

en tal desmán, vuestro consorte sea
que Sancho Panza fué mal alcahuete,
neció él, dura ella, y vos no amante.

(Quijote.)

DIÁLOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE

BABIECA

¿Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?

ROCINANTE

Porque nunca se come, y se trabaja.

BABIECA

Pues ¿qué es de la cebada y de la paja?

ROCINANTE

No me deja mi amo ni un bocado.

BABIECA

Andá, señor, que estáis muy mal criado,
pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.

ROCINANTE

Asno se es de la cuna a la mortaja.
¿Queréislo ver? Miradlo enamorado.

BABIECA

¿Es necedad amar?

ROCINANTE

No es gran prudencia.

BABIECA

Metafísico estáis.

ROCINANTE

Es que no como.

BABIECA

Quejaos del escudero.

ROCINANTE

No es bastante.
¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,
si el amo y escudero o mayordomo
son tan rocines como Rocinante?

(Quijote.)

CARDENIO A LUSCINDA

O le falta al amor conocimiento,
o le sobra crueldad, o no es mi pena
igual a la ocasión que me condena
al género más duro de tormento.

Pero si Amor es dios, es argumento
que nadie ignora, y es razón muy buena
que un dios no sea cruel. ¿Pues quién ordena
el terrible dolor que adoro y siento?

Si digo que sois vos, Filis, no acierto;
que tanto mal en tanto bien no cabe,
ni me viene del cielo esta ruina.

Presto habré de morir, que es lo más cierto:
que al mal de quien la causa no se sabe
milagro es acertar la medicina.

(Quijote.—Parte I, cap. XXIII.)

(La casa de los celos, jornada I. Aquí substituído el primer verso del primer terceto por éste: "Si digo que es Angélica, no acierto.")

CARDENIO

Santa amistad, que con ligeras alas,
tu apariencia quedándose en el suelo,
entre benditas almas, en el cielo,
subiste alegre a las empíreas salas,

desde allá, cuando quieres, nos señalas
la justa paz cubierta con un velo,
por quien a veces se trasluce el celo
de buenas obras, que, a la fin, son malas.

Deja el cielo, ¡oh, amistad!, o no permitas
que el engaño se vista tu librea,
con que destruye a la intención sincera;

que si tus apariencias no le quitas,
presto ha de verse el mundo en la pelea
de la discorde confusión primera.

(*Quijote.*—Parte I, cap. XXVII.)

LOTARIO A CAMILA

En el silencio de la noche, cuando
ocupa el dulce sueño a los mortales,
la pobre cuenta de mis ricos males
estoy al cielo y a mi Clori dando.

Y al tiempo cuando el sol se va mostrando
por las rosadas puertas orientales,
con suspiros y acentos desiguales
voy la antigua querella renovando.

Y cuando el sol, de su estrellado asiento
derechos rayos a la tierra envía,
el llanto crece y doblo los gemidos.

Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
y siempre hallo en mi mortal porfía
al cielo sordo, a Clori sin oídos.

(*Quijote.*—Parte I, cap. XXXIV.)

(*La casa de los celos.*—Jornada III.)

OTRO DE LOTARIO A CAMILA

Yo sé que muero; y si no soy creído,
es más cierto el morir, como es más cierto
verme a tus pies, ¡oh, bella ingrata!, muerto,
antes que de adorarte arrepentido.

Podré yo verme en la región de olvido,
de vida y gloria y de favor desierto,
y allí verse podrá en mi pecho abierto
cómo tu hermoso rostro está esculpido;

que esta reliquia guardo para el duro
trance que me amenaza mi porfía,
que en tu mismo dolor se fortalece.

¡Ay de aquel que navega, el cielo obscuro,
por mar no usado y peligrosa vía,
adonde norte o puerto no se ofrece.

(*Quijote.*—Parte I, cap. XXXIV.)

EPITAFIO

Almas dichosas, que del mortal velo
libres y exentas por el bien que obrastes,
desde la baja tierra os levantastes
a lo más alto y lo mejor del cielo,

y ardiendo en ira y en honroso celo,
de los cuerpos la fuerza ejercitastes,
que en propia y ajena sangre colorastes
el mar vecino y arenoso suelo:

primero que el valor faltó la vida
en los cansados brazos que muriendo,
con ser vencidos, llevan la victoria:

y esta vuestra mortal triste caída,
entre el muro y el hierro os va adquiriendo
fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

(*Quijote.*—Parte I, cap. XL.)

OTRO EPITAFIO

De entre esta tierra estéril derribada,
de estos terrones por el suelo echados,
las almas santas de tres mil soldados
subieron vivas a mejor morada;

siendo primero en vano ejercitarla
la fuerza de sus brazos esforzados,
hasta que, al fin, de pocos y cansados,
dieron la vida al filo de la espada.

Y este es el suelo que continuo ha sido
de mil memorias lamentables lleno
en los pasados siglos y presentes;

mas no más justas de su duro seno
habrán al claro cielo almas subido,
ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

(*Quijote.*—Parte I, cap. XL.)

EL MONICONGO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA,
A LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE

Epitafio.

El calvatrueno que adornó a la Mancha
de más despojos que Jason de Creta,
el juicio que tuvo la veleta
aguda donde fuera mejor ancha,

el brazo que su fuerza tanto ensancha
que llegó del Catay hasta Gaeta,
la musa más horrenda y más discreta
que grabó versos en broncínea plancha,

el que a cola dejó los Amadises,
y en muy poquito a Galaores tuvo,
estribando en su amor y bizarría

el que hizo callar los Belianises;
aquel que en Rocinante errando anduvo,
yace debajo de esta losa fría.

(*Quijote.*—Final de la parte I.)

EL PANIAGUADO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, IN LAUDEM DULCINEÆ DEL TOBOSO

Esta que veis de rostro amondongado,
alta de pechos y ademán brioso,
es Dulcinea, reina del Toboso,
de quien fué el gran Quijote aficionado.

Pisó por ella el uno y otro lado
de la gran Sierra Negra, y el famoso
campo de Montiel, hasta el herboso
llano de Aranjuez, a pie y cansado:

culpa de Rocinante. ¡Oh, dura estrella!
Que esta manchega dama, y este invito
andante caballero, en tiernos años

ella dejó, muriendo, de ser bella,
y él, aunque queda en mármoles escrito,
no pudo huir de amor, iras y engaños.

(*Quijote.*—Final de la parte I.)

EL CAPRICHOSO, DISCRETÍSIMO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LOOR DE "ROCINANTE", CABALLO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA

En el soberbio trono diamantino
que con sangrientas plantas huella Marte,
frenético el Manchego su estandarte
tremola con esfuerzo peregrino.

Cuelga las armas y el acero fino,
con que destroza, asuela, raja y parte:
¡nuevas proezas!; pero inventa el arte
un nuevo estilo al nuevo paladino.

Y si de su Amadís se precia Gaula,
por cuyos brazos descendientes Grecia
triunfó mil veces y su fama ensancha,

hoy a Quijote le corona el aula
do Belona preside, y de él se precia
más que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.

Nunca sus glorias el olvido mancha,
pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
excede a Brilladoro y a Bayardo.

(*Quijote.*—Final de la parte I.)

EL BURLADOR, ACADÉMICO ARGAMASILLESCO,

A SANCHO PANZA

Sancho Panza es aqueste, en cuerpo chico,
pero grande en valor, ¡milagro extraño!;
escudero el más simple y sin engaño
que tuvo el mundo, os juro y certifico.

De ser conde no estuvo en un tantico,
si no se conjuraran en su daño
insolencias y agravios del tacaño
siglo, que aun no perdonan a un borrico.

Sobre él anduvo (con perdón se miente)
este manso escudero, tras el manso
caballo Rocinante, y tras su dueño.

¡Oh, vanas esperanzas de la gente!
¡Cómo pasáis con prometer descanso,
y al fin paráis en sombra, en humo, en sueño!

(*Quijote.*—Final de la parte I.)

EL CABALLERO DEL BOSQUE

A CASILDEA DE VANDALIA

Dadme, señora, un término que siga,
conforme a vuestra voluntad cortado;
que será de la mía así estimado,
que por jamás un punto de él desdiga.

Si gustáis que callando mi fatiga
muera, contadme ya por acabado;
si queréis que os la cuente en desusado
modo, haré que el mismo amor la diga.

A prueba de contrarios estoy hecho
de blanda cera y de diamante duro,
y a las leyes de amor el alma ajusto.

Blando cual es, o fuerte, ofrezco el pecho:
entallad o imprimid lo que os dé gusto,
que de guardarlo eternamente juro.

(*Quijote.*—Parte II, cap. XII.)

PÍRAMO Y TISBE

El muro rompe la doncella hermosa
que de Páramo abrió el gallardo pecho;
parte el amor de Chipre, y va derecho
a ver la quiebra estrecha y prodigiosa.

Habla el silencio allí, porque no osa
la voz entrar por tan estrecho estrecho;
las almas, sí, que Amor suele de hecho
facilitar la más difícil cosa.

Salió el deseo de compás, y el paso
de la imprudente virgen solicita
por su gusto su muerte; ved qué historia.

Que a entrambos en un punto, ¡oh, extraño [caso!,
los mata, los encubre y resucita
una espada, un sepulcro, una memoria.

(Quijote.—Parte II, cap. XVIII.)

A PRECIOSA

Cuando Preciosa el panderete toca
y hiere el dulce son los aires vanos,
perlas son que derrama con las manos,
flores son que despide de la boca;

suspensa el alma y la cordura loca
queda a las dulces notas sobrehumanas,
que de limpias, de honestas y de sanas,
su fama al cielo levantado toca.

Colgadas del menor de sus cabellos
mil almas lleva, y a sus plantas tiene
amor rendidas una y otra flecha:

ciega y alumbra con sus soles bellos,
su imperio amor por ellos le mantiene,
y aun más grandezas de su ser sospecha.

(La gitanilla.)

DOÑA CATALINA DE OVIEDO

¡A Ti me vuelvo, gran Señor, que alzaste,
a costa de tu sangre y de tu vida,
la misera de Adán primer caída,
y adonde él nos perdió, Tú nos cobraste;

a Ti, pastor bendito, que buscaste
de las cien ovejuelas la perdida,
y, hallándola del lobo perseguida,
sobre tus hombros santos te la echaste;

a Ti me vuelvo en mi aflicción amarga,
y a Ti toca, Señor, el darme ayuda,
que soy cordera de tu aprisco ausente,

y temo que a carrera corta o larga,
cuando a mi daño tu favor no acuda,
me ha de alcanzar esta infernal serpiente.

(La gran sultana.)

TORRENTE, CRIADO

Pluguiera a Dios que nunca aquí viniera;
o, ya que vine aquí, que nunca amara;
o, ya que amé, que amor se me mostrara,
de acero no, sino de blanda cera.

O que de aquesta fregonil guerrera,
de los dos soles de su hermosa cara
no tan agudas flechas me arrojara,
o menos linda o más humana fuera.

Estas sí son borrascas no fingidas,
de quien no espero verdadera calma,
sino naufragios de más duro aprieto.

¡Oh, tú, reparador de nuestras vidas,
Amor, cura las ansias de mi alma,
que no pueden caber en un soneto!

(La entretenida.—Jornada II.)

DON AMBROSIO

(Soneto caudato.)

Por Ti, Virgen hermosa, esparce ufano,
contra el rigor con que amenaza el cielo,
entre los surcos del labrado suelo,
el pobre labrador el rico grano.

Por Ti surca las aguas del mar cano
el mercader, en débil leño, a vuelo;
y, en el rigor del sol como del hielo,
pisa alegre el soldado risco y llano.

Por Ti infinitas veces, ya perdida
la fuerza del que busca y del que ruega,
se cobra y se promete la victoria.

Por Ti, báculo fuerte de la vida,
tal vez se aspira a lo imposible y llega
el deseo a las puertas de la gloria.

¡Oh, esperanza notoria,
amiga de alentar los desmayados,
aunque estén en miserias sepultados.

(La entretenida.—Jornada II.)

DON ANTONIO

En la sazón del erizado invierno,
desnudo el árbol de su flor y fruto,
cambia en un pardo desabrido luto
las esmeraldas del vestido tierno.

Mas, aunque vuela el tiempo casi eterno,
vuelve a cobrar el general tributo,
y al árbol seco, y de su humor enjuto,
halla con muestras de verdor interno.

Torna el pasado tiempo al mismo instante
y punto que pasó; que no lo arrasa
todo, pues templan su rigor los cielos.

Pero no le sucede así al amante,
que habrá de perecer si una vez pasa
por él la infernal rabia de los celos.

(La entretenida.—Jornada III.)

DE MANUEL DE SOUSA, EL PORTUGUÉS ENAMORADO

Mar sesgo, viento largo, estrella clara,
camino, aunque no usado, alegre y cierto,
al hermoso, al seguro, al capaz puerto
llevan la nave vuestra, única y rara.

En Cilas, ni en Caribdis no repara,
ni es peligro que el mar tenga encubierto,
siguiendo su derrota al descubierto,
que limpia honestidad su curso para.

Con todo, si os faltare la esperanza
de llegar a este puerto, no por eso
giréis las velas, que será simpleza:

que es enemigo amor de la mudanza,
y nunca tuvo próspero suceso
el que no se quilata en la firmeza.

(*Persiles y Sigismunda.* Lib. I, cap. IX.)

A ROMA

¡Oh, grande; oh, poderosa; oh, sacrosanta
alma ciudad de Roma! A ti me inclino
devoto, humilde y nuevo peregrino
a quien admira ver belleza tanta.

Tu vista, que a tu fama se adelanta,
al ingenio suspende, aunque divino,
de aquel que a verte y adorarte vino,
con tierno afecto y con desnuda planta.

La tierra de tu suelo, que contemplo
con la sangre de mártires mezclada,
es la reliquia universal del suelo.

No hay parte en ti que no sirva de ejemplo
de santidad, así como trazada
de la ciudad de Dios al gran modelo.

(*Persiles y Sigismunda.* Lib. IV, cap. III.)

A LA MUERTE DE LA REINA DOÑA ISABEL DE VALOIS

Aquí el valor de la española tierra;
aquí la flor de la francesa gente;
aquí, quien concordó lo diferente,
de oliva coronando aquella guerra.

Aquí, en pequeño espacio, veis se encierra
nuestro claro lucero de Occidente;
aquí yace encerrada la excelente
causa que nuestro bien todo destierra.

Mirad quién es el mundo y su pujanza,
y cómo de la más alegre vida
la muerte lleva siempre la victoria.

También mirad la bienaventuranza
que goza nuestra reina esclarecida
en el eterno reino de la Gloria.

(Este hermoso soneto es la primera poesía conocida de Cervantes. Frisaba con los veintiún años cuando la escribió, pues la Reina murió el 3 de octubre de 1568. Inserto en *Historia y Relación verdadera de la enfermedad felicisimo tránsito y sumptuosas exequias fúnebres de la Serenísima Reina de España Doña Isabel de Valois*, compuesto y ordenado por el maestro Juan López, catedrático del Estudio de la Villa de Madrid.—Madrid, Pierres Cosin, 1569.)

A LA MUERTE DE FERNANDO DE HERRERA

El que subió por sendas nunca usadas
del sacro monte a la más alta cumbre;
el que a una *Luz* se hizo todo lumbre
y lágrimas en dulce voz cantadas;

el que, con culta vena, las sagradas
de Helicón y Pirene, en muchedumbre,
libre de toda humana pesadumbre,
bebió y dejó en divinas transformadas;

aquel a quien envidia tuvo Apolo
porque, a par de su *Luz*, tiende su fama
de donde nace a donde muere el día;

el agradable al cielo, al suelo solo,
vuelto en ceniza de su ardiente llama,
yace debajo de esta losa fría.

(De la *Biblioteca de Autores Españoles*, que declara copiado el soneto de un códice manuscrito en 1630, que poseyó D. Fernando de la Serna, donde, entre varias poesías recopiladas, al parecer, por Francisco Pacheco, se halla aquél, con este epígrafe: MIGUEL DE CERVANTES, AUTOR DE "DON QUIJOTE": *Este soneto hice a la muerte de D. Fernando de Herrera; y para entender el primer cuarteto, advierto que él celebraba en sus versos a una señora debajo deste nombre de* LUZ. *Creo que es uno de los buenos que he hecho en mi vida.)*

A JUAN RUFO GUTIÉRREZ

¡Oh, venturosa levantada pluma,
que en la empresa más alta te ocupaste
que el mundo pudo dar, y al fin mostraste
al recibo y al gasto igual la suma!

Calle de hoy más el escritor de Numa,
que nadie llegará donde llegaste,
pues en tan raros versos celebraste
tan raro capitán, virtud tan suma.

Dichoso el celebrado y quien celebra,
y no menos dichoso todo el suelo
que de tanto bien goza en esta historia,

en quien envidia o tiempo no harán quiebra;
antes hará, con justo celo, el cielo
eterna, más que el tiempo, su memoria.

(*La Austriada*. Madrid, 1584.)

A SAN FRANCISCO

Muestra su ingenio, el que es pintor curioso,
cuando pinta al desnudo una figura
donde la traza, el arte y compostura
ningún velo la cubre artificioso.

Vos, seráfico padre, y vos, hermoso
retrato de Jesús, sois la pintura
al desnudo pintada, en tal hechura
que Dios nos muestra ser pintor famoso.

Las sombras de ser mártir descubriste;
los lejos, en que estáis allá en el cielo
en soberana silla colocado;

los colores, las llagas que tuviste
tanto los suben, que se admira el suelo
y el pintor en la obra se ha pagado.

(*Jardín espiritual*, de Pedro de Padilla. Madrid, 1585.)

A LÓPEZ MALDONADO

El casto ardor de una amorosa llama,
un sabio pecho a un rigor sujeto,
un desdén sacudido y un afeto
blando, que al alma en dulce fuego inflama.

El bien y el mal, a que convida y llama
de amor la fuerza y poderoso efeto,
eternamente, en son claro y perfeto,
con estas rimas cantará la fama,

llevando el nombre único y famoso,
vuestro, felice López Maldonado,
del moreno etíope al cita blanco.

Y hará que en balde del laurel honroso
espere alguno verse coronado,
si no os imita y tiene por su blanco.

(*Cancionero,* de Gabriel López Maldonado. Madrid, 1586.)

A ALONSO DE BARROS

Cual vemos del rosado y rico Oriente
la blanca y dura piedra señalarse,
y en todo, aunque pequeña, aventajarse
a la mayor del Cáucaso eminente:

tal éste, humilde, al parecer, presente
puede y debe mirarse y admirarse,
no por la cantidad, mas por mostrarse
ser en su calidad tan excelente.

El que navega por el golfo insano
del mar de pretensiones, verá al punto
del cortesano laberinto el hilo.

Felice ingenio y venturosa mano
que el deleite y provecho puso junto,
en juego alegre, en dulce y claro estilo.

(*La filosofía cortesana moralizada.* 1587.)

EL ROMANCERO DE PEDRO DE PADILLA

Ya que del ciego Díaz habéis cantado
el bien y el mal, la dulce fuerza y arte,
en la primera y la segunda parte,
do está de amor el todo señalado;

ahora, con aliento descansado
y con nueva virtud que en vos reparte
el cielo, nos contáis del duro Marte
las fieras armas y el valor sobrado.

Nuevos ricos mineros se descubren
de vuestro ingenio en la famosa mina
que a más alto deseo satisfacen;

y con dar menos de lo más que encubren,
a este menos, lo que es más se inclina,
del bien que Apolo y que Minerva hacen.

(*Romancero de Padilla,* 1585.)

A FRAY PEDRO DE PADILLA

De la Virgen sin par santa y bendita,
digo de sus loores, justamente
haces el rico sin igual presente
a la sin par cristiana Margarita:

dándole, quedas rico; y queda escrita
tu fama en hojas de metal luciente,
que, a despecho y pesar del diligente
tiempo, será en sus fines infinita.

Felice en el sujeto que escogiste;
dichoso en la ocasión que te dió el cielo
de dar a Virgen el virgíneo canto;

venturoso también porque hiciste
que den las musas del hispano suelo
admiración al griego, al turco espanto.

(*Grandezas y excelencias de la Virgen Nuestra Señora,* que publicó Padilla, dedicándole a la infanta doña Margarita de Austria, Madrid, 1587.)

EN ALABANZA DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ

No ha menester el que tus hechos canta,
¡oh, gran marqués!, el artificio humano;
que a la más sutil pluma y docta mano
ellos le ofrecen lo que el orbe espanta.

Y éste, que sobre el cielo se levanta
llevado de tu nombre soberano,
a par del griego y escritor toscano,
tus sienes ciñe con la verde planta.

Y fué muy justa prevención del cielo,
que a un tiempo ejercitases tú la espada
y él su prudente y verdadera pluma,

porque, rompiendo de la envidia el velo,
tu fama, en sus escritos dilatada,
ni olvido, o tiempo o muerte la consuma.

(*Comentarios de la jornada de las islas de los Azores*, por el licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa, 1596.)

A LA ENTRADA DEL DUQUE DE MEDINA

en Cádiz, julio de 1596, con socorro de tropas instruídas en Sevilla por el capitán Becerra, después de haber evacuado aquella ciudad las tropas inglesas, tras de saquearla por espacio de veinticuatro días, al mando del conde de Essex.

Vimos en julio otra Semana Santa,
atestada de ciertas cofradías
que los soldados llaman compañías,
de quien el vulgo, y no el inglés, se espanta.

Hubo de plumas muchedumbre tanta,
que en menos de catorce o quince días
volaron sus pigmeos y Golías,
y cayó su edificio por la planta.

Bramó el Becerro, y púsolos en sarta;
tronó la tierra, obscurecióse el cielo
amenazando una total ruína;

y, al cabo, en Cádiz, con mesura harta,
ido ya el conde, sin ningún recelo,
triunfando entró el gran Duque de Medina.

(Descubrió el soneto, entre los manuscritos de la Real Biblioteca, don Juan Antonio Pellicer, con este epígrafe: "El capitán Becerra vino a Sevilla a enseñar lo que habían de hacer los soldados, y a esto, y a la entrada del Duque de Medina en Cádiz, hizo Cervantes este soneto." Pellicer lo publicó en su *Vida de Cervantes*. Madrid, Sancha, 1797.)

A LOPE DE VEGA

Yace, en la parte que es mejor de España,
una apacible y siempre verde *Vega*,
a quien Apolo su favor no niega,
pues con las aguas de Helicón la baña.

Júpiter, labrador por grande hazaña,
su ciencia toda en cultivarla entrega;
Cilenio alegre en ella se sosiega,
Minerva eternamente la acompaña.

Las musas su Parnaso en ella han hecho,
Venus honesta en ella aumenta y cría
la santa multitud de los amores;

y, así, con gusto y general provecho,
nuevos frutos ofrece cada día
de ángeles, de armas, santos y pastores.

(*La dragontea*, 3.ª edición. Madrid, 1602.)

A DON DIEGO DE MENDOZA Y A SU FAMA

En la memoria vive de las gentes,
¡varón famoso!, siglos infinitos;
premio que se merecen tus escritos
por graves, puros, castos y excelentes.

Las ansias, en honesta llama ardientes;
los Etnas, las Estigias, los Cocitos
que en ellos suavemente van descritos,
mira si es bien, ¡oh, Fama!, que los cuentes;

y aun que los lleves en ligero vuelo
por cuanto ciñe el mar y el sol rodea,
y en láminas de bronce los esculpas.

Que, así, el suelo sabrá que sabe el cielo
que el renombre inmortal que se desea
tal vez le alcancen amorosas culpas.

(*Poesías* del nombrado, 1610.)

A JUAN YAGÜE DE SALAS

De Turia el cisne más famoso hoy canta,
y no para acabar la dulce vida
que, en sus divinas obras escondida,
a los tiempos y edades se adelanta.

Queda por él canonizada y santa
Teruel; vivos Marcilla y su homicida;
su pluma, por heroica, conocida,
en quien se admira el suelo, el cielo espanta.

Su doctrina, su voz, su estilo raro,
que por tuyos, ¡oh, Apolo!, reconoces,
según el vuelo de sus bellas alas,

grabados por la Fama en mármol paro
y en láminas de bronce, harán que goces
siglos de eternidad, Yagüe de Salas.

(*Los amantes de Teruel,* epopeya trágica, con la restauración de España por la parte de Sobrarbe y conquista del reino de Valencia, por el nombrado. 1616.)

AL TÚMULO DEL REY FELIPE II EN SEVILLA

"¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla!
Porque ¿a quién no sorprende y maravilla
esta máquina insigne, esta riqueza?

"Por Jesucristo vivo, cada pieza
vale más de un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo, ¡oh, gran Sevilla!,
Roma triunfante en ánimo y nobleza.

"Apostaré que el ánima del muerto,
por gozar de este sitio, hoy ha dejado
la gloria, donde vive eternamente."

Esto oyó un valentón, y dijo: "Es cierto
cuanto dice voacé, señor soldado.
Y el que dijere lo contrario, miente."

Y luego, *in continente,*
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

(Sevilla, 1598. *Parnaso español,* de D. Juan López Sedano. 1772.)

El anterior soneto caudato le reproduce don Francisco Rodríguez Marín, con variantes, en su folleto "Una joyita de Cervantes" (Madrid, 1914, pág. 15), según el texto descubierto por él en un cartapacio hispalense con papeles del siglo XVII, letra de la época. He aquí la lección que ofrece el ilustre Director de la Biblioteca Nacional:

"Voto a Dios que me espanta esta braveza
y que diera un doblón por descrebilla;
porque ¿a quién no suspende y maravilla
esta máquina insigne, esta grandeza?

"Por Jesucristo vivo, cada pieza
vale más que un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo, ¡oh, gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y riqueza!

"Apostaré que el ánima del muerto,
por gozar deste sitio, hoy ha dejado
la gloria, donde habita eternamente."

Esto oyó un valentón, y dijo: "Es cierto
lo que dice buasé, mi so soldado,
y quien dijere lo contrario, miente."

Y luego incontinente
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

En el mismo folleto se inserta otro soneto que halló el mismo D. Francisco en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, entre papeles que fueron de Gayangos. De ese soneto dice que, "como el tan famoso" antes copiado, "podría llevar al pie el Cervantes me fecit". *Hele aquí, modernizado, en lo posible, la ortografía:*

OTRO, EN RESPUESTA

"Voacé, mi sor soldado, ¿qué se admira?
¿No ve que el muerto fué persona honrada
y que para su túmulo era nada
del rey de éxito la soberbia epira? *(sic)*.

"¡Cuerpo de Dios con él! Ponga la mira
en que la misma muerte está admirada
de ver que a parte tanto levantada
había llegado el tiro de su vira.

"¡Voto a Dios que le espantan cuatro hachos
y de bayeta un vil tapiz le escalda,
y un rey muerto no le hace maravilla!"

Esto dijo, torciendo los mostachos
y alzando del sombrero la ancha falda,
un valentón a otro de Sevilla.

A LA MARQUESA DE DENIA

"*¿Quæ es ista quæ ascendit de deserto...?*",
preguntó un socarrón a un licenciado,
in lege bellacorum graduado,
de bigote engomado y cuello abierto.

El cual le respondió, de risa muerto:
"Tiéneme esta braveza, seor soldado,
tan absorto y sin mí, tan abobado,
que aun informarme de lo qué es no acierto.

Dicen que nace este alboroto y fiesta
de que Sevilla a una mujer recibe
que pago le hará con un *Pax vobis.*"

Luego entró en una litera muy compuesta,
y él, dándose en los pechos, dijo: "*Vive,*
gran marquesa: ya el Rey *Ora pro nobis.*"

(De un códice en 8.º, letra del siglo XVII, con el rótulo "Sonetos del recibimiento que Sevilla hizo a la Marquesa de Denia". Descubrióle, en la biblioteca del señor Marqués de Jerez de los Caballeros, D. Francisco Rodríguez Marín, que no dudó en ahijarle a Cervantes, insertándole en sus obras: *Comentarios en verso escritos en* 1599 *para un libro en prosa que se había de publicar en* 1896, y *El Loaysa de "El celoso extremeño"*. Sevilla, 1901.)

A UN VALENTÓN METIDO A PORDIOSERO

Un valentón de espátula y gregüesco
que a la muerte mil vidas sacrifica,
cansado del oficio de la pica,
mas no del ejercicio picaresco,

retorciendo el mostacho soldadesco,
por ver que ya su bolsa le repica,
a un corrillo llegó de gente rica,
y en el nombre de Dios pidió refresco.

"Den voacedes, por Dios, a mi pobreza,
les dice; donde no, por ocho santos,
que haré lo que hacer suelo sin tardanza."

Mas uno, que a sacar la espada empieza,
"¿Con quién habla, le dijo, el tiracantos?

Si limosna no alcanza,
¿qué es lo que suele hacer en tal querella?"
Respondió el bravonel: "Irme sin ella."

(*Biblioteca de Autores Españoles.* Se transcribió de un manuscrito que poseyó D. Agustín García Arrieta, Bibliotecario de los Estudios Reales.)

A UN ERMITAÑO

Maestro era de esgrima Campuzano,
de espada y daga diestro a maravilla.
Rebanaba narices en Castilla
y siempre le quedaba el brazo sano.

Quiso pasarse a Indias un verano,
y riñó con Montalvo, el de Sevilla;
cojo quedó de un pie de la rencilla,
tuerto de un ojo, manco de una mano.

Vínose a recoger a aquesta ermita,
con su palo en la mano y su rosario,
y su ballesta de matar pardales.

Y con su Magdalena, que le quita
mil canas, está hecho un San Hilario.
¡Ved cómo nacen bienes de los males!

(*Biblioteca de Autores Españoles.* Copiado de otro manuscrito con igual origen que el precedente.)

COMPOSICIONES SUELTAS

A LA MUERTE DE LA REINA DOÑA ISABEL DE VALOIS

Cuando dejaba la guerra
libre nuestro hispano suelo,
con un repentino vuelo
la mejor flor de la tierra
fué transportada en el cielo.

Y, al cortarla de su rama
el mortífero accidente,
fué tan oculta a la gente
como el que no ve la llama
hasta que quemarse siente.

(*Historia y Relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y sumptuosas exequias fúnebres de la Serenísima Reina de España doña Isabel de Valois,* compuesto y ordenado por el mestro Juan López, catedrático del Estudio de la Villa de Madrid. Madrid, Pierres Cosin, 1569.)

A LA MISMA MUERTE

Cuando un estado dichoso
esperaba nuestra suerte,
bien como ladrón famoso,
vino la invencible muerte
a robar nuestro reposo.

Y metió tanto la mano
aqueste fiero tirano,
por orden del alto cielo,
que nos llevó de este suelo
el valor del ser humano.

¡Cuán amarga es tu memoria,
oh, dura y terrible faz!
Pero en aquesta victoria
si llevaste nuestra PAZ,
fué para darle más gloria.

Y, aunque el dolor nos desuela,
una cosa nos consuela:
ver que al reino soberano
ha dado un vuelo temprano
nuestra muy cara ISABELA.

Una alma tan limpia y bella,
tan enemiga de engaños,
¿qué pudo merecer ella,
para que en tan tiernos años
dejase el mundo de vella?

Dirás, muerte, en quien se encierra
la causa de nuestra guerra,
para nuestro desconsuelo:
"que cosas que son del cielo,
no las merece la tierra".

Tanto de punto subiste
en el amor que mostraste,
que ya que al cielo te fuiste,
en la tierra nos dejaste
las prendas que más quisiste.

¡Oh, Isabela Eugenia Clara,
Catalina, a todos cara,
claros luceros los dos,
no quiera y permita Dios,
se os muestre fortuna avara!

(De la misma *Historia y Relación.)*

ELEGÍA DEDICADA AL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO CARDENAL DON DIEGO DE ESPINOSA, INSPIRADA EN LA MUERTE DE LA REINA

¿A quién irá mi doloroso canto,
o en cúya oreja sonará su acento,
que no deshaga el corazón en llanto?

A ti, gran Cardenal, yo le presento;
pues vemos te ha cabido tanta parte
del hado ejecutivo violento.

Aquí verás que el bien no tiene parte:
todo es dolor, tristeza y desconsuelo
lo que en mi triste canto se reparte.

¿Quién dijera, señor, que un solo vuelo
de una ánima beata al alta cumbre
pusiera en confusión al bajo suelo?

Mas, ¡ay!, que yace muerta nuestra lumbre:
el alma goza de perpetua gloria
y el cuerpo de terrena pesadumbre.

No se pase, señor, de tu memoria
cómo en un punto la invencible muerte
lleva de nuestras vidas la victoria.

Al tiempo que esperaba nuestra suerte
poderse mejorar, la santa mano
mostró por nuestro mal su furia fuerte.

Entristeció a la tierra su verano,
secó su paraíso fresco y tierno,
el ornato anubló del ser cristiano,

volvió la primavera en frío invierno,
trocó en pesar su gusto y alegría,
tornó de arriba abajo su gobierno.

Pasóse ya aquel sèr que ser solía
a nuestra obscuridad claro lucero,
sosiego de la antigua tiranía.

A más andar el término postrero
llegó, que dividió con furia insana
del alma santa el corazón sincero.

Cuando ya nos venía la temprana
dulce fruta del árbol deseado,
vino sobre él la frígida mañana.

¿Quién detuvo el poder de Marte airado,
que no pasase más el alto monte,
con prisiones de nieve aherrojado?

No pisará ya más nuestro horizonte,
que a los Campos Elíseos es llevada,
sin ver la obscura barca de Caronte.

A ti, fiel pastor de la manada
seguntina, es justo y te conviene
aligerarnos carga tan pesada.

Mira el dolor que el gran Filipo tiene:
allí tu discreción muestre el alteza
que en tu divino ingenio se contiene.

Bien sé que le dirás que a la bajeza
de nuestra humanidad es cosa cierta
no tener sólo un punto de firmeza;

y que, si yace su esperanza muerta
y el dolor vida y alma le lastima,
que a do la cierra Dios, abre otra puerta.

Mas ¿qué consuelo habrá, señor, que oprima
algún tanto sus lágrimas cansadas,
si una prenda perdió de tanta estima?

Y más si considera las amadas
prendas que le dejó en la dulce vida,
y con su amarga muerte lastimadas.

Alma bella, del cielo merecida,
mira cuál queda el miserable suelo
sin la luz de tu vida esclarecida.

.....

Si no os cansáis, señor, ya de escucharme,
anudaré de nuevo el roto hilo,
que la ocasión es tal, que a desforzarme

lágrimas pediré al corriente Nilo,
un nuevo corazón al alto cielo,
y a las más tristes musas triste estilo.

Diré que al duro mal, al grave duelo
que a España en brazos de la muerte tiene,
no quiso Dios dejarle sin consuelo.

Déjole al gran Filipo, que sostiene,
cual firme basa, al alto firmamento,
el bien o desventura que le viene.

De aquesto nos lleváis el vencimiento,
pues deja en vuestros hombros esta carga
del cielo y de la tierra y pensamiento.

La vida que en la vuestra así se encarga
muy bien puede vivir leda y segura,
pues de tanto cuidado se descarga.

Gozando, como goza, tal ventura
el gran señor del ancho suelo hispano,
su mal es menos y esta desventura.

Si el ánimo real, si el soberano
tesoro le robó en sólo un día
la muerte airada con esquiva mano,

regalos son que el sumo Dios envía
a aquel que ya le tiene aparejado
sublime asiento en la alta jerarquía.

.....

Cuando más favorable el mundo sea,
cuando nos ría el bien todo delante
y venga al corazón lo que desea,

tiénese de esperar que en un instante
dará con ello la fortuna en tierra,
que no fué ni será jamás constante.

Y aquel que no ha gustado de la guerra,
a do se aflige el cuerpo y la memoria,
parece Dios del cielo le destierra.

Porque no se coronan en la gloria,
si no es los capitanes valerosos
que llevan en sí mismos la victoria.

Los amargos suspiros dolorosos,
las lágrimas sin cuento que ha vertido,
quien nos puede en su vista hacer dichosos,

al perder a su hijo tan querido:
aquel mirarse y verse, cual se halla,
de todo su placer desposeído,

¿qué se puede decir si no batalla,
adonde le hemos visto, siempre armado
con la paciencia, que es muy fina malla?

Del alto cielo ha sido consolado,
con concederle acá vuestra persona,
que mira por su honra y por su estado.

.....

De hoy más deje del llanto la fiereza
el afligida España, levantando,
con verde lauro ornada, la cabeza.

Que mientras fuere el cielo mejorando
del soberano rey la larga vida,
no es bien que se consuma lamentando.

Y, en tanto que arribare a la subida
de la inmortalidad vuestra alma pura,
no se entregue al dolor tan de corrida.

Y más, que el grave rostro de hermosura,
por cuya ausencia vive sin consuelo,
goza de Dios en la celeste altura.

¡Oh, trueco glorioso; oh, santo celo!
Pues con gozar la tierra has merecido,
tender tus pasos por el alto cielo.

Con esto cese el canto dolorido,
magnánimo señor, que, por mal diestro,
queda tan temeroso y tan corrido,
cuando yo quedo, gran señor, por vuestro.

(De la misma *Historia y Relación.*)

AL HÁBITO DE FRAY PEDRO DE PADILLA

Hoy el famoso Padilla,
con las muestras de su celo
causa contento en el cielo,
y en la tierra maravilla.

Porque, llevado del cebo
de amor, temor y consejo,
se despoja el hombre viejo
para vestirse de nuevo.

Cual prudente sierpe ha sido,
pues con nuevo corazón
en la piedra de Simón
se deja el viejo vestido.

Y esta mudanza que hace
lleva tan cierto compás,
que en ella asiste lo más
de cuanto a Dios satisface.

Con las obras y la fe
hoy para el cielo se embarca.
en mejor jarciada barca
que la que llevó a Noé.

Y para hacer tal pasaje,
ha muchos años que ha hecho,
con sano y cristiano pecho,
cristiano matalotaje.

Y no teme el mal tempero,
ni anegarse en el profundo,
porque en el mar de este mundo
es práctico marinero.

Y así, mirando la aguja
divina cual se requiere,
si el demonio a orza diere,
él dará al instante a puja.

Y llevando este concierto
con las ondas de este mar,
a la fin vendrá a parar
a seguro y dulce puerto.

Donde, sin áncoras ya,
estará la mar en calma,
con la eternidad del alma
que nunca se acabará.

En una verdad me fundo,
y mi ingenio aquí no yerra:
que en siendo sol de la tierra,
habéis de ser luz del mundo.

Luz, de gracia rodeada,
que alumbra nuestro horizonte,
y sobre el Carmelo monte
fuerte ciudad levantada.

Para alcanzar el trofeo
de estas santas profecías,
tendréis el carro de Elías
con el manto de Eliseo.

Y, ardiendo en amor divino,
donde nuestro bien se fragua,
apartando el manto al agua,
por el fuego haréis camino.

Porque el voto de humildad
promete segura alteza,
y castidad y pobreza,
bienes de divinidad.

Y así los cielos serenos
verán, cuando acabarás,
un cortesano, allá, más,
y en la tierra un sabio menos.

(*Jardín espiritual*. Madrid, 1584.)

A FRAY PEDRO DE PADILLA

Cual vemos que renueva
el águila real la vieja y parda
pluma, y, con otra nueva,
la detenida y tarda
pereza arroja, y con subido vuelo,
rompe las nubes y se llega al cielo;

tal, famoso Padilla,
has sacudido tus humanas plumas,
porque con maravilla
intentes y presumas
llegar con nuevo vuelo al alto asiento
donde aspiran las alas de tu intento.

Del sol el rayo ardiente
alza del duro rostro de la tierra,
con virtud excelente,
la humildad que en sí encierra,
la cual después, en lluvia convertida,
alegra al suelo y da a los hombres vida.

Y, de esta misma suerte,
el sol divino te regala y toca,
y en tal humor convierte,
que con tu pluma apoca
la sequedad de la ignorancia nuestra,
y a ciencia santa y a santa vida adiestra.

¡Qué santo trueco y cambio,
por las humanas las divinas musas!

¡Qué interés y recambio!
¡Qué nuevos modos usas
de adquirir en el suelo una memoria
que dé fama a tu nombre, al alma gloria!

Que, pues es tu Parnaso
el monte del Calvario, y son tus fuentes
de Aganipe y Pegaso
las sagradas corrientes
de las benditas llagas del Cordero,
eterno nombre de tu nombre espero.

(*Jardín espiritual.* Madrid, 1584.)

AL "CANCIONERO" DE LÓPEZ MALDONADO

Bien donado sale al mundo
este libro, do se encierra
la paz de amor, y la guerra,
y aquel fruto sin segundo
de la castellana tierra.

Que aunque le da Maldonado,
va tan rico y *bien donado*
de ciencia y de discreción,
que me afirmo en la razón
de decir que es *bien donado.*

El sentimiento amoroso
del pecho más encendido
en fuego de amor, y herido
de su dardo ponzoñoso,
y en la red suya cogido;

el temor y la esperanza
con que el bien y el mal se alcanza
en las empresas de amor,
aquí muestra su valor,
su buena o su mala andanza.

Sin flores, sin praderías,
y sin los faunos silvanos,
sin ninfas, sin dioses vanos,
sin yerbas, sin aguas frías,
y sin apacibles llanos;

en agradables concetos,
profundos, altos, discretos,
con verdad llana y distinta,
aquí el sabio autor nos pinta
del ciego Dios los afetos.

Con declararnos la mengua,
y el bien de su ardiente llama,
ha dado a su nombre fama
y enriquecido su lengua,
que ya la mejor se llama,

y hanos mostrado que es sólo
favorecido de Apolo
con dones tan infinitos,
que su fama en sus escritos
irá de este al otro polo.

(*Cancionero* de Gabriel López Maldonado. Madrid, 1586.)

EPÍSTOLA A MATEO VÁZQUEZ LECCA, SECRETARIO DE FELIPE II

.....

Y en la esquiva prisión amarga y dura,
donde ahora quedo, estoy llorando
mi corta infelicísima ventura,

con quejas tierra y cielo importunando,
con suspiros el aire obscureciendo,
con lágrimas el mar acrecentando.

Vida es ésta, señor, do estoy muriendo
entre bárbara gente descreída,
la mal lograda juventud perdiendo.

No fué la causa aquí de mi venida
andar vagando por el mundo, acaso
con la vergüenza y la razón perdida.

Diez años ha que tiendo y mudo el paso
en servicio del gran Filipo nuestro,
ya con descanso, ya cansado y laso.

Y en el dichoso día que siniestro
tanto fué el hado a la enemiga armada,
cuanto a la nuestra favorable y diestro,

de temor y de esfuerzo acompañada
presente estuvo mi persona al hecho,
más de esperanza que de hierro armada.

Vi el formado escuadrón roto y deshecho,
y de bárbara gente, y de cristiana,
rojo en mil partes de Neptuno el lecho;

la muerte airada, con su furia insana,
aquí y allí con prisa discurriendo,
mostrándose a quién tarda, a quién temprana;

el son confuso, el espantable estruendo,
los gestos de los tristes miserables
que entre el fuego y el agua iban muriendo;

los profundos suspiros lamentables
que los heridos pechos despedían,
maldiciendo sus hados detestables.

Helóseles la sangre que tenían,
cuando en el son de la trompeta nuestra
su daño y nuestra gloria conocían:

con alta voz, de vencedora muestra,
rompiendo el aire claro, el sol mostraba
ser vencedora la cristiana diestra.

A esta dulce sazón, yo triste estaba
con la una mano de la espada asida,
y sangre de la otra derramaba;

el pecho mío de profunda herida
sentía llagado, y la siniestra mano
estaba por mil partes ya rompida.

Pero el contento fué tan soberano
que a mi alma llegó, viendo vencido
el crudo pueblo infiel por el cristiano,

que no echaba de ver si estaba herido,
aunque era tan mortal mi sentimiento
que a veces me quitó todo el sentido;

y en mi propia cabeza el escarmiento
no me pudo estorbar que el segundo año
no me pusiese a discreción del viento;

y al bárbaro y medroso pueblo extraño
vi recogido, triste, amedrentado,
y con causa temiendo de su daño,

y al reino tan antiguo y celebrado,
a do la hermosa Dido fué rendida
al querer del troyano desterrado,

también, vertiendo sangre aún la herida
mayor, con otras dos, quise hallarme,
por ver ir la morisma de vencida.

¡Dios sabe si quisiera allí quedarme
con los que allí quedaron, esforzados,
y perderme con ellos o ganarme!

Pero mis cortos implacables hados,
en tan honrosa empresa no quisieron
que acabase la vida y los cuidados.

Y, al fin, por los cabellos me trajeron
a ser vencido por la valentía
de aquellos que después no la tuvieron.

En la galera *Sol*, que obscurecía
mi ventura sin luz, a pesar mío,
fué la pérdida de otros y la mía.

Valor mostramos al principio, y brío;
pero después, con la experiencia amarga,
conocimos ser todo desvarío.

Sentí de ajeno yugo la gran carga,
y en las manos sacrílegas malditas
dos años ha que mi dolor se alarga.

Bien sé que mis maldades infinitas
y la poca atrición que en mí se encierra
me tiene entre estos falsos ismaelitas.

Cuando llegué vencido y vi la tierra
tan nombrada en el mundo, que en su seno
tantos piratas cubre, acoge y cierra,

no pude al llanto detener el freno,
que, a mi despecho, sin saber lo que era,
me vi el marchito rostro de agua lleno.

Ofrecióse a mis ojos la ribera
y el monte donde el grande Carlos tuvo
levantada en el aire su bandera;

y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo,
pues, movido de envidia de su gloria,
airado entonces más que nunca estuvo.

Estas cosas, volviendo en mi memoria,
las lágrimas trajeron a los ojos,
movidas de desgracia tan notoria.

Pero si el alto cielo en darme enojos
no está con mi ventura conjurado,
y aquí no lleva muerte mis despojos,

cuando me vea en más alegre estado,
si vuestra intercesión, señor, me ayuda
a verme ante Filipo arrodillado,

mi lengua balbuciente y casi muda
pienso mover en la real presencia,
de adulación y de mentir desnuda,

diciendo: "Alto señor, cuya potencia
sujetas trae mil bárbaras naciones
al desabrido yugo de obediencia;

a quien los negros indios, con sus dones,
reconocen honesto vasallaje,
trayendo el oro acá de sus rincones:

despierte en tu real pecho el gran coraje,
la gran soberbia con que una vil oca
aspira de continuo a hacerte ultraje.

La gente es mucha, mas su fuerza es poca,
desnuda, mal armada, que no tiene,
en su defensa, fuerte muro o roca.

Cada uno mira si tu armada viene,
para dar a sus pies el cargo y cura
de conservar la vida que sostiene.

De la amarga prisión, triste y obscura,
adonde mueren veinte mil cristianos,
tienes la llave de su cerradura;

todos, cual yo, de allá puestas las manos,
las rodillas por tierra, sollozando,
cercados de tormentos inhumanos,

valeroso señor, te están rogando
vuelvas los ojos de misericordia
a los suyos, que están siempre llorando.

Y, pues te deja ahora la discordia,
que hasta aquí te ha oprimido y fatigado,
y gozas de pacífica concordia,

haz, ¡oh, buen rey!, que sea por ti acabado
lo que, con tanta audacia y valor tanto,
fué por tu amado padre comenzado.

Sólo el pensar que vas pondrá un espanto
en la enemiga gente, que adivino
ya desde aquí su pérdida y quebranto."

¿Quién duda que el real pecho benino
no se muestre, escuchando la tristeza
en que están estos míseros contino?

Bien parece que muestro la flaqueza
de mi tan torpe ingenio, que pretende
hablar tan bajo ante tan alta alteza;

pero el justo deseo la defiende...
Mas a todo silencio poner quiero,
que temo que mi pluma ya os ofende,
y al trabajo me llaman donde muero.

(La escribió Cervantes en 1577, durante su cautiverio en Argel. Fué descubierto el manuscrito por D. Luis Buitrago y Peribáñez en el archivo de los condes de Altamira. Fragmento.)

CANCIONES A «LA INVENCIBLE»

I

"Canción nacida de las varias nuevas que han venido de la católica Armada que fué sobre Inglaterra."

Bate, Fama veloz, las prestas alas;
rompe del Norte las cerradas nieblas;
aligera los pies, llega y destruye
el confuso rumor de nuevas malas,
y con tu luz esparce las tinieblas
del crédito español que de ti huye;
esta preñez concluye
en un parto dichoso que nos muestre
un fin alegre de la ilustre empresa,
cuyo fin nos suspende, alivia y pesa,
ya en contienda naval, ya en la terrestre,
hasta que, con tus ojos y tus lenguas
diciendo ajenas menguas,
de los hijos de España el valor cantes,
con que admires al cielo, al suelo espantes...
.....

Di, que al fin lo dirás: "Allí volaron
por el aire los cuerpos impelidos
de las fogosas máquinas de guerra;
aquí las aguas su color cambiaron,
y la sangre de pechos atrevidos
humedecieron la contraria tierra;
cómo huye o se aferra

este y aquel navío; en cuántos modos
se aparecen las sombras de la muerte;
cómo juega Fortuna con la suerte,
no mostrándose igual ni firme a todos,
hasta que, por mil varios embarazos,
los españoles brazos,
rompiendo por el aire, tierra y fuego,
declararon por suyo el mortal juego."

.....

Después de esto dirás: "En espaciosas
concertadas hileras va marchando
nuestro cristiano ejército invencible,
las cruzadas banderas victoriosas
al aire con donaire tremolando,
haciendo vista fiera y apacible;
forma aquel son horrible
que el cóncavo metal despide y forma,
y aquel del atambor, que engendra y cría
en el cobarde pecho valentía
y el temor natural trueca y reforma;
haz los reflejos y vislumbres bellas
que, cual claras estrellas,
en las lúcidas armas el sol hace
cuando mirar este escuadrón le place."

Esto dicho, revuelve presurosa,
y en los oídos de los dos prudentes
famosos generales, luego envía
una voz que les diga la gloriosa
estirpe de sus claros ascendientes,
cifra de más que humana valentía.
Al que las naves guía
muéstrale, sobre un muro, un caballero,
más que de hierro de valor armado,
y, entre la turba mora, un niño atado

cual entre hambrientos lobos un cordero,
y al segundo Abraham, que da la daga
con que el bárbaro paga
el sacrificio horrendo que en el suelo
le dió fama inmortal, gloria en el cielo.

Dirás al otro "que en sus venas tiene
la sangre de Austria; que, con esto sólo,
le dirás cien mil hechos señalados,
y en cuanto el ancho mar cerca y contiene
y en lo que mira el uno y otro polo
fueron por sus mayores acabados".
Estos así informados,
entra en el escuadrón de nuestra gente,
y allá verás, mirando a todas partes,
mil Cides, mil Roldanes y mil Martes,
valiente aquél, aqueste más valiente:
a éstos sólo les dirás que miren,
para que luego aspiren
a concluir la más dudosa hazaña:
"¡Hijos, mirad que es vuestra madre España!"

(Fragmento.)

II

"Canción de la pérdida de la Armada que fué a Inglaterra."

Madre de los valientes de la guerra,
archivo de católicos soldados,
crisol donde el amor de Dios se apura,
tierra donde se ve que el cielo entierra
los que han de ser al cielo trasladados
por defensores de la fe más pura;
no te parezca, acaso, desventura,

¡oh, España, madre nuestra!,
ver que tus hijos vuelven a tu seno
dejando el mar de sus desgracias lleno,
pues no los vuelve la contraria diestra,
vuélvelos la borrasca incontrastable
del viento, mar, y el cielo, que consiente
que se alce un poco la enemiga frente,
odiosa al cielo, al suelo detestable;
porque entonces es cierta la caída
cuando es soberbia y vana la subida.

Abre tus brazos y recoge en ellos
los que vuelven confusos, no rendidos,
pues no se excusa lo que el cielo ordena,
ni puede en ningún tiempo los cabellos
tener alguno con la mano asidos
de la calva ocasión en suerte buena,
ni es de acero o diamante la cadena
con que se enlaza y tiene
el buen suceso en los marciales casos,
y los más fuertes bríos quedan lasos
del que a los brazos con el viento viene;
y esta vuelta que ves, desordenada,
sin duda entiendo que ha de ser la vuelta
del toro, para dar mortal revuelta
a la gente con cuerpos desalmada;
que el cielo, aunque se tarda, no es amigo
de dejar las maldades sin castigo.

A tu león pisado le han la cola:
las vedijas sacude, ya revuelve
a la justa venganza de su ofensa,
no sólo suya, que si fuera sola,
quizá la perdonara; sólo vuelve
por la de Dios, y en restaurarla piensa:
único es su valor, su fuerza inmensa,

claro su entendimiento,
indignado con causa, y tal que a un pecho
cristiano, aunque de mármol fuese hecho,
moviera a justo y vengativo intento;
y más que el galo, el turco, el moro, mira,
con vista aguda y ánimos perplejos,
cuáles son los comienzos y los dejos
y dónde pone este león la mira,
porque entonces su suerte está lozana
en cuanto tiene este león cuartana.

Ea, pues, ¡oh, Felipe!, señor nuestro,
segundo en nombre y hombre sin segundo,
columna de la fe, segura y fuerte,
vuelve en suceso más felice y diestro
este designio que fabrica el mundo
que piensa manso y sin coraje verte,
como si no bastasen a moverte
tus puertos salteados
en las remotas Indias apartadas,
y en tus casas tus naves abrasadas,
y en la ajena los templos profanados,
tus mares llenos de piratas fieros,
por ellos tus armadas encogidas,
y en ellos mil haciendas y mil vidas
sujetas a mil bárbaros aceros;
cosas que, cada cual por sí, es posible
a hacer que se intente lo imposible.

Pide, toma, señor, que todo aquello
que tus vasallos tienen se te ofrece,
con liberal y valerosa mano,
a trueque que al inglés pérfido cuello
pongas el justo yugo que merece
su injusto pecho y proceder insano.
No sólo el oro que se adora en vano,

sino sus hijos caros
te darán, cual el suyo dió Don Diego,
que en propia sangre y en ajeno fuego
acrisoló los hechos siempre raros
de la casa de Córdova, que ha dado
catorce mayorazgos a las lanzas
moriscas, y con firmes confianzas
sus obras y su nombre han dilatado
por la espaciosa redondez del suelo,
que, el que así muere, vive y gana el cielo.

(Fragmento.)

(Se escribieron las *Canciones* en el verano de 1589, al recibirse en Madrid, escalonadas, las noticias del desastre de "La Invencible".)

A GABRIEL PÉREZ DEL BARRIO ANGULO

Tal secretario formáis,
Gabriel, en vuestros escritos,
que por siglos infinitos
en él os eternizáis.
De la ignorancia sacáis
la pluma, y, en presto vuelo,
de lo más bajo del suelo
al cielo la levantáis.

Desde hoy más la discreción
quedará puesta en su punto,
y el hablar y escribir junto
en su mayor perfección.
Que en esta nueva ocasión
nos muestra, en breve distancia,
Demóstenes su elegancia
y su estilo Cicerón.

España os está obligada,
y con ella el mundo todo,
por la sutileza y modo
de pluma tan bien cortada.
La adulación defraudada
queda, y la lisonja en ella;
la mentira se atropella,
y es la verdad levantada.

Vuestro libro nos informa
que sólo vos habéis dado

a la materia de Estado
hermosa y cristiana forma
Con la razón se conforma
de tal suerte, que en él veo
que, contentando al deseo,
al que es más libre reforma.

(*Dirección de Secretarios*, por el dicho. 1613.)

A SAN JACINTO

(Redondilla propuesta para glosa en el segundo de los certámenes celebrados en Zaragoza para honrar al Santo.)

El Cielo a la Iglesia ofrece
hoy una piedra tan fina,
que en la corona divina
del mismo Dios resplandece.

Tras los dones primitivos
que, en el fervor de su celo,
ofreció la Iglesia al Cielo.
a sus edificios vivos
dió nuevas piedras el suelo.
Estos dones agradece
a su esposa, y la ennoblece;
pues de parte del esposo
un Jacinto, el más precioso,
el Cielo a la Iglesia ofrece.

Porque el hombre de su gracia
tantas veces se retira,
y el Jacinto al que le mira
es tan grande su eficacia,
que le sosiega la ira.
Su misma piedad lo inclina
a darlo por medicina,
que, en su juicio profundo,
ve que ha menester el mundo
hoy una piedra tan fina.

Obró tanto esta virtud
viviendo Jacinto en él,
que, a los vivos rayos de él,
en una y otra salud
se restituyó por él.
Crezca gloriosa la mina
que de su luz Jacintina
tiene el Cielo y Tierra llenos;
pues no mereció estar menos
que en la corona divina.

Allá luce, ante los ojos
del mismo autor de su gloria,
y acá, en gloriosa memoria
de los triunfos y despojos
que sacó de la victoria.
Pues si otra luz desfallece
cuando el sol la suya ofrece,
¡qué más viva y rutilante
será aquesta, si delante
del mismo Dios resplandece!

(Relación de las justas celebradas en el convento de Padres predicadores de Zaragoza, en la canonización de San Jacinto, por Jerónimo Martel, 1597.)

A LA ELECCIÓN DEL ARZOBISPO DE TOLEDO DON BERNARDO DE SANDOVAL Y ROJAS

Canción.

Prudencia rara y elección divina
fué la vuestra, Filipo Rey Tercero,
con quien el Istro y Alpes se engrandecen:
en celo y gloria fuisteis el primero;
y quien a veros, Rey, la vista empina,
verá que entrambos polos se os ofrecen.
Dais a los que merecen
con alto nombre, celestial y eterno,
con prudencia el gobierno;
mirad vuestra grandeza lo que supo:
que donde más no cupo,
llenó con su favor vuestro alto pecho,
dejando vuestro reino satisfecho.
Pusisteis, Rey, con modo soberano
a Don Bernardo Sandoval y Rojas
por arzobispo de la iglesia nuestra:
es fruto vivo de encarnadas hojas.
Fué elección del cielo vuestra mano,
según su gracia y su bondad nos muestra,
y, pues el cielo adiestra,
vuestra lengua, señor, sea profeta,
pues su elección perfeta
que a tu persona títulos dió iguales
hará sus vivos hechos inmortales.
Y aquella antorcha viva, a quien se humilla
el cristianismo todo, y que su lumbre
nos muestra con favores soberanos:
el Pontífice santo, que en la cumbre

adonde está la más suprema silla
se sienta y le besamos pies y manos,
por sus intentos llanos
veréis cuán buena fué su elección santa
en esta hermosa planta,
que su fruto dichoso se eterniza
y España canoniza,
dando el capelo rojo al grande Rojas,
dichoso fruto de tan buenas hojas.
Prospere el cielo su dichosa suerte;
las ninfas canten con sonoro canto
en el sagrado Henares; tan copioso
Tajo en sus aguas de oro esté contento;
mi tosca vena con su voz despierte
y Tíber de alegría esté gozoso.
Aqueste sol hermoso
sus vegas fertiliza, aumenta y crece;
todo el campo florece,
con su venida quita el triste velo,
y muéstranos el cielo
sereno, afable, de sus claros ojos,
que estaban de llorar los nuestros rojos.
¿Quién dirá alguna parte
de las que tiene, con su cuerpo hermoso,
en todo cuidadoso;
mansedumbre, modestia y gallardía,
dulzura y cortesía?
Iguales miembros, juntamente hermosos
en lo esencial, perfectos y vistosos.

(Descubierta en un códice de la Biblioteca Colombina, de Sevilla, por D. José M. Asensio, quien la insertó en *Carta literaria* dirigida a don Aureliano Fernández-Guerra y publicada en la revista *Cervantes*, de Madrid, número 30, de 30 de marzo de 1876. Precisa el Sr. Asensio que la *Canción* se refiere a la elección de D. Bernardo de Sandoval para la mitra de Toledo, donde hizo su entrada el 29 de septiembre de 1599, lo que se indica para fijar la fecha de la composición.)

A LOS ÉXTASIS DE LA BEATA MADRE TERESA DE JESÚS

Canción.

Virgen fecunda, madre venturosa
cuyos hijos, criados a tus pechos,
sobre sus fuerzas la virtud alzando,
pisan ahora los dorados techos
de la dulce región maravillosa
que está la gloria de su Dios mostrando.
Tú, que ganaste, obrando,
un nombre en todo el mundo
y un grado sin segundo;
ahora, estés ante tu Dios postrada,
en rogar por tus hijos ocupada
o en cosas dignas de tu intento santo,
oye mi voz cansada
y esfuerza, ¡oh, madre!, el desmayado canto.

Luego que de la cuna y las mantillas
sacó Dios tu niñez, diste señales
que Dios para ser tuya te guardaba,
mostrando los impulsos celestiales
en ti, con ordinarias maravillas,
que a tu edad tu deseo aventajaba.
Y, así, si descuidaba
de lo que hacer debía,
tal vez luego volvía
mejorado, mostrando codicioso
que el haber parecido perezoso
era en volver atrás, para dar salto,
con curso más brioso,
desde la tierra al cielo, que es más alto.

Creciste, y fué creciendo en ti la gana
de obrar, en proporción de los favores
con que te regaló la mano eterna;
tales, que al parecer se alzó a mayores
contigo alegre, Dios, en la mañana
de tu florida edad, humilde y tierna.
Y así tu ser gobierna
que, poco a poco, subes
sobre las densas nubes
de la suerte mortal, y así levantas
tu cuerpo al cielo, sin fijar las plantas,
que ligero tras sí el alma le lleva
a las regiones santas
con nueva suspensión, con virtud nueva.

Allí su humildad te muestra santa,
acullá se desposa Dios contigo,
aquí misterios altos te revela;
tierno amante se muestra, dulce amigo,
y, siendo tu maestro, te levanta
al cielo que señala por tu escuela.
Parece se desvela
en hacerte mercedes;
rompe rejas y redes,
para buscarte, el Mágico divino,
tan tu llegado siempre y tan contino,
que, si algún afligido a Dios buscara,
acortando camino,
en tu pecho o en tu celda le hallara.

Aunque naciste en Avila, se puede
decir que en Alba fué donde naciste;
pues allí nace donde muere el justo.
Desde Alba, ¡oh, madre!, al cielo te partiste.
Alba pura, hermosa, a quien sucede
el claro día del inmenso gusto,

que le goces es justo
en éxtasis divinos,
por todos los caminos
por donde Dios llevar a un alma sabe,
para darle de sí cuanto ella cabe,
y aun la ensancha, dilata y engrandece,
y, con amor suave,
a sí y de sí la junta y enriquece.

Como las circunstancias convenibles
que acreditan los éxtasis, que suelen
indicios ser de santidad notoria,
en los tuyos se hallaron, nos impelen
a creer la verdad de los visibles
que nos describe tu discreta historia.
Y al quedar con victoria
—¡honroso triunfo y palma!—
del infierno, y tu alma,
más humilde, más sabia y obediente
al fin de tus arrobos, fué evidente
señal que todos fueron admirables
y, sobrehumanamente,
nuevos, continuos, sacros, inefables.

Ahora, pues, que al cielo te retiras,
menospreciando la mortal riqueza,
en la inmortalidad que siempre dura,
y el visorrey de Dios nos da certeza
que sin enigma y sin espejo miras
de Dios la incomparable hermosura;
colma nuestra ventura,
oye, devota y pía,
los balidos que envía
el rebaño infinito que criaste,

cuando del suelo al cielo el vuelo alzaste;
que no, porque dejaste nuestra vida,
la caridad dejaste
que en los cielos está más extendida.

Canción: de ser humilde has de preciarte,
cuando quieras al cielo levantarte;
que tiene la humildad naturaleza
de ser el todo y parte
de alzar al cielo la mortal bajeza.

(Compendio de las fiestas celebradas en España, con motivo de la beatificación de la madre Teresa de Jesús, por fray Diego de San José. 1615.)

LOS CELOS

Yace donde el sol se pone,
entre dos tajadas peñas,
una entrada de un abismo,
quiero decir, una cueva,
profunda, lóbrega, obscura,
aquí mojada, allí seca,
propio albergue de la noche,
del horror y las tinieblas.
Por la boca sale un aire
que el alma encendida hiela,
y un fuego, de cuando en cuando,
que el pecho de hielo quema.
Oyese dentro un ruido,
como crujir de cadenas,
y unos ayes luengos, tristes,
envueltos en tristes quejas.
Por las funestas paredes,
por los resquicios y quiebras,
mil víboras se descubren
y ponzoñosas culebras.
A la entrada tiene puesto,
en una amarilla piedra,
huesos de muerto, encajados
en modo que forman letras;
las cuales, vistas del fuego
que arroja de sí la cueva,
dicen: "Esta es la morada
de los celos y sospechas."
Y un pastor cantaba al uso
esta maravilla cierta

de la cueva, fuego y hielo,
aullidos, sierpes y piedra.
El cual oyendo, le dijo:
"Pastor, para que te crea,
no has menester juramentos
ni hacer la vista experiencia.
Un vivo traslado es ése
de lo que mi pecho encierra,
el cual, como en cueva obscura,
no tiene luz, ni la espera.
Seco le tienen desdenes,
bañado en lágrimas tiernas;
aire, fuego y los suspiros
le abrasan continuo y hielan.
Los lamentables aullidos
son mis continuas querellas;
víboras mis pensamientos
que en mis entrañas se ceban.
La piedra escrita amarilla
es mi sin igual firmeza;
que mis huesos en la muerte
mostrarán que son de piedra.
Los celos son los que habitan
en esta morada estrecha,
que engendraron los descuidos
de mi querida Silena."
En pronunciando este nombre
cayó como muerto en tierra;
que de memorias de celos
aquestos fines se esperan.

(Flor de varios nuevos romances, recopilados por D. Andrés de Villalba (Valencia, 1591). Créese ser el anterior aquel a quien se refiere Cervantes en el *Viaje del Parnaso.)*

EL DESDÉN

A tus desdenes, ingrata,
tan usado está mi pecho,
que de ellos ya se sustenta
como el áspid del veneno.
En tu amor pensé anegarme,
pensé abrasarme en tu fuego;
mas ya no temo a tus brasas,
tampoco a tus hielos temo.
Tormentas me son bonanzas
y duros naufragios, puertos:
como simple mariposa,
por lo que me mata, muero.
Digiero ya tus desdenes
como el avestruz el hierro,
aunque en los míos no se halla
causa por do los merezco.
Pero basta ser tu gusto,
para que confiese haberlos,
que, aunque con obras me ofendes,
no en pensamiento te ofendo.
Pasados son dos veranos
—para mí siempre es invierno—;
los árboles reverdecen,
y yo siempre mustio y seco.
Revístense de esperanza,
yo, de esperar, desespero;
llevan dulcísimos frutos,
yo amargos suspiros llevo.
Al fin, es mi voluntad
veleta para tus vientos,
hiele, ventisque o granice,
que yo no quiero otro tiempo;
porque, para resistirle,
muy buen pellico me tengo,

guarnecido de paciencia
y aforrado en sufrimiento.
Pasadas son treinta lunas,
y no hay mudanza en los tiempos:
siempre las veo menguantes
y crecer mis ansias veo.
Todas las cosas se mudan,
y tú no mudas de intento:
siempre muda a mis razones
y siempre sorda a mis ruegos;
aunque no quiero mudanzas,
que de tu condición creo
que, cuando acaso te mudes,
será de desdén a celos.
Y, habiendo de ser así,
de tal mudanza reniego,
que es mejor andar con quejas
que padecer mal de perros.
Tampoco favores tuyos
los quiero ni los pretendo,
que se ha ya estragado el gusto,
y ningún gusto pretendo.
Si acaso sueño algún bien,
como es ordinario en sueños,
con el temor de enojarte
sobresaltado despierto.
Mira, cruel, qué me debes;
pues no sufro, cuando duermo
a tu disgusto, mis gustos,
y en los tuyos me desvelo.
Al fin, mis deseos vistos,
es ver lo que tus deseos:
y quiero lo que tú quieres,
pues no quieres lo que quiero.

(*Flor de romances*. Burgos, 1592.)

ELICIO

Elicio, un pobre pastor,
ausente de Galatea,
dulce prenda de su alma,
a quien deja el alma en prenda;
cuya perfección adora,
cuyo nombre reverencia,
por quien vive y por quien muere,
de cuyo esclavo se precia;
sobre un cayado, de pechos,
cortado de su paciencia
para golpes de fortuna
y para servir de prueba;
al hombro un zurrón colgado
de temores y sospechas,
que en destierro semejante
es la carga que más pesa;
una honda, con que arroja
del hondo pecho las quejas,
que sin piedad descomponen
los corazones de piedra;
a sombra de su cayado,
si dan sombras las tinieblas
en que pone a un alma triste
la obscura noche de ausencia;
orilla del mar profundo
de sus congojas inmensas,
que le alborotan suspiros
y lágrimas le acrecientan;
guardando, mal de su grado,

un gran rebaño de penas;
hecha la imaginación,
para que todo le ofenda,
un caos de memorias tristes,
una confusión inmensa;
vueltos los ausentes ojos
a la venturosa tierra
adonde tiene su dama
y sus pensamientos deja;
al desapacible son
de las ardientes centellas
que por los aires se esparcen,
de esta suerte se lamenta:
"Fortuna: no desesperes,
que, si en mi muerte te vengas,
morirá, por fuerza, presto
quien vive ausente por fuerza;
pues no merece sepulcro
quien muriendo desespera,
amigos que le acompañen,
antorchas, luto ni exequias.
Basta por lumbre mi fuego
y por bronce mi firmeza;
mis tristes ansias por luto,
por funeral mis endechas.
Sólo pido que, en memoria
de mi rabiosa dolencia,
y de estas lágrimas tristes
que del placer desesperan,
quede aquí por simulacro
una fuente de ellas hecha,
una fuente de alabastro
que de continuo las vierta.
Y podrá bien empinarse
a las encumbradas sierras,
por el peso de la altura

que alcanza el origen de ella.
Sirva el agua de remedio
para deshelar tibiezas
y curar ingratitudes
dondequiera que las vea;
y, en la virtud milagrosa
de sus efectos, se vea
la fe con que murió Elicio,
ausente de Galatea."

(Del mismo *Romancero.*)

GALATEA

Galatea, gloria y honra
del Tajo y de nuestro siglo;
atormentada y celosa;
con penas y sin Elicio;
de mal de ausencia a la muerte,
con calentura y con frío,
ronco y levantado el pecho,
de quejas y de suspiros;
vueltos los hermosos ojos
en dos caudalosos ríos;
el color de su ventura
más que la cera amarillo;
con crecimiento de fe
y fe de su bien perdido;
sin pulso las esperanzas,
el sufrimiento en un hilo;
para manjares del alma
estragado el apetito,
que, sin la salsa que falta,
todos le causan hastío.
Está vivo por milagro,
pero muerto más que vivo,
que su mal el primer día
es tan mortal como el quinto.
Tiene fe le dará vida
un trago solo de *vino*,
pues sólo el trago de *fuése*
la tiene en tanto peligro.
Y, con ser médico el tiempo
de dolores peregrinos,
no le permite y alarga
la cura, como enemigo.
Que él no receta jamás
sino infusiones de olvido,

que en pocos nobles sujetos
obran presto y dan olvido;
mas, en pechos delicados,
tiernos de amor y rendidos,
ni por la vida no sufren
tan groseros bebedizos.
Y quiere más Galatea
dar la suya en sacrificio,
que ver, por tan mal remedio,
de su salud el principio.
Desecha entretenimientos
de contento y regocijo;
sólo el eco busca y llama,
porque dobla sus gemidos.
"Oye mi querella—dice—.
¿Dónde estás, Elicio mio?
¿Cómo, cruel, no respondes
cuando tu nombre repito?
Si es que el viento no lleva
mis voces a tus oídos,
no lleve mi fe jurada
ni mi esperanza conmigo;
por copia vaya mi alma,
y no de balde la envío,
pues me deja en este fresno
por juzgar su paraíso.
No trates, pues, de ofenderme,
siquiera por el testigo,
que le creerán fácilmente
en mi desdicha ser dicho.
Esto te suplico sólo.
Mira si al amor me humillo,
que, con ser tiempo de mandas,
no mando, sino suplico."

(Del mismo *Romancero*)

AL CONDE DE SALDAÑA

Oda.

Florida y tierna rama
del más antiguo y generoso tronco
que celebró la Fama,
con acento sutil en metal ronco;
pues yo a tu sombra vivo,
laurel serás de lo que en ella escribo.

¡Oh, genio de Saldaña,
honra y amparo dulce de mi pluma!
Los más cisnes que baña
el agua de este río, en blanca espuma
que al cortarla levantan,
por excusar tu fin tus prendas cantan.

Cuál de ellos enriquece
con tu primer progenitor su canto,
a quien España ofrece,
mezclado en gozo, agradecido llanto.
Tal pide un rey que huye
y un vasallo que imperios restituye.

De Sando, joven bello,
la prodigiosa empresa solemniza,
y de miedo el cabello
segunda vez el africano eriza.
Muestras nos dan tus años
que harás en ellos más llorados daños.

Cuál, de tu padre amado
canta el valor que en tu persona siente
con vivo e igual traslado;
así vemos del sol el rayo ardiente
traer hacia la tierra
cuanta virtud el sol entero encierra.

Celebra su privanza,
que libra el orbe en su cerviz constante,
debida confianza
del gran Filipo, agradecido atlante.
Si en fe de tus anales,
reyes no hubiera a no haber Sandovales.

Cuál, de tu grande casa
mil honrados blasones encarece,
aunque, con voz escasa:
viva timbre en sus paños resplandece,
no de matiz bordada
cuanto de sangre propia salpicada.

Cuál, con voz victoriosa,
de despojos, torcido, alza el trofeo,
¡oh, sangre venturosa
que, para las banderas que en ti veo,
con singular ejemplo,
hubo la Fama de ensanchar su templo!

Yo, señor, entre todos,
admiro tu valor, tus prendas raras,
reliquias de los godos,
tu rostro hermoso, tus virtudes claras,
tus dignas esperanzas,
sujeto de más dignas alabanzas;

ese agradable aspeto,
digno de cetro y bandas imperiales,
que el amor y el respeto
obliga a ser en tu obediencia iguales,
la gracia de la gente
mucha colgada al ceño de tu frente;

ese divino ingenio,
lo que es más en años tiernos, grave;
ese superior genio,
espíritu gentil, decir suave,
unas secretas señas
on que tu vida a un gran suceso empeñas.

Tal vez hirió en mis ojos
a lumbre de tu rostro, afectos tiernos
e rendí por despojos:
ojalá pueda en mármoles eternos
allar nuestros trasuntos:
ivirán Curcio y su Alejandro juntos.

Tal fué la fuerza presta
ue de Israel al príncipe heredero,
al que rindió en apuesta
on el villano arnés al jayán fiero,
untó vistas y palmas,
rendas, vestidos, inclinaciones y almas.

Ni juzgues a locura
confianza hidalga de este trueco;
voz de un ángel, pura,
ntre guijarros toscos halla el eco,
los dos que se amaban
del cayado y ya del cetro usaban.

Sombra y amor me ofreces,
y aunque en fe de ello aquesta humilde yedra,
al paso que tú creces,
en esperanzas y verdores medra,
antes que rama abrace
el pie besa del tronco donde nace.

Tutelar dulce mío,
a quien no sé qué fuerza me destina,
como a la mar el río;
si aquella es fuerza que a mi bien me inclina,
estos versos escucha,
donde el amor con el ingenio lucha.

Un natural forzado
del son lírico ajeno, mal podía,
aunque de amor guiado,
acertarte a servir; vendrá algún día,
que a ti mis pensamientos
consagren inmortales monumentos.

(De la *Biblioteca de Autores Españoles*, que la copió de un manuscrito existente en poder de D. Juan Cortada. Está escrita en Valladolid, poco antes de publicarse, en 1605, la primera parte del *Quijote*, y dirigida a don Diego Gómez de Sandoval, segundo hijo del valido de Felipe III, duque de Lerma, y conde de Saldaña por su matrimonio con doña Luisa de Mendoza.)

ÍNDICE

INDICE

	Págs.
Dedicatoria	7
Prólogo galeato	11
Versos de la "Galatea":	
Canción de Elicio	33
Otra canción de Elicio	34
Elicio y Erastro	36
Canción de Lisandro (Fragmento)	39
Canción de Teolinda	40
Canción de Artidoro	42
Villancico de Teolinda	43
Versos a Teolinda, escritos por Artidoro	44
Canción de Elicio	47
Silerio a Nísida	49
Canción de Silerio	50
Silerio a Blanca	52
Canción de Lenio	53
Timbrio a Nísida (Fragmento)	54
Canción de Mireno (Fragmento)	57
El mismo a Sileria (Fragmento)	59
Canción de Lenio	60
Canción de Orompo	62
Canción de Marsilio (Fragmento)	65
Canción de Crisio (Fragmento)	66
Canción de Orfenio	67
Canción madrigalesca de Marsilio	68

Págs.

Canción del anciano Arsindo a las bodas de Daranio y Silveria..... 68
Lauso a Silena..... 70
Canción de Lauso a Larsileo, recitada por Damón..... 72
Vituperio del Amor, por Lenio (Fragmento) 77
Loanza del Amor, por Tirsi (Fragmento) 79
Canción de Elicio y Erastro..... 82
Canción de Lauso..... 85
Canción de Timbrio (Fragmento)..... 87
Lauso a Silena (Fragmento)..... 88
Canción de Lauso..... 89
Canción de Lenio (Fragmento)..... 91
Canción de Tirsi, Damón, Elicio y Lauso, ante el sepulcro de Meliso... 92
Canción de Belisa..... 100
Adivinanzas 101
Galercio a Gelasia (Fragmento)..... 104
Canto de Caliope..... 109

Versos del "Quijote":

Urganda la desconocida, al libro de "Don Quijote de la Mancha"..... 139
Del Donoso, poeta entreverado, a Sancho Panza y Rocinante..... 141
Canción de Antonio..... 141
Canción desesperada de Grisóstomo.... 143
Don Quijote en Sierra-Morena..... 148
Ovillejos de Cardenio..... 149
Canción de Don Luis..... 150
Otra canción de Don Luis..... 151
Epitafio del Cachidiablo en la sepultura de Don Quijote..... 152

Págs.

Epitafio del Tiquitoc en la sepultura de Dulcinea..... 152
Glosa de Don Lorenzo de Miranda..... 152
El Amor, el Interés, la Poesía y la Liberalidad 154
Canción de Merlín..... 155
Canción de Altisidora..... 157
Canción de Don Quijote..... 159
Invectiva de Altisidora..... 160
Canción de Don Quijote..... 162
Canción del "hermoso mancebo vestido a lo romano".... 163
Epitafio de Sansón Carrasco a Don Quijote 163

Versos de las "Novelas Ejemplares":

La Gitanilla:

Salida de la Reina a oír misa de parida. 167
Don Sancho a Preciosa..... 170
Buenaventura a la señora del teniente. 172
Canción de Don Juan y Don Sancho... 174
Canción de Preciosa..... 176

El celoso extremeño:

Coplas de Marialonso..... 178

La ilustre fregona:

Canción de Don Diego de Carriazo..... 179
Don Pedro a Constanza..... 181
Don Tomás de Avendaño a la misma... 183
Viaje del Parnaso..... 187

Versos de las "Comedias y entremeses:

La Numancia:

España, representada por una matrona. 313
Viriato 316

Págs.

El trato de Argel:
Aurelio 317
Aurelio y el rey de Argel..... 318
Varios cautivos..... 319

El gallardo español:
Alimuzel 320
Arlaja 322

La casa de los celos:
Galalón 323
Bernardo del Carpio..... 323
Cloris 324
El Amor..... 325
Canción de Clori y Lauso..... 327
Reynaldos y Corinto..... 327

Los baños de Argel:
Don Fernando..... 330
Azán, bajá; Hazen, el cadí y el sacristán cautivo..... 330
Zahara y Don Fernando..... 333
Canción de Ambrosio y tres cautivos... 434
El sacristán y el judío..... 336
Don Fernando..... 339
El sacristán..... 340
Don Lope y Zahara..... 341

El rufián dichoso:
Una dama 343
Jácara de Lugo..... 344
Ninfa representando "La Comedia"... 345
Canción diablesca..... 346
Un ciudadano..... 347
Lucifer 348

La gran sultana:
Doña Catalina de Oviedo..... 350

Págs.

El gran turco..... 351
Madrigal, cautivo, y el cadí..... 351
Doña Catalina de Oviedo..... 354
Madrigal 354

El laberinto de amor:
Anastasio, duque..... 357
Porcia a Julia..... 358
Manfredo 359
Tácito, capigorrista..... 360
Julia 361

La entretenida:
Ocaña a Cristina..... 363
Cardenio y Torrente..... 364
Ocaña, lacayo..... 366
Cristina, fregona..... 367
Don Francisco..... 368

Pedro de Urdemalas:
Pedro de Urdemalas y Clemente..... 369
Clemente 370
Maldonado, conde de gitanos..... 371
Pedro de Urdemalas..... 372
Belica, gitana..... 376
Pedro de Urdemalas..... 377
El mismo..... 378

Entremés del rufián viudo:
Trampagos y Chiquiznaque, rufianes... 379

Entremés de la elección de los alcaldes de Daganzo:
El bachiller Pezuña y Pedro Rana..... 382

Entremés de la cueva de Salamanca:
El sacristán y el barbero..... 383

Págs.

VERSOS DE "PERSILES Y SIGISMUNDA":

Canción de Feliciana de la voz a la Virgen 389

SONETOS:

De La Galatea:

Galatea 395
Lenio pinta el Amor..... 396
Florisa. Opinión acerca del amor..... 397
Teolinda 398
Tirsi a Filis..... 399
Elicio 400
Damón 401
Lauso, al recibir de su amada un anillo. 402
Silerio 403
Damón 404
Erastro 405
Timbrio 405
Silerio 407
Eliside 408
Polanca 409
Galatea 410
Nísida 411
Gelasia 412
Elicio 413
A Constanza..... 414

Del "Quijote":

Amadís de Gaula a Don Quijote..... 415
Don Belianis de Grecia a Don Quijote. 416
Oriana a Dulcinea del Toboso..... 417
Gandalín a Sancho Panza..... 418
Orlando a Don Quijote..... 419
El caballero del Febo a Don Quijote... 420
Solisdán a Don Quijote..... 421

Págs.

Diálogo entre Babieca y Rocinante..... 422
Cardenio a Luscinda..... 423
Cardenio 424
Lotario a Camila..... 425
Idem íd..... 426
Epitafio 427
Idem 428
El Monicongo, a la sepultura de Don Quijote 429
El Paniaguado, "in laudem Dulcineæ". 430
El Caprichoso, a Rocinante..... 431
El Burlador, a Sancho Panza..... 432
El Caballero del Bosque a Casildea de Vandalia 433
Píramo y Tisbe..... 434
A Preciosa..... 435

De las "Comedias y entremeses":

Doña Catalina de Oviedo..... 436
Torrente 437
Don Ambrosio..... 438
Don Antonio..... 439

De "Persiles y Sigismunda":

Don Manuel de Sousa, el portugués enamorado 440
A Roma 441

Varios:

A la muerte de la Reina Doña Isabel de Valois 442
A la muerte de Hernando de Herrera. 443
A Juan Rufo Gutiérrez..... 444
A San Francisco..... 445
A López Maldonado..... 446
A Alonso de Barros..... 447

Págs.

El romancero de Padilla..... 448
A Fray Pedro de Padilla..... 449
En alabanza del Marqués de Santa Cruz 450
A la entrada del Duque de Medina en Cádiz 451
A Lope de Vega..... 452
A don Diego de Mendoza y a su fama. 453
A Juan Yagüe de Salas..... 454
Al túmulo del Rey Felipe II en Sevilla. 455
Otra lección del mismo..... 456
Otro, en respuesta..... 457
A la Marquesa de Denia..... 458
A un valentón metido a pordiosero.... 459
A un ermitaño..... 460

COMPOSICIONES SUELTAS·

A la muerte de la Reina Doña Isabel Valois..... 463
A la misma muerte..... 464
Elegía al Cardenal Espinosa..... 466
Al hábito de Fray Pedro de Padilla... 472
A Fray Pedro de Padilla..... 475
Al "Cancionero" de López Maldonado. 477
Epístola a Mateo Vázquez (Fragmento) 479
Canciones a la "Invencible" (Fragmento) 485
A Gabriel Pérez del Barrio Angulo... 491
A San Jacinto..... 493
A la elección del Arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas... 495
A los éxtasis de la Beata Madre Teresa de Jesús..... 498
Los celos..... 502

Págs.

El desdén..... 504
Elicio 506
Galatea 507
Oda al Conde de Saldaña..... 511

Págs.

El romancero de Padilla..... 448
A Fray Pedro de Padilla..... 449
En alabanza del Marqués de Santa Cruz 450
A la entrada del Duque de Medina en Cádiz 451
A Lope de Vega..... 452
A don Diego de Mendoza y a su fama. 453
A Juan Yagüe de Salas..... 454
Al túmulo del Rey Felipe II en Sevilla. 455
Otra lección del mismo..... 456
Otro, en respuesta..... 457
A la Marquesa de Denia..... 458
A un valentón metido a pordiosero.... 459
A un ermitaño..... 460

COMPOSICIONES SUELTAS·

A la muerte de la Reina Doña Isabel Valois..... 463
A la misma muerte..... 464
Elegía al Cardenal Espinosa..... 466
Al hábito de Fray Pedro de Padilla... 472
A Fray Pedro de Padilla..... 475
Al "Cancionero" de López Maldonado. 477
Epístola a Mateo Vázquez (Fragmento) 479
Canciones a la "Invencible" (Fragmento) 485
A Gabriel Pérez del Barrio Angulo... 491
A San Jacinto..... 493
A la elección del Arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas... 495
A los éxtasis de la Beata Madre Teresa de Jesús..... 498
Los celos..... 502

Págs.

El desdén..... 504
Elicio 506
Galatea 507
Oda al Conde de Saldaña..... 511

86C33
L

COLUMBIA UNIVERSITY
0032151292

04166612

86C.33
L